HISTORIA URGENTE

FAVALORO

El gran operador

Pablo Morosi

MAREA EDITORIAL

EX LIBRIS

Pablo Morosi

FAVALORO
El gran operador

Morosi, Pablo
Favaloro : el gran operador / Pablo Morosi. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Marea, 2020.
Libro digital, EPUB - (Historia urgente / 78)

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-8303-27-7

1. Biografías. I. Título.
CDD 920.71

Edición: Ariel Hendler
Corrección: Marisa Corgatelli
Diseño de tapa e interiores: Hugo Pérez
Fotografía de tapa: Aldo Sessa
Fotografía de contratapa: Fundación Favaloro

©2020 Pablo Morosi
©2020 Editorial Marea SRL
Pasaje Rivarola 115 – Ciudad de Buenos Aires – Argentina
Tel.: (5411) 4371-1511
marea@editorialmarea.com.ar
www.editorialmarea.com.ar

ISBN 978-987-8303-27-7
Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*
Depositado de acuerdo con la Ley 11.723. Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin permiso escrito de la editorial.

Mi tierra no es para mí triunfo, sino agonía y deber.
–Pedro Henríquez Ureña

Medicus, cura te ipsum.
–Quirón

INTRODUCCIÓN

Desde que a finales de la década de 1960 René Gerónimo Favaloro sistematizó el procedimiento para sortear la obstrucción de las arterias coronarias con el injerto de una vena tomada de una de las piernas del propio paciente, los cirujanos del mundo han logrado salvar más vidas que las que se perdieron durante los cuatro años que duró la Primera Guerra Mundial.

Difícilmente otro argentino haya hecho una contribución similar para enfrentar un problema actual de dimensión tan acuciante: fuera de las bajas producidas en territorios en conflicto y en desastres naturales, las dolencias del corazón son la primera causa por la que mueren los seres humanos. El *bypass* aortocoronario logró cambiar totalmente el pronóstico de una enfermedad que hasta entonces equivalía a la pena capital y convirtió a Favaloro, nacido en La Plata en julio de 1923, en uno de los pioneros en la historia de la cirugía cardíaca.

A veinte años de su muerte, *Favaloro. El gran operador* rebobina su vida y su trayectoria procurando escapar a los corsés y esquematismos que supone toda figura de lustre –como lo era Favaloro– para hurgar en aquellos aspectos que conciernen a la hechura y las facetas de su personalidad; los que nos acercan a la orilla de sus ideales, anhelos y obsesiones.

En las páginas que siguen se delinea, en pinceladas, el Favaloro aprendiz de ebanista, el injertador de frutales, el médico rural, el amante de la cocina, el hincha ferviente de Gimnasia y Esgrima de La Plata, el alumno distinguido, el hábil cirujano, el científico brillante y el hombre simple capaz de conmoverse con la sola contemplación de la naturaleza. Los lectores también encontrarán aquí al militante estudiantil, al pensador, al educador, al historiador vocacional y al agudo y curtido político preocupado por la pobreza y los males del neoliberalismo y defensor a ultranza de la unidad latinoamericana bajo el concepto de Patria Grande trazado por San Martín y Bolívar.

Precisamente ese cariz político, anclado en su nacionalismo popular, humanista y comprometido que fue definiendo desde su juventud, impulsó a Favaloro, ya transformado en una eminencia reverenciada en todo el planeta, a regresar a la Argentina en 1971 para dar vida a un proyecto propio que entendía como una contribución esencial para el país, y la salud de la población.

Se propuso crear aquí un centro de investigación, enseñanza y atención de alta complejidad dedicado al tratamiento de afecciones cardíacas; un emprendimiento de avanzada similar a la Cleveland Clinic Foundation –donde se especializó y saltó a la fama– al que soñaba con posicionar entre los centros cardiológicos más importantes del mundo y como referencia insoslayable de América Latina. De lograrlo, obtendría un rédito inigualable y, a la vez, cumpliría con el destino de trascendencia que podía vislumbrarse en él ya desde adolescente.

Cubierto de gloria en otras latitudes, Favaloro buscó ser, también, profeta en su tierra. Concibió su regreso al país con la épica de una acción patriótica. En el imaginario argentino, aquel paso le confirió a su figura una generosidad sin límites que lo elevó, para muchos, a la categoría de héroe nacional: alguien que, aun consagrado, prefirió volver a trabajar para su gente y mantenerse fiel a sus ideas ligadas a la medicina social; quiso seguir siendo ese médico de pueblo que atendía a todos por igual y a los pobres, gratis.

Para conseguir sus metas supo encumbrarse, con pragmatismo y astucia, en la trama del poder. Sin distinguir colores partidarios, ni entre períodos democráticos o de regímenes dictatoriales, frecuentó incansable los despachos oficiales y se hizo habitué de los cócteles

de empresarios, diplomáticos y sindicalistas, siempre en procura de ayudas y acuerdos imprescindibles para financiar su iniciativa.

Al mismo tiempo que se abocó a sentar las bases de la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica, fue alimentando su propio mito fundado en sus logros médicos y en ese perfil de hombre común, sin ornamentos, recubierto de un aire campechano que le otorgaba un aura inusual en el mundo científico, y que le permitió generar por igual respeto y empatía.

Es el cirujano popular, triunfador gracias al esfuerzo personal: un *self made man* que predicó la importancia del trabajo y la perseverancia, también con el ejemplo. Fueron su talento genuino y su empuje los que le hicieron ganar un lugar en la historia y un sitio de privilegio en el cariño de los argentinos, que lo convirtieron en una figura pública cautivante de la que todos querían estar cerca. Desde esa plataforma expuso su visión y su diagnóstico sobre los problemas del país, que reiteró insistentemente a través de escritos, intervenciones públicas en congresos y en sus profusas incursiones en los medios de comunicación. Así consiguió erigirse en referente de un pensamiento ético, una voz que denunciaba la corrupción estructural y el desahucio moral de la sociedad.

En ese contexto, escribió tres libros autobiográficos que son parte de su legado y que contribuyeron a pulir su imagen. *Recuerdos de un médico rural* lo ubica como un muchacho humilde y abnegado en la pampa seca, haciendo el bien en condiciones adversas; *De La Pampa a los Estados Unidos* cuenta sus afanes y explica los motivos del lugar que ocupa en la historia de la ciencia; y el último de la trilogía, *Don Pedro y la educación*, casi puede ser definido como un manifiesto político en el que, al repasar su etapa formativa, destaca la importancia de la enseñanza, la internalización de valores, la cultura del esfuerzo y el compromiso como elementos fundantes de una sociedad con equidad.

Revisitar la vida de René Favaloro no solo implica tomar dimensión de su enorme contribución a la humanidad y rescatarlo como símbolo de la entrega, el sacrificio y la búsqueda de la excelencia. El recorrido panorámico que propone este trabajo nos permite observar la forma de funcionamiento del sistema de salud argentino y sus claroscuros, para detenernos en los intersticios que dejan ver a este hombre extraordinario internarse en los senderos muchas veces escabrosos de la política argentina. Un derrotero complejo, quijotesco y por momentos contradictorio, que acabó por determinar el sino trágico de su final.

Con todo, su talento, su capacidad profesional y su destreza política no le alcanzaron para sostener el gran proyecto de su vida, y la explicación de por qué fue así no es sencilla. Para empezar, la Fundación Favaloro resultó inviable en un país que, si bien lo recibió con los brazos abiertos, no dio cabida a su concepción de lo que debía ser la medicina; solo su impoluto capital simbólico y sus dotes para tejer alianzas le permitieron mantener en pie una institución sobredimensionada y con una pésima administración. No pudo, no supo o no quiso ver los límites de ese rol de hacedor de su sueño. Ante el quebranto económico e institucional del Estado, su figura idolatrada, como propia moneda de canje, perdió valor –como todo lo demás– y terminó por depositarlo al borde de un abismo.

Incomprendido y rodeado de acechanzas aun en su entorno más íntimo, Favaloro terminó por quitarse la vida con un disparo al corazón, en una suerte de inmolación que llevó implícito un mensaje que incluso hoy interpela a los argentinos.

Tras el suicidio del cirujano, la fundación que lleva su nombre modificó el perfil de sus servicios, dejando de lado los principios que habían inspirado su creación a cambio de un esquema que le garantizara la permanencia en el tiempo. Ya no tiene a la cardiología como especialidad exclusiva y tampoco atiende gratis a los pacientes pobres. Cabe la pregunta de si este cambio de rumbo es la ratificación de aquel desatino o, al revés, la confirmación de la continuidad e incluso la profundización de todos los vicios del sistema de salud que Favaloro solía denunciar, pero no consiguió cambiar.

Vencido en la gran batalla de su vida, se aferró a su pasado de médico rural e insistió en su deseo de ser recordado como un hombre volcado a la educación como herramienta clave para el progreso del país. Quizá porque, como él mismo dijo en sus últimos años, así es

como quiso pasar a la historia.

Gonnet, marzo de 2020.

CAPÍTULO 1

De Salina a La Plata

El mar Tirreno envuelve a la isla Santa Marina Salina, una de las principales formaciones volcánicas del archipiélago que, como una corona, emerge delante de la costa norte de Sicilia. Con apenas veintisiete kilómetros cuadrados de superficie, Salina es la más fértil de ese conjunto de islas del sur de Italia a las que los griegos llamaron Eolias porque creían que allí estaba el hogar de Eolo, el dios de los vientos.

En Valdichiesa –o Valle de la Iglesia–, una pequeña localidad que forma parte del municipio de Leni, una de las tres comunas en que hoy se divide la isla que, a su vez, integra la provincia de Mesina, pueden hallarse los orígenes de la familia Favaloro. Declarada en 2000 Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, en sus bellos escenarios naturales se rodó la recordada película *El cartero* (Michael Radford, 1994), centrada en el exilio del poeta chileno Pablo Neruda. Curiosidades del lugar: de allí es oriundo Giuseppe Tomasi di Lampedusa, autor de una de las obras fundantes de la literatura italiana contemporánea, *El Gatopardo*, que narra la decadencia de la aristocracia vernácula tras la unificación del país.

Al evocar sus años de juventud, Girolamo Favaloro volvía siempre sobre aquella vista panorámica del valle y el mar vistos desde la casa familiar, en el pie de monte, que solía describirles con nostalgia a sus descendientes en la lejana ciudad de La Plata. Siempre recordaba que existía incluso un monte que llevaba el apellido de la familia. Varios trabajos hurgan sobre la procedencia del apellido Favaloro, que significa algo así como vendedor o cultivador de habas; y que, si bien puede rastrearse en la región de Palermo, en la isla de Sicilia, fue en las Eolias donde alcanzó mayor nombradía, en especial en la isla de Lipari, donde sus rastros se remontan a la primera mitad del siglo XVI.

Los Favaloro afincados en Santa Marina Salina dedicaron sus días a trabajar en varios lotes en los que reproducían con técnicas ancestrales el cultivo de un tipo de vino blanco, ligero y dulce llamado Malvasia delle Lipari que se comerciaba en los principales puertos del mar Mediterráneo, desde los cuales se distribuía a casi toda Europa. Con estructuras de madera armaban pequeñas pérgolas ordenadas en filas paralelas dispuestas en terrazas cercadas por muros de piedra, siguiendo una orientación perpendicular a la pendiente natural del terreno. Girolamo siempre contaba que había conocido por su padre los secretos de la poda para conseguir brotes basales surgidos del tronco principal de la planta, que dotan al fruto de mejores propiedades. Las uvas, recalcaba, solo debían cosecharse bien maduras para luego dejarlas secar al sol en unos bastidores de caña que acondicionaba su madre, Rosalía Russo.

La aromática cepa de Malvasia posee una alta reputación en todo el mundo. Durante la Edad Media ya se había difundido ampliamente en toda Europa. De hecho, en su obra *Ricardo III*, William Shakespeare la menciona al narrar la muerte de Jorge Plantagenet, duque de Clarence, quien según una leyenda popular habría sido ahogado a la fuerza en un barril lleno de ese vino en la Torre de Londres. Muchos otros viajeros y expertos enólogos han ponderado sus virtudes a lo largo del tiempo, entre ellos el célebre escritor francés Guy de Maupassant, quien relata en su libro *La vida errante* un periplo náutico en el que cita a Salina y a su varietal, al que describe como "el vino de los volcanes: denso, dulce y

dorado".

Sin embargo, alrededor de 1890, cuando Maupassant publicó aquellas memorias, la bucólica fortuna de los viñateros de la isla resultó trastocada abruptamente por la aparición de una plaga de filoxera: una especie de pulgón amarillento originario de América del Norte que ataca las hojas y los filamentos de las raíces de la vid. El insecto, al parecer introducido por productores que habían cruzado el océano en busca de especies más resistentes, arrasó en pocos meses los cultivos y dejó a varias familias al borde de la ruina. Los ingentes esfuerzos por recuperar las viñas no surtieron efecto; tampoco dieron resultado las oraciones a la Madonna del Terzito, patrona de la localidad, cuyo santuario da nombre al valle. A la devastación se sumó otro motivo adicional, no menor, que terminó por empujar al exilio a muchos isleños: entre 1888 y 1890 varios de los volcanes de las Eolias entraron en erupción, y la posibilidad cierta de que despertaran los dos volcanes Dydime (gemelos) de Salina se había vuelto una amenaza latente que amedrentaba a los pobladores.

La naturaleza terminó por acelerar, así, un proceso que las fuerzas económicas ya alimentaban en toda Europa: el éxodo del campo a la ciudad y del Viejo Mundo a las tierras de América. La Revolución Industrial empujó a los campesinos a reconvertirse en obreros en las nuevas metrópolis o a probar suerte en países en proceso de industrialización. Los pobladores de Santa Marina Salina no fueron ajenos a este fenómeno y la isla nunca recuperó siquiera la mitad de los ocho mil habitantes que tenía a fines del siglo XIX. Según estimaciones locales, la mayoría de los emigrantes se radicaron en Estados Unidos, Australia y la Argentina. Así fue que, junto a varios de sus parientes y otros isleños, Girolamo partió lanzado a la aventura de ultramar, con el alma en la mano y la esperanza de cambiar la suerte en la América promisoria donde hacía varios años muchos de sus compatriotas habían hallado el refugio de una tierra fértil y amigable donde empezar de nuevo.

Según las noticias con que contaban, la Argentina, el destino elegido, era una nación floreciente con un clima templado, abundantes recursos naturales y una amplia oferta laboral con salarios aceptables. Además, su gobierno alentaba el flujo migratorio, especialmente de extranjeros provenientes de Europa, tal como había quedado planteado en la Constitución Nacional de 1853 y reforzado posteriormente por una ley impulsada en 1876 por el presidente Nicolás Remigio Aurelio Avellaneda, que dispuso un plan de acceso a tierras para la colonización en procura del desarrollo de un capitalismo agrario que se asemejara al proceso norteamericano. Si bien aquel plan no logró el acceso generalizado de los inmigrantes a la propiedad de la tierra, fundamentalmente a causa del predominio de una estructura latifundista preexistente que lo resistió –sobre todo en las zonas más ricas de la llanura pampeana–, sí generó un incentivo que llevó a miles de barcos con forasteros a poner proa hacia el Río de la Plata. Diversos estudios sobre aquel fenómeno señalan el ingreso de más de cuatro millones de extranjeros, principalmente italianos y españoles, entre 1880 y 1914.

Al desembarcar en Buenos Aires, Girolamo fue registrado como Gerónimo, nombre que adoptó en adelante, y se instaló en el Hotel de Inmigrantes, donde recalaba la mayoría de los recién llegados. Sin embargo, no todo resultó como lo había imaginado. Corría el verano de 1891 y el ambiente porteño estaba alterado por las derivaciones de una crisis política que unos meses antes había provocado la renuncia del presidente Miguel Ángel Juárez Celman, en medio de un fuerte descontento popular y una escalada inflacionaria. La inestabilidad institucional reinante afectaba la actividad del comercio y la industria, y hasta llegó incluso a ralentizar la potente corriente inmigratoria. Pero, pese a los claroscuros de la política local, la abundancia de tierra, junto con la escasez de mano de obra y el dinamismo de la producción agrícola, multiplicaban las oportunidades para quienes estuvieran dispuestos a aprovecharlas.

Fue en aquel trance que creció y se consolidó la relación de Girolamo con Rosa Lázzaro, también originaria de la isla de donde ambos habían partido meses atrás. La esperanza que compartían tenía como alimentos el amor y el compañerismo cultivados en ese tiempo en el

que había que capear el agrio sabor del desarraigo.

Les hablaron de La Plata, capital de la provincia de Buenos Aires, una ciudad de brazos abiertos que crecía a pocos kilómetros de allí. Había sido fundada apenas una década antes a partir de un diseño de vanguardia influido por las corrientes que impulsaban grandes reformas al formato insalubre del tipo de metrópoli industrial del Viejo Continente. De hecho, varios de los más conspicuos asesores del fundador, Juan José Carlos Jacinto Dardo Rocha y Arana, eran médicos que alentaban esas ideas avanzadas, como Eduardo Jorge Wilde, Emilio Ramón Coni o Guillermo Colesbery Rawson Rojo, este último considerado el padre del higienismo en la Argentina.

Seducidos por el prodigio de aquella urbe con aires europeos, ilustrada, moderna y saludable, Gerónimo y Rosa la eligieron como el lugar para echar sus raíces y se instalaron donde pudieron. En aquella traza armónica, implantada frente al mentado mejor puerto natural de todo el estuario, casi todo estaba por hacerse. Se necesitaban a raudales obreros y artesanos de las más diversas ramas para la monumental tarea de erigir la capital bonaerense en medio de aquella planicie desierta. Su primer domicilio fue una suerte de pensionado en la calle 3 entre 42 y 43, a pocas cuadras de la estación del ferrocarril. Es la dirección que figura en varios documentos en los que el joven aparece como oriundo de la localidad de Malfa, en Santa Marina Salina, donde había sido inscripto originalmente. En esos mismos papeles se indica que sus padres, Rosalía y Juan, se habían asentado por entonces en Nueva York. Durante los primeros tiempos, él consiguió algunos trabajos temporarios como jornalero; luego se fue consolidando como feriante y zapatero, un oficio cuyos rudimentos había aprendido de su familia.

A poco de establecerse en la ciudad de las diagonales, Rosa y Gerónimo formalizaron una alianza que duraría toda la vida cuando el 12 de agosto de 1891 se casaron ante el Jefe del Registro del Estado Civil, Martín Núñez, según consta en el acta 241, mediante la cual se asentó el enlace. En ese asiento figura que Gerónimo tenía 28 años y Rosa, 31. En realidad, en la familia Favaloro cuentan que Gerónimo se quitó diez años al llegar a la Argentina, con la idea de que así le iba a resultar más fácil conseguir empleo. Nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a sus hijos. Sin embargo, la verdad salió a la luz cuando, muchos años después, algunos de sus descendientes hicieron el trámite para obtener la ciudadanía europea y descubrieron que la fecha real del natalicio, tal como figuraba en sus documentos en Italia, era el 29 de mayo de 1853 y no 1863 como creían.

Con sus ingresos exiguos, la pareja apenas consiguió alquilar una humilde vivienda en la calle 5 esquina 65, que en esos años era una zona prácticamente despoblada. Rosa se ocupaba de los quehaceres domésticos que incluían la huerta, el gallinero y el cuidado del jardín. Pronto comenzarían a llegar los hijos. En la tarde del 30 de junio de 1892, la mujer alumbró en esa casa a su primogénita, inscripta como María Rosalía en el acta 1470 del Registro del Estado Civil platense. En la mañana del 21 de octubre de 1893 nació Juan Bautista y, según reflejan los documentos oficiales, luego llegaron Domingo José (1895) y Luis Gerónimo (1896). Tras una nueva mudanza a una casa ubicada en la calle 63 entre 5 y 6 N° 532, Rosa dio a luz a Arturo Cándido (1897), Leticia Adelina (1899) y María Carolina (1900).

Después de años de mucho trabajo lograron comprar un lote en 68 entre 2 y 3, donde construyeron una casa de madera en la que se radicaron definitivamente. Era una vivienda con un recibidor minúsculo, comedor, dos dormitorios y una cocina amplia y luminosa. El frente estaba poblado de hortensias azules. En el patio, la parra cubría un piso de ladrillos y el aljibe. Al fondo, detrás de dos higueras cuyas simientes Gerónimo había traído de Italia, estaba el baño y, más allá, la huerta y el corral. En primavera, cuando florecía la glicina, su perfume inundaba todo.

Rosa y Gerónimo inculcaron a sus hijos los valores del trabajo, el sacrificio, la autosuperación y la ética, algo que terminó por convertirse en un sello distintivo de la familia. De acuerdo con una costumbre muy común entre los inmigrantes, se buscaba insertar a los hijos mayores en el mundo laboral, lo que a veces permitía que los más chicos accedieran a estudios superiores para forjarse una profesión y luego ayudar al resto. Así

ocurrió. Domingo José fue tornero mecánico de precisión, mientras que Juan Bautista y Luis Gerónimo montaron un taller de carpintería en el mismo lote familiar, aplicando el oficio aprendido en cursos nocturnos de la Escuela Industrial Albert Thomas. En tanto, Arturo, el benjamín entre los varones, estudió medicina gracias a los ingresos aportados por los demás. La carpintería arrancó en un galpón, pero pronto comenzó a hacerse conocida por la calidad de sus trabajos. Primero entre los propios vecinos, y con el tiempo llegaron clientes desde el centro de la ciudad en busca de sus creaciones. Se trabajaba con un sistema de precisión por encastre de las piezas y con un acabado en relieve como si se tratara de esculturas. "Eran verdaderos artistas de la madera", rememoró Domingo Sergio Carlos Favaloro, hijo de Domingo José, durante una entrevista para este libro. Por lo demás, en una época en la que las mujeres debían resignarse en general a las tareas hogareñas, en casa de los Favaloro todas ellas aprendieron algún oficio para poder valerse en la vida y colaborar con la economía familiar.

Hacia 1910, el Censo Nacional de Población reveló que la mitad de los habitantes de La Plata era de origen extranjero, y un tercio de ellos, italianos. Los inmigrantes tuvieron una fuerte gravitación en la vida social de la ciudad: dieron vida a centros de fomento, clubes de barrio y bibliotecas populares que, con el tiempo, se erigieron en lugares de inclusión, solidaridad y contención. Eran ámbitos participativos donde se conjugaban la política, los deportes, la cultura y la recreación que servían para abordar los problemas comunes o simplemente cultivar el encuentro, y los Favaloro tuvieron activa intervención en ese tipo de entidades.

El trabajo y el vecindario conformaban los límites del mundo en aquellos días. Juan Bautista, el más grande de los varones Favaloro, conoció a Geni Ida Raffaelli, que vivía a la vuelta de su casa. Aída, como todos la llamaban, había nacido en Italia y era la mayor de los cinco hijos de Giuseppe Raffaelli y Cesárea Raffaelli. En la familia se apresuran a aclarar que, pese a tener el mismo apellido, no los unía ningún parentesco. Giuseppe y Cesárea habían llegado al país en 1897, provenientes de la región de la Toscana. Él era mecánico y empleado del ferrocarril y ella se dedicaba a las tareas del hogar. Habían impulsado a su primogénita, nacida en La Plata en 1899, a que aprendiera costura y bordado en una escuela de artes y oficios para señoritas, y desde adolescente Aída demostró que se daba maña en esas lides, en las que se lucía fabricando prendas de vestir, cortinas, ropa de cama y manteles.

Entre las caminatas por el Bosque y los bailes en alguno de los clubes de la zona el romance prosperó, y el 15 de octubre de 1921 el carpintero y la modista contrajeron matrimonio en el Registro Civil de La Plata. Según consta en el acta 254 de ese organismo provincial, los testigos fueron Domingo Favaloro, hermano de Juan Bautista, y el vecino Adolfo Luján. La pareja se mudó a una casa ubicada en un lote lindero al de los padres de Aída, en 68 N° 326. Tenía un zaguán, tres piezas, un amplio patio de ladrillos y un árbol de duraznos justo antes del galpón y el gallinero. Todo seguía quedando cerca, y la felicidad fue completa con la llegada del primer hijo. Para entonces, el trabajo y las perspectivas de desarrollo, pero sobre todo las penurias de la Primera Guerra Mundial, habían terminado por diluir las añoranzas de los mayores por retornar a Italia. Las nuevas generaciones solo pensaban en progresar en la Argentina.

El hijo de Juan Bautista y Geni, según consta en el acta 813, que lleva la firma del jefe del Registro Civil de la Sección Tercera, Ernesto Cibeau, nació el sábado 14 de julio de 1923 "a la una" en el domicilio conyugal. El documento indica que el bebé fue anotado el miércoles 18 con el nombre de René Gerónimo Favaloro. Fueron testigos los ciudadanos españoles Antonio García y Vicente Alsina. A los padres del recién nacido se les entregó la libreta de enrolamiento con el número 2 311 189, en la que figura la fecha antes citada, que también se usó en todos los documentos oficiales a lo largo de su vida. Sin embargo, en la familia siempre se dijo que el nacimiento había sido en realidad dos días antes, el jueves 12 de

julio. Eso mismo se cuenta en la semblanza de René Favaloro escrita en julio de 2007 por su primo hermano Domingo Sergio, quien, en su doble condición de biógrafo y pariente directo, lo ratificó durante una entrevista para este libro. Una versión que ha circulado en el relato filial por décadas indica que, por influencia del tío Luis Gerónimo, ligado al ideario del socialismo europeo, se decidió cambiar la fecha en honor al aniversario de la Revolución Francesa, que el 14 de julio de 1789, día de la toma de la Bastilla, dio el golpe letal al absolutismo monárquico.

A su vez, una breve biografía publicada en la página web de la Fundación Favaloro no consigna explícitamente la fecha de su alumbramiento, pero sí la incluye en su currículum vitae, incorporado en otro apartado.[1] El 17 de julio, un día antes de ser inscripto ante el Estado, el niño fue bautizado por el cura Donato Pacella en la parroquia San José, en 6 y 64, a cinco cuadras de su casa. Según el registro que se conserva en el templo, los padrinos fueron Severo Scafatti y su tía María Rosalía Favaloro. René siempre se consideraría un "católico por nacimiento y tradición familiar". La casa donde nació, en 68 entre 1 y 2, estaba situada apenas a una cuadra del Hospital Policlínico. Es común escuchar decir que Favaloro es oriundo de El Mondongo, una barriada populosa ubicada, en rigor, al otro lado de la avenida 1 en dirección al Río de la Plata. La verdad es que, aunque estaba muy cerca, la familia siempre vivió fuera de su perímetro, delimitado por las avenidas 1, 60, 122 y 72. Es razonable atribuir la confusión a que su crianza y buena parte de la vida social de René durante la niñez y adolescencia, e incluso en sus años de adultez, se desarrolló en ese mítico territorio tan próximo a su casa natal y, qué duda cabe, también a su corazón. Él mismo se consideraba "un mondonguero de ley".

En los años de su conformación, El Mondongo alojó a familias de obreros y changarines en viviendas económicas con el formato conocido como "casa chorizo", del tipo de las que habitaban todos los Favaloro. La zona creció, se desarrolló y recibió su nombre del impulso que tuvo la industria cárnica en la zona portuaria, a raíz de la radicación de dos frigoríficos. La primera planta de procesamiento vacuno en frío, La Plata Cold Storage Co., se había inaugurado en 1904; originalmente de capitales sudafricanos, en 1911 pasó a manos de la estadounidense Swift. Cuatro años más tarde abrió sus puertas el gigante Armour, también de capitales estadounidenses. La mayoría de los vecinos eran operarios de esos frigoríficos y, según una difundida leyenda urbana, recibían semanalmente un bolsón con vísceras como parte del salario. Así, el guisado de mondongo en las comidas de fin de semana se popularizó de tal modo que hasta empezó a venderse en puestos callejeros.

René tenía apenas dos años cuando, el 6 de enero de 1926, recibió como regalo de Reyes el nacimiento de su hermano Juan José, a quien siempre lo unió un lazo indisoluble. En aquellos primeros tiempos, compartieron juegos, travesuras y descubrimientos.

René era un chico curioso e inquieto que, por ser el primero de su generación, contaba con la preferencia de los abuelos, especialmente los padres de su mamá, que en aquel tiempo vivían al lado de su casa: él los visitaba trepando por una grada apoyada sobre la medianera. Pasaba varias horas del día con Cesárea, trabajando la tierra y escuchando historias de la familia que solían transcurrir al otro lado del océano. La mujer, que nunca había ido a la escuela y era analfabeta, le contagió un amor perdurable por la naturaleza y por el terruño. "Desde niño aprendí, ayudando a mi abuela materna, a entremezclarme con la tierra a pura pala, azada y rastrillo, cultivando con esmero toda clase de vegetales. Aún conservo las primeras emociones de ver transformarse semillas pequeñas en la inmensa variedad de frutos que toda la familia consumía durante el año", evocó en el prólogo a la primera edición de su libro *¿Conoce usted a San Martín?*[2]

En cambio, el nono Gerónimo guardaba más distancia. Su actividad como feriante lo mantenía muchas horas del día afuera, en la calle. Era un gran amante de la lectura. Cada tanto, recitaba en voz alta algún poema de Virgilio, aunque su preferido era el florentino Dante Alighieri, y en su modesta biblioteca atesoraba un ejemplar en italiano de *La divina comedia*. Le apasionaba la política y, como casi todos los inmigrantes de esa época, simpatizaba con el ideario de la izquierda. Alguna vez también había comprado un violín que tocaba junto a Rosa, pero, según testimonios familiares, lo guardó y nunca más volvió

a tocarlo tras la muerte de su esposa, la abuela paterna de René, ocurrida poco tiempo después del nacimiento de este. Gerónimo se ocupó de transmitir a su nieto mayor los trucos para hacer injertos que sirvieran para reproducir y revitalizar las plantas frutales que poblaban una buena porción del jardín, más allá de la infaltable parra. "El saber conservar en cada una los tallos fructíferos nos permitía saborear, durante el verano, infinidad de gustos que aumentaban la exquisitez por su frescura", escribió Favaloro sobre sus vivencias en la quinta.[3]

Por lo pronto, el fin de la guerra en Europa había reactivado la economía argentina a partir de la exportación de productos agropecuarios y dio lugar a un proceso de desarrollo que se extendió por más de una década. En esos años, el país se convirtió en la undécima nación exportadora del mundo además de acumular pingües reservas de oro, y La Plata no era ajena a la bonanza general. En aquellos tiempos se incrementó el trabajo en la carpintería: Juan Bautista sentía que su emprendimiento se consolidaba. Consiguió una buena oportunidad y compró en cuotas una casa en 5 N° 1835, entre 69 y 70. En la parte trasera de la propiedad instaló su taller, al que dotó de nueva maquinaria, y hubo que sumar a familiares y vecinos como ayudantes y aprendices para poder hacer frente a la mayor demanda. Para esa época, cuando al padre de René le preguntaban su ocupación, solía presentarse como "industrial". Había mandado a hacer un sello que decía: "Fábrica de Muebles y Carpintería Mecánica de Juan Bautista Favaloro. Especialista en instalaciones y muebles de estilo. Se hace cualquier trabajo perteneciente al ramo. Prontitud y Esmero".

"Había parejas que iban a casarse y le pedían los muebles con un año de anticipación", rememora el primo Domingo, y cuenta que los trabajos siempre se retrasaban de tan minuciosos que eran. Sin embargo, los compradores sabían esperar porque el resultado final era insuperable. Además, los precios de la carpintería Favaloro eran muy ventajosos; tanto que en su propio entorno le advertían que cobraba demasiado barato para la categoría que alcanzaban sus producciones y el tiempo que le demandaban. Lo cierto es que, de ese modo, fulminaba a sus competidores.

La de 1920 fue una década dorada para la ciudad. Durante la presidencia del radical Máximo Marcelo Torcuato de Alvear se fundó la Destilería La Plata de la petrolera estatal Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF), mientras que el trabajo en los frigoríficos seguía en aumento y, consecuentemente, absorbía mayor cantidad de mano de obra. En 1925, el emprendedor inmobiliario uruguayo Fernando Juan Santiago Francisco Piria de Grossi, fundador del balneario Piriápolis en su país, le vio tanto futuro a la zona que compró unas 5000 hectáreas sobre la costa del Río de la Plata con la idea de crear otro cerca de Buenos Aires. Ese mismo año, de visita en la capital bonaerense, el prestigioso físico alemán Albert Einstein elogió el impulso que la vida universitaria le daba al panorama sociocultural de La Plata, que se erigía así en el paradigma del tipo de sociedad moderna a la que aspiraba la clase dominante.

Pero Argentina siempre fue un país de altibajos y contrastes. La incipiente prosperidad alcanzada en esos años se vio amenazada con los primeros coletazos de la crisis internacional originada en el *crack* financiero que hizo volar por los aires la bolsa de Wall Street hacia finales de 1929. La llamada Gran Depresión generó alarma y desconfianza en el mundo capitalista a nivel planetario y en nuestro país tuvo un impacto devastador. Aquella turbulencia, sumada a la tensión creciente entre el gobierno y la clase trabajadora, había alimentado una grave conflictividad social que fue el caldo de cultivo para la reacción de sectores civiles conservadores de la oligarquía patricia. Su consecuencia fue el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, el primero de una larga serie, con que el general José Félix Benito Uriburu derrocó al presidente radical Hipólito Yrigoyen.

El abandono masivo del patrón oro para las transacciones comerciales había derrumbado los precios de las mercaderías agropecuarias, al tiempo que se interrumpieron las inversiones extranjeras en el país. La principal consecuencia fue una abrupta contracción del mercado interno que afectó directamente la economía de comercios y pequeñas industrias como la que llevaba adelante la familia Favaloro. Juan Bautista decidió enfrentar la adversidad invirtiendo todos sus ahorros en la compra de insumos. Esto que

muchos le cuestionaron inicialmente por considerarlo un desatino terminó revelándose como un acierto, ya que con el paso del tiempo lo convirtió en casi el único carpintero que contaba con materiales para seguir trabajando pese a la interrupción de las importaciones, que se extendió durante algunos años.

La crisis, de todos modos, se hacía sentir. El trabajo escaseaba en la carpintería, donde casi no había pedidos de nuevos muebles y apenas si se hacían unas pocas reparaciones menores. En ese tiempo, el pequeño René vio cómo su mamá preparaba viandas de comida y las ofrecía a personas que pedían casa por casa algo de comer. Eran los "crotos", los que se habían quedado sin trabajo. Muchos de los que mendigaban eran sus propios vecinos, amigos de la familia. Nunca pudo olvidar la impresión que le causó la crudeza de aquella escena.

---

1 Véase fundacionfavaloro.org
2 René Favaloro: *¿Conoce usted a San Martín?*, Buenos Aires, DeBolsillo, 2012, p. 9.
3 René Favaloro: *Recuerdos de un médico rural*, Buenos Aires, Ediciones SDDRA, 1980, p. 89.

CAPÍTULO 2

El Pibe

–¡Dale, Pibe, metele que llegamos tarde! –gritó el tío Leopoldo desde el zaguán.

Leopoldo era uno de los hermanos menores de Aída, la mamá de René, y trabajaba en la carpintería de los Favaloro. Había empezado como aprendiz en la adolescencia y, poco a poco, Juan Bautista le había ido enseñando los secretos de la actividad. La sobremesa se había disuelto intempestivamente cuando alguno de los presentes alertó sobre la hora. Faltaba poco para que comenzara a jugar la reserva de Gimnasia y Esgrima de La Plata y, por aquellos años, era una cita obligada para los simpatizantes de la escuadra albiazul llegar temprano al estadio del Bosque para ver a las promesas jóvenes del club antes de que saltaran al primer equipo.

En la casa de los Favaloro pocas costumbres estaban tan arraigadas como la comilona familiar los domingos al mediodía. Alrededor de la larga y torneada mesa del comedor que el jefe del hogar había construido con sus manos de habilidoso ebanista, los comensales disfrutaban de la pasta casera amasada por Aída junto con un estofado que varios de sus descendientes califican de inolvidable. Aquella tradición, sazonada con vino, pan casero y la infaltable *panna cotta*, incluía también la charla relajada en que los avatares de las distintas ocupaciones se mezclaban con las últimas novedades del barrio y la política, un tópico ineludible en el que el afecto y la tolerancia primaban sobre las diferencias. Entre los Favaloro solo había unanimidad en el fútbol: todos eran hinchas de Gimnasia.

Las incursiones a la cancha eran una experiencia fascinante para el pequeño René, o el Pibe, como le decían. El estadio estaba ubicado en el corazón del Paseo del Bosque, un pulmón verde que contaba con casi cien hectáreas arboladas por la familia Iraola, propietaria de buena parte de las tierras de la región antes de que Dardo Rocha implantara allí la singular simetría de la urbe nacida de un plano. Se había inaugurado oficialmente en 1924 frente al predio de juegos atléticos del club, destinado a la práctica de deportes al aire libre. Aquel año el equipo fue subcampeón del torneo de la Asociación Amateurs de Football, detrás de San Lorenzo, y terminó invicto como local.

Surgido en 1887 bajo el lema *Mens sana in corpore sano*, el club de Gimnasia y Esgrima había nacido como una institución ligada a los sectores acomodados de la ciudad, con un marcado perfil aristocrático que, con el tiempo, y sobre todo desde la incorporación del fútbol entre sus actividades principales, se había vuelto popular, nutriendo sus filas con nuevos adherentes de la clase trabajadora. Al parecer, como en la década de los años 20 varios de sus jugadores eran empleados de los frigoríficos de la región, se empezó a llamar al club como "la Tripa" y a sus seguidores como "los triperos". El mote, que nació de los sectores acomodados de la ciudad con un sentido despectivo, terminó siendo acogido con orgullo por la parcialidad.

La reiteración de buenas campañas fue multiplicando el público que asistía a ver los partidos e impulsó a los directivos a construir una platea techada con butacas para socios y tribunas populares que llevaron la capacidad del reducto a 20 000 localidades, e incorporaron, además de vestuarios, oficinas administrativas y hasta una confitería donde era un hábito que los simpatizantes tomaran una que otra medida de caña. Para los Favaloro, el trayecto de quince cuadras hasta la cancha del Bosque era una verdadera fiesta.

Del otro lado de la avenida 1, hacia el río, El Mondongo se vestía con los colores de la institución decana del fútbol nacional. Algunos vecinos colgaban banderas en los balcones y sacaban sillas para, entre mate y mate cocido, saludar el paso de los simpatizantes. Era el barrio de los frigoríficos y, por lo tanto, un barrio "tripero" por excelencia.

René empezó a prestarle atención a Gimnasia a partir de 1929. Ese año el club se alzó con la Copa Estímulo (así se llamó el torneo, anteúltimo de la era *amateur*) con una *performance* fenomenal: 14 triunfos en 17 partidos disputados. La consagración llegó el domingo 9 de febrero de 1930 con una victoria por 2 a 1 sobre Boca Juniors, con dos tantos del delantero estrella Martín Cesáreo Maleanni. Se jugó con gran afluencia de público en la cancha de River Plate, por entonces ubicada en la antigua avenida Alvear –actual Libertador– y Tagle. En la ciudad de las diagonales aún se evoca el festejo interminable de aquel título que terminó confundido con las celebraciones de los carnavales.

El futuro médico se perdió la final, pero ya vivía los partidos con gran entusiasmo. Junto a algunos de sus compañeros de la escuela intentaba memorizar los nombres de los jugadores que oía en su casa o leía en las páginas de los diarios locales que había empezado a consultar en la sala de la biblioteca del barrio. En 1933, ya en el profesionalismo, la base de aquel conjunto que había resultado campeón *amateur* pasó a la historia como "El Expreso". Así la había bautizado el periodista Carlos de la Púa en el popular diario *Crítica*, porque era como una locomotora que arrollaba a sus rivales. Fue entonces que René comenzó a ir con mayor frecuencia a ver los partidos, siempre de la mano de Leopoldo o de alguno de sus otros tíos. Incluso su presencia en el Bosque se transformó pronto en una especie de cábala familiar. El equipo no había perdido un solo partido y era la revelación del certamen: llegó a estar veintiséis fechas consecutivas en la punta.

En esa época los niños no pagaban entrada, así que, como solía bromear el tío Leopoldo para jactarse de la efectividad de la martingala, llevar al Pibe era toda ganancia. Fue la época en que concurrió más asiduamente a ver fútbol. Luego, el estudio, las ocupaciones y los compromisos lo fueron alejando de los estadios.

Sin embargo, las décadas no borrarían en René el recuerdo de la excitación con que vivió el primer partido de aquel certamen, cuando el conjunto, dirigido por el húngaro Emérico Hirschl, derrotó como visitante por 2 a 0 a Estudiantes, el otro equipo de La Plata. Para René, El Expreso había sido "un cuadrazo", y no se cansaba de elogiar a sus jugadores, entre los que siempre destacaba a Arturo "Torito" Naón, el goleador, y al mediocampista central José María Minella, quien años después pasó a River, donde integró la primera versión de ese inolvidable equipo conocido como "La Máquina". Esa campaña lo convirtió en un hincha incondicional. Sobre el final del campeonato, una serie de malos arbitrajes dejó al equipo fuera de competencia. Como buen tripero, René se diplomó en sufrimiento.

Aquel chico humilde y sentimental, que gozaba y se afligía con los resultados de su amada divisa, nunca imaginó que esa inmensa platea con techo de cemento, que con perpleja fascinación había visto construir en 1931 para albergar el palco de las autoridades y las ubicaciones preferenciales de las personalidades encumbradas del club, alguna vez iba a llevar su nombre.

René había comenzado la escuela primaria a principios de 1930. Aunque nadie en la familia lo recuerda ni nunca se ha mencionado, en la documentación de su trayecto escolar hay un dato desconcertante que da cuenta de un paso fugaz por la Escuela Primaria N° 15 "Sargento Cabral", de la localidad de San Germán, apenas un caserío entre montes y caminos arenosos en el distrito de Puán, en el sudoeste de la provincia de Buenos Aires, muy cerca de Jacinto Arauz –localidad en la que iba a vivir y a ejercer como médico rural años más tarde–, en el límite entre Buenos Aires y La Pampa. Así consta en la Cédula Escolar que la Dirección General de Escuelas bonaerense le asignaba a cada alumno.

Cerca de San Germán tenía un campo Manuel Rodríguez Diez, esposo de Ofelia Raffaelli, hermana menor de Aída. El matrimonio vivía en Villa Iris, una de las colonias próximas a Arauz. Algunos lugareños sostienen que era común que los Favaloro-Raffaelli

visitaran a la parentela en los veranos, cuando René era pequeño. En el mencionado documento escolar, que contenía, entre otras cosas, el cumplimiento del calendario de vacunación y una ficha médica, consta que el alumno recibió un pase "por mudanza" el 12 de abril de 1930, por el cual continuó cursando el primer grado en el turno mañana de la Escuela N° 45, Manuel C. Rocha, donde completó el ciclo.

Fuentes familiares no descartan la hipótesis de que su padre tuviera un trabajo importante en esa zona y que, en medio de las dificultades económicas de la época, hubiera tenido que desplazarse. Como se verá, no es el único misterio alrededor de la vida de Favaloro. Pero fue en la Escuela N° 45 donde, finalmente, René cursó la primaria. Estaba ubicada en 68 y diagonal 73, entre 115 y 116, pleno barrio El Mondongo, a seis cuadras de su casa y a tres de la de sus abuelos maternos, adonde concurría asiduamente después de clases. Ahí, con Cesárea, trabajaba en la huerta y cuidaba los animales que había en el corral.

En el renglón "Datos de Filiación", que contiene referencias del alumno que eran completadas por el Cuerpo Médico Escolar y registradas por las autoridades del establecimiento, se reseña: "Color de piel blanca, ojos negros grandes y nariz mediana". El documento consigna, asimismo, que cuando ingresó a primer grado, con seis años, Favaloro medía 1,25 metro. En esa época sobresalía entre sus compañeros por su altura y buena conducta, pero no por su desempeño escolar, que con el tiempo fue mejorando. Si bien alguna vez integró el cuadro de honor, en todos los años de la primaria mostró la misma evolución: un comienzo con flojo rendimiento que va repuntando notoriamente a medida que avanzaba el período lectivo. El proceso puede observarse en las copias de aquellos boletines que se conservan en el archivo del Colegio Nacional de La Plata, donde hasta figuran algunos llamados de atención tales como "muy conversador", o "mejore su conducta".

Con pocos recursos, pero gran vocación y entrega, el cuerpo docente, bajo la supervisión de la directora Elvira Rodríguez, fomentaba el aprendizaje a través de tres principios: la participación, el deber y la disciplina; algo que Favaloro se encargó de destacar y agradecer a lo largo de su vida; igual que la lectura de libros como *Platero y yo*, de Juan Ramón Jiménez, *Juvenilia*, de Miguel Cané, o *Recuerdos de provincia*, de Domingo Faustino Sarmiento. Alguna vez René evocó a su maestra de sexto grado, Laura Villanueva, recostada sobre el ventanal del aula, respondiendo las inquietudes de los alumnos sobre temas que, en ocasiones, excedían los contenidos incluidos en los programas de estudio. También solía recordar anécdotas graciosas de los actos que se realizaban los días festivos, donde era común que los alumnos hicieran representaciones teatrales.

Por lo demás, la infancia de René transcurrió en el clima modesto y apacible de la periferia platense, entre casitas bajas y un clima de gran confraternidad. Era un ambiente semirrural con calles de tierra y veredas con zanjas que en las noches húmedas y calurosas se poblaban de ranas. Más allá de los juegos infantiles, la rutina del día incluía dos obligaciones ineludibles: la tarea escolar y el cuidado de la quinta. En su hogar lo alimentaron con el ejemplo de la cultura del trabajo y el esfuerzo, no solo como forma de ascenso social sino, ante todo, como postura ética frente a la vida.

Su padre, Juan Bautista, era riguroso y parco. Vivía para su trabajo y a veces no veía la luz del día. Entraba en el taller antes del amanecer y salía para la cena. Solo descansaba en Navidad y Año Nuevo, cuentan sus descendientes. En aquel galpón René empezó a jugar con la viruta, pero luego, poco a poco, fue identificando las herramientas y su función. Observaba abstraído la forma en que su padre trabajaba en la técnica del encastre con minuciosidad de artesano y precisión matemática. Una vez, se subió a un banco para curiosear, trastabilló y se desplomó sobre una sierra sin fin. Sufrió una herida profunda a la altura de la cadera derecha por la que tuvo que ser llevado de urgencia al hospital Policlínico. La cicatriz lo acompañó toda su vida.

A medida que fue creciendo, pasaba más tiempo entre las maderas experimentando con gubias y formones. Así comenzó a incorporar la actividad naturalmente y, desde los diez años, empezaron a darle tareas. En los veranos, o cuando la demanda apretaba, se

convertía en un operario más. Aprendió la técnica del tallado con un italiano de apellido Davagnino.

Su madre, Aída, tenía los ojos verdes y una mirada tierna. Cumplía con devoción y esmero su papel de ama de casa y contribuía con la economía del hogar a partir de sus habilidades como costurera. Favaloro solía contar que ella le había enseñado a zurcir y a hacer nudos con el hilo de los carreteles. La recordaba sentada durante horas frente a la máquina de coser, haciendo el pespunte de un mantel o el dobladillo de un pantalón. Siempre lo asombró su capacidad para copiar los modelos que aparecían en las revistas.

En la paz pueblerina del barrio, el zaguán, la vereda y el potrero eran, junto a la escuela, escenarios de socialización por excelencia. El Pibe y su hermano hacían de las suyas en el mundo de doscientos metros que era la cuadra de su casa. Juan José era más dado y travieso: desde chico lo llamaban "Manzanita", porque siempre andaba como acalorado, con las mejillas enrojecidas. Se destacaba en el barrio por su habilidad para hacer barriletes, y tenía una colección de cometas que era la envidia de todos.

Los frecuentes picados que enfrentaban a los chicos de la cuadra casi nunca se jugaban con una pelota de cuero; a modo de balón usaban un puñado de trapos viejos atados con sogas. Aquellos partidos, evocados por Favaloro en varias ocasiones, eran espacios en los que se forjaba la personalidad de cada cual y comenzaban a aflorar la amistad y los liderazgos. En su casa, René y Juan José habían armado, con ayuda de su padre, una especie de casilla a un costado del galpón usado para estacionar las maderas. Allí solían juntarse con sus amigos y, como un presagio de lo que vendría, muchas veces convirtieron el lugar en una especie de consultorio donde jugaban a operar, curaban a algún perro guacho del barrio o despanzurraban una paloma.

A su vez, era la época de esplendor del club social y deportivo, consolidado como eje vertebrador del vecindario. Contaban con importantes instalaciones, donde se organizaban actividades para la familia, reuniones de amigos, bailes, kermeses, corsos, grupos de teatro, comidas y hasta tareas comunitarias. En las fiestas era común la presentación de números en vivo, especialmente orquestas de tango en las que, por esos años, descollaban jóvenes figuras como Alberto Castillo, Aníbal Troilo, Osvaldo Fresedo o Ricardo Tanturi. Allí, además del fútbol, se practicaba básquet, bochas, boxeo y billar, entre otras disciplinas que se alimentaban a través de ligas y convocantes torneos barriales.

René tuvo al menos dos grandes amigos de la infancia, con los que compartió a una misma vez la geografía del barrio, la escuela y la pasión por Gimnasia y Esgrima: David Isaac Harari y Héctor Mario Moszenberg. El primero vivía a media cuadra de lo de los Favaloro y el otro, a la vuelta de la escuela. Con ellos compartía un cúmulo de vivencias íntimas e imborrables. Según contaba Favaloro, los Moszenberg vivían de los pocos pesos que el padre reunía repartiendo pan en una bicicleta y muchas veces su familia invitaba a Héctor a comer. Pese a que el destino los llevó por diferentes caminos, nunca se rompió el vínculo que los había fundido en aquellos primeros años.

Cuando finalizó la primaria le entregaron un certificado analítico firmado por la directora de la Escuela N° 45, Elvira Rodríguez. En el último año se había destacado en historia, geografía y labores y tareas manuales. Sus puntos débiles estaban en matemática, lengua, educación física y música. El Pibe estaba decidido a seguir estudiando y convertirse en un profesional. Se propuso ingresar al prestigioso Colegio Nacional Rafael Hernández de la Universidad Nacional de La Plata, para lo cual contó con el apoyo decisivo de su madre y sirvió para diluir los reparos de su padre, que siempre había proyectado tenerlo a su lado en la carpintería.

Para eso, durante casi todo el último año de la primaria dedicó varias horas al día a prepararse para el examen eliminatorio. Su gran preocupación era la matemática. Con una constancia encomiable, revisó todo lo visto en las carpetas que guardaba de los años anteriores y volvió a hacer todos los ejercicios hasta aprendérselos casi de memoria. Junto a su tío Luis Gerónimo, ferviente defensor de las ideas socialistas, iba a la biblioteca Alborada, en 58 entre 10 y 11, a buscar textos clásicos y manuales de lengua. Leyó todo lo que pudo y practicó las reglas de la ortografía y la sintaxis.

A principios de febrero de 1936, René había reunido todos los requisitos para inscribirse en el Nacional. Le pidieron una copia de la cédula de identidad y varios certificados en los que constaran edad, aprobación del ciclo primario, cumplimiento del calendario de vacunación y estado de salud. El siguiente paso fue afrontar el examen, que consiguió sortear, pese a que no le resultó nada fácil. "Pasé raspando", admitió en su libro *Don Pedro y la educación*, dedicado a uno de sus docentes del secundario, el literato dominicano Pedro Henríquez Ureña.

Entre los Favaloro, el tío Arturo se había convertido en una referencia importante por haber sido el primero en acceder a la educación universitaria. Sus padres y hermanos mayores le costearon el arancel de la Escuela Preparatoria de Medicina, una instancia de estudio terciario que dependía de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Se cursaba los primeros tres años con programas semejantes a los de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad de Buenos Aires, donde debía completarse y validarse la formación.

Mientras estudiaba, Arturo fue adquiriendo un interés y compromiso crecientes por la política. Eran tiempos convulsionados en los claustros académicos y no tardó en entreverarse en los debates febriles sobre la renovación de los claustros que, desde la Reforma Universitaria originada en Córdoba, en 1918, había calado hondo entre los estudiantes platenses, quienes pugnaban no solo por mayor participación y democracia interna sino que bregaban por una profundización del carácter científico de la institución. Arturo defendía con enjundia la representación estudiantil en los cuerpos directivos y la consolidación de mecanismos que aseguraran el ascenso social de las clases trabajadoras.

Las discusiones alcanzaron en La Plata un cariz de extrema violencia, con expulsiones, enfrentamientos callejeros, detenciones ilegales y clausura de locales estudiantiles. El pico máximo se había producido a principios de abril de 1920 cuando, en medio de una refriega durante una huelga estudiantil murió baleado el estudiante de Medicina David Francisco Viera, homicidio que nunca fue esclarecido.

En el tramo final de sus estudios, Arturo realizó la residencia en el hospital Pedro Fiorito, de Avellaneda, inaugurado en 1913 como el más importante al sur de la Ciudad de Buenos Aires, y donde consiguió su primer trabajo después de recibirse. No pasó mucho tiempo para que decidiera instalarse en una casa cerca del nosocomio, en la que montó su consultorio particular. Así, Arturo Cándido Favaloro se erigió en el primer médico de una familia que hoy cuenta con cuatro generaciones de galenos. Se especializó en cirugía y pronto comenzó a trabajar en el hospital Guillermo Rawson, cuna de una de las escuelas más importantes en la materia.

Pero, pese a abocarse intensamente a la profesión, no perdió el vínculo con sus parientes. Los fines de semana decía presente en los tradicionales almuerzos domingueros y, entre otras cosas, aprovechaba para disfrutar de la pasión compartida por el club de fútbol Gimnasia y Esgrima. Entre Arturo y René se estableció una conexión singular: "Quizá por ser yo el primer sobrino varón, sentía por mí cierto afecto especial que resaltaba cuando volvía a La Plata a visitar a sus familiares, en los pocos ratos libres que le permitía su actividad. Existía entre nosotros, sin duda, una relación más profunda", escribió alguna vez el cardiocirujano.

Aída solía decir que en su hijo la inclinación hacia las ciencias médicas se había manifestado en forma precoz. El propio Favaloro lo convalidó en su libro *Recuerdos de un médico rural*: "Debo confesar que la medicina fue vocación en mí desde siempre. Mi madre refiere que ya a los cuatro o cinco años manifestaba deseos de ser médico. La explicación debe encontrarse en el predicamento de mi tío doctor, hermano menor de mi padre, entonces el único miembro de la familia con educación universitaria".[4] Alguna vez también atribuyó aquella precoz inclinación al hecho de "haber nacido en el barrio del Policlínico de La Plata, a menos de dos cuadras del hospital".

Algunos fines de semana, Arturo llevaba a su sobrino a su casa de Avellaneda. Charlaban sobre los vaivenes del trabajo de médico y el Pibe observaba con curiosidad e interés todo lo que ocurría en el consultorio. Luego, acompañaba a su tío en las llamadas "visitas de auxilio", un itinerario por las casas de los vecinos del barrio que tenían prescrito

reposo domiciliario. Entre paciente y paciente, el tío le comentaba los pormenores de cada caso. “Entonces sí tuve el convencimiento absoluto de que mi futuro estaría en la medicina”, refirió René al evocar aquella experiencia reveladora que sirvió para orientar su destino.

4 R.Favaloro: *Recuerdos…*, pp. 9 y 10.

CAPÍTULO 3

La raíz del humanismo

El ingreso al Colegio Nacional Rafael Hernández cambió la vida de René Favaloro de un modo definitivo. El prestigioso establecimiento dependiente de la Universidad Nacional de La Plata le abrió las puertas de un mundo nuevo y apasionante en el que confluían el conocimiento, los valores del humanismo y las expresiones más elevadas del arte. Lo guiaba el objetivo del progreso a partir del esfuerzo, aunque también le sirvió como una plataforma desde la cual era posible asomarse al mundo complejo de la política.

La institución había sido concebida bajo el lema "ciencia y patria" por el entonces ministro de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Víctor González, para brindar una enseñanza preuniversitaria de excelencia a jóvenes a los que se anhelaba convertir en la futura clase dirigente de la provincia, e incluso del país. González defendía la idea de establecer un ciclo completo que integrara la escuela primaria y el bachillerato con la formación profesional, al que pretendía dotar de un sesgo "moderno y experimental" que diera lugar a la aplicación práctica de los saberes aprendidos en beneficio de la comunidad.

El roce con profesores y pares de condición socioeconómica diferente de la suya le permitió a René ampliar su perspectiva, así como reflexionar con diferentes herramientas sobre lo colectivo y el origen de los desequilibrios entre los hombres. En aquel primer paso, que luego complementó con los estudios de Medicina, se abrió ante sus ojos la ciudad en sus diversas dimensiones, como capital obrera, intelectual y administrativa de la provincia, pero también por haber prohijado a lo largo de su historia a figuras centrales de la vida nacional. Una ciudad siempre atravesada por tensiones, debates y tragedias que impactaron en su peculiar sensibilidad y despertaron en él la conciencia social y el compromiso con su época.

Ubicado en un amplio predio sobre la avenida 1, entre las calles 48 y 50, de frente a la ciudad y de espaldas al Bosque, el imponente edificio lo cobijaría durante seis años de su vida desde que empezó las clases, en marzo de 1936. Desde entonces, cada mañana tomaba el tranvía de la línea 15 que lo dejaba a metros del acceso principal del colegio. Las primeras semanas las pasó recorriendo admirado cada rincón de las tres plantas construidas en un estilo neoclásico con detalles decorativos academicistas e italianizantes, que lo impresionaban por el contraste con las modestas instalaciones de su escuela de procedencia. El colegio cobraba diversos aranceles como los derechos de matrícula y de uso de laboratorio, y también exigía el pago de una tasa para habilitar la instancia de examen. En el legajo de alumno de René (el número 92) consta el pedido de su padre para conseguir una beca que permitiera a la familia afrontar los gastos de la enseñanza.

El 20 de abril, Juan Bautista presentó una nota manuscrita dirigida a la presidencia de la UNLP, por entonces a cargo del ingeniero Julio Castiñeiras, en la que solicitó la ayuda "ya que –expresó– me hallo sin trabajo y quién sabe si puedo hacer seguir estudiando a mi hijo". Según indicó, tenía por entonces un ingreso mensual de 150 pesos, de los cuales destinaba 60 al pago en cuotas de su vivienda; de modo que, si por derecho de matrícula y laboratorio debía pagar 15 pesos, la ecuación no le cerraba. Aquella solicitud se completó con un formulario en el que el alumno declaraba bajo palabra de honor no poseer bienes ni trabajo y depender del sostén de su familia.

Cuando René empezó el bachillerato, el rector era el psicólogo y doctor en Pedagogía Alfredo Domingo Calcagno, quien al promediar ese año dejó el cargo tras ser nombrado como decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Lo reemplazó durante algunos meses el abogado e historiador Luis Sommariva, hasta que en 1938 la conducción de la institución quedó en manos del veterinario Carlos Teobaldo.

El establecimiento era exclusivamente para varones, y contaba con un plan de estudios de avanzada aprobado en 1934, del cual se proclamaba que apuntaba a una educación humanística cuyos valores fundantes eran la libertad, la justicia y la ética. Favaloro compendió del siguiente modo la idea primordial de aquel programa: se trataba de "formar hombres integrales, con principios sólidos de profunda base humanística que, por encima de los conocimientos del arte y de la ciencia, entendiéramos de una vez y para siempre que vivir en libertad y respetar la justicia eran esenciales en nuestra vida; que la ética y la moral nos exigían luchar siempre por la dignidad del hombre; que el respeto y la búsqueda de la verdad nos alejaban de los dogmas; que cada persona tiene derecho a su individualidad pero está obligada y comprometida a participar y tratar de mejorar la sociedad de su tiempo; que las grandes satisfacciones provienen de los logros del espíritu obtenidos a través del libre albedrío; que para alcanzar estos ideales es necesario trabajar con pasión, esfuerzo y sacrificio".

El núcleo de asignaturas dictadas consistía en un pantallazo general sobre prácticamente todas las disciplinas humanas, desde las más clásicas como Historia, Castellano, Geografía o Matemática hasta Economía Política y Cosmografía. Sin descuidar la formación humanística, René dedicó particular atención a las ciencias biológicas, que le despertaban el mayor interés.

Uno de los pilares de la currícula buscaba que los alumnos asimilaran el pensamiento científico a partir de un abanico de materias como Física, Química, Botánica, Zoología, Mineralogía, Higiene y Anatomía. En aulas equipadas como laboratorios, los estudiantes podían experimentar con pipetas, tubos de ensayo, matraces y mecheros de Bunsen. Del vasto instrumental disponible, el microscopio fue el que más fascinó a René por sus posibilidades.

El plantel docente era de muy alto nivel. Sobresalían especialmente el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña, el polifacético poeta, escritor y ensayista santafesino Ezequiel Martínez Estrada, el poeta Rafael Alberto Arrieta, el constitucionalista Carlos Sánchez Viamonte y el crítico de arte Jorge Aníbal Romero Brest. No les iban a la zaga el profesor Narciso Binayán Pérez, fundador y presidente de la Sociedad de Historia Argentina; el poeta cordobés Arturo Capdevila, el historiador Alberto Palcos, el arqueólogo Fernando Márquez Miranda o el egiptólogo Abraham Rosenvasser.

La enseñanza promovía el encuentro directo de los jóvenes con las grandes obras e ideas de autores de diferentes épocas. "Aprendimos a enamorarnos de los libros", diría René más tarde. Las horas de cátedra no alcanzaban para estar al día y había que seguir en la casa o en la biblioteca. Leyeron textos de Homero, Platón, Molière, Shakespeare, Milton, Flaubert y Dickens, además de incursionar en la obra de autores locales como Domingo F. Sarmiento, Leopoldo Lugones, Esteban Echeverría, Miguel Cané y Florencio Sánchez, así como los escritos de sus propios profesores Martínez Estrada, Arrieta y Henríquez Ureña.

Cuando les tocó abordar *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, René fue elegido por el profesor Augusto Cortina Aravena para leer en voz alta ante sus compañeros: eran lecturas de fragmentos seleccionados que demandaban entre quince y veinte minutos. Entre asombro, risas y reflexiones, incorporaron las enseñanzas de ese texto universal sobre el sentido de la vida, la libertad, la virtud, la belleza, el coraje y la humildad. Favaloro contó alguna vez que, si bien no llegó a tenerlo al frente de su clase, asistió a charlas que daba en el colegio para grupos de graduados el riojano Arturo Marasso Rocca, un erudito en clásicos castellanos.

Sobre todo en los años superiores, las clases se tornaban participativas y se generaban debates promovidos por los docentes que excedían los tópicos de la asignatura en cuestión. Esto ocurría con mucha frecuencia en las clases de Filosofía, en las que conocieron las ideas

de Aristóteles, Platón, Spinoza, Kant, Nietzsche y Spencer. También era habitual que los profesores y algunos alumnos interesados organizaran reuniones fuera de la escuela para seguir ampliando conocimientos. Uno de los que más incentivaba este tipo de prácticas era José Rodríguez Cometta, filósofo especialista en metafísica vinculado al célebre psiquiatra y filósofo Alejandro Korn.

Sánchez Viamonte tenía a su cargo el dictado de Instrucción Cívica. Había escrito un tratado sobre el hábeas corpus y, entre muchas otras obras, un Manual de Derecho Constitucional muy consultado. "Carloncho", como lo llamaban cariñosamente, era un dirigente destacado del Partido Socialista, por el que llegó incluso a ser diputado nacional, y solía orientar sus clases hacia ejemplos de la coyuntura social y política. Cada vez que intentaba ilustrar a sus alumnos sobre diversos aspectos de la Constitución terminaba arengando contra el denominado "fraude patriótico" instaurado por los conservadores desde principios de la década de los 30, que coartaba la posibilidad de ampliar la base de votantes como se suponía que debía hacerlo el régimen de sufragio obligatorio, secreto y universal.

En general, cuando los profesores alentaban las intervenciones de los alumnos, aceptaban el disenso, aunque exigían la exposición de los fundamentos de cada opinión. Cierta vez, durante una clase de Historia del Arte, René discrepó con Romero Brest en que, para él, las obras no figurativas eran inentendibles, y dudaba incluso de que tuvieran valor artístico. Aquel maestro promotor de las vanguardias le dio una larga respuesta que podría resumirse así: "El arte, si conmueve, no requiere ninguna explicación". El alumno no quedó conforme pero la vida lo llevó a entender aquella lección ante el poder hipnótico de una enorme pintura abstracta expuesta en el pasillo del Edificio de Educación de la Cleveland Clinic, en Estados Unidos, adonde partiría años después para especializarse en cirugía torácica. "Cada vez que pasaba delante de aquel cuadro, disminuía la marcha o la detenía por unos momentos. Algo había en esas líneas circulares de variado tamaño y tonalidades de acuerdo con la predominancia del rojo o del negro. Algo había eternamente diferente para que mi alma gozara por unos instantes. Sin duda Romero Brest tenía razón: el arte verdadero tiene diversas maneras de manifestarse", escribió.[5]

También fue relevante la impronta que dejaron en él docentes como Carlos Colombo, de Botánica, que en sus recorridas por el Bosque ilustraba a los alumnos sobre la variedad y propiedades de las especies allí implantadas con una visión precursora sobre el valor del cuidado del ambiente; o el de Educación Estética, Tobías Bonesatti, quien llevó a René y a muchos de sus compañeros a escuchar por primera vez piezas de música clásica a través de un fonógrafo, ayudándolos a refinar el oído para poder identificar los distintos instrumentos de una orquesta.

Pero, sin lugar a dudas, el profesor que se convirtió en un referente ineludible para Favaloro fue Martínez Estrada, que estaba a cargo de la cátedra de Literatura Universal. Era un docente que incentivaba a sus alumnos en la lectura de clásicos como Baudelaire, Poe, Whitman o Mallarmé, haciéndolos disfrutar tanto como él mismo de las clases, que muchas veces se prolongaban más allá de la hora estipulada y continuaban en el patio o bajo el reparo de alguno de los eucaliptos del Bosque. Sin perderle el respeto y la admiración, todos lo llamaban Patroclo en alusión a uno de los héroes griegos de la Guerra de Troya, amigo y compañero de armas de Aquiles. René quedó deslumbrado con el mundo mágico de quimeras y la belleza fatal de Trapalanda, la tierra ilusoria y fallida descripta por el escritor en *Radiografía de la pampa*, libro que lo marcó para siempre. Ya de adulto, declaró que el *Prometeo encadenado*, poema que había descubierto gracias a aquel venerado profesor, era el texto más trascendente sobre la libertad del hombre que había leído en su vida, y consideró que esa tragedia de Esquilo debería ser de lectura obligatoria en las escuelas.

Las alternativas de la Segunda Guerra Mundial, que había estallado en 1939, cuando René cursaba cuarto año, se seguían con expectativa y preocupación en el Nacional, donde, a medida que se desarrollaban los acontecimientos, crecía la alarma por el avance de las fuerzas nazi fascistas. El conflicto bélico se convirtió en un tema de discusión en casi todas

las materias por fuera de lo que exigía la currícula, lo cual permitió a los jóvenes de esa época asomarse a una primera visión de la política mundial. Para estar al tanto de los acontecimientos, René solía ir con varios de sus compañeros a leer las últimas noticias de los diarios que se exhibían sobre unas pizarras en las vitrinas de las redacciones, a pocas cuadras del colegio.

Como los alumnos de los años superiores podían aspirar al cargo de celador, René presentó una solicitud para ese puesto ni bien comenzó a cursar el cuarto año. Lo logró en quinto, cuando se integró a ese cuerpo encargado de mantener el orden en el establecimiento, y ocupó ese rol en forma interina desde mediados de 1940. Fue su primer trabajo remunerado y su contribución a la economía familiar. El 1° de abril de 1942, ya graduado, y a propuesta de la rectoría, el presidente de la UNLP –y prestigioso dirigente socialista– Alfredo Lorenzo Ramón Palacios firmó su nombramiento definitivo en el cargo, que mantuvo hasta el fin de ese ciclo lectivo, cuando ya cursaba el primer año de Medicina.

En la notificación oficial, remitida al "Señor bachiller", el rector Teobaldo dijo sentir "verdadera satisfacción de poder premiar en esta forma su aplicación y comportamiento como estudiante", y destacó que la medida debía servir como estímulo para que los estudiantes pudieran comprender que "estos cargos se ganan por el propio esfuerzo y son una ayuda a los alumnos distinguidos para la prosecución de sus estudios". Durante los tres años que ofició como celador, Favaloro no sancionó a ningún alumno. Prefería arreglar las cosas conversando. Quienes estuvieron bajo su autoridad lo recuerdan afectuoso y sensible. En aquella función conoció a Rodolfo Héctor Fabris, con quien inició una fecunda amistad que cultivó de por vida, además de otros compañeros entrañables.

Más allá de las responsabilidades formativas, a medida que crecía, el Pibe fue ganando en independencia y comenzó a mudar sus intereses. En ese tiempo amplió notablemente su vida social, sobre todo orientada hacia el nuevo círculo de relaciones vinculadas con sectores de las clases media y acomodada que integraban el estudiantado de la institución. También incursionó en el movimiento político estudiantil y, a medida que dejaba atrás el candor de la infancia, se internó en una adolescencia, que trajo consigo nuevas salidas y el despertar de nuevos impulsos vitales.

Así, a su pasión por ir a ver el "fulbo" (como siempre lo llamó, haciendo gala de un rasgo campechano y orillero que, lejos de avergonzarlo, lo enorgullecía) se sumaron sus primeras aventuras noctámbulas. Tendría diecisiete años cuando comenzó a asistir a bailes en clubes más allá de las fronteras de su propio barrio y también se convirtió en habitué de las tradicionales veladas juveniles del Club Universitario. En una ocasión, el intento por seducir a unas chicas junto a su compañero Emilio Artabe, en una fiesta en el barrio de La Loma, terminó en una huida a la carrera, perseguidos por un grupo de muchachos de la zona molestos por la osadía de los "forasteros".[6]

René adoraba vagar por el Bosque y las plazas de la ciudad al anochecer. "Tuve tiempo de corretear y robar los primeros besos furtivos entre las sombras nocheras de los amores chiquilines y conocer después a esa mujer que el hombre encuentra en su juventud, con la que transita los caminos del amor total y siente hasta el tuétano, por primera vez, la marca del sexo", escribió en su libro *Recuerdos…*[7]

En sus años del secundario practicó también varios deportes en el campo recreativo del Colegio. Además del fútbol le gustaba la natación, que ejercitó los veranos en la pileta olímpica del predio, y también jugaba con entusiasmo y cierta rutina a la pelota paleta en los frontones ubicados junto a las vías del tren. También utilizaba con frecuencia un gimnasio con aparatos que habían instalado en un edificio de estilo neoclásico, réplica del Partenón de Atenas. En otro de los ambientes de esa singular construcción funcionaba el Departamento de Física, que había maravillado a Albert Einstein durante su visita a La Plata en 1925.

Debido a su altura –para entonces ya rondaba el metro ochenta y cinco–, René se destacó en el básquet; tanto que pronto comenzó a jugar en el Club Gimnasia y Esgrima junto a varios de sus compañeros del colegio, entre ellos los hermanos Alberto y Héctor Delmar. Hasta llegó a entrenarse con el equipo de primera, en el que había jugadores de la

talla de Oscar Pérez Cattáneo, futuro miembro del equipo nacional que compitió en los Juegos Olímpicos de Londres, en 1948. Sin embargo, las responsabilidades del estudio y el trabajo le impidieron continuar. Le costó mucho comunicarle al director técnico, Aníbal Tassara, que no podría continuar con los entrenamientos tres veces por semana, pero después de muchos cabildeos tomó coraje y lo encaró:

–Señor, tengo un problema. Yo tengo que estudiar y trabajar porque vengo de una familia humilde... el tiempo no me alcanza, así que voy a dejar de venir –balbuceó entre compungido y avergonzado, esperando un reproche como respuesta.

Tassara se le acercó, lo tomó de un hombro y le dijo:

–Hace muy bien, muchacho. Si yo hubiese hecho lo mismo que usted, hoy sería abogado.

De acuerdo con las constancias disponibles en los archivos del establecimiento, a fines de noviembre de 1941 René, alumno de sexto año cuarta división, superó con un 7 el examen de la materia Nociones de Economía Política: su última prueba antes de recibirse de bachiller.[8] Para entonces, su hermano Juan José había empezado a seguirle los pasos en el Nacional. Si bien su inicio del secundario fue un tanto complicado y repitió el primer año, luego se encaminó en la senda del estudio y, en adelante, no tuvo mayores problemas.

Promediando el bachillerato, René había empezado a involucrarse en el movimiento estudiantil. El ambiente político del país se había enturbiado y los jóvenes rechazaban con firmeza el modelo conservador sostenido con el fraude electoral. Él se encolumnó en las filas del movimiento reformista, que prevalecía entre los estudiantes en aquellos tiempos.

A finales de 1941, antes de la votación para elegir gobernador, participó de una movilización con decenas de compañeros. Los manifestantes marcharon por la calle 49 gritando consignas contra el candidato oficial Rodolfo Moreno. Al llegar a la avenida 7, efectivos de la policía montada les salieron al cruce sable en mano. En medio de un desbande generalizado, René intentó escapar, pero uno de los "cosacos" –como apodaban a los jinetes de uniforme– lo arrinconó contra la pared. Por fortuna, una señora que pasaba por el lugar logró interponerse y lo salvó de una segura golpiza y de unas cuantas horas de arresto. Aquel episodio operó como un disparador que lo impulsó a participar políticamente, según él mismo relató en *Don Pedro*…, y sirve para enmarcar el clima enrarecido que se vivía en el ámbito universitario al momento de su graduación como bachiller.[9]

De hecho, habían empezado a producirse cesantías de profesores, de modo que al terminar la cursada no hubo espacio para celebraciones y ni siquiera se llevó a cabo el acostumbrado acto de colación. En el certificado de estudios donde se volcó su desempeño a lo largo del ciclo puede observarse que se distinguió, especialmente en materias relacionadas con la medicina. En Química obtuvo 10 de calificación tanto en Inorgánica (cuarto año) como en Orgánica (quinto año); en Anatomía y Fisiología, 9 (cuarto año), y en Higiene, 8 (quinto). Su mejor *performance* se dio en cuarto año, cuando consiguió un promedio de 8,33 considerando el conjunto de sus notas. Si se suman todas las calificaciones obtenidas, su promedio general fue de 7,72.

Además, casi sobre el final del secundario, Favaloro vivió una experiencia personal que él mismo narró con estas palabras: "Así llegó, cursando el sexto año, la mujer que me reveló los secretos del amor total entre las raíces de los viejos ombúes del Parque Saavedra. Su experiencia –era diez años mayor– me fue guiando casi sin darme cuenta. La esperaba con impaciencia, sentado en un banco sobre la calle 12. Lentamente nos refugiábamos entre las sombras del parque hasta que descubrimos los ombúes. Empecé a faltar a reuniones juveniles con innumerables pretextos. A pesar de que nuestro enamoramiento duró más de un año, solamente uno de mis amigos conocía el misterio. F. era profesora secundaria en la escuela técnica para mujeres. Viajaba con nosotros en el tranvía 15 todas las mañanas. Nos sentábamos en asientos distintos. Buscaba, no obstante, con ansiedad, la mirada luminosa

que provenía de sus ojos negros. Sus labios rojos y sus senos prominentes anunciaban los placeres que ambos disfrutaríamos en aquellas noches que nos pertenecían".

Después del desengaño inevitable con la enigmática F., el Pibe se puso de novio con María Antonia Delgado, quien sería su compañera de toda la vida. Toni, como todos la llamaban, tenía tres años más que René: había nacido en La Plata el 7 de junio de 1920. Hija de los inmigrantes españoles Olegario Mateo Delgado y María Antonia Sánchez, vivía a la vuelta del Policlínico San Martín, en la calle 2 entre 68 y 69. Su casa daba a los fondos de lo de los abuelos maternos de René, de modo que la misma medianera que separaba las propiedades terminó por unir sus destinos para siempre.

Por entonces, Antonia era cajera en la tradicional tienda de ropa El Siglo, sobre la avenida 7, frente al Rectorado de la UNLP. En cierta oportunidad, René le contó a un viejo amigo que le había hablado por primera vez cuando entró a comprarse un saco, y a otros les confesó que había quedado flechado por su sencillez y frontalidad, así como por su bondad y carácter comprensivo. En sus primeras conversaciones encontraron amplias coincidencias en su mirada general sobre las cosas.

Cuando empezaron a salir, él la iba a buscar a la salida del trabajo y volvían juntos en tranvía, del que se bajaban unas paradas antes para demorarse en alguna plaza. A veces, cuando el tiempo estaba lindo, les gustaba volver al barrio caminando. También disfrutaban del atardecer en el Bosque, en contacto con los sonidos y aromas de la naturaleza. En ese escenario propicio, René solía leerle poemas de amor. En aquella época, y con bolsillos flacos, no había muchas alternativas para armar una salida. A veces juntaban los pesitos e iban al cine o, aunque a René no le gustaba mucho, iban a bailar en fiestas de algún club barrial donde departían con otras parejas de amigos.

En la familia suelen decir que fue un vínculo intenso. Cuando la relación se afianzó, cumplieron con las costumbres de la época y se hicieron las presentaciones de rigor ante los padres de ambos. Así, el vínculo quedó formalizado.

---

5 René Favaloro: *Don Pedro y la educación*, Buenos Aires, Centro Editor Fundación Favaloro, 1994, pp. 106 y 107.

6 Ib., pp. 114 y 115.

7 R. Favaloro: *Recuerdos*…, p. 15.

8 Entre sus compañeros de aquel Sexto Año Cuarta División, con los que egresó, estaban: César Arriaga, Juan Arrue, Emilio Artabe, Jorge Bartolomé, Jorge Bonanni, Alberto Bracco, Miguel Campodónico, José Caprarella, Horacio Cleffi, Héctor Comoglio, Alberto Constante, Enrique Constantini, Juan José Cremaschi, Dardo De Vecchi, Felipe Del Corro, Ulises Di Carlo, Leonardo Dragunsky, Tomás Echeverría, Luis Alberto García, José Garganta, Justo González, José Luis Gualdoni, Hugo Hirschi, Víctor Manetti, Adalberto Muchenik, Evan Nave, Alfredo Oppio, Eduladio Páez, Eduardo Quintín, Carlos Rocca, Jorge Said, Antonio Saullo, Hugo Spezzi, Ángel Stefanoni, Samuel Taft, Joffrey Tornini y Clelio Zanetta López.

9 R. Favaloro: *Don Pedro*…, p. 121.

CAPÍTULO 4

El reformismo como bandera

En abril de 1942, con dieciocho años, René Favaloro comenzó a estudiar en la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata. El régimen vigente le permitió ingresar en forma directa, ventaja con la que contaban solo los bachilleres de los colegios preuniversitarios. El resto de los aspirantes, en cambio, debía rendir un examen eliminatorio hasta completar un cupo de 120 alumnos. Henchido de orgullo, estrenó el guardapolvo blanco al iniciar las cursadas en el edificio ubicado en el Paseo del Bosque, sobre la avenida 60. En unos amplios galpones se repartían las aulas que convergían hacia un patio interno delante del Aula Pasteur, reservada para eventos especiales y las febriles asambleas estudiantiles. Era el final de la gestión del decano Orestes Adorni, que a fines de aquel año fue reemplazado por Victorio Monteverde, a quien le tocaría dirigir la Facultad, en una etapa difícil, hasta 1945.

La primera prueba seria que René tuvo que sortear fue la lectura de los cuatro tomos del *Tratado de anatomía humana* del francés Jean Leo Testut, para la clase de Anatomía Descriptiva, a cargo del anatomista Rómulo Remo Lambre, famoso por su entrega al trabajo y por la colección osteológica que reunió con cientos de restos mortales cedidos por las autoridades del cementerio local. Fue entonces cuando Favaloro se calzó por primera vez un par de guantes de goma para cirugía y tuvo entre las manos un bisturí y unas pinzas con las que aprendió a disecar cadáveres sobre las mesas del laboratorio.

En Histología y Embriología tuvo como profesor a Herberto Prieto Díaz, discípulo del experto investigador del sistema nervioso Pío del Río Hortega, un español que se había exiliado en la Argentina después de la Guerra Civil en su país y cursó Pediatría en las instalaciones del Hospital de Niños, al que siempre recordó como una institución ejemplar en la que adquirió conocimientos que le resultaron de gran utilidad durante sus años como médico rural. De un modo natural se consustanció con la rutina universitaria: tomaba apuntes, seguía con concentración las clases y asistía a la biblioteca para ampliar sus conocimientos. Desde los primeros años se distinguió entre sus compañeros de promoción por esa actitud, que en la jerga estudiantil de la época se llamaba ser un "comelibros".

Según la reglamentación de aquel momento, los estudiantes que ostentaban los mejores promedios eran eximidos del pago del arancel. Favaloro tramitó y obtuvo esa dispensa "en atención al promedio distinguido", según consta en la ficha personal elaborada por la casa de estudios. Con el sueldo de su cargo como celador del Nacional, que conservó hasta fines de su primer año de cursada, pudo afrontar el pago del canon fijado por las autoridades hasta que le fue concedido el beneficio. A esa altura, también tenía algunos ahorros por sus contribuciones en la carpintería con los que afrontaba los gastos de librería, además de sus salidas al cine, al fútbol o a algún baile.

Además, como activo militante desde los años del secundario, René participó intensamente en la vida política de la Facultad de Medicina desde el momento mismo de su ingreso. Pocas semanas antes de empezar a estudiar había sufrido en carne propia las arbitrariedades del fraude, cuando el domingo 1° de marzo de 1942 se había dispuesto para votar por primera vez en las elecciones legislativas. Al llegar al lugar donde debía emitir el voto le preguntaron la edad y a qué se dedicaba. Apenas respondió que era estudiante, lo tomaron del brazo y lo invitaron a retirarse. Intentó pedir explicaciones, pero fue en vano.

Lo despacharon con un: "Andá, nomás, vos ya votaste". Nunca logró borrar del todo la impotencia que sintió en aquel momento.

Encuadrado en la defensa a rajatabla de una concepción reformista contraria a todo autoritarismo, se sumó a la agrupación Libertad y Reforma, por la que resultó elegido delegado suplente en los comicios estudiantiles del año siguiente. De hecho, en su legajo consta que antes de esa votación tuvo que hacer un reclamo por no figurar en los padrones, pero después de la intervención de las autoridades de la UNLP para que fuera incluido, el decanato reconoció haberlo dejado afuera "por error".

A poco de realizada la elección, el delegado titular enfermó y René tuvo que reemplazarlo, de modo que se convirtió en el principal representante estudiantil en la facultad, y su compromiso se profundizó. Su primera tarea después de asumir fue oficiar de jurado en un concurso docente. Tras asistir a la clase de oposición y estudiar los antecedentes de los aspirantes, se presentó ante sus compañeros del cuerpo directivo del Centro de Estudiantes y dijo no estar capacitado para opinar. Según su visión, como alumno no contaba con los conocimientos suficientes para evaluar a un profesor, a excepción, aclaró, de las cuestiones éticas surgidas de su trayectoria. Tiempo después desarrolló aquella idea al sostener que había sido "un error de la Reforma, subsistente hoy día, que los estudiantes voten en la elección de profesores y autoridades universitarios".

El tercer año era un escalón clave de la carrera, en el que se establecía un filtro. Entre otras cosas, daban comienzo las concurrencias al Hospital Policlínico y, consecuentemente, el debut en el contacto efectivo con pacientes. En la clase inaugural de Anatomía Patológica, el titular, Andrés Bianchi, sobrino del dirigente socialista Nicolás Repetto, recibió a los alumnos con una singular advertencia:

–Estimados alumnos; sé que la mayoría de ustedes me necesita para comprender los conocimientos fundamentales de la materia. También sé que un pequeño grupo de mentes brillantes no me necesitará, pero quiero decirles que hay otro grupo al que, aunque me esfuerce, le va a ser muy difícil aprobar.

En aquellos pasos iniciales en el ámbito hospitalario René aprendió a palpar, auscultar y percutir sobre la piel, y se entusiasmó con el contacto directo con los enfermos cuando hizo sus primeras armas en la materia Semiología y Clínica, dictada por Ramón Tau, orientada a adquirir los conocimientos necesarios para la identificación de síntomas de distintas dolencias. Era un asunto crucial en esos años en los que escaseaba la tecnología necesaria para el desarrollo de diagnósticos. René sacó el máximo provecho de esa cursada a partir de su excelente relación con Tau, a quien lo unían el barrio y su fervor por Gimnasia.

Al mismo tiempo que reafirmaba su vocación, crecía en su interior un ansia irrefrenable de superación y trascendencia. "Una vez en la facultad, durante mis largas caminatas por el Bosque, a veces me decía que, quizá, con un poco de esfuerzo, podría constituirme en el primero de mi clase", escribió muchos años después. "Es difícil de explicarlo. Sentía la necesidad, sin que ello implicara arrogancia o soberbia; era una profunda necesidad espiritual que debía satisfacer a través de una entrega absoluta y en competencia leal. Escuchaba atentamente a mis maestros, estudiaba en los libros comunes de texto y además ahondaba los conocimientos a través de los tratados que hallaba en la biblioteca."[10]

Empezó a asistir como oyente a materias de cursos superiores para escuchar a profesores como el titular de Clínica Médica, Rodolfo Rossi, un formador de formadores que tuvo a su cargo la Sala I del Policlínico durante más de treinta años. Los sábados por la tarde también concurría a las clases que dictaba en la Sala III Egidio Mazzei, obsesionado defensor de las bases morales en la práctica médica. En la Sala V, de cirugía, cursó Patología Quirúrgica en la cátedra de Manuel Cieza Rodríguez, un facultativo que, aun sin descollar, conocía profundamente su *metier*. Allí, junto al ayudante Roberto Gutiérrez, Favaloro realizó su primera extirpación de un órgano: en la jerga se llama "lavarse" al hecho de participar como asistente por primera vez en una intervención.

De vez en cuando también se las arreglaba para filtrarse entre los alumnos mayores y presenciar las operaciones de los destacados cirujanos Federico Enrique Bruno Christmann y José María Mainetti, referentes indiscutidos –según el propio Favaloro– de precisión,

minuciosidad y delicadeza en el arte quirúrgico.

Conocía a Christmann por las referencias elogiosas de su tío Arturo, ya que habían sido compañeros. Además de su actividad docente y de investigación, Christmann participaba de diversas entidades médicas y escribió numerosos tratados de la especialidad. Fue coautor, junto con Carlos Ottolenghi, Juan Manuel Raffo y Gunther von Grolman, del manual *Técnica quirúrgica*, la principal fuente para la formación de cirujanos en el país. Con él, Favaloro aprendió especialmente la forma de simplificar y estandarizar el procedimiento quirúrgico que iba a aplicar años después a la cirugía cardiovascular. Solía repetir en sus clases una frase que a Favaloro lo tocaba particularmente: "Para ser un buen cirujano hay que ser buen carpintero". René rescataba siempre como un legado familiar la tarea desarrollada junto a su padre en el taller, complementada con la observación atenta de la forma de hacer nudos y coser manualmente de su madre.

Christmann creó en 1949 la Fundación Christmann, que muchos años después iba a funcionar en la casa del médico Pedro Domingo Curutchet, proyectada por el célebre arquitecto suizo Charles-Édouard Jeanneret, más conocido como Le Corbusier (la casa, declarada Patrimonio de la Humanidad, es hoy uno de los íconos de La Plata). También fue artífice y primer presidente de la Fundación Pedro Belou, creada en 1978 con el fin de recaudar fondos para el buen funcionamiento de la Facultad de Medicina local, y publicó varios libros, como *San Martín desde el punto de vista médico*, una investigación acerca de la salud del Libertador; *El vasco Gorostiague*, biografía del médico, ministro provincial de Salud y rector de la UNLP Santiago Gorostiague, y ensayos como *Patología de la mufa* y *Ensayo sobre la mufa*. Fue, sin dudas, una figura singular y atractiva para René más allá de lo estrictamente médico.

Por su parte, Mainetti, titular de Clínica Quirúrgica correspondiente al sexto año y jefe de la Sala V, fue para René mucho más que un gran maestro, ya que, además de enseñarle a operar, supo darle consejos en momentos clave de su vida. Sostenía que la medicina era como un tridente que tenía parte de ciencia, de sacerdocio y de arte, y aconsejaba que un médico debía saber regular el tiempo dedicado a la profesión para obtener un buen rendimiento económico con un necesario espacio dedicado al ocio que le permitiera desarrollar su espíritu y organizar sus ideas. Intentaba persuadir a sus alumnos de que, si los adelantos de la medicina no llegaban a todos, no tenían ningún sentido, y de que era preciso pensar la actividad ante todo como una tarea humanitaria.

En una de aquellas intervenciones, René le escuchó recalcar la importancia del conocimiento anatómico para el buen desarrollo de la tarea quirúrgica. Por eso, se ofreció para concurrir como ayudante alumno de la cátedra de Anatomía Topográfica, dirigida por los profesores Eugenio Antonio Galli y Julio Héctor Lyonnet. Galli tenía graduación militar, y era exigente y meticuloso: entraba en el salón a las ocho en punto y colgaba su reloj de bolsillo en un clavo del pizarrón. A los alumnos les asombraba cómo, sin volver a mirarlo, lo descolgaba exactamente a las nueve para dar por terminada la clase. Lyonnet, en tanto, fue un prestigioso neurocirujano que años más tarde sería director del Instituto de Cirugía "Profesor Dr. Luis Güemes" de Haedo, en el partido de Morón, dependiente del Ministerio de Salud Pública bonaerense.

Esa ayudantía despertó la inclinación de René hacia la enseñanza. Sentía placer por anticipar la lectura de los temas que iban a tratarse en clase y compartir sus conocimientos con los alumnos. En el marco de la cátedra se profundizaba la práctica de disección de cadáveres, intentando reproducir las maniobras observadas en las clases de los maestros. La materia dividía el estudio del cuerpo humano en tres zonas principales: cabeza, tronco y extremidades. Más de una vez, Lyonnet destacó su destreza para trepanar cráneos y descubrir el cerebro. En ese afán, se esforzaba por engarzar la tijera hacia atrás en el cuarto dedo de la mano derecha, imitando la técnica de Mainetti. Para entonces, ya estaba convencido de que la cirugía era su vocación. "Sentí ese llamado especial, que viene desde el quirófano y que es difícil de describir", contó, recordando aquellos días formativos.[11]

El golpe de Estado que el 4 de junio de 1943 derrocó al presidente en ejercicio, Ramón Castillo, y puso fin a la llamada "década infame" agudizó el conflicto preexistente entre la

casa de estudios y el gobierno nacional. El alzamiento había surgido de una conjura entre sectores de la dirigencia política y una facción del Ejército liderada por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU), encabezado por los generales Arturo Rawson y Pedro Pablo Ramírez. Después de un breve interregno del primero, Ramírez asumió la presidencia. En el plano de la política nacional, ni el gobierno ni la oposición pudieron abstraerse de lo que estaba ocurriendo en el escenario internacional. Sobre el debate del posicionamiento del país se construyó la base de un antagonismo creciente que incidió en las posturas de las distintas fuerzas en los siguientes años.

Favaloro seguía con inquietud lo que estaba ocurriendo en el país y sus repercusiones en la Universidad, donde el antifascismo se había convertido en un rasgo identitario de los universitarios reformistas, que veían en el sector militar que detentaba el poder un germen de raíz totalitaria. El firme pronunciamiento de estudiantes, profesores y autoridades contra el régimen provocó una escalada de represión y renuncias en todas las universidades nacionales. Durante este período, la intervención en las casas de altos estudios y las detenciones arbitrarias de docentes y dirigentes estudiantiles se tornaron en una constante, así como la ilegalización de organismos universitarios. Como consecuencia de la negativa del rector Alfredo Palacios a aplicar las medidas represivas dispuestas por el Poder Ejecutivo, la UNLP fue intervenida en octubre, y su conducción quedó en manos de Ricardo De Labougle, un abogado nacionalista católico que instauró la educación religiosa en los colegios preuniversitarios y dio vida a una cátedra de Defensa Nacional. En Medicina, fue designado en forma interina Fidel Maciel Crespo, docente y también directivo de la Sociedad Médica de La Plata.

En febrero de 1944, Edelmiro Farrell desplazó a Ramírez y tomó las riendas del gobierno. Desde ese momento empezó a tener un protagonismo creciente el coronel Juan Domingo Perón, jefe del Departamento de Trabajo y Previsión, organismo desde el cual había impulsado la puesta en marcha de una serie de medidas vinculadas con los derechos sociales y laborales. Su alianza estratégica con la dirigencia sindical rindió sus frutos al llevarlo ese mismo año a la vicepresidencia.

En el ámbito universitario, todo aquel proceso generaba una fuerte repulsión y turbulencias. A comienzos de 1945, De Labougle fue destituido y lo reemplazó en forma interina el abogado Benjamín Villegas Basavilbaso, quien convocó a una asamblea que ungió como presidente de la UNLP al profesor Calcagno. La sangría de docentes se había profundizado: a las cesantías de muchos profesores se sumó la renuncia de Martínez Estrada en el Nacional, abiertamente en contra de las autoridades de la época. Sin embargo, en su carta de despedida a sus alumnos de sexto año, el autor de *La cabeza de Goliat* y *Análisis funcional de la cultura*, entre otros célebres ensayos, evitó las referencias políticas y se limitó a transmitir un mensaje cargado de emotividad en el que expresó su satisfacción por haber construido un lazo que los mantendría unidos para siempre.

A fines de marzo de ese año Farrell decidió, finalmente, declarar la guerra a Alemania y Japón, abandonando la neutralidad, y en julio anunció la convocatoria a elecciones presidenciales. Una multitudinaria movilización de trabajadores proclamó a Perón como candidato a ocupar el sillón de Rivadavia. Lo resistían fuertemente el *establishment* económico, diversos sectores conservadores de la política y la embajada de Estados Unidos, entonces encabezada por el empresario minero y lobista Spruille Braden.

En ese contexto, la pelea entre el gobierno de facto y las universidades recrudeció, y estas se constituyeron en la vanguardia de la lucha opositora. Durante los meses siguientes, se produjeron en La Plata reiterados combates callejeros en los que los estudiantes se enfrentaron tanto a las fuerzas de seguridad como a grupos de obreros alineados con Perón y a diversos grupos nacionalistas católicos que funcionaban como fuerza de choque para amedrentar a adversarios políticos.

"Éramos osados, idealistas, rebeldes", solía contar René cuando evocaba aquellos días febriles de juventud. En aquellos tiempos comprobó en carne propia los riesgos a que estaba expuesto por su creciente participación estudiantil, que tantas veces su madre le había rogado moderar. Un atardecer, mientras aguardaba la llegada del tranvía frente a la

estación del ferrocarril Roca, fue sorprendido por tres hombres vestidos de civil que se presentaron como policías y lo llevaron detenido. Cuando llegaron al Departamento Central de Policía, lo condujeron hasta una habitación amplia y penumbrosa en un subsuelo: allí se encontró con otros militantes de la Federación Universitaria de La Plata (FULP) entremezclados con presos comunes.

Mientras estuvo privado de la libertad, Favaloro soportó varios interrogatorios a los que lo llevaban esposado por la espalda. Eran sesiones de ablande y amedrentamiento en las que le repetían consejos y advertencias como "vas a terminar mal", "todo esto no te conviene" o "a nosotros a veces se nos va la mano". En la calle las cosas no estaban mejor. Al relatar las situaciones vividas durante esta etapa en su libro *Don Pedro…*, Favaloro recordó haber sufrido incluso una persecución a tiros en el centro de La Plata frente a la sede de la biblioteca Alejandro Korn, sobre la calle 49.[12]

En la tarde del miércoles 19 de septiembre, la oposición realizó en la Capital Federal una movilización multitudinaria que se conoció como la "Marcha de la Constitución y la Libertad", que congregó a unos 200 000 manifestantes. El poderío de Farrell y Perón parecía resquebrajarse. El viernes 28, autoridades, profesores y estudiantes de la UNLP iniciaron un paro por tiempo indeterminado que incluyó la toma del Rectorado, la cual se mantuvo durante todo el fin de semana. Dos días después se dispuso la detención del rector Calcagno, quien había resuelto la suspensión de clases en oposición al estado de sitio decretado por el gobierno, la amenaza de clausura y la detención injustificada de profesores y estudiantes acusados de participar en presuntas actividades conspirativas.

Con el fin de desactivar la protesta, el gobierno dispuso la clausura de la Universidad y ordenó su inmediato desalojo, pero la medida fue resistida. Unos 200 estudiantes, acompañados por docentes y autoridades, formaron un cordón compacto alrededor del edificio universitario para obstruir el acceso de los uniformados a las órdenes del comisario inspector Ramón Andrés. René se parapetó sobre la calle 6, codo a codo con el decano de la Facultad de Derecho, José Peco.

Llegaron los gases lacrimógenos y luego los policías, que ingresaron desde varios frentes y lograron reducir a los manifestantes, a quienes golpearon con saña inusitada. El joven Favaloro recibió un fuerte culatazo en el abdomen. Durante algunas horas los mantuvieron sentados en el patio interno con las manos sobre la nuca, hasta que se decidió trasladarlos a la Unidad 1 del Servicio Penitenciario Bonaerense, en la localidad de Lisandro Olmos, ya que no había celdas suficientes en las comisarías de la ciudad.

Después de pasar algunas horas en la enfermería debido a los golpes recibidos, René fue recluido en un calabozo junto con los hermanos Delmar y otros jóvenes. Allí lo sometieron a un extenso interrogatorio. Tal como le habían dicho en su detención anterior, las autoridades policiales contaban con una ficha personal con su nombre, en la que se consignaba que era militante comunista.

–¿Por qué no revisan las actas que secuestraron del Centro de Estudiantes? Ahí van a ver que siempre en las asambleas he combatido los totalitarismos –replicó René. A primera hora del día siguiente, el jefe de la Unidad los hizo llevar a su despacho y les informó que todos irían quedando en libertad en pequeñas tandas, tal como ocurrió.

Los planes de Perón, basados en un amplio programa de reivindicaciones laborales, eran fuertemente rechazados por los empresarios y por algunos miembros del propio *staff* de gobierno, que terminaron por forzar su salida. En la semana del 8 al 12 de octubre se precipitaron su renuncia, primero, y luego su encarcelamiento en la isla Martín García. Cuando el miércoles 17 de octubre una masiva reacción popular salió a las calles y llegó hasta la Plaza de Mayo a reclamar la libertad del líder (que en realidad ya se había concretado y Perón se hallaba en Buenos Aires desde la mañana), las paredes del Rectorado y de varios comercios céntricos de La Plata fueron tapizadas con consignas como "Viva Perón" y "Mueran los estudiantes", escritas con tiza y carbón.

Aquel día, un numeroso grupo de manifestantes obreros provenientes de Berisso que se dirigían hacia la Capital Federal apedrearon la casa de Calcagno y la sede de la UNLP al grito de "¡Alpargatas sí, libros no!".

Más allá de los avatares de la militancia estudiantil, René se esforzaba por avanzar en su carrera. En cuarto año, al cursar las dos materias específicas sobre patologías, intensificó aún más su participación en la vida hospitalaria. Por las tardes regresaba al hospital, situado apenas a cinco cuadras de su casa, para observar la evolución de los pacientes, con los que solía quedarse departiendo largamente para darles ánimo. Ya desde entonces sostenía que la evolución clínica del enfermo tenía relación con la confianza y el apoyo que le hiciera sentir el médico. Disfrutaba la tranquilidad y el silencio que envolvían el lugar sin la actividad febril de las mañanas, y era común verlo enfrascado en discusiones sobre los casos que pasaban por el hospital. Solía ir a la biblioteca de la facultad o de la Sociedad Médica para cotejar sus posiciones con lo que indicaban los libros o las revistas especializadas que abordaban cada patología, y llegó al extremo de seguir concurriendo aun en época de receso estudiantil.

Cada tanto, René conversaba también con su tío Arturo, que por entonces revistaba en la Junta Ejecutiva de la UCR de Avellaneda y ya tenía una dilatada experiencia política. Su militancia le había costado un exilio forzoso en el Uruguay en los primeros años luego del golpe de 1930, y también había participado, junto a Enrique Pichon-Rivière, en un grupo de ayuda sanitaria para la España republicana durante la Guerra Civil que afrontaba aquel país. Había conocido la cárcel por defender sus ideas, y René nunca pudo borrar de su memoria la imagen de su tío esposado y custodiado por dos policías en el velorio de su abuelo Gerónimo. En aquel momento, tío y sobrino coincidían en la preocupación por el cariz que habían tomado los acontecimientos.

Eran tiempos agitados y las universidades no eran ajenas al sacudón que generó el fenómeno peronista. Desde que Perón asumió la presidencia, el 4 de junio de 1946, buscó ejercer un control directo sobre las casas de altos estudios. La ley 13 031, aprobada al año siguiente, puso en manos del Poder Ejecutivo la elección de los rectores (en Medicina fueron nombrados sucesivamente como decanos Eduardo Corazzi y Joaquín Martínez) y se incrementó en forma exponencial la matrícula al instaurarse por decreto la gratuidad y el acceso irrestricto a la enseñanza superior, al tiempo que se estableció como obligatoria la asistencia a cursos de formación política en todas las facultades. Sin embargo, el proceso que derivó en la llegada de Perón al poder en 1946 coincidió con un apartamiento momentáneo de Favaloro de la vida académica y las vicisitudes de aquella complicada coyuntura política, ya que durante todo ese año cumplió con el servicio militar obligatorio.

Hasta ese momento, había gozado de una prórroga otorgada en razón de sus estudios. Ocurre que, en 1943, cuando cumplió los veinte años –edad prevista para la incorporación–, la norma que imponía un lapso de tres meses bajo bandera se encontraba suspendida a causa del conflicto bélico internacional. En su lugar, se había dictado una reglamentación que extendió el período a un año y, a la vez, eliminó todas las excepciones. Frente a ese panorama, Favaloro había solicitado la prórroga a la espera de que todo volviera a la normalidad. No obstante, cuando la guerra llegó a su fin, las autoridades decidieron mantener el esquema de emergencia de manera permanente, y no tuvo otra opción que alistarse.

Así, el 9 de febrero de 1946, con veintidós años, fue enrolado para hacer la "colimba" en el Centro de Formación de Oficiales de Reserva de la Segunda Región Militar del Ejército, con asiento en City Bell, al mando del capitán Carlos Alfredo Diana. A pocos días de su ingreso, lo enviaron al calabozo. Había protagonizado un encontronazo con un cabo primero que lo había hecho caer al suelo intencionalmente mientras corría, y reaccionó airadamente: tomó al suboficial de la chaqueta y lo cubrió de insultos. Aprendió, amargamente, que en el mundo castrense estaban permitidos todos los maltratos, humillaciones y arbitrariedades imaginables.

Tras la instrucción militar, realizada en San Miguel del Monte, fue ascendido al grado de "cabo conscripto", según lo dispuesto por teniente coronel Adolfo Marsillach, por entonces titular del Distrito Militar de La Plata, y cuando el 12 de diciembre fue dado de baja, egresó con el rango de subteniente de reserva, alcanzando la aptitud de Jefe de la Sección Ametralladora. Según los relatos que circulan en la familia, los efectivos de la unidad lo

llamaban "doctorcito" y le pedían consejos cada tanto por alguna dolencia.

Después de terminar la conscripción, René debía rendir algunas materias pendientes y cumplir con los trabajos prácticos adeudados para completar el cuarto año. En marzo logró aprobar Patología Quirúrgica y Patología Médica. El titular de la última de esas materias era el ex decano Adorni, que en aquel momento se desempeñaba como médico adscripto de la Armada. No simpatizaba con los estudiantes que tenían actividad política, frente a quienes solía redoblar la exigencia. Sin embargo, pese a lo inusual, profundo y complejo de las preguntas, el joven salió airoso y obtuvo la máxima calificación posible: sobresaliente. Así, en abril de 1947 quedó habilitado para cursar el quinto año.

En esos días accedió por concurso al sistema de prácticas internas –hoy llamado residencias– en el Policlínico. Era el tramo más intenso de la preparación profesional, e incluía un régimen de guardias cada 48 horas. Durante esa etapa, que se extendió por dos años, obtuvo un panorama general de patologías y tratamientos, y consolidó el trato con los enfermos, que en su mayoría eran de condición humilde.

El Policlínico era el principal centro médico de la región del Gran La Plata, que incluía Berisso, Ensenada, Gonnet, City Bell y Villa Elisa, Magdalena y Brandsen. A su vez, recibía casos muy complejos derivados desde distintos puntos de la provincia de Buenos Aires. Sus orígenes se remontan a 1884, cuando en el actual terreno se instaló la Casa Municipal de la Sanidad. Tres años más tarde, la Sociedad de Beneficencia y Congregación de las Hermanas de Nuestra Señora de la Misericordia quedó a cargo de su financiamiento y rebautizó al lugar como Casa de la Misericordia. Su primer director fue Ángel Arce Peñalba.

Con frecuencia, René se quedaba a dormir en las habitaciones del primer piso en el ala más antigua del edificio. "Al trabajo regular de las mañanas se agregaban las guardias, donde pasábamos horas y horas trabajando sin descanso, saltando de una sala a otra acompañando a practicantes mayores y médicos internos. Era esta una formación imposible de desperdiciar; por eso, además de cumplir con mis guardias, estaba siempre atento al pedido de alguno que, por circunstancias especiales, no podía cumplir con las suyas. Con bastante frecuencia permanecía en actividad continuada durante cuarenta y ocho o setenta y dos horas entregado a mis pacientes", narró en *Recuerdos…*[13]

En el último año del internado los responsables de guardia permitían que los alumnos inclinados hacia la práctica quirúrgica realizaran operaciones bajo su supervisión. Favaloro experimentó entonces con una variedad de casos, que iban de embarazos ectópicos a peritonitis, y de úlceras perforadas a heridas de bala o arma blanca.

Su interés en la cirugía torácica lo había llevado a viajar todos los miércoles al hospital Doctor Guillermo Rawson, de Buenos Aires, a participar en un curso de posgrado organizado por los hermanos Ricardo y Enrique Finochietto. Vio actuar a grandes profesionales como Oscar Vacarezza y Justino Horacio Resano, con quienes aprendió a realizar las resecciones, que implicaban la separación de uno o varios órganos y tejidos –principalmente pulmonares y esofágicos–, además de la aplicación de distintos tipos de anestesias, lo cual le sirvió para complementar las enseñanzas de Christmann en esa materia. Siempre recordó –y muchas veces repitió a sus alumnos y a los familiares de sus pacientes– una frase que dijo Enrique Finochietto en una de las primeras clases de aquel seminario: "La gente piensa que si el paciente se salva lo salvó Dios, pero que, si muere, lo maté yo".

Para fines de 1948 ya había terminado todas las cursadas. Según su certificado de estudios, el 31 de marzo del año siguiente aprobó sin dificultades la materia Clínica Dermatosifilográfica. Fue el último examen final de la carrera. Durante los meses siguientes se abocó, bajo la dirección de Christmann, a realizar la tesis de grado, último requisito académico para obtener el diploma de médico, y el lunes 25 de julio de 1949 presentó el trabajo, titulado "Íleo. Síntesis diagnóstica".

Escrito en primera persona del plural, el texto monográfico está referido a una dolencia abdominal aguda que requiere intervención quirúrgica y que Favaloro había visto repetidas veces en pacientes del hospital. El trabajo está precedido por varias dedicatorias: "A mis padres, a quienes debo este presente tan lleno de hermosas inquietudes"; a "la memoria de

mi abuela Cesárea R. de Raffaelli, con quien aprendí a amar hasta una pobre rama seca", y también a los doctores Rodolfo Rossi, Federico Christmann, Egidio Mazzei, Víctor Bach y Fernando D'Amelio. El por entonces decano Lyonnet designó como jurados a Rómulo Lambre, José Caeiro y Alejandro Dussaut.

Entre los papeles archivados por la Facultad de Ciencias Médicas aún se conserva la nota escrita de puño y letra por Dussaut luego de evaluar la tesis. "Se trata de un trabajo de jerarquía, surgido del estudio y observación documentada", sostuvo el 28 de julio al proponer su aprobación, actitud compartida por sus colegas. Cinco días más tarde, en la mañana del martes 2 de agosto de 1949, René Gerónimo Favaloro alzó su mano derecha y apoyó la izquierda sobre el corazón para recitar el juramento hipocrático, mediante el cual se comprometió a ejercer con ética la profesión.

Fue uno de los mejores alumnos de su promoción. Al terminar el trayecto de las 32 materias incluidas en el programa de estudios, había conseguido veinte veces la calificación "sobresaliente", ocho veces "distinguido" y cuatro veces "bueno". Hasta entonces, estaba convencido de que el Policlínico sería el lugar donde desarrollaría su carrera, que planeaba ligada a la actividad quirúrgica y a la docencia, siguiendo los pasos de sus maestros; sin embargo, las cosas se dieron de otro modo.

A partir de 1948, la Fundación Eva Perón había asumido la realización de obras en centros sanitarios en todo el país, incluida la construcción del Pabellón Central del Hospital Policlínico, en obra desde hacía un año. Empujada por el crecimiento de la demanda, la ampliación llevó a 900 el número de camas de internación. También se puso en marcha la escuela de enfermería, que incorporó a esa actividad a miles de mujeres en todo el país. Ese proceso, que permitió un incremento en el número de puestos de trabajo en el nosocomio, incluidas nuevas plazas para médicos, se profundizó al año siguiente cuando el sanitarista y neurocirujano Ramón Carrillo fue designado como primer titular del flamante Ministerio de Salud Pública y Asistencia Social de la Nación. Su plan de mejora de la salud de la población a partir de la humanización de la medicina iba a redundar en un incremento sensible de la oferta hospitalaria.

En ese contexto, a finales de 1949, la finalización del internado y la graduación coincidieron con la apertura de una vacante de médico interno auxiliar, a la que Favaloro accedió con carácter interino gracias a sus destacados antecedentes. Unos meses después le comunicaron que se había dispuesto su confirmación en el cargo; entonces se presentó en uno de los despachos de dirección, entonces a cargo de Homero Ernesto Osácar.

–¿Cómo le va, Favaloro? Pase, siéntese, por favor –le indicó el médico que lo recibió, a quien Favaloro nunca identificó–. Tenemos muy buenas noticias para darle. Se ha producido un puesto para médico de guardia y por su buen desempeño le corresponde a usted, por eso hemos decidido confirmarlo. ¡Felicitaciones!

–Gracias, doctor, qué alegría me da. Sobre todo, a mis padres, que han hecho un enorme esfuerzo para que yo haya podido llegar hasta acá –dijo René, sin poder ocultar la emoción.

–Vamos, hombre, no sea humilde. Sus calificaciones han sido sobresalientes. Usted ha demostrado una gran entrega y contrición al trabajo, lo cual para nosotros es muy valorable. Hágame el favor, rellene esto y pase por la administración –apuntó el directivo mientras le extendía unos papeles.

René leyó el formulario en silencio. Advirtió que, además de completar sus datos personales, debía dar fe de su adhesión al justicialismo y sus políticas. Así lo relató: "En el renglón final debía afirmar que aceptaba la doctrina del gobierno. Del otro lado, debía figurar el aval de algún miembro de trascendencia del Partido Peronista, quizás algún diputado o senador que corroborara mi declaración –relató. Y agregó–: Todos conocían mi manera de pensar, incluyendo el empleado que todo lo relató con voz queda y entrecortada. Le contesté que lo pensaría, pero era indudable que todo estaba muy claro en mi mente".

Al día siguiente René volvió a la misma oficina.

–Mire, he trabajado mucho, tengo buenos antecedentes, no sé si los mejores, pero esto del certificado político no me gusta nada. Usted sabe bien cómo pienso. No puedo aceptar esta imposición. Discúlpeme, no puedo –dijo.

–Pero hombre, fíjese bien, este es el trabajo que usted tanto ha esperado. Mire que yo ya hablé con un diputado y me dijo que lo va a firmar.

Hubo un silencio breve, tenso. René se puso de pie y se dirigió a la salida. Mientras cerraba la puerta llegó a escuchar la voz crispada del funcionario que intentaba explicarle que se trataba de las reglas vigentes y que no era un asunto personal.

En rigor, aquel golpe no fue su primera decepción ante un sistema colmado de arbitrariedades. En su momento, su apego a una postura ética le había impedido presentarse a concurso por un cargo de auxiliar en la cátedra de Anatomía Topográfica, donde aún oficiaba de ayudante alumno, por estar convencido de que ese cargo era incompatible con su rol como delegado, pese a que muchas opiniones le marcaban que estaba equivocado. Cuando dejó de ser delegado, esperó inútilmente un nuevo llamado a concurso que nunca llegó. Y ahora esto.

Acababa de mover una ficha que alteraba por completo todo lo que había proyectado hasta entonces para su vida. Había terminado por cansarse de los concursos amañados y de ver a médicos resignarse frente a medidas arbitrarias por temor a sufrir consecuencias en su trabajo. "Como estudiante participé de los movimientos universitarios que lucharon por mantener en nuestro país una línea democrática, de libertad y justicia, contra todo extremismo. Por ello soporté la cárcel por algunos días en dos oportunidades. La mayoría de los estudiantes de esa época éramos profundamente idealistas. No podíamos entender que la dádiva, la demagogia y el acomodo se convirtieran en un estilo de vida", escribió luego.

En los días y años siguientes Favaloro iba a reflexionar mucho sobre aquel momento, pero jamás se arrepintió de su decisión.

---

10 R. Favaloro: *Recuerdos*..., p. 12.

11 Ib., p. 11.

12 R. Favaloro: *Don Pedro*..., pp. 146 y 147.

13 R. Favaloro: *Recuerdos*..., pp. 11 y 12. (Aquella experiencia fue compartida con Julio y Manuel Abella, Jorge Attademo, Juan C. Bernardón, Juan M. Elverdín, Rodolfo Ghilini, Oscar F. González, Ricardo Machado, Agustín Martínez, Enrique C. Riva y Juan Carlos Tallone).

CAPÍTULO 5

Curandero con diploma

René salió turbado del hospital y caminó por las calles internas sin rumbo fijo. Las ideas se le alborotaban en la cabeza y le impedían pensar con claridad. Todas las expectativas alimentadas durante meses de alcanzar su primer trabajo rentado como médico interno auxiliar del Policlínico se habían derrumbado imprevistamente. Una de las primeras cosas que se le ocurrieron cuando pudo serenarse fue buscar el siempre certero consejo de su maestro.

–Bueno, bueno, m'hijo. Hay cosas peores en la vida y usted tiene un gran porvenir. No se me amilane. Está muy bien defender sus ideales, pero a veces en esta vida hay que ser prudente, que es una de las virtudes de la inteligencia –le dijo el profesor Mainetti, mientras, con un ademán cortés, le señalaba el camino hacia uno de los sillones de la oficina.

–No soy un obsecuente. Usted lo sabe –balbuceó Favaloro mirando al suelo.

–Sí, lo sé; lo sé... –lo cortó el experimentado cirujano–. Mire... déjeme ver; tal vez tenga una salida que le pueda convenir en este momento, al menos en lo inmediato… Justo me preguntaron si tenía alguien para mandar a una salita que se inaugura en Magdalena. Sé que no es una maravilla, pero es una buena oportunidad, al menos por un tiempo… ¡Después se verá, mi amigo!

René estaba desesperado. Habló con varios profesores y movió cielo y tierra para hablar con alguna autoridad ministerial. Según el médico Jorge Marcelo Martín, ex compañero de estudios, llegó a entrevistarse con el ministro de Salud provincial, Carlos Alberto Bocalandro, a quien le habría propuesto la creación de un servicio de cirugía torácica en el Policlínico. En un alarde de diplomacia, Bocalandro, que era médico militar, le habría dicho a su vez que solo estaría dispuesto analizar la idea después de que el joven adquiriera mayor experiencia.

Tal como estaban las cosas y sin otras alternativas a la vista, René terminó por aceptar la propuesta que le había hecho Mainetti. Así fue que una mañana fresca y soleada de fines de octubre de 1949 descendió, maletín en mano, en la estación desierta de Hipólito Vieytes, un caserío desolado en el distrito de Magdalena, 45 kilómetros al sur de La Plata. Apenas pisó el andén respiró hondo el aire diáfano en aquel escenario bucólico y apacible. Tenía veintiséis años y toda una carrera por delante, pensó como consuelo.

El centro de salud municipal estaba frente a las vías. Un poco más allá, un puñado de viviendas se esparcía a los costados de una calle de tierra donde también estaban la escuela N° 11, la capilla de San Benito y el tradicional almacén de ramos generales de la familia Gómez. No había mucho más. La sala que debía poner en marcha había sido habilitada en una edificación modesta que al frente tenía dos habitaciones conectadas por un pasillo estrecho. La primera pieza estaba acondicionada como consultorio y la otra se usaba para las tareas administrativas. Las autoridades habían permitido que en la parte trasera de la finca se estableciera la enfermera, Ester Lidia Rodríguez, que tenía dos hijos y había quedado viuda recientemente. Su hija mayor, Mirta Elena, que entonces tenía doce años, evoca al médico como un tipo "alto y elegante" y destaca con especial orgullo que ese fue su primer destino como médico.

Favaloro estrenó su diploma en aquella salita recién inaugurada a la que concurría los lunes, miércoles y viernes. Llegaba a las diez de la mañana y partía de regreso a La Plata en el convoy de las cuatro de la tarde. Logró integrarse rápidamente a la comunidad; algunos viejos vecinos dicen recordarlo como un tipo "humilde y conversador". A un costado de la casa, no tardó en sembrar tomates, que eran su especialidad, además de lechugas, ajíes y perejil, con la idea de complementar con lo producido en la huerta los almuerzos que le preparaba la enfermera. En el fondo plantó varios frutales que aún están en pie. Disfrutaba de aquel debut en su condición de médico rural, aunque más no fuera algunos días a la semana. Ya se había acostumbrado a repartir la vida entre la paz de Vieytes, la rutina del barrio y el noviazgo con Antonia, que marchaba viento en popa, cuando su hermano sufrió un grave accidente que cambió todo abruptamente.

Era diciembre. Juan José había terminado de cursar el tercer año de la carrera y tenía que sortear el examen final de la materia Anatomía Patológica. Cuando llegó a la facultad advirtió que había olvidado la carpeta con los apuntes de las clases teóricas y todos los trabajos prácticos de la cursada, cuya entrega era un requisito imprescindible para poder rendir. Un compañero se ofreció a llevarlo hasta su casa en moto para que pudiera volver a tiempo. De regreso, a pocas cuadras de la facultad, los muchachos fueron embestidos por un colectivo. El hermano de René se llevó la peor parte: además de sufrir múltiples fracturas en todo el cuerpo, estuvo diez días inconsciente a causa de una conmoción cerebral; cuando despertó, supo que su pierna izquierda había tenido que ser amputada debido al avance de la gangrena. Tiempo después le fue colocada una prótesis que lo acompañaría de por vida.

El citado doctor Martín, que ese día estaba de guardia, recordó: "El muchacho tenía la pierna hecha pedazos: de la rodilla hasta el pie era todo jirones. Hubo que amputársela. Cuando René lo vio no tenía consuelo, nunca lo vi llorar tanto como ese día".[14] Aquella desgracia lo sacudió particularmente y templó su carácter. Durante unos tres meses participó de las curaciones que permitieron la cicatrización de la herida y los primeros pasos de la rehabilitación. También colaboró en la estrategia psicológica diseñada para permitirle a Juan José sobrellevar el shock emocional de la mutilación.

En ese momento, René asumió un compromiso mayúsculo que mantendría de por vida: el de velar por su hermano disminuido físicamente. Pensaba que por ser "el mayor de una familia humilde", como lo explicó más de una vez, debía retribuir de algún modo el esfuerzo de sus padres que le había permitido acceder al estudio y a la posibilidad de forjar una vida con menores restricciones.

En medio de aquel drama recibió una carta de Manuel Rodríguez Diez, esposo de su tía Ofelia, hermana de su mamá. El matrimonio vivía en Jacinto Arauz, un pequeño pueblo perdido del departamento de Hucal en la provincia de La Pampa, unos 200 kilómetros al sur de Santa Rosa, casi en el límite con la provincia de Buenos Aires que traza la ruta 35. Hombre de campo convertido en influyente comerciante, Manolo, como todos lo llamaban, se había decidido a escribirle luego de enterarse por una de sus hijas, Haydeé, que viajaba frecuentemente a La Plata, de la situación que atravesaba a causa de sus discrepancias con el partido gobernante. En la misiva le contó que el médico del pueblo, Dardo Rachou Vega, debía instalarse durante un tiempo en la Capital Federal para ser sometido a un tratamiento oncológico, ya que en un estudio realizado en Bahía Blanca le habían detectado un linfoma de Hodgkin.

Pese a ser una alternativa por un período acotado, la propuesta constituía un gran desafío, ya que implicaba dedicación a tiempo completo y mayores responsabilidades. Según la opinión de Manolo, era una posibilidad para abrir una nueva perspectiva y, sobre todo, aquilatar experiencia profesional en un pueblo donde contaría con un lugar donde alojarse sin tener que pagar alquiler, además del respaldo familiar frente a cualquier inconveniente que pudiera suscitarse. René ya conocía la zona. En su infancia había pasado algunas vacaciones en la casa de sus familiares de La Pampa. La decisión no fue sencilla, pero, dadas las circunstancias, terminó por aceptar el ofrecimiento. Sobre él pesaba el rechazo del trabajo en el Policlínico que lo forzaba a una suerte de exilio, al menos hasta

que cambiara la situación política.

Cuando comentó a sus parientes y a algunos compañeros del hospital –a los que seguía frecuentando– su decisión de aceptar la propuesta para trabajar en La Pampa, todos lo alentaron, excepto uno. El responsable de la Sala xiii, Fernando D'Amelio, que lo había tenido a cargo durante poco más de un año, tiempo suficiente para advertir su potencial, le dijo: "Todos aquí te han deseado buena suerte; yo, por el contrario, espero que tengas mucha mala suerte. –Hizo una pausa y, apoyando la mano sobre un hombro del joven, agregó–: Vos no naciste para médico rural". Favaloro nunca olvidó aquellas palabras.

Jacinto Luis Arauz Alsina era un poderoso terrateniente que el 6 de abril de 1889 había donado parte de sus tierras para instalar un poblado alrededor de la futura estación de trenes. Atravesado por el tendido ferroviario, el pueblito se constituyó como un verdadero crisol de razas con poco más de 2500 habitantes, cuya composición heterogénea había surgido del asentamiento de colonias de españoles, italianos, alemanes de Rusia, turcos y judíos, pero sobre todo de una amplia comunidad de uruguayos miembros de la Iglesia Evangélica Valdense. Los pioneros habían subdividido la tierra en pequeñas parcelas en las que construyeron viviendas sencillas, muchas de las cuales no contaban para esa época con luz eléctrica ni agua potable.

La vida allí era dura. El clima alternaba calor intenso en el verano, los rigores del Pampero y la arenisca cubriéndolo todo, con la sequía implacable y la gélida inclemencia del invierno. Las actividades principales eran el arado y la siembra en el campo y el embolsado y acopio de cereales en los galpones próximos a la estación para ser cargados en el tren. A ello se sumaba el molino harinero y, en la temporada estival, la extracción de sal.

Los araucenses vivían mayoritariamente de la agricultura y la ganadería, pero existía también una porción de la población integrada por trabajadores golondrina que permanecían en la época de recolección de la cosecha. Algunas familias dueñas de campos y comerciantes se mezclaban con maestros, policías y un puñado de trabajadores entrenados en oficios como los de plomero, carpintero o electricista. Los vecinos solían agruparse en comunidades: los valdenses, los ruso-alemanes, los judíos y los cristianos, pero Favaloro siempre destacaba que, en general, todos convivían en una singular armonía, aunque de tanto en tanto se producían algunas rispideces. Desde su conformación el pueblo había quedado dividido por el tendido ferroviario, una frontera que distinguía actividades, pero también estatus económico.

En la mañana del jueves 25 de mayo de 1950, René abordó el tren hacia la Capital Federal en la estación de La Plata. Una vez en Buenos Aires, tomó en la estación Constitución un tren del Ferrocarril Nacional General Roca que lo depositó, casi al anochecer, en Bahía Blanca. Desde allí partió a primera hora del día siguiente para completar el trayecto de 130 kilómetros hasta la estación de Jacinto Arauz. Sentado junto a la ventanilla, llevaba un saco de lanilla que le había adaptado su madre y una bufanda tejida por su novia Toni. Apenas cargaba una valija mediana, pero su corazón estaba repleto de ilusiones.

Durante el viaje, redescubrió aquel singular escenario de suelo arenoso que muta entre lomadas y valles de colores áridos al verde del monte junto a los arroyos y, más allá, el albor de las salinas. Faltaba poco para el mediodía de aquel viernes, y en el andén lo esperaban Manuel y Ofelia junto a otros habitantes del pueblo intrigados por conocer al nuevo médico. Luego de un breve paso por lo de los tíos para dejar el equipaje, la comitiva arribó a la casa de Rachou, que también servía de consultorio. Era un médico querido, entregado a su trabajo y muy estudioso. Se sentaron en el living mientras su esposa les servía un té.

–Mirá, muchacho, preparate porque acá vas a tener que hacer un poco de todo. Desde clínica general, pediatría, obstetricia, traumatología de urgencia hasta pequeñas cirugías –le dijo mientras mostraba al recién llegado las instalaciones y el modesto instrumental disponible.

En esa primera charla, el experimentado profesional se explayó sobre las características y perspectivas del trabajo en la zona. Durante mucho tiempo se había repartido los pacientes con el doctor Luis Bianchi, quien hacía unos meses había dejado el pueblo para radicarse definitivamente en Bahía Blanca. Según sus cálculos, en aquella comunidad tan pequeña alcanzaba y sobraba con un médico.

Al explicar la rutina, Rachou aprovechó para dejar en claro que mientras compartieran el espacio de atención dividirían los ingresos en partes iguales, condición que regiría incluso durante su ausencia. Destacó, sobre todo, la importancia de las visitas domiciliarias que, si bien demandaban un gran tiempo y esfuerzo, debido a la falta de rutas en condiciones y de vehículos apropiados, representaban una mayor entrada económica ya que la consulta contemplaba un honorario adicional por distancia recorrida. Aquel día, tras la extensa charla, vieron juntos a unos pacientes y dieron por finalizada la jornada.

Cuando llegó para cumplir su segundo día de trabajo, Rachou le dijo que tenían que ir a conocer a alguien. Caminaron dos cuadras hasta llegar a la única farmacia de Arauz, que funcionaba las 24 horas. Su propietario, el bioquímico Juan Munuce, los atendió amablemente delante de las viejas estanterías repletas de frascos con preparados magistrales. Además de la venta de medicamentos, se repartía entre los análisis de la orina de los vecinos y los estudios para prevenir la triquinosis en los cerdos durante la época de carneada. Excepcionalmente hacía determinaciones de urea y glucosa en sangre.

Aunque al principio los médicos trabajaron juntos para contribuir a una mejor inserción del nuevo profesional, el desembarco de René no fue nada sencillo. Si bien en las presentaciones de rigor Rachou se prodigaba en elogios, brindando todas las garantías sobre la capacidad y buena formación de su colega, la actitud inicial de los habitantes del pueblo fue de una ostensible reticencia. Por lo pronto, seguían eligiendo atenderse con el médico de mayor trayectoria.

Uno de los primeros casos que tuvo que atender fue el de Daneli María Bertin, que llegó hasta el consultorio desde el campo acompañada por su marido, Orlando Gonnet, ambos pertenecientes a familias tradicionales de la comarca. En cierta oportunidad, consultado por el diario *La Nueva Provincia*, Gonnet recordó así al médico: "Inspiraba mucha confianza. Parecía que con solo atenderse con él uno sanaba en un veinte por ciento, aun antes de comenzar con la medicación. Tenía un modo especial de explicar las cosas. Sus recomendaciones me han valido de mucho para cuidar mi salud"[15].

Sin embargo, cuando finalmente Rachou se marchó a la Capital, las cosas se complicaron, ya que en pocos días murieron tres ancianos. Si bien sus cuadros eran irreversibles, la seguidilla alimentó cierta desconfianza que Favaloro solo logró revertir con el tiempo y en base a una gran entrega y perseverancia. En un comienzo, anotaba en un cuaderno los detalles de cada visita realizada. Varios de esos casos fueron incluidos, dos décadas después, en su libro *Recuerdos…*, en el que condensó de manera minuciosa y sentimental sus vivencias pampeanas. Una de las anécdotas reflejadas en ese texto relata las dificultades vividas durante el parto de un bebé que se hallaba en posición invertida –lo que se conoce como "presentación de nalgas"– al que, agradecidos por la intervención del médico, sus padres decidieron bautizar René.

Se esmeró en el contacto con los pobladores, con los que mantenía un trato servicial y atento. Entonces desplegó su concepción tan repetida que apuntaba a "conocer el alma del paciente para curar su cuerpo". Concentraba sus esfuerzos en que sus interlocutores entendieran los diagnósticos y las prescripciones, pero también aprovechaba para dejar enseñanzas preventivas en el entorno familiar.

Acerca de aquellas primeras experiencias, señaló alguna vez: "En pueblo tan chico, las pequeñas hazañas del médico recién llegado se comentaban por doquier y servían para balancear las derrotas que tanto preocupaban a mi tío. Con absoluta dedicación a mi tarea, percibí que poco a poco iba entremezclándome con la población, la iba conociendo en profundidad a medida que me enteraba y participaba de sus problemas. Podía ver cada mañana, cuando recorría a pie la distancia –la poca distancia– entre la casa de mi tío y el consultorio, cómo al saludo los vecinos le agregaban una sonrisa y con frecuencia debía

detenerme para conversar con ellos".[16]

Favaloro necesitó ayuda en el consultorio y recurrió a Carlos, un joven del pueblo, al que le encargó mil y una tareas. Más tarde el médico explicó que había elegido a un varón como asistente para evitar habladurías. Además de recibir a los pacientes, el muchacho limpiaba el piso, preparaba café y se encargaba de que las cosas mantuvieran un orden general. Hasta ayudaba fuera de horario en las tareas más arduas de la huerta.

Siguiendo los consejos recibidos, Favaloro empezó a realizar las recorridas para atender casos en campos de toda la región. Al no contar con movilidad propia, era común que sus familiares le consiguieran un vehículo para transportarlo hasta el lugar donde se encontraba el enfermo, y, como había muy pocos autos, muchas veces la travesía se hacía en sulky o en carros tirados por caballos. Para ayudarlo, sobre todo en un principio, el tío Manolo puso a disposición su Ford 37 Coupe y hasta ofició de chofer. Las visitas domiciliarias y las urgencias fueron su fuerte en aquel tiempo inicial. A todos lados iba con su maletín de cuero claro en el que llevaba el instrumental básico y algunos medicamentos que conseguía en la farmacia.

Amplió todo lo que pudo su zona de influencia. En el amplio espacio entre Santa Rosa y Bahía Blanca había unos 25 000 habitantes repartidos en pueblos, caseríos y colonias como Villa Iris, Guatraché, Alpachiri, General Acha, Abramo, Unanué, Río Colorado, Anzoátegui, San Martín, 17 de Agosto, Darregueira, Azopardo, Bordenave, Rondeau, San Germán, Berraondo, Bernasconi, Puan, Estela, López Lecube y Felipe Solá, entre otros. A eso se sumaba un número indeterminado de personas que residían en forma temporaria o permanente en cascos de estancias o establecimientos agropecuarios. Al referirse a esas condiciones de vida precarias, Favaloro solía hablar del olor de los ranchos, "mezcla de mugre y humo", que se impregnaba en la piel y en toda la ropa. Nunca olvidó aquellos partos que asistió bajo la luz de una lámpara de kerosene sin más elementos que una palangana con agua caliente y varios paños húmedos.

Para llegar a cualquiera de esos puntos había que aventurarse por caminos de tierra que muchas veces se encontraban en malas condiciones. También había que enfrentar la arenilla aventada por el Pampero que todo lo cubría y, si se viajaba en coche, obligaba a encender las luces aún en pleno día. Bordeados por caldenes, matas de flechillas y carquejas que crecían entre los medanales, los senderos se volvían intransitables con cada lluvia, de modo que internarse en ellos implicaba dejar de lado cualquier previsión horaria. En ocasiones, el terreno no permitía avanzar a más de cinco o diez kilómetros por hora, a riesgo de romper el vehículo. El tren tampoco resultaba una alternativa viable ante una urgencia, ya que pasaba una vez al día y demoraba entre dos y tres horas en llegar a Bahía Blanca, la ciudad más cercana con infraestructura de salud para atender casos graves.

Pese a todo, bastaron esas primeras semanas desde su llegada a Arauz para que Favaloro empezara a vislumbrar la idea de quedarse definitivamente. Veía una perspectiva para su carrera profesional y se entusiasmaba con tener su primer consultorio propio. Así, en prolongadas charlas con su tío después de la cena, al calor de la estufa hogar, fue delineando un plan. Aquel proceso quedó reflejado en varias cartas que intercambió con su padre y su hermano, que progresaba en la carrera de Medicina. En paralelo, trabajó con el objetivo de intentar persuadir a su novia de animarse a una mudanza para encarar juntos un proyecto de vida en aquel confín.

Rachou le había hablado de la casa-consultorio que se hallaba del otro lado de la vía del tren, donde hasta hacía poco tiempo había atendido el doctor Bianchi. Estaba estratégicamente ubicada frente a la estación y había sido construida en 1920 por la familia Griot, una de las primeras que poblaron la localidad, con el objetivo de facilitar el establecimiento de un médico. A la edificación se accedía por un zaguán que separaba la sala de espera del consultorio y que estaba conectada a una vivienda con patio en galería donde había tres piezas. Por entonces la finca pertenecía a la familia de Pedro Grand, un chacarero devenido en hacendado que había hecho fortuna, con quienes Favaloro no tardó en llegar a un acuerdo por el alquiler. El 24 de agosto de 1950 firmó con la propietaria, Aída Irma Grand de Long, un contrato por un plazo de cinco años.

Salvo por algunas escapadas esporádicas a Bahía Blanca, donde aprovechaba para ir al cine o a la presentación de una orquesta de tango, o por algunas salidas a campo traviesa para conocer nuevos parajes, René no tenía tiempo para el esparcimiento: su día se agotaba en la atención de los pacientes. En algún momento tuvo una fugaz participación como arquero en el Fútbol Club Natura, pero sus obligaciones le impidieron seguir.

Cada tanto realizaba también algún viaje a La Plata para ver a Toni y a su familia. En una de esas oportunidades, después de una partida de billar en el Club Aconcagua –que había fundado su tío Leopoldo con otros vecinos en 1944–, relató a algunos amigos sus andanzas en el interior. Cierta vez, mientras se demoraba con un trago en el *buffet* de la institución, contó que estaba "exiliado en Jacinto –como le gustaba llamarlo–, un pueblito donde el diablo perdió el poncho". Un lugar extraño, agregaba, en el que convivían amigablemente judíos, católicos y protestantes.

En aquellos regresos, René buscaba también reunirse con sus viejos compañeros de estudios, así como con algunos profesores con los que se había mantenido comunicado, para ponerse al día de ciertas cuestiones de la profesión. Pero también aprovechaba para sondear de primera mano el clima político. Los colegas a los que visitaba solían quejarse amargamente de la situación de la universidad, a la que veían en un peligroso declive, ganada por la alcahuetería y la mediocridad. Llamaba peyorativamente "flores de ceibo" a los médicos que se graduaban en ese tiempo, según su visión, "sin esfuerzo ni experiencia suficientes".

El gobernador peronista de la provincia, Domingo Alfredo Mercante, había impuesto al Policlínico el nombre de "Instituto General San Martín" y promovía la creación de la carrera médico-hospitalaria. Dos años más tarde, al inaugurarse el nuevo pabellón del nosocomio, el gobierno realizó un acto multitudinario al que concurrió Evita. René ya no formaba parte del *staff* del hospital, pero en su libro *Recuerdos…* incluyó un párrafo en el que demuestra haber estado presente en aquel acontecimiento:

"¡Cómo nos dolían aquellos actos públicos donde estudiantes recibían bicicletas, motonetas y hasta automóviles como pago a su obsecuencia! Siempre recordaré la visita de Eva Perón a nuestro hospital para inaugurar un pabellón. Se realizó, como era costumbre en aquellos tiempos, un gran acto público. Desde el segundo piso observábamos con estupor el reparto de dinero, entiéndase bien, billetes de dinero, entre la gente que se agolpaba frente al palco. Cuando se terminaban, sus adláteres, desde atrás, le alcanzaban nuevos fajos que volvía a distribuir en medio de cánticos y vítores. Es posible que la mayoría no diera trascendencia a lo que estábamos observando, pero para mí era denigrante, se rebajaban tanto los de arriba como los de abajo. No era esa, ciertamente, la manera de solucionar los problemas sociales. A la muerte de Eva Perón, nos tocó vivir los días de luto obligatorio. En nuestras recorridas por el hospital nos encontrábamos con médicos y profesores que lo llevaban en su inmensa mayoría, por obligación. El temor de perder lo obtenido a través de tantos años era la explicación que escuchábamos con dolor. A algunos los comprendíamos, a otros no".[17]

Como sea, el párrafo ratifica su incomodidad con el peronismo.

Dos meses después de haber partido hacia la Capital, Rachou retornó al pueblo. Había recibido sesiones de radioterapia y, pese a que estaba muy delgado y pálido, se hallaba de buen ánimo, esperanzado en el resultado del tratamiento. Cuando Favaloro le planteó su idea de afincarse definitivamente, estuvo de acuerdo e incluso se mostró aliviado y reconoció la necesidad de que ambos se complementaran. Sobre todo, porque su estado de salud le iba a impedir realizar las salidas al campo, a sitios alejados y a deshoras.

Conforme pasaba el tiempo, el nuevo médico fue venciendo el recelo inicial. Siempre se mostró preocupado por resaltar la escasez de recursos con que contaba y expresar su objetivo de mejorar el servicio con la incorporación y actualización del instrumental para afrontar las necesidades de una población que, según su mirada, requería optimizar sus parámetros sanitarios, educativos y de desarrollo social. Sabía que tenía pacientes a los que solo iba a poder salvarles la vida con una infraestructura, y equipamiento acorde. "No se trataba de amoldarme a lo existente buscando una mejoría económica que resolviera

muchos de mis problemas personales; se trataba de quedarme a aceptar el desafío de una realidad que debía ser cambiada en la medida de mis posibilidades para eliminar o al menos paliar la miseria que nos rodeaba", escribió sobre aquellos años.[18]

Sentía que su vida daba un vuelco. En un viaje relámpago a La Plata le propuso a casamiento a su novia y terminó por convencerla de acompañarlo. Ella se encargó personalmente de todos los trámites. René y María Antonia contrajeron matrimonio el jueves 16 de noviembre de 1950. Según el acta 363, labrada por el jefe de la Sección 9ª del Registro Civil de La Plata, Leopoldo Campagnaro, aquella mañana del Año del Libertador General San Martín dieron el sí ante los testigos Eleodoro Sebastián Delgado, tío de Toni, y Roberto Raffaelli, tío del novio. Dos días más tarde hubo boda por Iglesia y una modesta reunión familiar. A la mañana siguiente, los recién casados partieron hacia Capilla del Monte, en Córdoba, donde pasaron la luna de miel en medio de un paisaje bucólico surcado por cerros y riachos. René le pidió a su amigo y colega Rodolfo Ghilini, con quien había compartido las prácticas en el Policlínico, que lo cubriera durante su ausencia, que se extendió por un mes.

Luego la pareja viajó a Arauz en el tren. "Durante el largo viaje le explicaba mis proyectos e ilusiones, para que se fuera compenetrando con el ambiente en el cual se iba a desarrollar nuestra existencia y no se encontrara de pronto sumergida en Jacinto Arauz, donde fuera de las tareas del hogar muy poco tendría para hacer", relató Favaloro al evocar ese momento en el que nada parecía un obstáculo insalvable. Una vez allí, plena de entusiasmo, Toni consumió sus horas en las tareas de acondicionar la casa-consultorio. Ayudó a pintar, a equipar la cocina, y decoró las habitaciones con los escasos muebles que tenían. También trabajó en la quinta y sembró gran variedad de flores que perfumaron el hogar. Las primas de René, Haydeé y Gladys, se convirtieron en su principal y casi único puente con la comunidad. En ocasiones, alargaban la noche tras la cena con partidas de canasta o chinchón, acompañadas con copitas de algún licor y postres caseros.

La salud de Rachou se agravó hacia el fin de aquel año y tuvo que volver de urgencia a Buenos Aires, donde, doblegado por lo que terminó siendo un cáncer corrosivo de pulmón que se había extendido al mediastino y a la cadena cervical, falleció el 1° de enero de 1951. Favaloro sintió que su partida era la señal definitiva que le indicaba que debía establecerse en Arauz. Vivió aquellas horas con sentimientos encontrados. Esa encrucijada del destino conjugaba el dolor de la pérdida con el desafío mayúsculo que implicaba erigirse en el único médico del pueblo.

Fue entonces cuando germinó la idea de fundar una clínica para enfrentar las limitaciones impuestas al ejercicio profesional por las condiciones materiales y poder aspirar a una mejora efectiva en la calidad del servicio de salud. Desde un primer momento había pensado que la casa-consultorio bien podía convertirse, con unos pocos retoques, en un centro asistencial con posibilidad de hacer internaciones y hasta con una sala de cirugía. También supo desde el comienzo que, para que aquel proyecto resultara sostenible en el tiempo, era necesario concebirlo regionalmente contemplando las poblaciones y los caseríos cercanos. A su vez, debía complementarlo con una profunda tarea docente de concientización orientada a la salud primaria de la población y a producir un cambio de costumbres.

Una de sus primeras acciones en ese sentido consistió en acercarse a las mujeres que tenían por tarea asistir a las parturientas. Logró vencer prejuicios mutuos y convirtió el acercamiento inicial, no exento de rispideces, en un vínculo fructífero. Propuso asistirlas y les impartió nociones de obstetricia para mejorar su labor. Con ejemplos prácticos les enseñó a esterilizar y desinfectar. A su vez, aprendió de las prácticas transmitidas oralmente por generaciones. "Yo era un curandero con diploma", resumió Favaloro al referirse a aquel intercambio de saberes. Aunque a veces no compartiera sus métodos, evitó contradecirlas, de modo de contarlas de su lado en el nuevo escenario. Entre las comadronas más representativas estaban Aurelia de Renda, Sixta Monaldi, Adela Robert e Irene Gómez, a la que todos conocían como Picochueco.

Le preocupaban los índices de mortalidad infantil. Advirtió que la reiteración de

cuadros gastrointestinales con deshidratación en niños pequeños obedecía a condiciones estructurales como la pobreza, el hacinamiento y la falta de agua potable, que se combinaban con una malnutrición y el escaso o nulo seguimiento médico, y a la tradicional ingesta de leche de vaca con el agregado de harina. Instruyó especialmente a las mamás sobre cómo preparar las mamaderas para atacar los empachos, enseñando que la leche recién ordeñada debía mezclarse con agua de arroz o avena previamente hervida. Recomendaba a cada puérpera difundir sus consejos a las demás y confiaba en la efectividad del boca a boca. Buscó aliarse con empleados de comercio, representantes de los distintos credos y clubes y, en especial, los maestros, para que lo ayudaran a reproducir su prédica; de ellos siempre recordaba a Carlos Guiñazú y su esposa Dalinda, un matrimonio de educadores que se convirtieron en grandes colaboradores de la campaña.

En ese momento fue clave también la buena predisposición de los miembros de la numerosa congregación valdense que, como habían hecho con sus antecesores, le ofrecieron las instalaciones del templo para organizar charlas sobre hábitos saludables e ilustrar sobre los últimos progresos de la medicina. Era común que en esas exposiciones él relatara anécdotas en las que enseñaba cómo la falta de condiciones sanitarias podía agravar la situación de un enfermo. Apuntaba a instalar la importancia de contar con un centro asistencial que permitiera internaciones y la realización de cirugías con cierto nivel de complejidad, evitando los traslados a ciudades más importantes.

El trabajo dio sus frutos, y después de casi dos años, las consultas se habían incrementado ostensiblemente. Si bien en el casco urbano había un núcleo de familias adineradas, la mayoría de los lugareños era de condición humilde, y en las afueras los paisanos vivían en una situación de gran precariedad. Por eso, en general no contaban con otro recurso más que el producto de su trabajo rural, así que, en muchas ocasiones, terminaban por pagar la consulta en especie. A propósito, René siempre recordaba la Navidad de 1951. Un día, antes de Nochebuena, llegó a su casa y su mujer lo recibió exultante. Lo condujo hasta el garaje donde había acomodado numerosos presentes que durante el día habían llevado los vecinos en agradecimiento: había huevos, quesos, gallinas, chacinados y hasta un chivito. Tuvieron comida para varias semanas.

A todo esto, la iniciativa de crear una clínica tomaba forma, y el tío Manolo se convirtió uno de sus principales colaboradores. Entre otras cosas, consiguió entusiasmar a Pedro Grand, dueño de la casa que pensaban transformar en centro asistencial. Juntos acordaron la adecuación del inmueble y siguieron de cerca los trámites necesarios para obtener la habilitación. René integró al proyecto al farmacéutico y bioquímicoMunuce, a quien convenció de actualizar su laboratorio de análisis clínicos y desarrollar un banco de sangre que contara con muestras de los habitantes clasificadas por tipo y factor, edad y domicilio. La idea era poder contar rápidamente con donantes compatibles para las cirugías.

Mientras tanto, el joven galeno no desatendió el consultorio ni las visitas domiciliarias. Con sus primeros ahorros había adquirido un Chevrolet 34 que le otorgó mayor autonomía para llegar a sitios distantes, y empezó a buscar una casa donde mudarse para cuando la clínica comenzara a funcionar.

Con ayuda de Grand reunió los 45 000 pesos necesarios para comprar la casa de un directivo de la Cooperativa Agraria que poco tiempo antes se había mudado a Bahía Blanca. “La compra de esa casa significó tener algo propio por primera vez en mi vida. Tenía pocos años de construida y era pequeña: un *hall* de entrada, cocina, comedor, baño, dos dormitorios y un garaje para el auto, en la parte posterior un lavadero, un parral y un amplio terreno para la huerta y el gallinero. Su ubicación era importante, pues mientras la futura clínica estaba en el sector menor, la nueva casa se encontraba en el sector mayor, al lado del correo y a media cuadra de la plaza”, describió.[19]

Hacia fines de 1951 se iniciaron las reformas a costa del propietario. Se recuperaron el frente y la vereda y se revocaron algunas paredes interiores que estaban descascaradas. También se instalaron tabiques para separar el consultorio de lo que sería una sala de rayos X y el quirófano. La adquisición de una camilla de examinación, una vitrina y otros enseres de Rachou fue clave para contar con una base de elementos vitales para la atención. El

padre de René se encargó de confeccionar el mobiliario indispensable para la nueva morada. Entre otras cosas, aportó un escritorio con tres sillas y un armario para el lugar destinado a la atención de pacientes; además de un juego de sillones, una mesa ratona, un sofá y un perchero para la sala de espera. También colaboró fabricando una camilla el tío Roberto, hermano de su madre, que se dedicaba a la herrería.

René y Antonia consiguieron el resto de los muebles. Compraron colchones, sábanas y frazadas, además de la vajilla necesaria para equipar la cocina. Viajaron a Buenos Aires para hacerse de instrumental quirúrgico, una estufa y un autoclave para esterilización.

En los días previos a la habilitación de la clínica, fue todo un acontecimiento la llegada de un equipo de rayos X de la firma Philips importado directamente de Holanda, con el que se podían realizar radioscopias y todo tipo de radiografías óseas. Los vecinos se agolpaban en la vereda para ver ese extraño artefacto embalado en una enorme caja con inscripciones en inglés. La adecuación de la instalación eléctrica no fue sencilla. Bautista Riolfo, un vecino dedicado a la reparación de electrodomésticos, tuvo que adaptar la maquinaria con transformadores debido a que la energía provista por la usina funcionaba con un sistema de corriente continua.

Sin la posibilidad de contar con personal especialmente capacitado, René había convencido a su prima Gladys, a quien todos llamaban Tita, de que fuera a formarse como anestesista en el Policlínico de La Plata. Por otra parte, convocó a una de las comadronas, María Forestier, para que fuera la encargada de la clínica. Se ocupó de formarla en ese rol multifacético que implicaba desde poner una inyección y hacer curaciones hasta asistir al doctor en el consultorio, las habitaciones y la sala de cirugía, pasando por las tareas de limpieza y cocina. Contratada con "cama adentro", Forestier se instaló junto con su marido, Andrés Baturraro, que también colaboraba en tareas de mantenimiento.

La Clínica Médico Quirúrgica comenzó a funcionar sin demasiada pompa. Se fueron sumando servicios a medida que se iban dando las condiciones, ya que Favaloro no se permitía dar un paso en falso. Lo crucial era, una vez más, ganar la confianza de la población. A mediados abril de 1952 realizó la primera operación. Según las fichas internas que aún se conservan, el primer paciente que se sometió al bisturí fue Raúl Chambón, a quien se le extrajo el apéndice aplicándole anestesia local. Por suerte, todo salió bien en aquel debut en el que participaron como asistentes Munuce y Forestier. Durante los primeros seis meses, las 75 intervenciones realizadas resultaron exitosas. Si bien se trataba en su gran mayoría de cirugías menores, el resultado significó un espaldarazo vital para la suerte del emprendimiento.

---

14 Ariel Bibbó: *El grito silencioso*, Mar del Plata, Martín, 2011, p. 79.
15 *La Nueva Provincia*, 12 de octubre de 2006.
16 R. Favaloro: *Recuerdos*…, p. 68.
17 Ib., p. 13.
18 Ib., p. 82.
19 Ib., p. 108.

CAPÍTULO 6

La Clínica Médico Quirúrgica

En letras negras sobre un cartel de chapa enlozada podía leerse: "Clínica Médico Quirúrgica. Cirugía General. Maternidad. Rayos X. Internación". Ya desde el pasillo de entrada era posible advertir que los principales atributos del lugar eran la pulcritud y el orden. En aquellos días, la tradicional avenida Artigas, sobre la que se encontraba el flamante centro asistencial, había sido rebautizada como Eva Perón siguiendo una política de homenaje que había alcanzado incluso al territorio nacional de La Pampa, convertido en provincia y designado con el nombre de la primera dama.

En el lugar se respiraba la impronta obsesivamente detallista de René, apegado a una disciplina cerrada que guiaba a todos y cada uno de los procedimientos. No había lujo ni ostentación, pero tampoco faltaba nada de lo necesario. Rápidamente la clínica cobró notoriedad. A medida que se incrementaban las consultas en el sanatorio se reducía la cantidad de visitas domiciliarias, que prácticamente quedaron acotadas a casos de urgencia o de pacientes cuyo traslado era muy engorroso. Médicos de distintas especialidades provenientes de otras zonas empezaron a concurrir al centro de salud que, poco a poco, se convirtió en una referencia.

Empujado por el ansia de progreso, René se entregó por entero al trabajo. Salía de su casa al amanecer y regresaba entrada la noche. Llegó a atender hasta sesenta pacientes por día. Quienes lo conocieron en esa época recuerdan que era puntilloso y tenía una memoria admirable: se acordaba de todos los detalles de la historia clínica de pacientes a los que no veía hacía meses. Durante la consulta desarrollaba la escucha porque creía que era necesario "primero curar por afuera y luego, recién, por adentro".

Muchos de sus pacientes, especialmente los de la colonia ruso-alemana, consideraban que tenía dones extraordinarios y le pedían que los tocara con sus manos en las zonas que tenían una dolencia como si con el solo contacto pudiera operar su cura.

Sin embargo, el matrimonio Favaloro casi no participaba de la vida social. Prácticamente no se les conocieron pasatiempos relacionados con la rutina del ocio pueblerino. Esporádicamente, compartían alguna cena con vecinos o asistían a las funciones de cine que cada tanto ofrecía alguno de los clubes locales, pero no era común que concurrieran a fiestas populares u otros eventos en los que habitualmente se enhebra el pulso de las comunidades pequeñas.

"Cuando el doctor no estaba trabajando vivía metido en la casa o se iba con su señora a pasear fuera del pueblo", cuentan en Arauz los pocos vecinos que tuvieron trato con la pareja y aún viven. Cada tanto, sobre todo en los primeros tiempos, disfrutaban explorando la zona. También les encantaba cocinar y dedicarse a la quinta, en especial al cultivo de tomates según el método que era tradición en la familia y que daba como resultado unos frutos particularmente tiernos y dulces. Y así transcurría la vida.

A raíz del aumento de la demanda de atención, René sumó como colaborador a su hermano Juan José, que estaba terminando el internado en el Policlínico de La Plata. Al principio viajaba solo por algunos días, especialmente en épocas de receso en la

Universidad. Así se fue aclimatando al trabajo y al lugar. El hecho de poder caminar gracias a la pierna ortopédica de madera que solo se quitaba para ir a dormir no lo había hecho desistir de su vocación.

La incorporación de Juan José fue el momento elegido para una segunda ampliación de la clínica, que vería duplicada su capacidad de atención. Previo acuerdo económico con el señor Grand, que seguía siendo el dueño de la propiedad, los hermanos construyeron más habitaciones, incorporaron un quirófano y compraron una mesa ortopédica para cirugía traumatológica. También adquirieron un seriógrafo –uno de los primeros que hubo en el país– con el que iban a poder realizar, además de radiografías, estudios digestivos, urinarios, biliares y ginecológicos. La adquisición era tan importante que el proveedor retribuyó su confianza y les obsequió sin cargo alguno un combinado en el que muchas tardes escuchaban música clásica y folclórica.

Cada mañana, después de baldear la vereda, María Forestier agendaba los turnos, organizaba las fichas personales para que estuvieran listas sobre los escritorios de los doctores de acuerdo con lo previsto y, a medida que los pacientes iban llegando, los distribuía según a cuál de los hermanos venían a ver.

Poco a poco se fueron incorporando nuevas colaboradoras que arrancaban en tareas de limpieza, se iban capacitando en el mismo servicio y, si reunían las condiciones necesarias, terminaban por desempeñarse como enfermeras. A Forestier se le unió Delfina Cesan, una joven hija de chacareros valdenses que con el tiempo y, según Favaloro, "se convirtió en el alma mater de la clínica". Pese a que era poco demostrativo, apreciaba mucho a sus empleadas. En algún alto del trabajo se sentaba en la cocina a tomar un mate cocido o un té y conversaba con sus colaboradoras. Ellas armaban la ronda de mate, pero él solo aceptaba uno como gesto de cortesía, ya que no era aficionado a la infusión. En esas ocasiones les preguntaba por sus vidas y las cosas del pueblo.

Según los documentos de la época, Juan José Favaloro se integró formalmente como "socio colaborador" de la clínica en los días convulsionados de 1955. Cuando llegó para instalarse en Jacinto Arauz ya llevaba más de un año de recibido. Había rendido su última materia en julio de 1953, y el 2 de octubre de ese mismo año se doctoró con la tesis titulada "Torsión del epiplón mayor". Estaba casado con Lilia Esther Barouille, con quien ya tenía su primer hijo, llamado Roberto René, nacido en La Plata el 9 de diciembre de 1954. Ella era maestra pero nunca ejerció. Al principio vivieron en la casa de René y Antonia, hasta que lograron comprar una vieja casona frente a la plaza.

Juan José mostraba inclinación por la ortopedia y traumatología y también por el tratamiento con quemados. Al igual que su hermano, poseía una gran capacidad de trabajo y dedicación a sus pacientes y estaba dotado de una especial habilidad manual, herencia de la carpintería, que en los años de estudio lo había destacado en el campo de la disección. En carácter, sin embargo, eran muy diferentes. Mientras que René era serio y ponía distancia, su hermano era simpático y cálido en el trato, así que se integró rápidamente a la comunidad. "Tenía casi predilección por los pacientes pobres", escribió René.[20] Todo ello puede ser plenamente corroborado entre los pobladores de Arauz, donde no falta quien recuerde a Juan José como "el zurdo" por sus ideas siempre cercanas a los más humildes.

René y Juan José redoblaron las charlas con distintos sectores de la comunidad en el templo de la Iglesia Valdense. Suele decirse que aquella tarea pedagógica sostenida en el tiempo motivó una reducción de las infecciones en los partos y una baja en los casos de desnutrición. Sin embargo, un estudio realizado en 2015 por el doctor Roberto José Sánchez puso en entredicho este último resultado al cotejar la documentación de las muertes en Arauz con los guarismos registrados en todo el país en esa época. "Es cierto que se observan algunas débiles señales de que la mortalidad infantil fue menor en el período en que Favaloro ejerció en el pueblo, (pero) estas no son estadísticamente significativas, por lo que no podemos afirmar con evidencia científica que disminuyera la mortalidad infantil en su período y menos que estas diferencias se debieran a su labor", afirma Sánchez. Pero no caben dudas de que la incorporación general de ciertas nociones les sirvió a los pobladores para mejorar su calidad de vida y evitar contraer afecciones por falta de información.

En aquel 1955 los hermanos Favaloro fueron los primeros responsables de la Sala de Primeros Auxilios de Jacinto Arauz. Si bien el edificio había sido construido una década antes, hasta entonces nunca había funcionado. Para su puesta en marcha, el gobernador de La Pampa, Salvador Ananía, dispuso el nombramiento de los facultativos y aportó una serie de subsidios para comprar equipos e instrumental. También se designó a Victoria Bender como enfermera.

Para entonces, René se había convertido en un actor de gran relevancia en aquel pueblo en medio de la pampa seca: un personaje de dimensión política cuyo rol interpretó con soltura. Su opinión o consejo resultaba más influyente que el de otras figuras con cargos o con una representatividad tradicional, incluidas las mismísimas autoridades locales o líderes religiosos. "El médico rural se transforma, con el tiempo, en el líder incuestionable de la comunidad", escribió.[21]

Una anécdota sirve para ilustrar el lugar que ocupaba el médico. Tras el golpe de Estado que en septiembre de 1955 derrocó a Juan Domingo Perón e instauró la llamada Revolución Libertadora, el régimen comenzó una furibunda persecución contra dirigentes peronistas. En la provincia, el gobernador Ananía fue depuesto y encarcelado, y sobrevino una intervención a cargo de Martín Barrantes. En aquel contexto, una de las primeras medidas del nuevo gobierno nacional, encabezado por el general Eduardo Ernesto Lonardi, fue devolver a la provincia el histórico nombre de La Pampa.

Barrantes duró menos de un mes en el cargo, pero tuvo tiempo suficiente para hacer caducar todos los mandatos y nombró comisionados en las localidades. El siguiente interventor federal fue el médico Martín Garmendia, quien constituyó una comisión investigadora que examinó la actuación de los funcionarios peronistas a nivel provincial y municipal. Abrió causas y encarceló a decenas de ex funcionarios públicos. El intendente de Arauz, Manuel Negrín, era de extracción peronista y temía caer preso. "Me van a venir a buscar en cualquier momento", le confesó a Favaloro, alarmado. Él intentó calmarlo y hasta le ofreció su propia casa para resguardarlo en caso de que fuera necesario.

Días más tarde, entró en Jacinto Arauz un fuerte operativo pergeñado desde la Base Naval Puerto Belgrano. Pero los uniformados no venían por el intendente, sino que buscaban a la diputada provincial Josefa Miguel de Tubio. Era la primera diputada mujer por el peronismo y la habían denunciado por tráfico de armas que serían usadas para resistir al régimen. En el allanamiento solo dieron con una escopeta sin municiones y un viejo pistolón de herencia familiar. No obstante, la mujer pasó recluida más de dos años. Alguna vez, el propio Favaloro narró aquel episodio en un programa de televisión. Según su relato, los militares hicieron algunos disparos al aire al llegar al pueblo para amedrentar a la población, y él salió al cruce del capitán a cargo del operativo para increparlo por el uso excesivo de la fuerza.

Cuando el intendente Negrín fue separado efectivamente de su cargo, pasó unos días tras las rejas porque le adjudicaron faltantes menores en las oficinas del municipio. Entonces, el interventor provincial Garmendia, que era cardiólogo, se comunicó con Favaloro y le pidió que lo ayudara a buscar un nuevo intendente. Hay quien asegura que el ofrecimiento habría recaído primero en él mismo, que lo rechazó. Lo cierto es que, comprometido en buscar un candidato, reunió a un grupo selecto de vecinos en la farmacia de Munuce, entre los cuales resultó elegido el vecino Antonio Santolaria, un empleado del ferrocarril que al principio no aceptó la propuesta. Solo lograron convencerlo al día siguiente, después de una extensa charla en la clínica en la que los hermanos Favaloro le garantizaron respaldo para su gestión. Bajo esa supervisión, Santolaria puso manos a la obra y se reveló como un gran recaudador: hasta logró cobrarle a la Iglesia la contribución por barrido y limpieza.

Otro ejemplo de la influencia de Favaloro en la comunidad fue la creación de la Cooperativa Eléctrica Limitada de Jacinto Arauz. René impulsó el proyecto y, apenas se hizo realidad, fue elegido como su presidente el 27 de mayo de 1956. Incorporó a sus aliados Grand, Munuce y al tío Manolo entre los nueve miembros de la comisión directiva e instruyó a Santolaria para hacer todos los trámites necesarios ante las autoridades. El

interés de Favaloro por el servicio eléctrico estaba relacionado con su actividad en la clínica. La mejora del sistema significaba un gran avance en cuanto a la calidad de vida, pero también una necesidad para la nueva etapa del centro asistencial que había aumentado su capacidad e infraestructura.

Hasta entonces el fluido era provisto por una vieja usina cuyos antiguos grupos electrógenos habían sufrido un gran desgaste. El suministro se interrumpía durante la noche y, además, el médico tenía que tomar ciertos recaudos para evitar que la sobrecarga de tensión produjera un corte o afectara los equipos del centro de salud. Cuando tenía que utilizar los aparatos de rayos, mandaba a una enfermera a avisar a los talleres y comercios de la zona para que apagaran momentáneamente la luz.

A René la caída del peronismo le había sentado bien. Compartió esa satisfacción con Ezequiel Martínez Estrada, su viejo profesor del Colegio Nacional, a quien había seguido visitando en el chalet de Bahía Blanca donde permanecía enclaustrado con la sola compañía de su mujer, la artista plástica Agustina Morriconi. Conversaban largamente sobre el derrotero de la Argentina y coincidían en el deterioro moral que, a criterio de ambos, había instaurado el peronismo. El profesor, pensador y literato santafesino declaraba estar "enfermo del país" y le insistía a su antiguo alumno con que debía escribir; sostenía que todo universitario tenía la obligación de dejar testimonio y de decir la verdad aun en un contexto de adversidad.

A principios de 1956 Favaloro acompañó a Martínez Estrada al acto inaugural de la Universidad Nacional del Sur. En un discurso muy recordado, el escritor exhortó a formar "hombres de alta cultura y verdadero protagonismo", y a convertir la casa de estudios "en un vivero de agitadores de ideas y de líderes de la cultura, que tanta falta nos hacen". Lo escuchaban el ministro de Educación de la Nación, Atilio Valentín Dell 'Oro Maini, y el interventor federal bonaerense, coronel Emilio Augusto Bonnecarrére. René vivió aquel momento con gran emoción y, años después, consideró que su viejo profesor había dejado en aquella disertación su testamento para los hombres de la cultura. Tras aquella reaparición en la escena, el pensador escribió los libros *Cuadrante del Pampero* y *Las 40*, que según Favaloro debían ser de lectura obligatoria en las escuelas.

Entretanto, el trabajo en la clínica aumentaba. Todos los días se formaban colas de personas que llegaban al amanecer desde distintas localidades. El lugar se había vuelto tan popular que existía un servicio de colectivos dispuesto exclusivamente para trasladar a los pacientes desde pueblos cercanos y no tanto.

En ese tiempo se incorporó al *staff* Dora Calo, una joven vecina que demostró una asombrosa capacidad de aprendizaje y rápidamente se convirtió en una dúctil asistente de quirófano. En una entrevista realizada para este libro, aseguró que el doctor se preocupaba mucho por sus pacientes y controlaba cada detalle, desde los instrumentos y la alimentación hasta la limpieza. No puede quitarse de la memoria el día que trajeron a una niña de dos años afectada por una gastroenteritis virulenta que falleció mientras Favaloro le estaba conectando el suero para intentar hidratarla. "Se puso a llorar desconsoladamente, como si fuera un nene. Era una persona muy sentimental", evoca, y dice recordar todavía "los zapatos gastados con los que llegó al pueblo".

Aunque el arribo de su hermano incrementó el trabajo, también le dio a René una opción para repartir el descanso. Una vez que Juan José estuvo afianzado, pudo empezar a tomarse algunos días de vacaciones y más de una vez eligió salir de recorrida con Toni. Les gustaba cambiar de aire y viajar en coche por caminos inhóspitos. Así conocieron buena parte de la Argentina. Preferían sobre todo la zona cordillerana, y especialmente los paisajes del llamado Camino de los Siete Lagos, tramo de la Ruta 40 que conduce a Bariloche.

Algún domingo, cuando la actividad lo permitía y el tiempo acompañaba, se tomaban un respiro para organizar una salida en familia. A veces iban a pasar el día a la vera de algún espejo de agua o campo de la zona invitados por sus dueños, pero en general preferían rumbear para Traicó Chico, un monte más conocido por el nombre de la familia Pena, propietaria de esas parcelas atravesadas por un arroyo con un cauce que renacía en la

primavera y a cuyas márgenes crecía un monte nativo de piquillines y algarrobos. Se llegaba después de transitar unos diez kilómetros por un sendero arenoso y ondulado hacia el oeste del pueblo. Si bien suele repetirse que era el sitio favorito de René, y de hecho pidió años más tarde que sus cenizas fueran esparcidas en esa zona, en *Recuerdos…* asegura que en realidad era el rincón predilecto de su hermano.[22]

En Jacinto Arauz, Favaloro asistió junto a su hermano y la comadrona a la que llamaban Picochueco el alumbramiento de dos de sus sobrinos: Juan José, que nació el 1° de junio de 1956, y Liliana Ethel, el 30 de abril de 1958. La relación familiar se consolidó. René siempre sintió una debilidad especial por Roberto, el mayor de sus sobrinos, al que llegó a considerar como el hijo que no había podido tener.

A su esposa le costaba cada vez más mantenerse conectada con la realidad de Arauz. Se había ido aislando hasta reducir al máximo el círculo de sus relaciones, y casi no se le conocieron amigos entre los habitantes del lugar. Pasó del primer momento de alegre entusiasmo a una apatía que la llevó a terminar prácticamente recluida. Toni había quedado en el centro de los comentarios pueblerinos cuando colocó en la puerta de su casa una leyenda que indicaba el horario de atención de la clínica y remarcaba que ese era un lugar de reposo para el médico, donde no había que molestarlo. Estaba harta de que los vecinos acudieran a deshoras, pero también tenía que lidiar con la falta de límites de su marido.

Décadas más tarde, en junio de 2013, Mariano Favaloro, primo de René, declaró en una nota escrita por el periodista Bruno Larocca en la revista *Gatopardo* que "Antonia era muy buena pero incomprensiva con el trabajo de René. –Y agregó–: Cuando se fueron a Arauz fue su gran colaboradora. Pero después, en el último tiempo, estaba un poco más quejosa porque René se iba de la casa a las siete de la mañana y volvía a las diez de la noche". Mariano ratificó lo dicho al ser entrevistado para este libro y añadió: "Debe haber sido muy difícil para ella acostumbrarse a las condiciones que suponía vivir con Favaloro".[23]

Quienes trataron al matrimonio coinciden en que la mujer padecía un cuadro depresivo. Tanto en el pueblo como en el entorno familiar se sostiene, en voz muy baja, que uno de los motivos fue la imposibilidad de concebir hijos. Como sea, Toni empezó a manifestar conductas extrañas. Evitaba el contacto con otras personas o se encerraba en su casa. Más de una vez se la vio pasar largas horas sentada sola en el auto estacionado en la puerta de la clínica, esperando a que su marido terminara de atender. Esas actitudes dieron lugar a murmuraciones que hasta hoy circulan entre los pobladores, aunque casi no quedan testigos directos de aquellos episodios.

Hacia finales de la década de la década de los 50, la clínica había progresado notablemente y también la economía de Favaloro. Una parte de los ingresos generados eran reinvertidos en costear nuevo equipamiento e infraestructura médica. Los hermanos destinaron ahorros también a la compra conjunta de un campo en la localidad Estación Julio Arditi, partido de Magdalena, a unos 45 kilómetros al sur de La Plata. Además, construyeron en un lote lindero a la vivienda de sus padres, en La Plata, una casa-consultorio con la idea de usarla en un eventual regreso al terruño; pero esa propiedad nunca cumplió el destino para el que fue erigida.

Sobre aquel proceso, Favaloro reflexionó en *Recuerdos…*: "A veces nos preguntábamos cuáles eran las razones del éxito. A mi entender, todo se debía a la capacitación profesional y humanística que nos habían dado la universidad y el hospital Policlínico de La Plata, merced a la cual podíamos dedicarnos con abnegación y amor a nuestra tarea de médicos a la que entregábamos todos nuestros esfuerzos. Entendíamos –porque lo llevábamos en el alma– que el acto médico debe estar rodeado de dignidad, caridad, igualdad, piedad, sacrificio, abnegación y renunciamiento. –Y completó–: Buscábamos obtener un sustento económico, pero lo hacíamos cobrando lo justo, de acuerdo con la capacidad de cada uno de los pacientes. A toda hora nuestro esfuerzo personal y la capacidad tecnológica de la clínica estaban al alcance de todos, poniendo en práctica aquello de que la salud es un derecho inalienable que no tolera privilegios".[24]

En la soledad del consultorio, en los resquicios de aquellas extensas jornadas de trabajo,

René se dedicaba a leer sobre medicina. Estudiaba alguna patología de los volúmenes heredados de la biblioteca de Rachou Vega o leía con interés los artículos de las revistas científicas a las que estaba suscripto y que recibía con regularidad por correo. Lo atrapaban particularmente las publicaciones sobre la evolución en las intervenciones cardiovasculares, cuyos progresos se venían registrando desde principios de la década de 1950. Contribuciones como la de los estadounidenses Alfred Blalock y Clarence Walton Lillehei o el sueco Clarence Crafoord lo fascinaban y a veces las comentaba, lleno de entusiasmo, con interlocutores que no siempre alcanzaban a dimensionarlo. A Crafoord había tenido la suerte de verlo operar en el Policlínico, gracias a una oportunidad que le dio Mainetti al elegirlo para ingresar en el quirófano durante la única visita que el europeo hizo al país, e interiorizarse del procedimiento y la técnica.

Por ese entonces, había incrementado la frecuencia de sus viajes a La Plata y Buenos Aires, en los que aprovechaba para ponerse al día en materia de conocimientos médicos visitando a colegas con los que departía sobre el estado de la profesión y analizaba las nuevas técnicas de cirugía a corazón abierto. Mantenía intacto el interés por la cirugía torácica que se había despertado en sus años de estudio y, sobre todo, en el curso de posgrado en el Hospital Rawson. Cada martes hacía 700 kilómetros para participar de los ateneos del Instituto de Cirugía Torácica que dirigía Rodolfo Cayetano Boragina, cuya creación había promovido el ex ministro de Salud Pública, Ramón Carrillo.

Tibiamente comenzó a elaborar la idea de emigrar del pueblo en el que ya llevaba una década. La rutina pampeana se le había vuelto asfixiante y sentía la necesidad de progresar y buscar nuevos horizontes. Si bien las cosas marchaban sobre rieles en la clínica, Favaloro comenzó a sentir que el ciclo se agotaba en lo personal y profesional. Pero evitó comentar sus cavilaciones, que solo compartió con su hermano Juan José.

Con sigilo, puso en marcha su plan de retirada. Su intención inicial era poder sumarse a algún equipo que trabajara en cirugía torácica en el país. Entre otros contactos y gestiones, visitó al doctor Alfonso Roque Albanese, discípulo de Finochietto y pionero en operaciones de corazón, quien en 1947 había operado exitosamente a dos chicos que padecían el "síndrome del bebé azul", como se conoce popularmente a la Tetralogía de Fallot, una malformación cardíaca congénita. Albanese dirigía una clínica en Buenos Aires, pero lo acuciaba la situación financiera. No tenía nada para ofrecerle y le habló del que para él era el mejor centro de formación en la especialidad: la Cleveland Clinic Foundation, en Estados Unidos, una entidad de la que por entonces René no tenía demasiadas referencias. Se trataba de una institución de excelencia dedicada al tratamiento especializado, formación e investigación donde trabajaban varios de los expertos más respetados del mundo, como los cardiólogos William Proudfit, Earl Shirey y Frank Mason Sones, o el médico holandés Willem Johan Kolff, precursor de la hemodiálisis. El equipo del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular era conducido por el afamado Donald Brian Effler.

También recurrió a su admirado profesor José María Mainetti, con el que mantenía vínculos por asistir a sus ateneos en la medida que el trabajo en la clínica se lo permitía. Mainetti conocía el lugar y había quedado impactado con las coronariografías y la experimentación con órganos artificiales.

–¿Sabe qué me pasa, maestro? Siento que me estoy achanchando –dijo René, circunspecto, sentado en un pequeño taburete junto a la ventana del consultorio de su viejo docente, que se comprometió a ayudarlo.

–Si usted quiere trabajar en serio en cirugía torácica, lo mejor que puede hacer sin lugar a dudas es ir a la Cleveland Clinic –dictaminó el catedrático.

A fines de 1961, cuando el profesor volvió a Estados Unidos como parte de un plan de actualización, pasó a visitar a su contacto en la Cleveland, George Washington Crile Jr., un cirujano oncólogo que era jefe del Departamento de Cirugía General e hijo de uno de los fundadores. Entonces le transmitió la inquietud sobre la posibilidad de sumar a su discípulo al plantel de residentes de la prestigiosa clínica. Entre tanto, René y Toni, quien se mostraba como la más interesada en dar el nuevo paso, empezaron a estudiar inglés con el curso English Travel Course del Instituto Linguaphone, que traía un cuadernillo y discos de pasta

para aprender la pronunciación. Para eso, ponían los discos en el combinado obsequiado por Philips: el tocadiscos y el kit del curso se conservan hasta hoy en el museo de Jacinto Arauz.

En el pueblo casi todos tienen al menos una pequeña anécdota sobre aquel médico que se volvió famoso, aun aquellos que no alcanzaron a conocerlo personalmente (que ya son mayoría). Además de un museo en su honor, hay un circuito turístico que permite recorrer los distintos lugares que fueron relevantes para él en los años que habitó en la localidad. Curiosamente, nadie recuerda el momento en que se fue, pero sí que su salida fue intempestiva e inesperada, y de hecho quedó envuelta en un mar de versiones que se han vuelto incomprobables.

Como sea, una vez que hubieron anunciado formalmente su partida, en el verano de 1961, el alcalde y una comisión reunida para tal evento se esmeraron en organizar un gran acto de despedida para los médicos. Después de varios aplazamientos, los vecinos lograron que René accediera a asistir a la ceremonia, en la que también se iba a recibir a los nuevos responsables de la clínica. Le habían mandado una carta para comunicarle la intención y las características que tendría el acto, a la que René respondió: "No puedo defraudarlos, si mi hermano me hubiera avisado a su debido tiempo les hubiera suplicado no hicieran nada, no está en mi manera de ser ni de ver las cosas el aceptar homenajes; creo que he cumplido con mi deber, únicamente con mi deber, durante esos once años de mi entrada a Jacinto Arauz. No obstante, y frente a todo lo que ustedes han realizado, sacaré fuerzas y concurriré".[25]

La ceremonia se realizó finalmente el 1° de agosto de 1961. Ese día los comercios cerraron por la tarde para promover la asistencia de la población. En las instalaciones de la Asociación Española se apiñaron, según la prensa de la época, más de mil personas. Fue una noche agitada. Hubo entrega de ramos de flores, pergaminos, placas conmemorativas y hasta la presentación de números artísticos. Aunque parezca increíble, en medio de aquel festín, entre abrazos y lágrimas, los médicos tuvieron que asistir un parto de gemelos. La velada se cerró con sentidas palabras de los hermanos Favaloro.

Alguna vez René contó a sus amigos que el impulso final para tomar la decisión de irse a Estados Unidos se lo dio el por entonces prominente cuadro del radicalismo con pasado como médico rural, Arturo Umberto Illia, con quien se reunió para pedirle consejo sobre su futuro. Lo había ido a ver después de intentar sin suerte conseguir alguna oferta laboral en el país. Poco tiempo después, en 1963, Illia llegaría a ser presidente de la nación, pero sería depuesto por un golpe militar tres años más tarde.

Después de que René y Toni dejaron Arauz, Juan José se dedicó a intentar cerrar el acuerdo con un grupo de médicos interesados en comprar la clínica. Se trataba de profesionales que se habían instalado en la zona impulsados por el doctor Moisés Chervis, quien, durante una visita a familiares, había conocido la próspera experiencia de los hermanos Favaloro. Así, a mediados de 1961 se hicieron cargo del sanatorio el cirujano paraguayo César Britos Bray y el obstetra Manuel Céspedes Cardozo.

René volvió muy pocas veces a Jacinto Arauz. Tras aquel homenaje de despedida, al que concurrió a regañadientes, regresó solo para el funeral de un familiar y, muchos años después, en 1989, para la celebración del centenario del pueblo, a la que acudió solo. Se había montado una enorme carpa frente a la clínica, pero el doctor evitó cruzar la avenida y reencontrarse con aquel pasado. No quería emocionarse, le comentó a Humberto Bogado, uno de los galenos que habían trabajado en el nosocomio y participó de aquel acto.

En los años de Jacinto –cómo él lo llamaba– Favaloro desarrolló sus ideas sobre la medicina social y el cuidado de la relación con los pacientes, junto a los que aprendió mucho sobre la profesión, el país y hasta de sí mismo. En varias oportunidades aseguró que allí descubrió "el profundo sentido social de la vida". Su alma se había enriquecido en aquel confín, donde conoció "la otra Argentina, la verdadera". Una intensa experiencia de la que dijo estar "profundamente agradecido a Dios y al destino por haberme dejado vivir allí, en unión con el Pampero".[26] También en ese lugar había forjado la silueta de médico

rural con que suele recordárselo.

20 Ib., p. 130.
21 Ib., p. 147.
22 Ib., p. 21.
23 Bruno Larocca: "El caso del Dr. Favaloro", *Gatopardo*, 13 de junio de 2013.
24 R. Favaloro: *Recuerdos*…, pp. 134 y 135.
25 La carta original está expuesta en el Museo Histórico del Médico Rural "René Favaloro" de Jacinto Arauz.
26 R. Favaloro: *Recuerdos*…, p. 156.

CAPÍTULO 7

Triunfar en Estados Unidos: el *bypass*

René y Antonia abordaron en Ezeiza una aeronave Douglas DC-6 de Aerolíneas Argentinas que en un vuelo directo de once horas los depositó en el aeropuerto Idlewild de Nueva York. Lo apacible del trayecto les permitió calmar sus temores y disfrutar de su primer viaje en avión. Tras sortear el aterrizaje y el papeleo migratorio, pasaron el resto del día descansando en un hotel próximo a la estación aérea desde donde, a la mañana siguiente, volvieron a volar, completando un trayecto de 750 kilómetros hacia el Oeste, hasta Cleveland.

A principios de febrero de 1962, con 38 años, Favaloro ingresó por la puerta principal del edificio de la Cleveland Clinic Foundation aferrado a una carta de recomendación de su maestro, José María Mainetti, pero sin ninguna certeza de que fuera a ser atendido. Mainetti había solicitado al Jefe del Departamento de Cirugía General, George Crile, que aceptara como residente a su discípulo, pero nunca había recibido respuesta.

Lanzado en busca de su destino, el médico platense decidió insistir en persona y asumió los riesgos de recorrer casi 9000 kilómetros hasta la clínica que lleva el nombre de la ciudad en la que se asienta, en el condado de Cuyahoga, dentro de la zona más poblada del Estado de Ohio y sobre la orilla sur del lago Erie, uno de los más grandes y contaminados del planeta. Fundada en 1921, la Cleveland Clinic había nacido de la iniciativa de un grupo de médicos dedicados a la práctica quirúrgica que desarrollaron la visión de ofrecer una atención "de alto compromiso con el paciente sobre la base de los principios de cooperación, compasión e innovación", tal como surge de sus principios rectores.

René se dirigió a la recepción y presentó la nota de Mainetti. Minutos después, Crile lo recibió afectuosamente en su despacho y, antes que nada, pidió disculpas por no haber contestado los mensajes enviados por Mainetti. Después de una breve charla, llamó por teléfono a Donald Brian Effler, responsable del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular, y lo acompañó hasta su oficina. En el pasillo, antes de despedirlo lo alentó con una palmada en la espalda y soltó:

–¡Buena suerte!

En su inglés rudimentario Favaloro logró explicar los motivos que lo habían llevado hasta allí. Effler mostró muy buena predisposición, pero enseguida le advirtió que, como no contaba con el certificado habilitante del Consejo Educativo de Graduados Médicos Extranjeros, no iba a poder ingresar al régimen de residencias. Pese a todo, le propuso admitirlo condicionalmente en carácter de "médico observador", una suerte de oyente sin atribuciones ni responsabilidades.

–Solo busco una oportunidad –dijo Favaloro con convicción.

El directivo quedó impactado por la actitud y motivación de su colega sudamericano, al punto de que terminó por ayudarlo a superar un incidente que se suscitó minutos después, cuando fue a inscribirse en la oficina de Educación de la institución. Allí, el responsable del área, Charles Leadham, molesto por la mala dicción del postulante, cuestionó con dureza a la Argentina, a la que calificó como un país de indios salvajes sin educación. Ofendido, René rechazó sus dichos y se retiró sin completar el trámite. Por suerte para él, la intervención de Effler dejó atrás el entredicho, que podría haberle significado el regreso

inmediato al país.

Había intentado aprender seriamente inglés en Mar del Plata, donde se había instalado casi en secreto durante algunos meses junto con Antonia después de su salida de Jacinto Arauz. Necesitaba descansar, relajarse y estar tranquilo para recomponerse y aprestarse a enfrentar el gran desafío en el exterior. Los días que pasó en el principal balneario argentino son un verdadero misterio; solo unos pocos miembros de su familia conocieron aquella suerte de retiro, aseguró su primo Mariano Favaloro durante una entrevista para este libro. Al parecer, allí, alguien le recomendó a un australiano de apellido Leach para mejorar sus conocimientos de inglés.

Al cumplirse diez años de la muerte de Favaloro, un grupo de vecinos marplatenses encabezado por Alberto Vittorio Materia, dueño de una tradicional fábrica de jabón y oriundo de la misma isla que los abuelos de René, instaló en la costanera, a la altura de Punta Iglesia, un memorial en homenaje al cardiocirujano nacido en La Plata. La iniciativa había sido impulsada por varios residentes de origen italiano y fue avalada por las autoridades del municipio. En ese momento, entre los presentes, se deslizaron comentarios borrosos sobre aquel tramo secreto de su vida, cuando era un médico desconocido, y se sugirió que el lugar donde se instaló el busto era donde solía ir a mirar el mar en aquellos días.

En Cleveland, René y su esposa pasaron los primeros días de su nueva vida en un hotel céntrico. Una vez que el médico comenzó a concurrir a la clínica, alquilaron una habitación que contaba con heladera y una pequeña cocina en un hospedaje más económico ubicado a pocas cuadras del complejo asistencial. Era un barrio complicado: la mayor parte de los pobladores no tenía empleo fijo y eran comunes los reportes de robos e incidentes callejeros. Si bien al principio extrañaron un poco, la adecuación al nuevo entorno no les costó demasiado. En la familia de René suelen contar que, apenas llegó a Estados Unidos, buscó la manera de enterarse de las noticias de su país y su ciudad y, especialmente, de su amado Gimnasia.

Lo había entusiasmado la remontada del equipo en la parte final del campeonato de 1961 a partir de la llegada del entrenador uruguayo Enrique Fernández Viola. Faltando tres fechas para finalizar el torneo de ese año, el Lobo se había enfrentado en el Bosque con Racing Club, ya consagrado campeón, y lo derrotó por 8 a 1. Fue la mayor goleada en la historia profesional del club. Sin embargo, el comienzo del torneo de 1962 estuvo lejos de ser auspicioso. La derrota en el clásico con Estudiantes determinó el alejamiento de Fernández Viola. Después de un fugaz interinato de Eliseo Prado, el puesto fue asumido por Adolfo Pedernera y, faltando tres fechas, lo suplantó Ricardo Infante. En aquel certamen, que Favaloro intentaba seguir a través de las noticias de los argentinos que pasaban por Cleveland, Gimnasia conservó el invicto durante quince partidos consecutivos y se mantuvo en la punta casi hasta el final, pero un conflicto con varios de sus jugadores echó por tierra todas las expectativas.

Desde el primer minuto en la clínica, el médico platense se concentró en dar los pasos indispensables para lograr acceder formalmente a la institución, y comenzó a prepararse a conciencia para el examen que le iba a permitir ejercer la medicina en Estados Unidos. “Sin ninguna duda me sentía feliz. Una vez más estaba frente a un nuevo desafío. Los que me conocen en profundidad –mis colaboradores en particular– saben que no puedo vivir sin desafíos”, escribió.[27] Al principio apenas intercambiaba unas pocas palabras con el personal auxiliar y las enfermeras; pero, poco a poco, a medida que iba interiorizándose en la tarea, fue perdiendo la timidez y no tardó en ganarse el respeto y reconocimiento de sus colegas.

Su función era ordenar el quirófano y cumplir guardias cada 48 horas. En rigor, en aquellos días hizo de todo: trasladar pacientes en camilla, limpiar instrumentos, ayudar a los anestesistas y al operador de la bomba extracorpórea, colocar catéteres y colaborar con el orden general del quirófano. Trabó una muy buena relación con los miembros del *staff*

del área de cirugía, principalmente con el jefe de residentes, el hawaiano Niall Scully, y con Alfonso Parisi, un canadiense con quien compartía el origen siciliano, y cuya esposa se convirtió en una de las mejores amigas de Toni.

En aquellos primeros tiempos, su desempeño como residente consistía básicamente en estar siempre a disposición de los cirujanos para dar una mano en lo que hiciera falta. Trabajó principalmente con casos de enfermedades valvulares y congénitas. Un rasgo de su trabajo que asombró a sus jefes y le valió la consideración de sus pares fue la forma en que se relacionaba con los pacientes, así como sus diagnósticos clínicos en base al contacto directo y prescindiendo de toda aparatología.

Habían pasado apenas unas semanas desde su arribo cuando Effler lo invitó a participar por primera vez en una operación, y su sobrio proceder lo convirtió de inmediato en asistente de Laurence K. Groves, el cirujano de mayor jerarquía después de Effler. Fue un paso determinante para su inserción en el nuevo medio. A medida que fue ganando horas en el quirófano, aprendió en detalle el desempeño esperado para cada uno de los roles. Por entonces se realizaban tres o cuatro operaciones a corazón abierto por semana, generalmente por enfermedades congénitas.

Al regresar del trabajo, Favaloro registraba en un cuaderno todo cuanto había visto, en especial las técnicas quirúrgicas utilizadas. Anotó casi 400 casos de reemplazo de válvulas aórticas instaladas con el procedimiento de Vinerberg por prótesis de Starr Edwards, las primeras producidas en serie. Luego volcó esa información en un informe que presentó ante la Ohio Heart Association, por el que obtuvo uno de los premios instituidos anualmente para médicos residentes.

El progreso en el manejo del idioma le resultó clave al rendir en septiembre de 1962 el primer examen para médicos extranjeros, llamado National Board Certification (NBC), que le otorgó una credencial para acceder a la enseñanza avanzada y lo convirtió en miembro *junior fellow* de la Cleveland Clinic. La prueba se centró en cuestiones vinculadas con las ciencias básicas como química, fisiología y anatomía, además de hacer un repaso sobre patologías comunes en Estados Unidos. Este paso implicaba, además de un reconocimiento a su esfuerzo, un primer ingreso mensual que le permitía dejar de gastar los poco más de 10 000 dólares con que había viajado. No obstante, para aprovechar la habilitación y mejorar su situación financiera, decidió realizar pasantías en otros servicios de la clínica y también en otros hospitales durante las vacaciones.

Su tarea asignada en la Cleveland como *junior fellow* implicaba la realización de guardias cada 48 horas y un seguimiento diario de los pacientes desde su ingreso hasta el momento del alta. Acompañaba a los cirujanos en jefe en su recorrida por las habitaciones y evacuaba cualquier duda que tuvieran a partir de los antecedentes y situación de cada internado.

Effler desarrolló un particular cariño por Favaloro y su esposa. Se encargó de ayudarlos a integrarse socialmente invitándolos a reuniones y comidas y, gracias a su gestión, consiguieron mudarse al Palais Royal, un edificio de departamentos integrado al complejo de la clínica. Hasta llegó a recomendarles un vendedor para adquirir su primer auto estadounidense: un Valiant rojo por el que pagaron 1100 dólares en cuotas. Con el tiempo, Effler también influyó para que fuera aceptado en algunas instituciones de la especialidad, como el Colegio Estadounidense de Cirujanos y la Asociación Estadounidense de Cirugía Torácica, aunque no contaba con todos los requisitos estipulados.

La vida de la pareja orbitó inicialmente alrededor del mundo del centro asistencial. Una de las primeras relaciones que establecieron fue con el galeno cordobés Martín Atdjian, que promediaba una residencia en reumatología y vivía en el mismo piso del edificio. Los sábados solían ir juntos a hacer las compras.

René y Toni pasaron su primera Navidad estadounidense en la casa de Vicente Profeta, un italiano que había vivido varios años en la Argentina y trabajaba como electricista en el área de Mantenimiento de la clínica. El médico se hizo cargo del menú de aquella Nochebuena: un bacalao con polenta y salsa de tomate, y resultó tan sabroso que le hizo ganar fama de buen cocinero. Con el tiempo, varios de sus compañeros empezaron a

pedirle que les preparara sus especialidades, sobre todo el tradicional asado, que se podía conseguir en un mercado cercano al departamento. Los fines de semana acostumbraban reunirse con un grupo de argentinos con los que coronaban la velada enfrascados en interminables partidas de truco.

De a poco, comenzaron a desplegar otros lazos. Iban a comer seguido a un restaurante que les había recomendado Effler, propiedad de una familia de apellido Guarino, descendientes de sicilianos. El vínculo con ellos se volvió tan fuerte que terminaron por ser padrinos de uno de los nietos del dueño. Incluso, en algún momento durante los primeros tiempos en Cleveland, René llegó a pensar que, si las cosas no funcionaban como esperaba, hasta podía llegar a asociarse con los Guarino para fabricar pastas, que eran su fuerte en el aspecto culinario.

En ocasiones pasaban el día en alguno de los numerosos parques públicos de la ciudad. Junto al lago Erie se podía pescar, cocinar y comer cómodamente a la sombra de frondosos árboles. Otra de las salidas preferidas de los Favaloro era concurrir a las funciones de la Orquesta Sinfónica de la ciudad, una de las más importantes del país. Era común que algunos pacientes dejaran entradas de cortesía para los profesionales y empleados de la clínica. René también jugó al fútbol en equipos que disputaban torneos de comunidades y descubrió el tenis, deporte que lo fascinó y terminó por adoptar para siempre.

A poco de haber cumplido un año en su nuevo trabajo, hizo méritos para ascender a la categoría de residente *senior*. Se destacaba entre sus pares por la contracción al trabajo y fundamentalmente por su trato con los enfermos y sus familiares. Tenía gestos que eran agradecidos por los pacientes, como mostrarles los pasos y el sentido de la operación a que debían someterse con diagramas sencillos dibujados en un papel, para que pudieran comprender fácilmente.

Puede decirse que Favaloro llegó al lugar indicado en el momento justo para ser protagonista de una gran transformación de la cirugía coronaria, con técnicas que abrieron una nueva expectativa de vida para cientos de miles de personas que padecían afecciones del corazón. Por entonces, se avanzaba en el desarrollo de estudios de las arterias mediante aparatos de radiología convencional que permitían observar la anatomía coronaria y sus posibles obstrucciones para identificar con precisión las necesidades de cada paciente. El análisis de las arteriografías (o angiografías) y sus correlaciones con las historias clínicas mejoraban notablemente el diagnóstico y proporcionaba información valiosa para dirigir los procedimientos dentro del quirófano.

Los cirujanos de la Cleveland aplicaban una técnica desarrollada por el canadiense Arthur Martin Vineberg –uno de los más grandes cirujanos de la época– para los casos de taponamiento de las arterias coronarias, que son las encargadas de llevar oxígeno y nutrientes a distintas zonas del corazón. Esos vasos sanguíneos pueden obstruirse con partículas de grasa, colesterol y otras sustancias debido a factores como la hipertensión, la obesidad o el tabaquismo. Es lo que técnicamente se llama arterioesclerosis coronaria o cardiopatía isquémica. Tras años de ensayos con animales, Vineberg había concebido un procedimiento quirúrgico para subsanar el déficit de flujo cardíaco, ya fuera por calcificación, inflamación o pérdida de elasticidad provocadas por las oclusiones; pero su trabajo no había generado la confianza suficiente en el mundo médico, ya que, si bien en ocasiones lograba restablecer el flujo sanguíneo, los resultados no eran generalizables, es decir que se volvian inconsistentes y, por lo tanto, impredecibles.

Al repasar la historia de la cirugía de revascularización coronaria suele señalarse como un hito la intervención realizada el 2 de mayo de 1960 en el Colegio de Medicina Albert Einstein, de Nueva York: un equipo liderado por el cirujano Robert Hans Goetz insertó un anillo de titanio para ligar los vasos sin realizar suturas. El paciente, de 38 años, logró sobrevivir durante doce meses, pero la falta de asiento de la intervención hizo que ese equipo no recibiera el crédito correspondiente sino hasta muchos años después. Por entonces, los riesgos de la experimentación llevaban a los médicos a no informar inmediatamente sobre algunas de sus prácticas.

A lo largo de esa década, varios otros cirujanos también iban a realizar derivaciones

cardíacas. David Coston Sabiston, de la Universidad de Duke, efectuó en 1962 el primer puente aortocoronario en un ser humano, y dos años más tarde lo hizo Edward Harvey Garrett, por entonces asociado con el reconocido Michael Ellis DeBakey. En ambos casos, las operaciones se habían realizado en respuesta a alguna emergencia surgida cuando los pacientes ya se hallaban en la mesa de operaciones. Ninguno de esos procedimientos fue reportado sino hasta varios años después.

Como fuera, se trataba de un proceso indetenible, y no solo en los Estados Unidos sino en otros puntos del planeta. En ese contexto, el doctor ruso Vasilii Ivanovich Kolesov llevó a cabo en 1964 la primera anastomosis o revascularización coronaria exitosa con sutura utilizando como injerto la arteria mamaria interna, y más tarde ese mismo año practicó la primera derivación con sutura estándar.

Más tarde, en diciembre de 1967, el sudafricano Christiaan Neethling Barnard marcó otro hito al reemplazar el corazón desahuciado del comerciante Louis Washkansky por el de Dénise Darvall, una joven de 25 años que había perdido la vida en un accidente vial. La operación, realizada en el Hospital Groote Schuur de Ciudad del Cabo, demandó nueve horas y la participación de veinte cirujanos comandados por Barnard. Washkansky sobrevivió dieciocho días, pero murió afectado por una neumonía.

La revolución estaba en marcha y Favaloro iba a saber sacar provecho de esos progresos al explorar nuevas posibilidades quirúrgicas.

Uno de los rincones de la Cleveland Clinic que rápidamente despertó la curiosidad del médico argentino fue, precisamente, el Laboratorio de Cineangiografía, ubicado en el subsuelo. Allí se almacenaban rigurosamente los angiogramas coronarios junto a las fichas clínicas de cada paciente. El área estaba a cargo del cirujano Frank Mason Sones Jr., un cardiólogo infantil considerado el padre de la coronariografía. René le pidió ayuda para interpretar las imágenes y comenzó a visitarlo con frecuencia. Fue el comienzo de una fecunda amistad. Cada día, al terminar la jornada, el argentino bajaba al sótano para revisar diapositivas.

Creado en 1950, el laboratorio albergaba la colección más importante de cineangiografías de los Estados Unidos. Favaloro relevaba en detalle el estado de las arterias coronarias de cada paciente, y cuando le surgían dudas consultaba a Sones o concurría a la biblioteca de la institución, donde pasaba largas horas leyendo revistas médicas o libros de la especialidad cardiovascular.

Sones era un personaje muy particular, que actuaba guiado por una serie de principios rectores orientados por la búsqueda constante de la excelencia, la honestidad, la conciencia en las limitaciones de los aparatos y las estadísticas y, sobre todo, la actitud de olvidarse del reloj mientras estaba trabajando. Según revela el cirujano Fernando Boullon en su libro *Favaloro. El corazón en las manos*, Sones ensayó la primera coronariografía sobre su propio cuerpo sin autorización de la clínica: "Fuera del horario del trabajo y con anestesia local, se disecó la arteria del brazo izquierdo, se puso un catéter y se inyectó yodo".[28] La historia oficial indica que en 1958, mientras estudiaba a un paciente, se le desplazó el catéter e inyectó sin querer la coronaria derecha, hecho que dio origen a la técnica.

Después de meses de estudio, Favaloro aprendió a realizar diagnósticos certeros y comenzó a darle forma a la idea de sortear las obstrucciones en las arterias mediante un puente que permitiera restablecer la irrigación sanguínea del músculo cardíaco. Logró distinguir dos grupos de enfermos: los que tenían una afección difusa que alcanzaba a la mayoría de las ramas coronarias y los que presentaban obstrucciones localizadas en los segmentos proximales de las arterias, aunque con buen drenaje distal. Trabajar directamente en las arterias coronarias del segundo grupo mediante un dispositivo que permitiera saltear las obstrucciones empezó a transformarse en su obsesión.

Años después, Favaloro dedicó su libro *De La Pampa a los Estados Unidos*, publicado en 1992, a "la memoria de Mason Sones", quien había fallecido el 28 de agosto de 1985. Allí desliza, junto a las anécdotas de trabajo, su propia mirada sobre el país del Norte: elogia la buena organización y modernidad al tiempo que cuestiona el consumismo desenfrenado, la pobreza de amplios sectores de la población, el problema racial y la

contaminación generada por el polo industrial recostado a orillas del Erie. Respecto de la forma en que se ejercía "la medicina americana", objeta la despersonalización en la relación médico-paciente, excesivamente intermediada por la tecnología según su opinión.

Por lo pronto, en las primeras vacaciones que tuvo decidió manejar 1000 kilómetros en auto hasta Boston junto a Toni para conocer el trabajo de Dwigth Emary Harken, una verdadera leyenda de los quirófanos por sus intervenciones para extraerles proyectiles del corazón a soldados heridos durante la Segunda Guerra Mundial. Harken no solo le permitió asistir a una operación en Harvard, sino que luego lo invitó a almorzar a su casa.

Con empeño y dedicación, Favaloro seguía progresando y en 1964 llegó a ser Jefe de Residentes de la Cleveland Clinic. En ese tiempo acostumbraba a dormir en su departamento con la ropa de cirugía puesta y, aunque no tenía obligación, había dejado en la Unidad de Terapia Intensiva del segundo piso la instrucción de llamarlo durante la noche si se presentaba una complicación con algún paciente. No era extraño que ante una emergencia llegara a la sala antes que los residentes que dormían en el octavo piso.

Al poco tiempo de su ascenso le asignaron la misión de realizar un informe sobre los nuevos equipos para oxigenación que se utilizaban en The Texas Heart Institute, en Houston. Allí conoció a Denton Arthur Cooley, un cirujano al que admiraba por su destreza y rapidez de resolución. "Su habilidad manual le permitía transformar los gestos quirúrgicos más complejos en maniobras sencillas", señaló alguna vez. Cooley y Favaloro tenían algo en común muy valorado y poco frecuente entre los cirujanos: eran ambidiestros.

En esa etapa René ganó gran experiencia en una amplia gama de intervenciones, y a mediados de 1965, al completar el período de formación en la Cleveland Clinic, se convenció de que ya había aprendido lo suficiente como para volver a la Argentina y contribuir al desarrollo de la cirugía torácica. Entonces le adelantó a Effler su intención de hacer un viaje para interiorizarse de la situación, en vistas a radicarse en su país.

Lo entusiasmaban algunas de las medidas adoptadas por el gobierno de Arturo Illia, como la ley que instauró el salario mínimo vital y móvil o el refuerzo al presupuesto educativo. En materia sanitaria, veía con buenos ojos el control de los precios de los medicamentos, el lanzamiento de un servicio nacional de agua potable y la reforma del régimen técnico administrativo de los hospitales públicos. Pero, sobre todo, guardaba grandes expectativas por un programa para facilitar el regreso de científicos radicados en el exterior impulsado desde el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), presidido por el médico y premio Nobel Bernardo Alberto Houssay. El plan incluía subsidios para cubrir desde los gastos de transporte y radicación para el investigador y su familia hasta la mudanza de pertenencias, además de la provisión de equipamiento y el fortalecimiento de laboratorios y bibliotecas.

Sin embargo, una vez en La Plata comprendió que las cosas estaban lejos de ser como se las había imaginado. Además de palpar la inestabilidad política y comprobar que los militares confabulaban contra el gobierno de Illia junto con sectores del poder concentrado, casi no recibió ofertas concretas para reinsertarse, e incluso muchos de los colegas con los que charlaba le sugirieron que no volviera. A partir de algunas conversaciones previas, se había esperanzado con el proyecto de montar un servicio de cardiocirugía en el Hospital de Niños de La Plata, un centro de referencia nacional que recibía pacientes de distintas provincias. Sin embargo, luego de analizar su propuesta, las autoridades terminaron por considerarla inviable ante el apremio de otras urgencias.

En octubre asistió en Mar del Plata al Congreso Argentino de Cardiología, un ámbito ideal para buscar alternativas que le permitieran una repatriación. Sin embargo, allí tampoco tuvo suerte. Allí conoció al cardiólogo riojano Luis Mansueto de la Fuente, que, como él, residía en Estados Unidos y también quería volver para hacer pie en el país. Quedaron en comunicación con la idea de poder trabajar juntos en la Argentina, cosa que iban a hacer años más tarde. Lo cierto es que Favaloro volvió a Cleveland con las manos vacías. Fue a ver a Effler, quien le había propuesto incorporarse en el rol de *assistant staff*, una categoría creada para los que buscaban extender el período de entrenamiento más de lo estipulado para adquirir mayores conocimientos y experiencia. Dicho estatus le iba a

permitir tener sus propios pacientes y disponer de una oficina propia con secretaria.

Hasta entonces, si bien operaba por su cuenta, en los registros siempre figuraba el nombre de otros médicos junto al suyo: era una forma de cubrir la ausencia de permisos como la acreditación State Board, obligatoria en esta instancia. Se trataba de un examen muy exigente que otorgaba licencia para ejercer en el estado de Ohio, donde solo habilitaban a médicos estadounidenses, por lo que le recomendaron a Favaloro que rindiera en otro distrito y luego hiciera uso de los convenios de reciprocidad. Después de tres meses de estudiar varias horas por día y los fines de semana a tiempo completo, aprobó casi en simultáneo las pruebas en Virginia y Nueva York. Las autoridades de la clínica se hicieron cargo de los trámites para su habilitación local.

En 1966, Favaloro fue formalmente incorporado como miembro pleno del *staff* de la clínica. En esta nueva etapa, si bien operó casos en todo el espectro de las patologías torácicas, lo más requerido era el recambio de válvulas. Ensayó nuevas técnicas en las incisiones que permitían mejorar la tarea quirúrgica, así como aliviar dolores posoperatorios, y exploró la combinación de procedimientos.

A partir de entonces, comenzó a producir hitos en la historia de la cirugía cardiovascular. Llevó a cabo la primera embolectomía pulmonar con éxito e inauguró el doble implante de arteria mamaria, para el cual diseñó un estabilizador especial. Este instrumento, que aísla los tejidos y permite visualizar la arteria mamaria en toda su extensión, se utiliza hoy rutinariamente en los quirófanos de todo el mundo y se lo conoce como separador de mamaria o *Favaloro retractor*. También comenzó a colaborar con Willem Johan Kolff en el Departamento de Órganos Artificiales, en el por entonces embrionario proyecto del corazón artificial.

Dentro de la sala de operaciones imponía un respeto reverencial. Hablaba mucho y, cuando las cosas se complicaban, lanzaba insultos a granel. En Cleveland, al producirse un recambio de residentes de quirófano, los que ingresaban solían preguntar: "¿Cuántos 'puta madre' ha dicho hasta ahora?". De ese modo tenían una idea de cómo venía la operación. Por esos años, Vineberg manifestó su admiración por el tamaño de sus manos.[29]

–Ah, otra cosa –le dijo Effler–. Como miembro de la Cleveland no podés seguir viviendo en esa pocilga ni en este barrio; tendrías que buscarte una vivienda más digna.

Siguiendo su consejo, René y Antonia se mudaron a un amplio chalet de tres plantas en el barrio Pepper Pike, en las afueras de la ciudad, que adquirieron mediante un préstamo bancario. Era una típica edificación de estilo californiano con mucha madera, un jardín en el frente y un espacioso parque arbolado de casi una hectárea en la parte de atrás, que culminaba en un arroyuelo. Desde los amplios ventanales del living comedor podían verse el parque y el curso de agua. Era un lugar relajado y apacible, ideal para la contemplación, donde René solía entregarse a la lectura.

Allí, además de estudiar casos médicos y producir sus informes para congresos o reuniones profesionales, releyó obras emblemáticas como el Martín Fierro y el Quijote; profundizó su conocimiento de autores que admiraba, como Horacio Quiroga, Leopoldo Lugones o los españoles Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, y descubrió las plumas diversas y comprometidas de Luis Franco, Julio Irazusta, Guillermo Enrique Hudson y Eduardo Mallea. En el sosiego de ese living también sonaba música folclórica argentina. Entre sus preferidos estaban Atahualpa Yupanqui, Eduardo Falú, Jaime Torres y Ariel Ramírez. A muchos de sus invitados les hacía escuchar con orgullo y emoción la *Misa criolla* de Ramírez.

Tras horas de estar enclaustrado en el quirófano, René se solazaba en los atardeceres en su jardín, que con Toni acondicionaron con una amplia diversidad de flores. Pese al clima, que incluía unos cuatro meses de nevadas al año, René instaló la infaltable huerta. Entusiasmado, en la primera siembra puso, sobre una capa de abono natural, semillas que había llevado desde La Plata. Brotaron plantas de tomates, morrones, berenjenas, zanahorias, chauchas, albahacas, achicorias, perejiles y zapallos. Antes de terminar el año, quiso agasajar en su nueva casa a sus jefes y compañeros de trabajo con un gran asado argentino para todo el *staff*. En total, unos cien invitados. Con permiso de las autoridades

armó en el subsuelo de la clínica una parrilla y varios asadores con restos de fierros y un armazón metálico en desuso. Consiguió bifes de ternera y corderos, chorizos y mollejas. Todo salió perfecto. Toni había preparado ensaladas para acompañar las carnes y alfajores y palmeritas para el café. En los pasillos de la Cleveland Clinic se habló de aquel almuerzo durante largo tiempo.

También a fines de 1966, un informe en el que Favaloro resumía toda su experiencia en la clínica fue seleccionado para inaugurar el encuentro anual de la Asociación Estadounidense de Cirugía Torácica, con sede en Beverly, estado de Massachusetts. Allí expuso por primera vez ante un selecto y nutrido auditorio de cirujanos provenientes de distintas partes del mundo. Fue una experiencia estresante que logró sortear en forma satisfactoria y que se iba a volver frecuente de ahí en más.

Tras años de estudio y experimentación, Favaloro había llegado a la conclusión de que, en las cirugías de pacientes que llegaban de urgencia con angina de pecho o ataque cardíaco, se podía extraer un trozo de la vena que recorre las piernas, llamada safena, y usarla como puente entre la aorta y la arteria coronaria obstruida. En 1965 lo había experimentado con perros, cerdos y otros animales, con resultados disímiles. Luego de darle vueltas al asunto se convenció de que no había mucho por perder. Hasta entonces, los enfermos con infarto agudo de miocardio morían irremediablemente porque el corazón se quedaba sin sangre suficiente.

"A principios de 1967, pensé que tal vez el problema podría resolverse mediante el uso de segmentos de vena safena. En la Clínica Cleveland, habíamos reunido una amplia experiencia en la reconstrucción de arterias periféricas y renales con ese tipo de injerto. ¿Por qué no usarlo a nivel coronario?", escribió.

Los nuevos diagnósticos y las técnicas quirúrgicas de avanzada suponían un alto grado de experimentación, lo cual generaba objeciones y, muchas veces, exponía a los médicos a soportar problemas legales. Los juicios contra médicos por mala praxis recién empezaban a surgir como una herramienta de defensa de los pacientes, y un negocio sustantivo para los abogados. Favaloro soportó al menos dos en aquella época. Durante una de las audiencias en los tribunales, el abogado querellante planteó, entre sus argumentos, que su capacitación era deficiente por el hecho de haberse formado en la Argentina.

–¡Señor juez, estamos ante un abogado que es un buen hijo de puta! –exclamó Favaloro poniéndose de pie.

–¡Por favor, señor juez, tome nota! –respondió el letrado.

–¡Sí, que se tome nota dos veces! –retrucó René.

En aquella instancia, el jurado le impuso un resarcimiento para los familiares de una paciente fallecida en la mesa de operaciones que corrió por cuenta de la clínica. Gajes del oficio. Además del monitoreo exhaustivo de las historias clínicas, Sones y Favaloro se cubrían pidiendo a los enfermos y sus familiares el consentimiento para la intervención que iban a realizar. Por eso, se preocupaban en explicar con lujo de detalles todo el procedimiento y también sus eventuales riesgos.

En la mañana del martes 9 de mayo de 1967, el cirujano platense René Favaloro recibió en la mesa de operaciones de la Sala 17 de la Cleveland Clinic a una mujer de 57 años que había sido estudiada por el cardiólogo David Fergusson. Tenía una obstrucción en la arteria coronaria derecha. Con el tórax abierto y el corazón detenido, se le mantuvo el paso y la oxigenación de la sangre a través de una máquina de circulación extracorpórea durante poco más de sesenta minutos. El tapón de la arteria fue abierto para luego restaurar el flujo mediante un injerto de vena safena con un empalme que se extendía desde la aorta hasta el extremo libre de la arteria taponada.

En esa jornada se escribió una de las páginas más importantes en la historia de la cardiología mundial. Fue la primera cirugía programada de revascularización miocárdica que utilizó la técnica luego bautizada con el término *bypass*, vocablo inglés que significa derivación o puenteo. "Aquel día me sentí como si fuera un plomero que entraba en una casa donde los caños estaban tapados. Puse caños nuevos y, de pronto, un torrente de linda sangre oxigenada fluyó al corazón", rememoró Favaloro más de una vez. Sones estaba

exultante. Al estudiar la evolución del caso, ocho días después de la intervención, advirtió que la arteria afectada se hallaba totalmente reconstruida y presentaba una buena escorrentía distal.

Sin embargo, René era plenamente consciente de que el procedimiento tenía sus limitaciones y debía ser perfeccionado. En base a una selección minuciosa de pacientes, se fueron realizando nuevas operaciones en las que se ensayaron diferentes alternativas. Cada caso fue minuciosamente documentado hasta encontrar, en la operación número 15, la técnica más segura y, por tanto, duradera.

Alguna vez, el reportero del *New York Times* Eric Nagourney describió así el procedimiento: "Después de detener el corazón, el doctor Favaloro tomó una sección de la vena de la pierna del paciente y le cosió un extremo a la aorta. Luego, de la misma manera en que un conductor podría usar un camino lateral para rodear un atasco de tráfico, conectó el otro extremo a la arteria bloqueada, más allá del bloqueo".[30] La estandarización de la práctica del *bypass* a partir de 1968 fue el principal trabajo de su carrera, ya que gracias a ello cambió radicalmente la cura de la enfermedad coronaria y posibilitó salvar la vida de millones de personas que habían sufrido un infarto agudo.

Durante largo tiempo se discutió la paternidad del *bypass*. En el mundo médico norteamericano no fue fácil aceptar el reconocimiento para un extranjero, y menos para un latinoamericano. La controversia se originó apenas Favaloro dio cuenta de sus experiencias y resultados. Entonces, los ya mencionados Sabiston y Garrett alegaron que habían usado la misma técnica con anterioridad.

Por su parte, cada vez que fue consultado, Favaloro relativizó la idea de haber protagonizado un descubrimiento. En cambio, destacaba la existencia de un proceso evolutivo que permitió a sus antecesores avanzar con distintos aportes. "En medicina nadie inventa nada, todo es evolución", repetía. "La idea del puente aortocoronario viene desde lejos y empezó nada menos que con las contribuciones de Alexis Carrel a principios de este siglo",[31] señaló, en referencia a los experimentos en animales realizados por el médico francés galardonado con el premio Nobel en 1912. A su vez, siempre subrayó la contribución esencial de su amigo Sones por haberlo instruido en la lectura y análisis de cinecoronarioangiografías y, sobre todo, por haber sostenido en el tiempo esos estudios.

Por lo pronto, el trabajo del Departamento de Cirugía Torácica y Cardiovascular de la Cleveland Clinic se multiplicó. A medida que los resultados del *bypass* se iban haciendo conocidos, la lista de espera comenzó a engrosarse y los pacientes tardaban hasta tres meses para poder concretar una operación. Las instalaciones no daban abasto, de modo que muchos enfermos debían permanecer en un hotel cercano a la expectativa de que se liberara una plaza. Effler y Favaloro pensaron en crear un departamento específico de cirugía cardiovascular, para lo cual era imperativo conseguir más espacio. Favaloro les propuso a las autoridades de la clínica desplazar la maternidad del sexto piso para dar lugar a nuevas salas de cirugía, instrumental quirúrgico y anestesia.

–Y díganos, Favaloro, ¿usted puede asegurar que esto funcionará? –preguntó uno de los directivos.

–No solo vamos a llenar todas las camas, sino que pronto necesitaremos más espacio –alardeó el platense.

La contundencia de aquella respuesta, sumada al aporte de datos y proyecciones elaborados con gran esmero, hizo que el proyecto quedara aprobado. Inmediatamente se puso manos a la obra. Favaloro se ocupó personalmente de la organización del Departamento de Cirugía Cardiovascular con miras a elevar al máximo su productividad. En los nuevos quirófanos se llegaban a realizar diez *bypass* por día, con lo que los cirujanos adquirieron una experiencia muy difícil de igualar y que, como siempre, René se encargó de asentar en un registro.

El *bypass* significó la cura de una enfermedad que terminaba en la muerte de más del 80 % de los pacientes y redujo ese guarismo a solo el 5 %. Pese a mostrar resultados tan contundentes, la técnica enfrentó durante varios años una fuerte resistencia que, poco a poco, fue cediendo hasta a ser universalmente considerada como un procedimiento

estándar para este tipo de patologías. El amplio reconocimiento en el mundo científico hizo que la Cleveland Clinic se convirtiera en una verdadera meca de la cirugía de revascularización de miocardio. Hubo que ampliar sus instalaciones quirúrgicas e incluso construir un nuevo edificio. Así, su técnica también movilizó en el mercado médico un negocio multimillonario.

Las contribuciones acerca de los casos de insuficiencia coronaria aguda fueron sus últimos trabajos en Estados Unidos. Hasta que dejó la Cleveland, alrededor de 520 pacientes habían recibido *bypass* múltiples. En su libro *De La Pampa a los Estados Unidos* reveló que llegó a realizar hasta un máximo de seis simultáneos en un mismo paciente.[32] En dicho texto, Favaloro reflexiona, como pocas veces lo hizo, sobre la relación entre el cirujano y la muerte:

"El verdadero médico sufre la profesión, particularmente el cirujano. Si el paciente fallece después de una operación hay una relación directa entre el cirujano y la muerte mucho más marcada que la del clínico. Después de ejercer mi profesión por más de 40 años, la pérdida de cada uno de mis pacientes me golpea igual que la del primero. No puedo acostumbrarme y mis colaboradores son testigos de que en la sala de cirugía sigo luchando y luchando aunque a veces los hechos demuestren que todo está perdido desde hace largo rato. La muerte es mi principal enemiga pero sabe que debe esperar, a veces, hasta mi total agotamiento antes de llevarse a uno de mis pacientes. El día que deje de sufrir habrá llegado el momento de dejar que el bisturí caiga de mis manos".[33]

Su prestigio profesional se expandió por todo el mundo y llegaban comitivas de médicos solo para verlo operar. En esa época, René Favaloro realizó el primer trasplante de corazón en la Cleveland Clinic. Pese al estricto secreto con el que se realizó todo el operativo, la noticia se filtró al periodismo, que al informar al respecto atribuyó el trasplante a Effler. Días después, se realizó en el Departamento de Educación una reunión plenaria presidida por el jefe de Cirugía, Stanley Obermann Hoerr. En cierto momento, Effler tomó la palabra para destacar la trascendencia de las contribuciones de su colega argentino tanto con el *bypass* como con el reciente trasplante cardíaco. En tono de broma, recordó sus serias dificultades iniciales para hablar en inglés y arriesgó que era mejor asador que cirujano, para terminar por lanzar la propuesta de rebautizar a la clínica con el nombre de Favaloro. Sus palabras, efusivamente festejadas por los presentes, hicieron llorar al halagado.

A fines de ese año, la revista especializada *The Journal of Thoracic and Cardiovascular Surgery* publicó un informe en el cual el cirujano platense expuso el conocimiento y la experticia acumulados en una serie de 171 pacientes, describiendo con precisión varios de esos casos y las alternativas aplicadas en cada situación. A medida que los adelantos y comprobaciones eran difundidos y presentados en distintos encuentros internacionales de cardiología, el cirujano platense fue elevado a la categoría de celebridad y empezó a recibir ofrecimientos para operar en distintos países. Empresarios, políticos encumbrados, estrellas de cine y grandes deportistas conformaron el selecto universo de los que requerían sus servicios y estaban dispuestos a pagar fortunas.

Le quedaba poco tiempo para otras cosas que no fueran el trabajo. No obstante, durante las vacaciones de 1968 se las arregló para organizar una visita de sus sobrinos. Les hizo conocer la clínica y disfrutaron de la casa de Pepper Pike. Los llevó a Los Ángeles en auto. Roberto, Juan José, Liliana y Gustavo, que aún eran pequeños, quedaron fascinados y guardan en su memoria de aquel viaje una imagen de su tío cariñoso y alegre. René quiso a los hijos de su hermano como si fueran suyos. Si bien siempre deseó tener su propia descendencia, la naturaleza se lo había negado. Durante algún tiempo pensó en adoptar, pero no se dieron las circunstancias. Sus sobrinos lo idolatraban. Cada vez que el tío volvía al país era todo un acontecimiento y se planificaba la ida a Ezeiza para ir a buscarlo o despedirlo. René siempre traía regalos para todos: cosas raras que no se conseguían en la Argentina y deslumbraban a los pequeños.

Para entonces, ya regresaba al menos tres veces al año a la Argentina con agenda de trabajo programada en el Hospital Italiano y el Sanatorio Güemes. La mayoría de sus pacientes eran derivados por el cardiólogo Luis de la Fuente que, a mediados de la década

de los 60, había instalado allí uno de los primeros equipos de coronariografía del país. Fundado en 1954 por un grupo de médicos ligados a la comunidad judía, el Güemes contaba con profesionales de renombre e infraestructura de vanguardia para el tratamiento de diversas patologías. Mario Kaplan, uno de los accionistas de ese nosocomio, había sido tratado en la Cleveland, y a partir de entonces buscó tentar a Favaloro. Las conversaciones se hicieron frecuentes, y poco a poco la idea de volver fue cobrando cuerpo. Él meditó el asunto con detenimiento y total reserva. Sabía que su decisión podía generar un cisma en la Cleveland, así que, en silencio, se ocupó de preparar especialmente a los mejores residentes del servicio.

Es necesario detenerse en la personalidad de Favaloro para entender este paso. "Yo diría que he vivido creando, planeando, proyectando desde siempre. ¡El día que se terminen los desafíos habré muerto! –escribió en *Recuerdos*... y agregó–: No podría vivir si no tuviera por delante algún desafío basado en ideales y utopías". René seguía de cerca la situación política que se vivía en el país, donde en junio de 1966 un nuevo golpe de Estado había derrocado al presidente Illia. La autodenominada Revolución Argentina dejó al mando del gobierno de facto al general Juan Carlos Onganía. De pensamiento nacionalista católico, el militar tenía en sus planes gobernar durante dos décadas e impedir cualquier posibilidad de regreso al poder del peronismo, algo que, en cierta medida, tranquilizaba al cirujano.

Durante una de sus visitas a Estados Unidos, el director del Güemes, Mauricio Barón, le hizo una propuesta formal de trabajo y le dio garantías de continuidad. Le habló de la construcción de una nueva torre para albergar al sanatorio (que efectivamente se construyó poco después en la avenida Córdoba y Francisco Acuña de Figueroa) y hasta alardeó con la instalación de un servicio similar al de la Cleveland Clinic, que iba a estar a su cargo. El ofrecimiento contemplaba la puesta en marcha de cinco salas de cirugía y toda la tecnología necesaria. Lo convenció.

Para cuando Favaloro asistió al VIII Congreso Argentino de Cardiología en Río Tercero, Córdoba, en octubre de 1969, ya había tomado la decisión de volver al país y así se lo adelantó a varios conocidos, aunque en forma reservada. A principios de 1970 pasó una prueba de fuego: operó con éxito a más de treinta pacientes en el Güemes. Ese mismo año se publicó su libro *Surgical Treatment of Coronary Arteriosclerosis*, en el que resumió toda la experiencia de ese período, una contribución académica que sentó las bases teóricas y prácticas de la técnica del *bypass* aortocoronario. En ese momento, el procedimiento generaba un fortísimo impacto en la profesión médica, con decenas de miles de operaciones mensuales.

En septiembre, Favaloro se erigió en una de las figuras más rutilantes del VI Congreso Mundial de Cardiología celebrado en Londres. En esa ocasión, participó de un simposio junto con los cirujanos canadienses Arthur Vineberg y Raymond Heimbecker y el experimentado cardiólogo estadounidense Charles Kaye Friedberg. La capacidad del salón donde se hizo la presentación quedó superada debido al gran interés que despertaban los disertantes. Los presentes, entre ellos una eminencia de la especialidad como Paul Dudley White, tuvieron que seguir la charla de pie. En un momento, decenas de médicos que habían quedado afuera sin localidades entraron por la fuerza y la actividad estuvo a punto de suspenderse, pero finalmente se decidió seguir adelante.

Favaloro se abocó a explicar en detalle el procedimiento del *bypass* aortocoronario. Después de que expusiera sobre el número de intervenciones realizadas y la baja tasa de mortalidad, Friedberg expresó sus reparos. El médico argentino le respondió con solvencia y lo invitó a revisar los registros de la Cleveland Clinic, donde a mediados de 1970 el número de operaciones de *bypass* era superior a mil, incluyendo cerca de doscientas derivaciones dobles, triples o cuádruples, con una tasa de mortalidad de un 4,2 %.

Uno de los organizadores del evento, Donald Ross, había programado por fuera de la agenda del congreso varias operaciones de *bypass* en el National Heart Hospital, donde los más encumbrados cirujanos del mundo no perdieron la oportunidad para ver operar a René Favaloro, quien, de paso, se ganó un espacio en la historia de la medicina británica al llevar a cabo la primera derivación de la arteria coronaria realizada en el Reino Unido.

En aquel encuentro hubo una extraordinaria presencia de galenos argentinos: 147. Varios de ellos le acercaron propuestas de trabajo y Favaloro tomó nota. Para entonces, su retorno al país natal tenía fecha ya definida para mediados de 1971. Sin embargo, todavía era casi un secreto de Estado. Sabía que tenía que dar aviso con suficiente antelación en la Cleveland Clinic, pero temía las reacciones de sus jefes y compañeros. También le preocupaba la segura resistencia de su esposa, a quien había notado reacia a la idea cada vez que se la había sugerido. Estaba muy cómoda en Cleveland, donde disfrutaba del cuidado de su casa y de un pequeño grupo de amigas, así como de acompañar a su marido en sus frecuentes viajes por el mundo.

Una tarde de octubre, a poco de regresar de Inglaterra, se sentó frente a una máquina de escribir en su oficina y buscó las palabras justas para dar a conocer su decisión. Con la vista nublada dejó la nota en el despacho de Effler, que ya se había retirado, y caminó hasta su casa. Había rechazado una oferta millonaria para quedarse en Estados Unidos.

> Querido doctor Effler:
>
> Como usted sabe, no existe cirugía cardiovascular de calidad en Buenos Aires. Los pacientes se van a diario a San Pablo o a los Estados Unidos. Algunos tienen suficiente dinero para viajar, pero otros deben realizar tremendos esfuerzos económicos (un paciente tuvo que vender su casa). La mayoría no puede siquiera pensar en venir. Mueren lenta pero inexorablemente sin acceder al tratamiento adecuado.
>
> Médicos brillantes vienen a este país en busca de educación de posgrado. Después de dos o tres años de excelente entrenamiento vuelven a la Argentina para encontrar solo indiferencia. Los maestros no pueden aceptar nuevas ideas. Algunos regresan a los Estados Unidos y otros permanecen aletargados, rodeados de frustración.
>
> Una vez más el destino ha puesto sobre mis hombros una tarea difícil. Voy a dedicar el último tercio de mi vida a construir un centro torácico y cardiovascular en Buenos Aires. En este momento en particular, las circunstancias indican que soy el único con la posibilidad de hacerlo. Ese departamento estará dedicado, además de la asistencia médica, a la educación de posgrado con residentes y becarios, a cursos de posgrado en Buenos Aires y ciudades más importantes del país, y a la investigación clínica. Como usted puede ver, seguiremos los principios de la Cleveland Clinic.
>
> El dinero no es la razón de mi partida. Si así lo fuera, tomaría en consideración las ofertas que de continuo recibo de diferentes lugares de Estados Unidos. El propósito principal es desarrollar un departamento bien organizado donde pueda entrenar a cirujanos para el futuro. Créame, yo seré el hombre más feliz del mundo si puedo ver en los años por venir una nueva generación de argentinos que trabajen en distintos centros del país resolviendo los problemas a nivel comunitario y dotados de conocimientos médicos de excelencia. Yo sé de todas las dificultades que afrontaré porque ejercí la profesión anteriormente en la Argentina. A los 47 años, lo lógico y realista sería permanecer en la Cleveland Clinic. Yo sé que estoy emprendiendo un camino dificultoso. Usted tal vez recuerde que Don Quijote fue español. Si yo no aceptara liderar ese Departamento en Buenos Aires, viviría el resto de mi vida pensando que soy un buen hijo de puta. Mi conciencia constantemente me diría: "elegiste el camino fácil"."[34]

Effler no tardó en responder por la misma vía epistolar. Dijo no estar sorprendido sino profundamente desilusionado. No obstante, luego de destacar sus virtudes profesionales, señaló: "Creo que has tomado la decisión correcta y desde aquí te apoyaré en todo lo que sea posible. Será interesante ver si una flor argentina que fue trasplantada al Estado de Cuyahoga puede ser retrasplantada en su origen. Es posible que haya ciertos fenómenos de rechazo que tendrás que enfrentar pero reitero mi total confianza en ti y en tu futuro profesional". Subrayó que la pérdida para la Cleveland Clinic iba a ser tremenda y "lamentada por la mayoría de nosotros".

René hizo copias de su dimisión y se las entregó a Crile y a Sones. El primero expresó su pesar por la decisión, aunque celebró "las razones que han decidido tu regreso". Sones, en cambio, le dijo que estaba loco e intentó infructuosamente convencerlo de que se quedara. Semanas después de que Effler comunicara la novedad a las autoridades, estas solicitaron al médico argentino que reconsiderara su postura. El titular de la fundación, Carl Erwin Wasmuth, le ofreció un ingreso de casi un millón de dólares al año, además de otros jugosos beneficios.

–Mi decisión es definitiva –respondió–. Lo lamento.

Pocas semanas después, la renuncia de Favaloro fue informada internamente a través de un memorándum. Inmediatamente la noticia circuló alrededor del mundo. Llovieron propuestas de trabajo, que rechazó una a una. "Dejaba una parte importante de mi vida en Cleveland. Solo sé que trabajé en un lugar honesto con absoluta libertad académica y lo que habíamos logrado era consecuencia de que, en realidad, éramos como una sola familia".[35] escribió. Como quería evitar una despedida lacrimógena, mantuvo en secreto la fecha de su partida. Aceptó una invitación para dar una conferencia en Boston y organizó el modo de volar desde allí directamente a Buenos Aires.

–No puedo entenderte amigo; estás cambiando un Cadillac por un Ford a bigotes –le había dicho uno de sus habituales compañeros de quirófano, intentando hacerle ver el menoscabo al que lo llevaría su decisión.

–¿Sabés qué pasa? –le contestó–. Ese Ford es mi patria.

---

27 René Favaloro: *De La Pampa a los Estados Unidos*, Buenos Aires, Debolsillo, 2012, p. 64.
28 Fernando Boullon: *Favaloro. El corazón en las manos*, Buenos Aires, DeBolsillo, 2017, p. 22.
29 Ib., p. 65.
30 *The New York Times*, 1° de agosto de 2000.
31 R. Favaloro: *De La Pampa*..., Buenos Aires, DeBolsillo, 2012, p. 188.
32 Ib., pp. 136 y 137.
33 Ib., p. 139.
34 Ib., pp. 167 y 168.
35 Ib., p. 172.

CAPÍTULO 8

Un héroe nacional

Cuando regresó a la Argentina, a mediados de 1971, René Favaloro tenía 48 años y una celebridad inusitada, pocas veces alcanzada en el país por una figura que no perteneciera al mundo del espectáculo, el deporte o la política. Esa combinación de reconocimiento y fama otorgada por el desarrollo de la revolucionaria técnica del *bypass* coronario le confería un aura singular que Favaloro se ocupó de cultivar con empeño, y que lo llevó a ser considerado casi como un prócer o un héroe nacional. Supo ostentar un carácter que no era común en el mundo científico, ni siquiera para eminencias como Bernardo Alberto Houssay o Luis Federico Leloir, los premios Nobel vernáculos de formación médica a los que muy pocos conocían por sus rostros y muchos menos por sus descubrimientos e ideas.

Con su aire campechano alejado de todo academicismo, Favaloro hacía gala de una docencia práctica que excedía el ámbito de una disciplina o especialidad y generaba una fuerte empatía con el conjunto de la población. Tenía un perfil público muy popular, y no le era fácil andar por la calle sin ser interceptado por personas que querían saludarlo o le pedían un autógrafo como si se tratara de una estrella de cine. Sin embargo, muchas veces los elogios le resultaban empalagosos y respondía con hosquedad.

Había concebido su vuelta como una repatriación en términos casi políticos. Tenía una mirada lúcida sobre el país y sus problemas, y no iba a tardar en convertirse en referente: era una figura pública cautivante de la que todos querían estar cerca. Interrogado sobre los motivos que lo llevaron a regresar, respondió en cierta ocasión: "Es muy simple: vine por amor a la patria. Aun con todos sus defectos, me gusta y amo a mi país. Vine a operar y a enseñar, porque enseñar es una de las más grandes pruebas de amor".

El Favaloro que aterrizó en Buenos Aires proveniente de Estados Unidos no era el mismo que aquel joven médico recién recibido que veinte años atrás había dejado escapar un empleo por negarse a firmar una adhesión al peronismo. La década transcurrida lo había marcado de un modo definitivo. Si bien no había renunciado a principios y valores, había comprendido que para poder desarrollarse y llevar a cabo sus proyectos era indispensable el apoyo del Estado, para lo cual debía estrechar y mantener lazos e incluso hacer concesiones.

"Él movilizaba gente, daba bien en las encuestas y todos los políticos lo utilizaron: los militares, los radicales y los peronistas. Pero bueno, en parte, hay que estar agradecido porque esta institución se hizo durante el gobierno militar, el radical y el peronista", reconoció en cierta ocasión Roberto Favaloro, sobrino y virtual heredero al frente de la fundación, en el marco de una entrevista concedida varios años después de la muerte de René.[36]

Después de decidir su retorno, se había abocado incansablemente a generar el ambiente más propicio para instalarse en el país con el fin de desarrollar una institución de excelencia que combinara atención médica, investigación y educación, a semejanza del esquema con que operaba el centro modelo de la Cleveland Clinic. No tuvo muchas ofertas, pero a algunas las rechazó. Entre ellas, la que le hizo su amigo Rafael Jacobo Cabuli, jefe del servicio de Cardiología del Policlínico San Martín de La Plata, quien junto al por entonces director del nosocomio, Calixto Fernando Carlos Vives, le propuso que volviera a operar en

el lugar donde se había formado. Hasta se habían entusiasmado con crear el área de Cirugía Torácica. Pero la negativa de Favaloro, quien consideró que no estaban dadas las condiciones, dejó trunco el proyecto. Paradojas de la historia: hoy el Policlínico es el mayor de los hospitales de la capital bonaerense en capacidad y complejidad, y cuenta con todos los servicios, menos con el de cirugía cardiovascular.

En esa misma época estuvo a punto de sumarse al Instituto Médico Platense, donde hasta llegó a operar y a sugerir ciertas reformas para mejorar los quirófanos. Sin embargo, la experiencia no prosperó. Los primeros dos años en el país no le resultaron fáciles en lo profesional: encontró resistencias y recelos entre sus colegas, al punto de que varias veces pensó en volverse a Estados Unidos. No obstante, poco a poco, el clima fue cambiando y logró sobreponerse gracias a su enorme entrega y compromiso.

A poco de instalado en la Argentina, Favaloro tuvo su baño de realidad cuando una comitiva de representantes de la Confederación General del Trabajo (CGT) lo fue a ver para darle la bienvenida. Si bien ya no hay testigos vivos de aquel encuentro, el médico siempre contó que rechazó firmemente una propuesta de los sindicalistas, quienes le habrían asegurado que podían garantizarle miles y miles de pacientes a cambio de un "arreglo conveniente". Cada vez que rememoraba aquella anécdota, René repetía que la Argentina era el lugar del mundo donde la palabra soborno tenía más sinónimos. De todos ellos ("retorno", "coima", "cometa", "diego" y otros), a él le gustaba usar "ana-ana", propio del ambiente médico y surgido de una vieja forma en que los galenos le indicaban al farmacéutico la cantidad de droga en un preparado.

En sus primeras y esporádicas apariciones en la prensa local, Favaloro auguró un resurgimiento de la medicina nacional y reclamó condiciones de estabilidad para permitir el regreso de científicos. En aquel momento el gobierno era conducido por el teniente general Alejandro Agustín Lanusse, impulsor del llamado Gran Acuerdo Nacional, un plan ideado para posibilitar la realización de elecciones libres tras casi dos décadas de gobiernos de facto y proscripciones. En aquel tiempo, el médico platense y el comandante conversaron en varias oportunidades sobre la salud pública y la situación nacional: a ambos les preocupaba el clima insurreccional que crecía en el país.

Favaloro era consciente de que para concretar el plan que tenía en mente debía ir por partes. El primer paso consistió en incorporarse como director del Departamento de Diagnóstico y Tratamiento de Enfermedades Torácicas y Cardiovasculares del Sanatorio Güemes. Sus propietarios querían convertir a la institución en un lugar de referencia en el ámbito de la cardiocirugía, área en la que casi no existían antecedentes en el país, y pusieron a su disposición todo lo que tenían para recibir en su casa a una estrella de magnitud internacional. En el camino habían quedado negociaciones con otros centros médicos que también aspiraban a contarlo en sus filas.

Al introducir los nuevos criterios de la cardiología moderna, Favaloro y sus colaboradores se convirtieron en pioneros en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades coronarias en toda América Latina. El médico organizó un *staff* con profesionales reputados y jóvenes a los que se encargó de capacitar en el servicio. Inicialmente armó dos equipos a partir de una residencia que recibía médicos locales y de países vecinos. Varios de los que se integraron se habían formado, como él, en la Universidad Nacional de La Plata, y otros, como los cirujanos José Navia y Armando Roncoroni, lo siguieron desde Cleveland. También integraban el plantel Ernesto Weinschelbaum, Víctor Mario Caramutti y Fernando Juan Boullon. A ellos se sumaron los familiares de René: Héctor Alfredo Raffaelli y Mariano Ricardo Favaloro, además de su hermano Juan José.

Se creó un Comité de Investigación y Docencia al que se incorporaron el infectólogo Daniel Stamboulian y cardiólogos de la talla de Luis de la Fuente, Liliana Rosa Grinfeld, Ezio Armando Zuffardi y Carlos Alberto Bertolasi, y también sumaron al nefrólogo Oscar Aníbal López Blanco, el inmunólogo Emilio Jorge Cayetano Haas y el hematólogo Raúl Altman, entre otros especialistas. Un verdadero pilar de aquel equipo era la jefa de enfermería, Juana Sotelo, a quien todos conocían por el diminutivo Juanita y su apellido de

casada, Bustingorry. Favaloro observó sus cualidades durante las operaciones en el Güemes y pidió que la enviaran a capacitarse a Cleveland.

En esos primeros tiempos se trabajaba al límite. Los equipos realizaban una docena de operaciones diarias, además de la tarea de estudio de diversos casos y el seguimiento pre y posoperatorio de pacientes que llegaban desde distintos países. Se operaba en dos salas de parto que habían sido adaptadas como quirófanos, en las que buena parte del equipamiento era reciclado. "René Favaloro tenía una relación muy cercana con los pacientes y sus familiares, estaba siempre actualizado y nos daba una gran libertad académica, ya que detestaba el modelo europeo del jefe de servicio como gran patrón", evocó Weinschelbaum, que fue su primer residente en la Argentina.

En el Güemes, el cirujano platense inoculó parámetros de alta exigencia y dedicación. Su enorme figura y su personalidad arrolladora generaban un magnetismo que forzaba a sus discípulos a seguirle el ritmo. "El trabajo diario era tremendo. Aprendíamos a las trompadas porque él era una aplanadora, explosivo, un torbellino en el quirófano", contó Boullon, que había llegado a compartir con él algún tiempo en Cleveland. Los grupos tuvieron alta rotación: era frecuente que, tras una intensa etapa formativa, muchos profesionales decidieran seguir su propio camino buscando independencia y, sobre todo, mayores recursos.

Según consta en los registros del Güemes, entre mediados de 1971 y 1972 se realizaron 398 *bypass* con un índice de mortalidad del 7,1 %. En 1973, el sanatorio dio un gran salto de calidad al inaugurar su nueva sede: una torre con 32 000 metros cuadrados que contemplaba la habilitación progresiva de una veintena de quirófanos, además de una sensible mejora en tecnología médica.

En forma paralela, el renombre de Favaloro hacía que numerosas instituciones de formación lo invitaran constantemente a congresos, charlas y coloquios alrededor del país y el resto del mundo. Al regreso de uno de esos viajes junto a su esposa Antonia, ocurrió algo que se convirtió luego en una anécdota muy comentada. René hablaba delante de un grupo de periodistas y Toni esperaba a un costado con cierta resignación. De pronto, uno de los cronistas que participaban de la rueda de prensa, Roberto Maidana, del noticiero *Telenoche* (Canal 13), se le acercó y le dijo:

–Quiero hacerle una entrevista a la gran mujer detrás de un gran hombre…

–No, m'hijo –respondió la mujer en una demostración de carácter con la que dio por terminada la conversación–, diga que el doctor es un tirano que me lleva de acá para allá y me hizo caminar todo el viaje… No me tiene consideración.

Para ordenar la abultada agenda, Favaloro se rodeó de varias secretarias. La principal era Graciela Cordero Ramírez, encargada de organizar minuciosamente tanto el día a día con sus cambios repentinos como todos los compromisos futuros, que no eran pocos. "Es mi mano derecha y también mi mano izquierda", bromeaba René a quienes lo visitaban en el despacho del tercer piso del Güemes. Poco después, a causa del cúmulo creciente de intervenciones, decidió montar su propia oficina administrativa en un departamento ubicado enfrente del sanatorio, donde un grupo de contadores conducido por Miguel Constantino Estathio manejaba los ingresos; en especial los provenientes de pacientes privados, que no se compartían con el centro de salud. Asistían a Estathio sus hijos Ángel Alberto y Alicia Mabel, y las contadoras Susana López y Susana Bustingorry.

Estathio era una figura de suma confianza, y René le encomendó el diseño del esquema administrativo de la Fundación, de la que fue su principal directivo hasta su muerte, a principios de la década de los 90. Las cosas marchaban como Favaloro lo había esperado. El éxito del emprendimiento requería que instalara su hogar cerca del sanatorio para responder a las emergencias, de manera que sacó un crédito a diez años para comprar un departamento en el Barrio Parque, en Palermo, por 55 000 dólares. Era un dúplex amplio sobre la calle Dardo Rocha, donde vivió hasta su muerte. Por esa época también adquirió una camioneta Renault 12 Break, típica de las familias de la clase media argentina. Tenía fama de conductor distraído, al punto que uno de los médicos de la Cleveland solía bromear con sus compañeros de trabajo y, girando la cabeza hacia los pasajeros, decía:

"¡Miren, miren, manejo como René!".

Como era su costumbre, Favaloro se mantenía muy atento a los acontecimientos del país. Las elecciones de marzo de 1973 ungieron presidente a Héctor José Cámpora, candidato del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli), quien asumió el cargo el 25 de mayo. A René el peronismo le causaba escozor. Si bien compartía el ideal de la justicia social, despreciaba el clientelismo y la arbitrariedad que lo habían caracterizado. Apenas valoraba a un puñado de dirigentes como el abogado y diplomático Ángel Federico Robledo, designado ministro de Defensa, o a su colega Jorge Alberto Taiana, ministro de Educación, quien impulsó una decidida campaña contra el analfabetismo y fue el principal gestor de una ley de universidades nacionales (N° 20 645) que, con fuerte raíz reformista, reafirmó la autarquía, el cogobierno y la libertad de cátedra.

La rápida renuncia de Cámpora, apenas 49 días después de haber asumido, dio lugar a un nuevo llamado a elecciones que le posibilitó a Perón acceder el 12 de octubre de 1973 a su tercer mandato presidencial, en medio de un delicado contexto internacional provocado por la denominada "crisis del petróleo" y la proliferación de regímenes militares en el subcontinente. En el plano interno, la acción de las organizaciones guerrilleras y la fuerte movilización social empezaba a ser contrarrestada con la aparición de grupos parapoliciales.

Entre 1973 y 1974, Favaloro fue también profesor asociado de la Cátedra de Cirugía de Tórax y Cardiovascular en la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Córdoba: el único cargo que ocupó como docente de grado en la esfera pública tras su regreso al país. También en la capital mediterránea recibió, el 11 de septiembre de 1974, la primera distinción académica por parte de una universidad argentina desde que se había convertido en una celebridad, al ser nombrado doctor honoris causa de la Universidad Católica de Córdoba junto otros cuatro médicos de Europa y Estados Unidos.

Entretanto, Favaloro trabajaba para tender lazos con los sectores de poder en busca de aval para sus proyectos. En esa tarea contribuyeron eficaz y activamente el riojano Luis De la Fuente y Guillermo Masnatta, un médico clínico que era su amigo desde los años de la universidad y hermano del encumbrado jurista del peronismo Héctor Masnatta, miembro de la Corte Suprema de Justicia entre 1973 y 1976. El establecimiento de una influyente red de contactos –muchos de los cuales surgían del propio universo de pacientes ricos y famosos– y su política de buena sintonía con los gobiernos de turno le hicieron acceder en 1974 a su primera experiencia en un cargo gubernamental como "consultor ad honórem en cirugía cardíaca" en el Ministerio de Bienestar Social de la provincia de Buenos Aires durante la gobernación de Victorio Calabró, un sindicalista de la Unión Obrera Metalúrgica que había reemplazado a Oscar Bidegain, en el marco del creciente proceso de desplazamiento de los sectores combativos del peronismo por lo más ortodoxos.

La muerte de Perón, ocurrida el 1º de julio de aquel año, dejó al país en manos de su viuda, la vicepresidenta María Estela Martínez, conocida como Isabel Perón o Isabelita. Luego de conocerse la noticia, Favaloro salió al cruce de rumores de prensa según los cuales él había formado parte del grupo de facultativos que atendieron al líder en sus últimas horas. En una carta que hizo pública días más tarde, aclaró que solo había evacuado algunas consultas informales pero que no solo no había visto al paciente sino que tampoco compartía las decisiones médicas que se habían tomado. Así se lo hizo saber al cardiólogo presidencial Pedro Cossio, uno de los profesionales de mayor confianza de Perón, con los que el cirujano platense mantuvo largas y resonantes polémicas.

Pocas semanas después, René fue invitado al programa *Almorzando con Mirtha Legrand*. El ciclo, iniciado un año antes en Canal 9, se había mudado a Canal 13 y cosechaba una enorme popularidad. Su emocionado testimonio de aquel día causó un gran impacto en la audiencia y terminó de catapultarlo ante el gran público. De hecho, a pedido de los propios televidentes, la emisora volvió a poner al aire tres veces aquel programa en el que el médico había hablado de su humilde origen platense, sus años de estudio en los que había aprendido el compromiso y su abnegación al trabajo heredada de su padre, que siempre le repetía que "nadie había muerto por trabajar mucho". La conductora siempre

recuerda que le impresionó la forma en que Favaloro denunció la hipocresía dirigencial: "Acá hay que sacarse las caretas", sentenció en esa ocasión el galeno.

En las semanas siguientes se llegaron a formar en la puerta del Güemes colas de hasta dos cuadras de personas que querían conocer al médico que había hablado tan bien en la televisión. Poco después, el interventor del canal estatizado por Isabel, Omar Gómez Sánchez, retiró el programa de la pantalla alegando que la medida respondía a "la necesidad de remover en su área específica aquellos elementos culturales que no corresponden al proceso de Unidad y Reconstrucción Nacional en que se hallan comprometidos el actual gobierno y las principales fuerzas del país".

A esa época turbulenta se remonta el vínculo entre Favaloro y Ángel Peco, alias Cholo, fundador y mandamás de la poderosa Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines (Sddra), que fue una pieza clave en la instalación de la figura y las iniciativas del cirujano en el país. Peco había sabido construir en las sombras un poder intocable al calor de los distintos gobiernos. Era amigo de dictadores, políticos y popes sindicales y, a su modo, fue uno de los puentes de René con el peronismo. A Peco le temían los empresarios gráficos por su capacidad de interferir en la circulación de sus productos. Desde la sociedad de quiosqueros, que manejaba a su arbitrio, gravitaba sobre los actores principales de la vida nacional. Estaba convencido de que el cirujano platense debía proyectar su obra y su figura, y en muchas ocasiones operó para promocionarlo en los medios de comunicación.

–Yo lo puedo ayudar mucho con su proyecto, pero también puedo contribuir para que usted, doctor, sea un ejemplo para todos los argentinos... hasta podría soñar con ser presidente –le había sugerido Peco a Favaloro la primera vez que hablaron.

La relación entre ambos se vio afianzada por el hecho de que el dirigente era sobrino de José Peco, un profesor de la UNLP y dirigente radical que Favaloro había conocido en sus épocas de militancia estudiantil. Desde entonces, el representante de los propietarios de quioscos de diarios tuvo una incidencia central para facilitar que la imagen del cardiocirujano se hiciera conocida, sobre todo a través de la televisión, las páginas de los principales diarios de circulación nacional y las revistas más consumidas por la clase media, como *Gente y la Actualidad* y *Siete Días Ilustrados*, que le dedicaron grandes producciones en las que contaba su experiencia como médico rural o daba consejos de vida saludable para cuidar el buen funcionamiento del corazón.

En noviembre de 1974, los periodistas Bernardo Neustadt y Mariano Grondona entrevistaron a Favaloro para una emisión especial del programa *Tiempo Nuevo*, por Canal 11, que también tuvo mucha repercusión. Lo presentaron como "un hombre común a pesar de ser un científico de nota" al que habían invitado para hablar de la disconformidad social, la juventud, la Universidad y –según anunciaron los conductores– "del autoanálisis que necesitan los argentinos".

–Doctor, ¿usted tiene ubicación ideológica o política en la Argentina de hoy? –soltó Neustadt, sin anestesia.

–Quiero aclarar bien esto en este programa: estoy acá como un simple ciudadano, es decir que mi actividad es ser médico y no podría ser otra cosa. Yo trabajo diez, doce, catorce horas diarias. Insisto: yo soy médico y nada más que médico. No tengo otra actividad. Nunca he pertenecido a un partido político, que no sé si es una ventaja o una desventaja. Lo señalo porque no estoy en la cosa política, y la gente puede preguntarse cuál es la razón de mi presencia en este programa. Creo que este va a ser el primer o el último programa en el cual yo venga a "desnudarme" como ciudadano en este momento tan especial del país. Creo que todo se está tratando en la superficialidad y no en la profundidad de la cosa. Pero insisto, yo en este momento me transformo en un simple ciudadano que nunca tuvo y cree que nunca tendrá afiliación política, pero que vive hasta el tuétano el momento trágico que vive el país, que es la etapa más difícil de nuestra historia.

Esa extensa charla le sirvió a Favaloro para, una vez más, desgranar sus ideas, su postura ética y hacer consideraciones sobre el ámbito de la salud. "El argentino tiene que entender que en los últimos 30 o 40 años se ha acostumbrado a cierta amoralidad", aseveró en un tramo de la entrevista. Un proceso que, según su óptica, se había iniciado en la

década de 1930 y había alcanzado a toda la sociedad. Consideró que al pueblo "hay que educarlo" y amplió en forma detallada esta idea: "Lo que interesa es un salario justo, una casa donde vivir, un lugar para educar a los hijos. Saber que cuando uno se enferme tendrá un hospital donde lo atenderán, y que cuando se tenga una edad en que no pueda trabajar más, una jubilación justa servirá para que no viva como un desgraciado. Esto es lo que hay que enseñarle a la gente".

En cuanto a la situación del sector de la salud, dijo que atravesaba una "crisis impresionante" con hospitales desmantelados donde "los enfermos tienen que llevar gasas, alcohol, sutura, medicación, algodón". Pero a la vez se atajó de cualquier posibilidad de asumir una responsabilidad pública en el área: dijo que no había nacido para ser funcionario, un argumento que iba a repetir a menudo.

–¿Usted cree en las minorías iluminadas? –intervino Grondona, por primera vez.

–En absoluto. Yo no creo en la minoría iluminada. Soy un convencido de que el pueblo debe tener representatividad, tiene que elegir sus cosas, tiene que tener acceso al voto. Tiene que ser realmente el partícipe de la cosa.

En dos momentos de la charla el cirujano apuntó a la corrupción y la burocracia como grandes males que impedían el progreso de la nación: "Yo no le tengo miedo al capital extranjero ni a la importación de tecnologías importantes, pero sí le tengo miedo a la 'manga' de vagos argentinos que se venden al capital extranjero. Eso es decir que si nos roban no es culpa del capital extranjero sino de los argentinos que 'entran en la cosa', reciben su porcentaje y así roban al país". En otro tramo, planteó: "Nosotros los argentinos nos damos el lujo de que en una sociedad que todavía tiene que producir, una inmensa parte de la población vive del presupuesto nacional. Entonces hay oficinas atestadas de gente que están mamando el presupuesto nacional, que están cobrando su sueldo y que contribuyen al desastre económico".

Antes de concluir, se refirió a "uno de los problemas serios de nuestro tiempo y de nuestra sociedad, el problema actual de la juventud que está volcada, en su mayoría, hacia una izquierda, algunos hacia una ultraizquierda, y este tema de la guerrilla y de todas sus consecuencias". A propósito, señaló: "La juventud siempre es idealista, y entonces quizá ve los errores, los defectos, más que las cosas positivas. Esta es una de las cosas que más me torturan. La juventud nuestra se ha ido yendo con esta ola de izquierdismo y de socialismo que hay en el mundo. No lo ha hecho así solamente por cosa espontánea, sino porque ha habido una cosa muy bien preparada, muy bien orquestada con los profesores de filosofía, sociología, y la llevó a esa posición". Y aseguró que esa juventud "se ha volcado a una guerrilla que no tiene sentido, porque no existe una sola demostración histórica de que la guerrilla urbana haya sido positiva".

"Estos muchachos –continuó– están totalmente desvirtuados. Desde el punto de vista médico yo diría que ya tienen alteraciones psiquiátricas. A algunos habría que estudiarlos. A lo mejor tienen problemas sexuales, a lo mejor tienen problemas de familia, tienen alguna cosa que hace que reaccionen de esa manera. Pero entonces la tragedia que no entienden es que esta gran guerrilla de izquierda ha llevado a la guerrilla de derecha. Ahora tenemos a los de la Triple A, se habla de grupos parapoliciales". Por último, añadió: "Soy de los que creen que la Presidente merece absoluto respeto porque por algo está ahí y por algo se la ha elegido y se terminó. Si la eligieron hay que aceptarla; son dos añitos nomás. Dentro de dos años tenemos elecciones y veremos lo que vamos a hacer".

La emisión no tuvo desperdicio. Una vez más, había expresado sin cortapisas su pensamiento sobre la situación política del país y pagó un costo por ello. Después de la emisión del programa, fue seguido durante varias cuadras por dos coches y recibió amenazas telefónicas: "Cuidate y callate", le advirtió una voz masculina que llamó a su departamento.

Más allá de obstáculos y contratiempos, Favaloro ya trabajaba decididamente en la

constitución de una fundación. Tal como lo había pensado al renunciar a la Cleveland Clinic, el emprendimiento estaría centrado en la asistencia, la docencia y la investigación. Buscaba un enfoque interdisciplinario con expertos de distintas especialidades y apostaba al fomento de la ciencia como pilar para el desarrollo. "Los países que no tienen ciencia básica no tienen futuro", repetía.

Según contó De la Fuente en una entrevista para este trabajo, el nombre que iba a tener la fundación surgió durante una larga sobremesa en la casa de un paciente al que él y Favaloro habían atendido, y que en agradecimiento los había invitado a cenar. A los postres, se definió el nombre de la entidad. "Al principio él no quería que llevara su apellido, pero yo le hice ver que si queríamos conseguir fondos para solventar el proyecto lo mejor era usarlo, ya que en ese momento brillaba en todo el mundo", reveló el cardiólogo riojano, constituido de hecho en aquellos años en su socio y principal lugarteniente. Juntos salieron a buscar financiamiento para el proyecto. En general, apelaron a las arcas del Estado, aunque también recurrieron –con suerte esquiva– a la colaboración de grandes empresarios.

Uno de los pocos aportantes privados que consiguió la fundación en sus inicios fue el empresario textil Elio Cohen, dueño de la firma Hisisa S.A., quien luego de ser operado ofreció ayuda que sirvió para la compra de los primeros equipos propios que tuvo la entidad. Pero en general el empresariado argentino, poderoso e influyente, se mantuvo mayormente ajeno a la iniciativa.

René volvió a recurrir al consejo del profesor Mainetti, su viejo maestro de La Plata, a quien pidió asesoramiento sobre el formato legal que debía darle a la institución. El prestigioso cirujano platense había creado en 1969 la Fundación Doctor José María Mainetti para el Progreso de la Medicina, a la que dos años después adosó la Escuela de Oncología. Las actas constitutivas de ambas fundaciones resultan prácticamente gemelas al cotejarlas, con varios párrafos reproducidos textualmente. No solo ello: la estrategia de búsqueda de recursos en las arcas de las diferentes jurisdicciones del Estado exhibe, en la historia de ambas entidades, recorridos similares.

Rubricado el 4 de julio de 1975, el estatuto de la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica daba vida a una entidad "de bien público y común, sin propósitos de lucro y con duración indeterminada", cuya "finalidad primordial y trascendente" es el "progreso de la cardiología en general y de la cirugía cardiovascular en particular". Delineaba una institución "con apertura hacia toda la comunidad, asistencia médica cardiovascular del mejor nivel técnico y del más elevado contenido humano, constituyéndose asimismo en escuela de capacitación profesional y de investigación en la especialidad". El documento reservaba la presidencia vitalicia a su creador, que había aportado 100 000 pesos para constituir el patrimonio inicial. Dicho monto podría "acrecentarse con el dinero y con los bienes de cualquier naturaleza que la fundación reciba por donaciones, herencia, subvención o por cualquier otro medio lícito y con los bienes, rentas o intereses que resulten de la explotación del patrimonio". Asimismo, se especificó quiénes podían adquirir las categorías de "adherentes" o "benefactores" y se facultaba a un consejo de administración a "solicitar a quien corresponda subsidios, privilegios, concesiones, exenciones de impuestos, tasas y contribuciones, condonaciones y prórrogas de cualquier naturaleza".

Ese mismo año Favaloro fundó junto con otros colegas el Colegio Argentino de Cirujanos Cardiovasculares. Además, fue distinguido junto a su hermano por la Academia Nacional de Medicina por un trabajo denominado *Historia natural de la cardiopatía coronaria y sus implicaciones profilácticas, pronósticos y terapéuticas*, resultado de una tarea de un equipo en el que también intervinieron Bertolasi y De la Fuente, además de los cardiólogos Carlos Bruno, Kazumitsu Shinji y Jorge Trongé.

Para entonces el clima político del país se había ensombrecido y el gobierno de Isabel, sin orientación y sumido en un profundo aislamiento, fue derrocado en un nuevo golpe de Estado en la madrugada del 24 de marzo de 1976. El quebranto institucional, que también alcanzaba a prácticamente todos los países de América del Sur, buscaba frenar el avance de

las izquierdas revolucionarias sin medir costos. La instauración de una dictadura militar en el Uruguay, en junio de 1973, había llevado a varios médicos orientales a cruzar el Río de la Plata en busca de un espacio a resguardo para trabajar. Varios de ellos se sumaron a los equipos de Favaloro, que, en aquellos tiempos difíciles, también accedió a operar a personas perseguidas por el régimen del vecino país, con el riesgo que ello suponía.

Pero aquel 24 de marzo le tocó a la Argentina. El autodenominado Proceso de Reorganización Nacional dio inicio al período más sangriento en la historia de la República.

Desde su asunción como presidente de facto, el general Jorge Rafael Videla dispuso la disolución del Congreso, prohibió todo tipo de actividad política y diseñó un feroz aparato represivo: una maquinaria de persecución de opositores que sembró el país con miles de muertos y desaparecidos. Al mismo tiempo, puso en marcha una serie de medidas económicas basadas en la apertura de los mercados, la liberalización de la legislación laboral y la toma de crédito internacional que incrementó de un modo exponencial la deuda externa. Con diversos gestos, Favaloro expresó su apoyo a la dictadura, a la que solo iba a condenar tibiamente años después de concluida. Eligió una estrategia de discreta cercanía: aconsejó sobre políticas sanitarias y buscó mantenerse ajeno a toda controversia o crítica al régimen. Fue coherente con el rechazo a la lucha armada y a cualquier posibilidad de la instauración de ideologías de raíz comunista.

A poco de que se iniciara el Proceso, los Favaloro fueron protagonistas involuntarios de una verdadera tragedia.

En la mañana del domingo 25 de abril de ese año, cuando se dirigía a visitar a un paciente, mientras cruzaba una bocacalle céntrica de la ciudad a bordo de su Ford Falcon, Juan José Favaloro fue arrollado por un camión de asalto de la Policía. El médico, de cincuenta años, repartía sus horas de trabajo entre su consultorio en el Barrio Hipódromo, donde vivía con su familia, su puesto en el Hospital San Roque de Gonnet y la atención en algunas clínicas privadas de la capital bonaerense. Según se explicó, como consecuencia del impacto, sufrió graves lesiones que obligaron a trasladarlo de urgencia a un centro asistencial. Pocas horas después Juan José regresó a su casa, pero el cuadro comenzó a complicarse y derivó en una embolia pulmonar por la cual tuvo que ser internado nuevamente, esta vez en el Hospital Italiano de La Plata, donde dejó de existir en el mediodía del 1° de mayo, tal como lo certificó el doctor Raúl F. Etcheverry. Mientras todo esto sucedía, René se hallaba de viaje en México y ni siquiera pudo llegar al entierro. Siempre se lamentó de no haber estado para intentar salvar la vida de su hermano. Desde entonces se mantuvo cerca de su cuñada, Lilia, y se convirtió en una suerte de padre sustituto de sus cuatro sobrinos.

Durante mucho tiempo, la muerte de Juan José quedó envuelta en un halo de misterio. Algunos trascendidos hablaron de un crimen vinculado con su afinidad con las ideas de izquierda e indicaron, incluso, que había sido abatido a tiros por un grupo de uniformados en plena calle al desoír una orden de detenerse. Los diarios *La Razón* y *La Prensa* alimentaron las sospechas al destacar que el hecho "se había mantenido en reserva".[37] El 11 de mayo Favaloro escribió una carta al director de *La Razón*, Marcos Peralta Ramos, en la que se quejó de lo que consideraba inexactitudes y errores de interpretación en varias notas sobre su persona, entre otras la que se refería al fatal episodio que había costado la vida de su hermano.[38]

Pero los rumores alrededor de la muerte de Juan José Favaloro no cesaron. Se llegó a indicar que se había tratado de un atentado que, en realidad, estaba dirigido a su hijo mayor, Roberto, que por entonces militaba en una agrupación revolucionaria. Las mismas fuentes que recuerdan esas versiones aseguran que, poco tiempo después de los hechos, el propio Favaloro recibió información que indicaba que su sobrino integraba una lista negra elaborada por los represores y que su vida corría peligro. También se dijo que su nombre aparecía en una agenda secuestrada durante una redada a un búnker guerrillero. Como sea, en medio del duelo, René arregló todo para que su sobrino pudiera salir del país. En aquel trance recibió una gran ayuda de su ex jefe de la Cleveland, Donald Effler, quien se encargó

de conseguirle una vacante en Universidad de Syracuse, donde el joven se graduó primero como bioquímico para luego completar sus estudios como médico en la Universidad de Cornell, según indica su currículum.

Roberto nunca quiso hablar de aquella historia que hoy refieren sus propios familiares. Solo reconoció que su tío "ayudó a escapar a mucha gente", y que en aquellos años "el simple hecho de que tu nombre apareciera en una agenda ya era peligroso".[39] Pese a ciertos reparos iniciales, y por iniciativa del cardiocirujano, se impulsó una demanda contra el Estado que, muchos años después, terminó siendo condenado por la muerte y obligado a un resarcimiento.

Nadie quedó a salvo del genocidio. Hubo detenciones ilegales hasta en Jacinto Arauz, el pueblito pampeano donde Favaloro vivió en la década de los 50. El miércoles 14 de julio de 1976 aquel escenario bucólico perdido en el mapa se trastocó cuando unos 200 efectivos llegaron en busca de un grupo de profesores del Instituto Secundario José Ingenieros a los que se acusaba de difundir entre sus alumnos las ideas del marxismo. Fue uno de los incidentes más significativos del terrorismo de Estado en la provincia de La Pampa. Resultaron detenidos los docentes Carlos Samprón, Ángel Álvarez, Víctor Aldo Pozo Grados y Guillermo Quartucci. La redada también alcanzó a Samuel Bertón, que era miembro de la comisión de padres, y al médico Luis Carlino. Varios diarios informaron sobre el hecho. Después de un tiempo, todos fueron blanqueados y se les abrió una causa por "subversión" (a excepción de Quartucci, que consiguió fugarse), pero finalmente resultaron sobreseídos.

Más de tres décadas después de aquel episodio, que conmovió profundamente a la pequeña localidad, víctimas y testigos de los hechos cuestionaron a Favaloro por su actitud frente a lo ocurrido. A fines de 2010, una década después de su fallecimiento, durante el juicio por delitos de lesa humanidad cometidos en jurisdicción de la Subzona 1.4, dependiente del Primer Cuerpo de Ejército, la docente y por entonces esposa del director del colegio, María Antonieta Lebed, aseguró en su declaración haber llamado a Favaloro para pedirle ayuda: quería averiguar la suerte corrida por su marido. Según dijo, el galeno le respondió que "no quería saber nada" y que "no lo molestáramos con esas cosas".[40] En la misma audiencia, Quartucci llegó a calificar a Favaloro como un "colaborador" de la dictadura.

Dos días después de la detención del grupo de "profesores guerrilleros" en Arauz, 16 de julio de 1976, René Favaloro realizó una visita al Colegio Nacional de La Plata. La agencia Noticias Argentinas (NA) reprodujo sus expresiones con relación a la situación del país. "Se puede estar en el centro, en la izquierda o en la derecha, pero eso no justifica que vayamos a esta guerra fratricida que todo lo destruye", sostuvo durante una charla dirigida a la juventud, en la que, según se indicó, "criticó a la insurgencia y a la guerrilla". En su exposición ante los estudiantes recalcó: "Con la violencia no se va a ningún lado, a través de la guerrilla no vamos a cambiar nada". Siempre según el despacho informativo, en el acto organizado por la cooperadora del colegio platense el disertante evocó sus años de formación en el establecimiento. Aseguró que por entonces "la única selección que había era la de las neuronas" y dijo que convivían en la institución "gente de todos los colores y estatus, lo que nos hizo bien a todos". Recordó que la Universidad era "totalmente autónoma, autárquica e independiente del gobierno" y que había tenido "profesores de la más diversa formación ideológica: librepensadores, socialistas y conservadores, pero cada uno de ellos cuidaba la enseñanza y no tuvimos nosotros una formación política definida sino que estábamos en contacto con todas las ideas políticas, porque ninguno trataba de influenciarnos". Hacia el final, destacó: "Se nos enseñaba que sin esfuerzo no se consigue nada", y que no existía "el acomodo".[41]

En esos días, Videla puso en marcha una suerte de raid gastronómico para agasajar y congraciarse con representantes de distintos sectores de la vida nacional. Obviamente, Favaloro no podía estar ausente junto a otras lumbreras vernáculas como el Nobel Leloir, el prestigioso médico Alfredo Lanari, el ex rector de la Universidad de Buenos Aires Julio Olivera, el sacerdote Leonardo Luis Castellani y los escritores Jorge Luis Borges, Ernesto

Sábato y Horacio Esteban Ratti. Entre plato y plato, el dictador sondeaba las opiniones de sus invitados sobre el proceso que comandaba en busca de aliados a los que tentaba con apoyo oficial, además de generar una foto que lo exhibiera abierto a esas distinguidas miradas.

Pocos días antes Videla había instruido a su ministro de Planeamiento, general Ramón Genaro Díaz Bessone, para que ideara un plan de gobierno a mediano plazo que generara la adhesión de los principales grupos económicos del país. Díaz Bessone contactó a Favaloro y lo convocó a sumarse para aportar en el área de salud. A comienzos de 1977 el creador del *bypass* aceptó el ofrecimiento para presidir la Comisión de Salud del denominado Proyecto Nacional, un plan con metas que debían proyectarse al siglo XXI.

En ese papel participó, a fines de septiembre de ese año, de una reunión para la que había preparado un minucioso diagnóstico en el que exponía las severas deficiencias del sistema de salud argentino. "En nuestro país la salud está tremendamente atrasada. El estado de los hospitales es desastroso y la estructura y equipamiento de la mayoría de ellos, construidos hace 50 años o más, se ha vuelto obsoleta", arrancó. Y puso como ejemplo al Hospital General de Agudos Doctor Cosme Argerich. Como era su costumbre, el cirujano platense hablaba sin filtro, y haciendo caso omiso a las reacciones de incomodidad que se observaban en el auditorio. Continuó: "Yo diría que ni siquiera estamos en el nivel cero sino en el nivel menos cien en materia sanitaria. Por eso, es lógico que haya que pensar en un proyecto a largo plazo pero, al mismo tiempo, hay que ver qué es lo que se puede hacer en lo inmediato para mejorar la situación".

También confesó que había meditado mucho su integración a la comisión, debido a la sobrecarga de trabajo, pero había terminado por aceptar. "Se trata de un tema que me duele hasta el tuétano, en el que es necesario buscar soluciones colectivas", explicó. También consideró loable que cada cual dijera lo que pensaba con "franqueza y libertad" y exigió que se incorporara a esa discusión a todos los sectores interesados; entre ellos mencionó expresamente a la Universidad. Y aprovechó la ocasión para abogar por una limitación a la cantidad de médicos que se formaban: "El país solo debe producir lo que necesita", señaló.

Reproducidos por los diarios de la época, sus dichos causaron malestar en no pocos sectores del gobierno, pero la espalda del galeno aguantó con firmeza los reproches. Ratificó todo lo dicho y hasta lo dejó en la Casa Rosada por escrito, resumido en una carpeta que contenía la propuesta de establecer un sistema de salud federal integrado por regiones, que permitiera igualar la cobertura y permitir la libre elección del médico. Según su postura, que abrevaba en la medicina colectivista y redistributiva europea, esto revertiría el atraso, desorden y corrupción que ostentaba el sistema sanitario nacional. Entre otras cosas, el esquema planteaba la supresión de las obras sociales y, consecuentemente, eliminaba la injerencia sindical sobre ellas. El proyecto ideal de Favaloro aspiraba a desarrollar un sistema de medicina comunitaria que limitara las ganancias de médicos y laboratorios, eliminara los laberintos de corrupción instalados en el sector y sirviera para reorientar las partidas en beneficio de los sectores postergados de la sociedad.

No cayeron simpáticas sus opiniones. Uno de los más molestos fue el ministro de Bienestar Social, contraalmirante Julio Juan Bardi, que intentó infructuosamente resistir los pedidos reservados de Favaloro para que el gobierno aportara ayuda económica a la Fundación. Para los jerarcas de la junta militar, la figura del médico estaba fuera de toda discusión. Lo respetaban por considerarlo cabal representante de tres de los más altos valores castrenses: la abnegación, la generosidad y el patriotismo.

En ese tiempo René se había entusiasmado con la posibilidad de crear un servicio de cirugía dedicado a la tercera edad en un piso en desuso del Hospital de Clínicas, una idea que le sugirió el coronel médico Guillermo Cal, interventor del Instituto Nacional de Servicios Sociales para Jubilados y Pensionados. La iniciativa se frustró, entre otras cosas, por la reticencia de las autoridades de la Universidad de Buenos Aires. El organismo comandado por Cal había nacido en 1970 poco antes del retorno de Favaloro al país, a partir del Programa de Atención Médica Integral (Pami), que al año siguiente se había

transformado en una obra social inicialmente acotada a la Capital Federal y que el gobierno militar expandió a todo el territorio nacional. Con el tiempo y el paso de los gobiernos, el Pami terminó por convertirse en una caja para el financiamiento espurio de la política.

Al año siguiente, en vísperas de la Nochebuena, Favaloro integró también una comitiva encabezada por Videla que viajó al canal de Beagle, en Tierra del Fuego, para saludar y alentar a los soldados allí apostados en el marco de un añejo diferendo limítrofe con Chile, que se había recalentado y que ambos gobiernos llevaron al borde de una conflagración solo evitada por la oportuna mediación del Vaticano.

Ese año, el Cholo Peco decidió asociarse a su amigo creador del *bypass* y le dio un fuerte espaldarazo a la materialización de la fundación al ceder en comodato un edificio perteneciente a la organización de los quiosqueros ubicado sobre la calle Solís, en el barrio de Congreso, para que fuera usado como sede. La construcción, de ocho pisos, había sido proyectada para albergar a la obra social de la Sddra, pero su equipamiento resultaba muy costoso y, al parecer, tenía algunas fallas desde el punto de vista operativo. Peco puso dos condiciones: integrarse como autoridad de la Fundación y que, una vez que esta estuviera en funcionamiento, los miembros de la sociedad de diarieros fueran atendidos en forma gratuita.

Allí dieron inicio las actividades del Departamento de Docencia e Investigación que René encomendó a Ricardo Horacio Pichel, un médico amante de las ciencias duras que había sido colaborador del eximio cardiocirujano Domingo Santo Liotta en el Hospital Italiano. "Al principio trabajábamos en el Güemes, pero un día Favaloro me llevó a ver la construcción de Solís y me dijo: 'Esto va a ser tuyo'", rememoró Pichel en una entrevista telefónica para este libro. En el área a su cargo se constituyó el verdadero núcleo del futuro desarrollo de la entidad, a partir de un original enfoque interdisciplinario y con la incorporación de investigadores como el médico inglés Peter Willshaw, el físico matemático uruguayo especialista en bioingeniería Ricardo Armentano, el veterinario Juan Barra y el cardiólogo Alberto Crottogini, entre otros.

A su vez, la Fundación Favaloro logró que el intendente de Buenos Aires, brigadier retirado Osvaldo Andrés Cacciatore, cediera el usufructo de un predio de avenida Belgrano y Entre Ríos, donde hasta entonces funcionaba una escuela que fue demolida y trasladada a otro sitio, para proyectar ahí la sede del futuro Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular (ICyCC) El trato, que contemplaba la asistencia de salud para todos los alumnos de las escuelas públicas de la Intendencia de Buenos Aires, jamás se cumplió. A mediados de 2006, con Favaloro ya fallecido, la Legislatura de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires sancionó la ley 2021, por la que donó definitivamente el inmueble, sito en Belgrano 1746/58/68, a cambio de que cada año el ICyCC capacitara a tres médicos del sistema sanitario municipal.

En aquel momento, Cacciatore no solo apoyó la iniciativa desde la administración pública sino que, como empresario privado de la construcción, aportó parte de los fondos necesarios a través de fundaciones que respondían a sus designios. Al anunciar las novedades en una conferencia de prensa, Favaloro señaló que era "evidente la necesidad de contar con un centro de alta complejidad dedicado fundamentalmente a la enseñanza y la investigación sin descuidar la parte asistencial". Destacó la "generosidad" de la Sddra ("comprendieron nuestro pensamiento") y la "ejecutividad" de la intendencia ("supieron escucharnos y dieron fundamento"). También subrayó la importancia de contar con líneas de investigación autónomas, solo guiadas por el criterio que los mismos investigadores consideraran apropiado y "libre de presiones extrínsecas".

El siguiente paso para concretar la construcción del ICyCC fue decisivo: a mediados de 1979 Favaloro consiguió firmar con Videla un convenio técnico-financiero que iba a liberar los recursos para afrontar los gastos de la obra. A cambio, asumió el compromiso de atender en forma gratuita cada año a cien pacientes que no estuvieran en condiciones económicas de afrontar el costo de una operación. La firma del acuerdo hizo que el 10 de diciembre fuera colocada la piedra fundamental del Instituto en un acto bendecido por el

arzobispo de Buenos Aires, cardenal Juan Carlos Aramburu; también participaba el jefe de la Armada, almirante Armando Lambruschini, y el intendente Cacciatore. Poco después, el Departamento de Salud Pública de la Nación le otorgó a la Fundación Favaloro un subsidio por casi 7000 millones de pesos. "Esto significa la concreción efectiva del principio de subsidiariedad", dijo el contralmirante médico Manuel Irán Campo, responsable del sector, al dejar el cheque en manos del factótum de la iniciativa.

–Pero, doctor, ¿cómo vamos a hacer para operar a toda esa gente sin cobrar un peso? –le preguntó uno de sus colaboradores al terminar de leer la letra chica del documento.

–No te preocupes, a los que tienen plata les vamos a cobrar y con el resto después veremos… –respondió René.

Con financiamiento del Banco Nacional de Desarrollo (Banade), la obra quedó a cargo de la firma Nazar y Cia., propiedad de Salem Eduardo Nazar, un ingeniero mendocino ligado al radicalismo, luego devenido en empresario de medios y dirigente del fútbol. Nazar había construido numerosas viviendas y edificios de departamentos, además de uno de los principales hoteles erigidos para el Mundial de fútbol de 1978. Si bien en varias oportunidades el constructor se quejó por el retraso de hasta un año en el pago de las certificaciones, estaba encantado de haber podido participar de tan encomiable iniciativa y, sobre todo, de haber conocido en persona al creador del *bypass*. El encargado de seguir de cerca los avatares de la obra como contraparte del lado de la Fundación fue Guillermo Masnatta.

En este período febril Favaloro fue distinguido como "profesor honorario" de la Universidad Nacional de La Plata. El rector de entonces, Guillermo Gilberto Gallo, y el decano interventor de la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP, Manuel Sergio García Mutto, firmaron la resolución el 8 de noviembre de 1979. En ese tiempo René acumuló diversos galardones otorgados por las universidades nacionales de Buenos Aires, Córdoba y Rosario, además de privadas como Universidad Católica de Salta y Universidad de El Salvador. También en medio de esta vorágine, a fines de 1979, Favaloro sufrió la pérdida de su padre, Juan Bautista, de 86 años. Desde entonces se acercó mucho más a su madre, a la que siguió visitando al menos una vez a la semana: comían juntos en algún restaurante o le hacía las compras y la ayudaba a cocinar la pasta como cuando era chico.

En 1980 se creó el Departamento de Docencia e Investigación de la Fundación Favaloro, a cargo de Pichel. Ese año, con la colaboración del Departamento de Órganos Artificiales de la Universidad de Utah, a cargo de Willem Kolff, se implantó en la Fundación Favaloro el primer corazón artificial en un ternero. Entre 1980 y 1982 se implantaron dieciséis corazones artificiales, también en terneros. Para este proyecto se convocó a los doctores Alberto Crottoggini y Juan Barra, quienes junto a Pichel y Willshaw realizaron importantes contribuciones a la comprensión de los mecanismos del corazón y el aparato circulatorio. Al mismo tiempo, se desarrolló un dispositivo de medición denominado Comdu (sigla de *Cardiac Output Monitoring and Diagnostic Unit* o unidad de monitoreo y diagnóstico de flujo sanguíneo), con el cual logró una mejoría en las mediciones de flujo en corazones artificiales.

En esos años la mayor inversión de René fue su proyecto: costeó con dinero propio elementos para montar laboratorios de investigación básica y se proveyó de filmadoras y equipos porque consideraba indispensable registrar cada paso. Un convenio firmado con la Universidad de California permitió utilizar tecnología de avanzada para el desarrollo de la investigación sobre la función ventricular. Ese año se integraron los biólogos Jorge Negroni y Elena Lascano, quienes comenzaron a desarrollar modelos matemáticos para la comprensión de la función cardíaca, y el doctor Edmundo Cabrera Fischer, para trabajar en la fisiología de la función arterial. En 1984, el doctor Ricardo Quinteiro y el biólogo Marcelo Biagetti incursionaron en la electrofisiología del corazón, y ese mismo año se inició un convenio para el estudio de la mecánica arterial al que se sumaría el ingeniero Ricardo Armentano.

Gracias a sus aceitados contactos con el gobierno, Favaloro seguía avanzando en la concreción de su anhelo. El Departamento de Investigación y Docencia fue jerarquizado

como Instituto de Investigación en Ciencias Básicas y rápidamente consiguió el reconocimiento de la comunidad académica, a partir de una profusa producción de artículos publicados en libros y revistas científicas tanto nacionales como extranjeras. En ese tiempo se creó el Centro Editor, encargado de la publicación de estudios de divulgación sobre detección, prevención y tratamiento de diversas enfermedades. Uno de sus responsables era Carlos Tomás Penelas, un poeta que venía de trabajar en la oficina de prensa de la firma alemana Rotaprint, a quien René contrató como agente de relaciones públicas de la Fundación. Se habían conocido en 1978 cuando Penelas le acercó su libro sobre Luis Leopoldo Franco, un escritor anarco-comunista que el médico había descubierto con admiración en los Estados Unidos.

Al mismo tiempo, Favaloro seguía interesado en los trasplantes cardíacos y en desarrollar el corazón artificial. El 24 de mayo de 1980, él mismo trasplantó un corazón al paciente Domingo Peña, un agente de la Prefectura Naval que sobrevivió seis meses con el nuevo órgano: el tiempo suficiente para que los medios de comunicación se hicieran eco del gran logro conseguido por primera vez en un quirófano del país. En los siguientes meses se hicieron otros trasplantes cardíacos, pero los resultados fueron negativos, e incluso uno de los casos derivó en una demanda judicial, por lo que se decidió suspender la iniciativa y enviar profesionales a capacitarse en Estados Unidos.

Después de idas y vueltas, René se había decidido a compendiar su experiencia en La Pampa. El resultado fue el libro *Recuerdos de un médico rural*, que dedicó a su hermano, "con quien todo lo compartimos". La primera edición fue publicada en agosto de 1980 con financiamiento y distribución íntegramente a cargo de la Sddra, e incluía dibujos de Hermenegildo Sábat, caricaturista político del diario *Clarín*. Los derechos de autor fueron cedidos al Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular. Fue el primero de una serie de tres libros en los que contó distintos momentos de su vida y su trayectoria. Con ellos construyó una épica personal que, sustentada en logros profesionales y valores inobjetables, halló eco en los medios de comunicación. Forjaba así sus bases para el bronce de la posteridad.

---

36 Pablo Calvo: *La muerte de Favaloro*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 142.
37 *La Razón* y *La Prensa*, 2 de mayo de 1976.
38 *La Razón*, 11 de mayo de 1976.
39 B. Larocca: O. cit.
40 Las declaraciones de Lebed fueron publicadas por distintos medios gráficos de La Pampa y portales de organismos de Derechos Humanos.
41 *El Día*, 16 de julio de 1976.

CAPÍTULO 9

Con la democracia se cura

Lo peor de la faena represiva había pasado y el gobierno militar no lograba estabilizar la economía frente a una sociedad en la que cada vez se hacía más difícil acallar el descontento. A ello se sumaban las tensiones internas en la jerarquía castrense, que dejaban vislumbrar el margen para un recambio. Parecía haber llegado un tiempo de moderación que tuvo una primera etapa, encarnada por el teniente general Roberto Eduardo Viola. De perfil liberal y negociador, solo presidió el país durante ocho meses, entre fines de marzo y noviembre de 1981. Dejó la primera magistratura una semana después de pasar por el consultorio de René Favaloro, quien le había recomendado operarse. El oficial no hizo caso al consejo médico y pensó que podría seguir "a media máquina", pero su estado de salud era delicado y días después tuvo que ser internado con un cuadro agudo de hipertensión que terminó por forzar su renuncia.

Después de un breve interregno repartido entre quien era el ministro del Interior, Horacio Tomás Liendo, y el vicealmirante Carlos Alberto Lacoste, la presidencia fue ocupada por el general Leopoldo Fortunato Galtieri, quien, a poco de asumir, convocó al cirujano platense a su despacho y, como invariablemente habían hecho sus antecesores, lo tentó con un cargo en el gobierno. Aquel día, Fernando Boullon lo acompañó hasta la Casa Rosada en un taxi, y el chofer no quiso cobrarles alegando que era un honor transportar a semejante eminencia de la medicina. Favaloro advertía la situación de debilidad del régimen. Declinó el ofrecimiento echando mano a su excusa más repetida: exceso de trabajo y compromisos ineludibles alrededor del mundo. No obstante, como en otras oportunidades, demostró la astucia suficiente como para que su negativa no significara una ruptura que desembocara en el retiro del vital apoyo económico para la Fundación. Según recordó Boullon, antes de despedirse le dijo: "Los ministros sin plata son monigotes de los gobiernos, no pueden hacer nada".[42]

Favaloro, que a esa altura ya había tejido un amplio abanico de contactos con distintos actores de la vida nacional, participaba de las reuniones de diálogo político auspiciadas por las autoridades y también solía mantener encuentros con representantes de la Municipalidad de Capital Federal y los gobiernos de varias provincias. A todos les pedía ayuda para su institución y les comentaba sus ideas sobre política sanitaria. Insistía en restaurar el viejo Ministerio de Salud, desde el cual, según argumentaba, se hubiese podido llevar adelante una gestión planificada a partir de un concepto integral de cobertura que no estuviera segmentado por jurisdicciones y se rigiera por una sola ley general.

Así se lo explicó al almirante Isaac Francisco del Ángel Rojas, ex vicepresidente durante la autodenominada Revolución Libertadora (1955-1958) y ferviente antiperonista, que a fines de marzo de 1982 estuvo varias semanas internado en el Güemes, convaleciente tras una operación de renovación de válvula aórtica. Rojas estaba tan conforme con la atención del equipo de Favaloro que pidió que exceptuaran al médico Sergio Perrone de alistarse para viajar a las islas Malvinas, luego de que los militares las ocuparan por la fuerza el 2 de abril de 1982.

Años después, Favaloro y otro de los destacados miembros de su *staff*, como el cardiólogo Luis de la Fuente, sirvieron de puente entre Rojas y Carlos Menem quien, luego

de ser electo presidente en 1989, visitó al marino en su domicilio como un gesto de concordia para intentar poner fin a la antinomia peronismo-antiperonismo. Una leyenda que recorre la Fundación reza que fue la gestión de aquel encuentro lo que llevó al dirigente riojano a dar su apoyo irrestricto a la entidad.

Tras el desembarco en el archipiélago austral, en manos del Reino Unido desde hacía un siglo y medio, el médico platense accedió a un pedido de Galtieri para integrar la comitiva de notables que asistió a la asunción del general de brigada Luciano Benjamín Menéndez como nuevo gobernador de las islas. También viajaron Videla, el obispo Desiderio Elso Collino, los sindicalistas Saúl Edolver Ubaldini y Jorge Alberto Triaca, el banquero Federico José Luis Zorroaquín, el industrial Jacques Hirsch y los dirigentes políticos Carlos Raúl Contín, Felipe Deolindo Bittel y Jorge Abelardo Ramos.

En breves declaraciones difundidas por el periodismo, Favaloro celebró el paso adoptado por el régimen; aseguró que abría "una oportunidad histórica" y que se trataba de una acción respaldada por la ciudadanía. "Los argentinos están unidos. Están convencidos de que el paso que se ha dado ha sido de trascendencia y necesario. Yo creo que detrás de la Junta militar están todos los argentinos", opinó.

A su regreso del fugaz periplo por las islas, fue el primer invitado al programa especial *24 Horas por Malvinas*, conducido por Lidia Elsa "Pinky" Satragno y Norberto Palese, conocido artísticamente como Cacho Fontana. En aquella ocasión, Favaloro confesó que pocas veces, como le había ocurrido durante el acto en Puerto Argentino, había cantado el himno "con tanta emoción" y que lo había embargado una "sensación de Patria". Fue más allá y aseguró: "Fue uno de los episodios más importantes que me han tocado vivir". Tras la derrota militar, su visión de aquel conflicto describió una parábola calcada a la de buena parte de la sociedad argentina y derivó, en adelante, en una crítica cada vez más contundente a lo que terminó por calificar como el "desastre de Malvinas".

En una oportunidad, quien fue durante dos décadas el jefe de prensa de la Fundación, Carlos Penelas, al ser consultado por los vínculos de Favaloro con la dictadura, aseguró haber conversado previamente con él sobre la inconveniencia de hacer aquel viaje. También reveló que, como el cirujano estaba al tanto de sus ideas anarquistas, le dio una tarjeta personal y le dijo: "Llévela siempre con usted. Si lo detienen invoque mi nombre y diga que me llamen, que es mi amigo".

El 14 de junio, cuatro días después de la rendición de las tropas argentinas, Galtieri fue removido de su cargo al frente del gobierno. Su lugar lo ocupó el general Reynaldo Benito Antonio Bignone, que se hallaba en situación de retiro desde finales del año anterior. Apremiado por los estragos que hacía la inflación en el desarrollo de su proyecto, Favaloro pidió una reunión urgente con Bignone y lo convenció de aplicar una actualización a los subsidios que recibía la entidad debido, principalmente, a los mayores costos de la obra del futuro Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular.

La dictadura había comenzado a despedirse pero, antes de que bajara definitivamente el telón, el cirujano animó, junto a intelectuales de tendencia ultraconservadora como Néstor Amílcar Cipriano, el filólogo Ángel José Battistessa, el filósofo Jorge Luis García Venturini y el religioso dominico Fray Domingo Renaudière de Paulis, un ciclo del Ministerio de Educación y Cultura en el que disertó sobre el tema: "La Plata y mis recuerdos".

Para entonces, Favaloro tenía a disposición en el Güemes cinco quirófanos y al menos treinta camas de terapia de recuperación posoperatoria. Sus equipos mantenían con holgura el promedio de doce intervenciones diarias. Por cuerda separada, René conservaba sus "privados", que operaba allí o en otros lugares, especialmente en el Instituto Argentino de Diagnóstico y Tratamiento, en el barrio de Recoleta, donde concentraba el núcleo de sus pacientes más acaudalados y que preferían la discreción.

En esos días exhibió un logro de los que sirven para cimentar la fama: operó exitosamente junto a su equipo a Juan Manuel Fangio, el legendario quíntuple campeón mundial de automovilismo. A fines de 1970 el corredor había sufrido un grave ataque cardíaco que se había repetido, diez años después, durante una exhibición en Dubai. El miércoles de 8 de diciembre de 1982, Favaloro le realizó al "Chueco" cinco *bypass*. "Uno

por cada campeonato", se jactaba el médico. Tras recibir el alta, el ex corredor, que era el presidente honorario de Mercedes-Benz y su representante comercial en la Argentina, preparó un Mercedes 300 color gris y lo hizo dejar estacionado en la puerta del sanatorio con el siguiente mensaje: "Es un presente del señor Fangio en agradecimiento al doctor Favaloro".

Según el relato de Fernando Boullon, a quien le tocó la misión de avisar a su jefe sobre el regalo, Favaloro ni siquiera quiso bajar a verlo y ordenó que lo devolvieran de inmediato. "Díganle al Chueco que muchas gracias, pero que sepa que el doctor no va a andar en un Mercedes mientras falte una mamadera para cada chico en la Argentina", arengó en medio del pasillo y elevando de tono de voz mientras agitaba con vehemencia su dedo índice en alto. Un rato más tarde, retiraron el vehículo de la entrada del nosocomio.

Los trascendidos sobre episodios como el ocurrido con Fangio fueron ubicando al galeno platense en el sitial de referencia ética de la sociedad. Era muy común, por entonces, que lo invitaran a disertar con su prédica de tinte moralista a diversas instituciones o que lo entrevistaran en medios de comunicación, y él acostumbraba denunciar la corrupción estructural que, en su opinión, impregnaba a todos los sectores de la sociedad, además del pésimo nivel y la falta de decoro en la televisión y el severo déficit en los resultados educativos, reflejo de lo que consideraba la bancarrota del sistema nacional de enseñanza. En todos esos ámbitos se manifestaba especialmente preocupado por la juventud.

En enero de 1983, cuando aún no se había anunciado la fecha de las elecciones que el general Bignone había prometido inicialmente para principios de 1984, la revista *Humor Registrado* publicó en su número 97 una extensa entrevista que le había realizado Adelina Olga "Mona" Moncalvillo. En ese reportaje, que se extendía a lo largo de siete páginas bajo el anodino título "René Favaloro", el cirujano no ahorró cuestionamientos al sistema de salud pública y a la formación de los médicos.

Según la leyenda que circula en el ámbito de la Sociedad de Distribuidores de Diarios, Revistas y Afines –y que nadie desmiente–, el propio Ángel Peco, convertido en su benefactor y propagandista, había gestionado la nota con el director de la publicación, Andrés Luis Cascioli, comprometiéndose a distribuirla con esmero. Sin embargo, solo unos pocos ejemplares llegaron a manos de los lectores, ya que el gobierno militar dispuso impedir su circulación y, en un operativo sin precedentes, secuestró prácticamente toda la edición antes de que llegara a los quioscos. El motivo fue que, en la tapa de aquella edición de *Humor,* donde se anunciaba la entrevista a Favaloro, había una caricatura del último de los jefes del Ejército del Proceso, Cristino Nicolaides, intentando hacer equilibrio sobre una patineta delante de una imagen de la Justicia. Luego se supo que Nicolaides había efectuado cuatro denuncias penales por sendos artículos en los que aparecía mencionado en ese número.

A los efectos de este libro, la entrevista pudo ser leída en uno de los ejemplares rescatado de la censura por el coleccionista santafesino José Luis Banchio. En ella, Favaloro ratificó su mirada acerca de los problemas de la medicina y defendió su propuesta de un sistema de salud en el cual "todo esté centralizado y el dinero vaya a parar a un solo pozo para que el paciente tenga cobertura total y libre elección del médico. –Y agregó–: Todos los arreglos y acomodos se terminan cuando la gente puede elegir al médico". Puso como ejemplos de ese modelo a Canadá, Alemania y Francia. Se refería al plan que unos años atrás había dejado en manos de Videla y sus funcionarios.

Cuando Moncalvillo preguntó por las condiciones en las que egresan de la Universidad los médicos, Favaloro trazó un paisaje desolador: "Hemos graduado médicos a rolete, de a miles, sin espacio en las aulas. Esos pobres médicos habrán visto un parto de casualidad en su vida. Y alguna vez habrán auscultado algún paciente. Las universidades no se estiraron en proporción al crecimiento estudiantil. La preparación de nuestros estudiantes y de los médicos jóvenes ha sido horrorosa, eso de la libertad de ingreso es populismo barato y termina por crear resentidos sociales".

También objetó las consignas de la marcha organizada por la Multipartidaria, un nucleamiento de diversas fuerzas políticas que el 16 de diciembre de 1982 había reunido

una multitud para insistir en su pedido por el retorno de la democracia: "Ahora estamos en el período de la crítica, vemos el último eslabón de la cadena y les echamos la culpa de todo a los militares. No digo que no tengan culpas, las tienen y muchas, y tienen que entender que ese ciclo que empezó en 1930 se terminó y deberán ocuparse de los problemas militares que es lo único que deben, o deberían, saber. Estoy esperando que aparezcan los que miren la historia hacia atrás no olvidándose de lo que nos tocó vivir, no en seis años sino desde 1810, para que puedan hacer algo positivo. Es muy fácil criticar y echarles las culpas a los militares, pero ellos no están de casualidad, los llamaron los civiles. Y hay civiles que estuvieron colaborando con los militares en todos los procesos. Dicen que los militares echaron al doctor Illia, por quien tengo un enorme respeto y ojalá tuviera quince años menos, pero fueron los cegetistas junto con los militares. Le hacían huelgas cada quince días".

Luego, a la pregunta de si se consideraba nacionalista católico, contestó: "Toda mi formación ha sido profundamente liberal. Lo único que leo fuera de la medicina es historia argentina. Me paso horas leyendo, investigando. Leo todo, no puedo quedarme nada más con la historia que escribió un sector, o la Academia de Historia. Pero respecto a su pregunta le diré que no. ¿Por qué voy a encuadrarme? Soy católico por nacimiento y por convicción, porque creo en el verdadero cristianismo; siempre he creído que Cristo representa en el mundo el respeto por la dignidad del hombre. En mi país son ejemplo Fray Justo Santa María de Oro y Mamerto Esquiú, y en este momento creo que hay que escuchar con mucha atención lo que dice el Papa [Juan Pablo II], pero más que lo que dice hay que leer en profundidad sus pensamientos, como por ejemplo todo lo que ha escrito sobre los derechos del hombre y lo que se ha publicado recientemente en *Clarín* sobre el armamentismo en el mundo. Sobre lo de nacionalista, sí, soy nacionalista hasta el tuétano; creo que un día los argentinos tenemos que decidir si queremos ser nación o colonia, de una vez por todas. Porque Martínez Estrada, que fue profesor mío en La Plata, como Henríquez Ureña, me hizo sentir, como gran humanista que era, que la libertad y la dignidad del hombre son cosas importantes. Si no fuera nacionalista, estaría gozando de los dólares y la vida fácil en Estados Unidos. He rechazado dirigir hospitales muy importantes en el exterior. Soy un verdadero nacionalista, sin 'z', y amo este país intensamente. Martínez Estrada dice que a aquellos países que se ponen tan débiles y que no tienen sentido nacional, lo que mejor les puede pasar es que los colonicen. Porque están llenos de ventajas. Y ahí tenemos a Canadá y Australia. Nosotros fuimos colonia inglesa, durante más de cien años, y todavía lo seguimos siendo. Y en el gobierno de Perón fuimos más colonia inglesa que nunca. Hay que leer a (Julio) Irazusta y también el libro gordo de economía que escribió (Antonio Francisco) Cafiero, y sacar conclusiones. Cuando vine al país, tomé conciencia de que todo lo que necesitaba para trabajar debía producirse aquí –prosiguió el cirujano–. Tenía monitores argentinos, corazón y pulmón artificial, respiradores, la bomba de oxigenación se hizo aquí, igual o mejor que las de Estados Unidos, respiradores argentinos. Pero, claro, vinieron los 'Chicago boys' y desapareció todo, porque lo importado era más barato. Acá hay neuronas de sobra. Nos falta una clase dirigente con sentido nacional y que entienda que se viene el mundo de la justicia social, no la de la demagogia, esa no la quiero. La de la sidra, el pan dulce, los juguetes regalados, esa no la quiero. Quiero la otra, la auténtica. Hay un sistema que hace al país amoral y somos todos amorales porque estamos dentro del sistema. Yo una vez dije por televisión que hasta mi madre va y pone la platita (los pobres pesitos que tiene, vengo de una familia muy humilde) en las financieras y me cuenta cuánto le dan de interés. Bueno, el sistema hace la amoralidad y no nos podemos escapar. Por eso hay que hacer un país nuevo. Las leyes y todo trabajan para esa amoralidad que no existe en otros países del mundo".

Frente al oscuro panorama descripto, la periodista preguntó si las desgracias apuntadas podrían revertirse con la vuelta de la democracia: "Quiero ser optimista, siempre lo he sido. Espero que Dios o el destino nos hagan ver la luz, pero si la vamos a hacer como la estamos haciendo, sin hablar con claridad… no creo. Todos tenemos que ir al altar de la Patria a confesar los errores cometidos, que no son exclusivos de los militares. Veo que vuelve la

demagogia que tanto mal le hizo al país, ya casi ni se habla mal del peronismo, por temor a que vuelva a ser gobierno. Hasta podría predecir que María Estela Martínez de Perón va a ser presidente del Partido Peronista".

Entonces, redobló la apuesta: "Desaparecidos hubo siempre. En la primera presidencia de Yrigoyen hubo errores y hubo muertos, pero me merece respeto, murió pobre, con una camita. Cuando algún dirigente radical dice que hay muy poca diferencia entre ellos y los peronistas, yo pienso ¡uy, uy! …este está loco, se olvida de que Yrigoyen murió pobre como las ratas, que Elpidio González vendía cosas con una valijita por las calles, que Arturo Mor Roig después de ser ministro apenas tenía un puestito que le alcanzaba para comer, que Illia se negó a recibir su sueldo y vive casi de prestado y que cuando fui a Madrid me mostraron Puerta de Hierro y pensé: 'Aquí puedo vivir toda mi vida'. ¿Estamos? Entonces creo que esta es la última chance, pero para resolver las cosas hay que sacarles la camiseta, ponerse la argentina y analizar todo con verdadera profundidad".

Y más adelante: "Tengo mucho miedo por los jóvenes del país. Tengo miedo de que otra vez la demagogia los vuelva a confundir y los lleve al desastre [porque] los desaparecidos tienen dueño, son consecuencia de una clase dirigente que los emputeció, es la única palabra que puedo usar. Yo lo viví en mi ciudad, La Plata, una ciudad que quedó herida por todos lados, pero los señores que emputecieron a esa juventud con falsas realidades están todos en el extranjero, vivitos y coleando, gozando de la guita, y los que les creyeron están bajo tierra… Me duele como argentino que se haya usado la demagogia".

En un momento, Moncalvillo lo había hecho lagrimear al comentarle que había escuchado reclamos de vecinos de Jacinto Arauz quejándose de que nunca más había vuelto al pueblo. "Nunca he tenido un infarto y le aseguro que si entro a Jacinto Arauz, haría uno", contestó. Según señaló, su tarea como médico rural en aquella comunidad fue "desde el punto de vista social, lo más lindo que he vivido. –E incluso exageró–: Fue más importante que lo que hice en Estados Unidos". [43]

Unos meses más tarde, en mayo de 1983, recibió una distinción que lo conmovió: la comisión directiva de la Biblioteca Euforión del barrio El Mondongo, fundada por alumnos del Colegio Nacional dondehabía cursado la secundaria y apadrinada por Ezequiel Martínez Estrada, lo distinguió con el título de "mondonguero emérito", a pesar de que él se había criado afuera (aunque por muy poco) de ese populoso barrio. El galardón le fue entregado en un acto con presencia del entonces intendente de la comuna, Abel Román, y el presidente de la entidad, Nicodemo Scenna. Pese a que aún no había vuelto la democracia, el pergamino que le entregaron decía que había sido elegido "por consenso popular".

En cambio, en esa misma época rechazó asistir a la inauguración de un comedor escolar en Jacinto Arauz, instalado en la casa donde había vivido su hermano Juan José, y que la familia Favaloro había donado al municipio. Le explicó por carta al intendente Néstor Rostan que se pretendía dar al hecho una trascendencia excesiva que, según indicó "desvirtuaría lo que realmente Juan José representó para esa comunidad". Si bien la misiva no fue difundida públicamente, trascendió la negativa, y en Arauz crecieron críticas a lo que no pocos consideraban un desaire incomprensible. En el mismo texto, que hoy se conserva en el museo dedicado a su figura que funciona en el pueblo, ofreció una contribución mensual para aportar a su funcionamiento. "No quiero hacer demagogia, de la que estoy cansado –arguyó–. Todo lo anterior y mi manera de ser hacen que haya decidido no estar presente en esa ceremonia. He nacido, quizá, con demasiada sensibilidad, y aquellos que son demasiado sensibles pasan su vida sufriendo. No sé si tendré una imagen diferente ante la gente. Yo he sufrido más de lo que he gozado a través de mi paso por la vida. Durante el acto lloraría y lloraría frente a centenares de personas, sin pronunciar una sola palabra", se excusó.[44]

En junio de 1983 fue a Barcelona como invitado especial al II Congreso de la Sociedad Catalana de Cirugía Cardíaca. En sus discursos y declaraciones de aquellos días dejó sembrada la esperanza sobre los trasplantes cardíacos y el desarrollo tecnológico del corazón artificial, con el que estaba colaborando junto con expertos de la universidad estadounidense de Utah. Tal como empezaba a ser su costumbre, rompió el cerco temático

de la medicina y se declaró ferviente impulsor de una estratégica unión latinoamericana: "Somos ricos, tenemos reservas más que suficientes de todo y, sin embargo vivimos pobres porque estamos colonizados intelectualmente. Nuestro gran reto es la unidad latinoamericana y la transformación social. Porque no hay duda de que el futuro de la humanidad está en tratar de resolver la ecuación de conseguir un mundo social sin que pierda la libertad", señaló en una entrevista publicada por el diario madrileño *El País*.[45]

Aquel año, Favaloro intervino explícitamente en el proceso electoral que desembocó en el retorno de la democracia y consagró en la primera magistratura al radical Raúl Ricardo Alfonsín. Durante el desarrollo de la campaña, contagiado por el fervor que despertaba la figura carismática del líder de la UCR, llegó a opinar: "Sería beneficioso para el país que hubiera un cambio, pero el cambio tiene que ser a través de Alfonsín". Antes había rechazado un ofrecimiento para candidatearse como legislador por la Unión de Centro Democrático, el partido creado por el economista liberal Álvaro Carlos Alsogaray.

En octubre, luego de que insistiera en la necesidad de desenmascarar los mecanismos de corrupción de las obras sociales, varios jerarcas sindicales salieron a cruzarlo. El más encendido fue Norberto Ángel Grizia, titular del Instituto de Servicios Sociales para el Personal Ferroviario, quien se quejó de sus generalizaciones y hasta llegó a tildarlo de "dictador". Favaloro respondió con una carta publicada por el diario *Tiempo Argentino*, fundado un año antes por el periodista Raúl Horacio Burzaco, en la que desgranó su repetida propuesta de crear un seguro nacional de salud que permitiera una "medicina igualitaria y de mejor calidad" y que al mismo tiempo terminara con la "mordida", ese mal que, dijo, solo es posible por la "amoralidad entre los sindicalistas de turno o los interventores de turno y los médicos que se dejan manosear por los mandantes temporarios de las obras sociales que manejan a su antojo la capacidad económica de las mismas".[46]

Así como fue cambiando su posición sobre Malvinas, empezó a desanudar los lazos que lo ligaban con el régimen de facto ni bien este concluyó. "Lo de 'occidentales y cristianos' no me lo venden más. No quiero ese mundo decadente para la juventud", dijo durante una entrevista televisiva pocos días después del retorno de la democracia. Era uno de los apotegmas que habían guiado a los militares.

Apenas asumió la presidencia, Alfonsín convocó a un grupo de notables para investigar las violaciones a los derechos humanos en los años de plomo. En la lista para conformar la denominada Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (Conadep) estaba, por supuesto, René Gerónimo Favaloro.

–Cuente conmigo, doctor. Acá todos tenemos que arrodillarnos ante la Justicia – respondió sin hesitar ante la propuesta que le hizo llegar personalmente el caudillo de Chascomús.

Cuando fue consultado por la prensa sobre su participación en la comisión, opinó que era oportuno condenar los "excesos tremendos" cometidos durante la represión, a la que, empero, consideró una consecuencia de "los errores de la clase dirigente de un país que ha vivido siempre en forma anormal".

Presidida por el escritor Ernesto Sabato, la Conadep quedó integrada por el obispo Jaime Francisco de Nevares, el rabino de origen estadounidense Marshall Theodore Meyer, el pastor Carlos Tomás Gattinoni, el epistemólogo Gregorio Klimovsky, la periodista Magdalena Ruiz Guiñazú, el abogado Ricardo Colombres, el ingeniero Hilario Fernández Long y el filósofo Eduardo Antonio Rabossi. A ellos se sumaron los diputados radicales Horacio Hugo Huarte, Santiago Marcelino López y Hugo Diógenes Piucill en representación del Congreso Nacional. El Senado, con mayoría justicialista, no envió representantes. Fueron secretarios, entre otros, Rosa Graciela Castagnola de Fernández Meijide (madre de un adolescente desaparecido, Pablo Fernández Meijide) y Daniel Marcelo Salvador.

El cardiocirujano tuvo una asistencia irregular a las reuniones hasta julio de 1984. En esa fecha se cumplía el plazo estipulado para la entrega del informe final; sin embargo, se había solicitado una prórroga porque la tarea demandaba más de lo previsto originalmente. Entonces, Favaloro elevó una carta de dimisión al cuerpo en la que explicó que había

aceptado intervenir en el trabajo pero que, agotado el lapso original fijado por el gobierno, debía ocuparse de atender compromisos de carácter impostergable. Sin embargo, también dejó trascender otras razones al indicar que la Conadep exhibía "falta de ética y objetividad". Expresó su desacuerdo por "la agresividad" con que se trataba a los militares, "sin contemplar la responsabilidad de otros actores" ni tener en cuenta los "excesos cometidos por la guerrilla". Insistió en su postura de que los crímenes en el país habían comenzado varios años antes del inicio de la dictadura, tanto los cometidos por las organizaciones revolucionarias como por las Fuerzas Armadas y de seguridad, e insistió en que se debían contemplar esos otros casos que, por otra parte, según su criterio, también debían ser juzgados. Cuando finalmente pegó el portazo, hizo llegar a Alfonsín una carta de renuncia distinta de la que ya se había hecho pública, en la que añadió un duro cuestionamiento por la audiencia que el primer mandatario había ofrecido a Isabel, la viuda de Perón, a quien consideraba una de las principales causantes de la violencia desatada en el país. Varias fuentes dan fe de la existencia de esa misiva; sin embargo, el original se extravió traspapelado en los archivos oficiales.

Con el tiempo tomó cuerpo una nueva versión para explicar su alejamiento, que puso el acento en un entredicho suscitado con la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo. Ocurre que Favaloro había sugerido convocar al laboratorio de los doctores Emilio Jorge Haas y Luis Verruno para encargarse de los análisis de histocompatibilidad. Esa postulación fue rechazada por las dirigentes de Abuelas María Isabel Chorobik de Mariani (más conocida como "Chicha" Mariani) y Estela Barnes de Carlotto, quienes denunciaron que Verruno trabajaba en el Hospital Militar, donde había funcionado un centro clandestino de detención.

Como sea, el jueves 20 de septiembre de 1984 la Conadep entregó el informe *Nunca más* sin la firma ni la presencia de Favaloro. Las pruebas e información recolectada incluyeron la verificación de la existencia de 340 centros clandestinos de detención, acumularon más de 50 000 fojas y una lista parcial de 8960 personas que permanecían desaparecidas, algunos de cuyos casos fueron la base del posterior e histórico Juicio a las Juntas militares. Los organismos defensores de los Derechos Humanos habían discutido acaloradamente si acompañaban aquel informe. En esos ámbitos se sospechaba que Favaloro pudo haber estado al tanto de los atroces crímenes de la dictadura y no haberlos denunciado, algo que, para sus detractores, podría calificarse como colaboracionismo.

En esos días, en una nota publicada en el semanario *El Periodista*, Osvaldo Jorge Bayer reprochó con dureza la participación de Ruiz Guiñazú, Sabato y Favaloro en la Comisión, a causa de sus "coqueteos" y gestos de cercanía con los jerarcas militares. Favaloro reaccionó de inmediato y fue a hablar personalmente con el periodista e historiador.

–Mire, mi estimado, si yo no aceptaba esas invitaciones de los militares me cerraban la Fundación y nada de lo hecho hubiese sido posible –argumentó.

–Doctor, discúlpeme, pero no puedo admitir lo que dice, porque entonces todos los argentinos podrían decir que tuvieron un pretexto para colaborar con la dictadura, porque si no se llevaban a sus hijos o los dejaban cesantes en el trabajo. ¿Se da cuenta?

Favaloro suspiró y, visiblemente molesto, se puso de pie.

–Piense lo que quiera, Bayer, yo solo quise venir a explicarle a usted mis actos. Y usted tiene toda la libertad de interpretarlos como quiera. Buenas tardes –cerró el cirujano, antes de emprender la retirada.

Más allá de toda obligación médica o laboral, Favaloro también estaba abocado por esos días a intentar ayudar al club de sus amores, Gimnasia, que llevaba varios años sumergido en la Primera B y soportaba una seria crisis económica. Junto a un selecto grupo de dirigentes y socios impulsaba la candidatura de su amigo Héctor "Cacho" Delmar, reconocido sastre devenido en exitoso empresario de la moda, para presidir la alicaída entidad. Para terminar de convencerlo, René lo llamó por teléfono:

–Cacho, querido, tenés que aceptar. Sos la persona justa para este momento –lo aduló el galeno, que lo conocía bien de sus épocas de estudiante.

–Pero, decime una cosa, René, ¿por qué no te presentás vos, que te vota todo el mundo?

–De ninguna manera, yo no puedo. Me resultaría imposible compatibilizar mi trabajo con esas ocupaciones. Pero te prometo todo mi apoyo.

Delmar terminó por aceptar con la condición de que Favaloro presidiera el Tribunal de Honor del club, como una manera de tenerlo virtualmente dentro de la comisión directiva. El comerciante ganó la elección y celebró su primer año de mandato con un logro rutilante: la obtención del ascenso a Primera A, en diciembre de 1984. Aquel día René y su amigo Héctor fueron inmortalizados cuando se fundieron en un abrazo jubiloso, captado por uno de los reporteros del diario *El Día*. El médico había acompañado aquella campaña todo lo que le permitieron sus ocupaciones; buscaba huecos en su agenda para asistir a la cancha y varias veces fue con su esposa a la tribuna. Empezó a frecuentar el campo de entrenamiento en la localidad de Abasto, donde los jugadores realizaban las concentraciones, y solía decir: "Cuando deje mi actividad como médico me voy a hacer entrenador de fútbol".

Delmar siempre recuerda con emoción una anécdota compartida en aquella lucha por el ascenso, cuando Gimnasia tuvo que disputar dos finales contra Racing. En la primera, de visitante, decidieron ir juntos. Llegaron al Cilindro de Avellaneda y encararon sin darse cuenta por el acceso de los hinchas locales. Al advertir el error el dirigente temió una agresión; René lo tranquilizó y siguió avanzando entre la parcialidad rival como si no pasara nada. Para sorpresa de Delmar, entraron en la cancha entre saludos afectuosos y cargados de respeto de los aficionados de la Academia. El día fue completo: el Lobo ganó por 3 a 1 y quedó a un paso del ascenso, que obtuvo días después como local.

También circulaban versiones que indicaban que Favaloro hacía aportes económicos al club o aprovechaba su llegada a las autoridades de la Asociación del Fútbol Argentino para conseguir alguna ventaja. La historia se repetía. Ya en una publicación de la revista deportiva *El Gráfico* de noviembre de 1979 se había asegurado que aportaba al club 5000 dólares mensuales. Como era su costumbre, René se descargó con una carta. Tenía el hábito de escribir con lápiz y en papel blanco dejando doble espacio para permitir, luego de una relectura en voz alta, algunas modificaciones al texto que finalmente pasaría en limpio una secretaria. En la misiva dirigida al propietario y director del medio, Constancio Vigil, desmintió la información y expresó su rechazo a todo tipo de colaboración económica societaria a los clubes de fútbol que, según su mirada, "deben vivir solamente de lo que producen y pagar a sus jugadores lo que la capacidad económica de los mismos les permita".

Al mismo tiempo, en sus frecuentes apariciones mediáticas, Favaloro cosechaba todo tipo de reacciones menos la indiferencia. El viernes 29 de agosto de 1984, Canal 13 emitió el programa *Grandes Temas Médicos*, dedicado a la sexualidad y coproducido por la Fundación. El cirujano hizo una suerte de columna en la que sostuvo, sin dejar ningún resquicio de duda: "Yo quisiera destacar el problema de las desviaciones sexuales, que constituye un verdadero problema, una verdadera tragedia en nuestro tiempo, una tragedia que no está solamente en los grandes países desarrollados, evidentemente al que le toca viajar la puede ver fundamentalmente en Estados Unidos, en Inglaterra, en Francia, en los grandes países, digamos desarrollados, donde ya se ha constituido en una verdadera plaga a mi entender. Esto no quiere decir que no deba ser también analizada en profundidad aquí, buscar las razones y corregirla, pero yo no puedo entender todos estos movimientos sociales donde se hace, quizás, hasta una apología de la homosexualidad. Este incremento, debo confesarlo, para mí es aterrador porque significa una desviación de algo que la naturaleza nos dice que no ocurre".

Aquel comentario causó un fuerte rechazo por parte del titular de la Comunidad Homosexual Argentina (CHA), Carlos Luis Jáuregui.

Por otra parte, el traspié en su experiencia con la Conadep no consiguió dañar el vínculo entre Favaloro y el gobierno radical, desde donde se mantuvo un flujo constante de ayuda financiera para la Fundación. A partir de 1985 el cardiocirujano accedió a integrarse al

Consejo para la Consolidación de la Democracia que, creado por Alfonsín para estudiar la posibilidad de una amplia reforma constitucional y coordinado por el filósofo y jurista Carlos Santiago Nino, reunió a políticos y personalidades. Además de Favaloro, participaron Oscar Edmundo Albrieu, José Antonio Allende, Ismael Amit, Leopoldo Bravo, Genaro Rubén Carrió, Raúl Tadeo Dellepiane, Guillermo Emilio Estévez Boero, Carlos Enrique Nosiglia, Ricardo Norberto Flouret, Julio Hipólito Guillermo Olivera, Emma Pérez Ferreira, Oscar Ricardo Puiggrós, Ángel Federico Robledo, Fernando Storni, Jorge Alberto Taiana, Alfredo Roque Vitolo, María Elena Walsh y Emilio Weinschelbaum. El Consejo emitió dos dictámenes con propuestas, además de un proyecto de adecuación de la ley de Radiodifusión N° 22 285, y un *paper* que consignaba las conclusiones de un profundo debate acerca de las virtudes y defectos de los sistemas presidencialista y parlamentarista. Todo aquel esfuerzo quedó en un cajón, durmiendo el sueño de los justos, y el cuerpo fue disuelto poco antes del cambio de gobierno.

En aquella oportunidad, Favaloro hizo hincapié en incorporar a una eventual modificación de la Constitución un punto que, a su criterio, podía mejorar la democracia y propuso agregar un artículo que impidiera la reelección presidencial a partir de la reforma.

Mientras tanto, en el ámbito de la medicina, que seguía siendo la actividad principal de Favaloro, la creciente capacitación de profesionales había posibilitado una disminución sensible de la tasa de mortalidad durante la realización de los *bypass*, lo que otorgaba una alta confiabilidad a los equipos conducidos por él. Pero, sin lugar a dudas, uno de los grandes aciertos de aquel momento fue la decisión de insistir en trabajar para mejorar los trasplantes cardíacos. René había enviado a varios de sus colaboradores a capacitarse a Estados Unidos con el objeto de lograr la sistematización de las intervenciones y poder así relanzar un programa de trasplantes que se extendiera a todo el país. En simultáneo, se ensayaba con perros traídos del Instituto Pasteur y otros animales. Así, el programa se reinició el 19 de noviembre de 1984 con la intervención a Marcela Severini: su caso fue muy conocido porque al poco tiempo de la operación dio a luz a un bebé y se convirtió en la segunda cardioinjertada del mundo en alcanzar la maternidad. Tuvo una sobrevida de unos cinco años, hasta que falleció de un ataque cerebrovascular.

Varios de los colaboradores de Favaloro recuerdan que, cuando operaba, dejaba de lado su hosquedad y su carácter mutaba en alegre y parlanchín. El cardiólogo Sergio Víctor Perrone asegura que René "era un hombre feliz en el quirófano –y agrega–: Yo ahí lo escuché cantar, hablar de Gimnasia y contar anécdotas y chistes como en casi ningún otro lugar". Pero también se enojaba cuando las cosas no salían bien, y le hervía la sangre italiana: "¡Estoy rodeado de boludos!", gritaba entre admoniciones y diatribas cuando detectaba errores o algo salía mal durante la cirugía; después bajaba los decibeles y pedía disculpas. "Qué le voy a hacer, soy siciliano", se justificaba. No eran pocos los que entraban en pánico cuando lo tenían cerca y algo se complicaba. Amante de las voces orilleras, Favaloro llamaba despectivamente como "pichila" (inexperto) a los médicos residentes a los que les señalaba algún error.

Un detalle interesante de ese ámbito de trabajo, y que en ocasiones se extendía al espacio más amplio de la esfera social, era que, cuando no estaba presente, casi todos se referían a él por su nombre de pila; muchos, incluso, alardeaban de haber estado "con René". Pero luego, en su presencia, se convertía en "el doctor Favaloro". Él no tuteaba a casi nadie y casi nadie lo tuteaba. La excepción eran algunos médicos amigos platenses o los familiares que se encargó de incorporar a sus planteles de trabajo y que formaban parte de un grupo de "leales" y "protegidos"; un núcleo al que, en aquellos años, se sumaron el mayor de sus sobrinos, Roberto Favaloro, y más adelante su hermana Liliana.

Sus actividades sociales se multiplicaban. Pasaba de dar una charla en una escuela o una universidad a grabar un programa de televisión o disertar sobre distintos tópicos, desde temas médicos a diferentes aspectos de su dilatada trayectoria. Al igual que cuando daba las charlas para la comunidad en Jacinto Arauz, Favaloro estaba convencido de la importancia de la divulgación de los conceptos médicos. Así fue que, a mediados de los años 80, incursionó en la televisión con un microprograma que inicialmente se hizo en la

productora Proartel. Fue el primer paso hacia la creación, años después, de Favaloro Televisión, una señal propia para difundir la actividad y los servicios de la institución, además de realzar la figura de su creador.

Pese a la rutina afiebrada que lo absorbía, no dejaba de visitar a su madre cada miércoles en su hogar de la infancia. Recorría el barrio, iba a comprar verduras a la feria o masas en la confitería La Española y, de vez en cuando, compartía un juego de billar con los parroquianos del club Aconcagua, a la vuelta de la casa paterna. El club había sido fundado en 1944 por varios vecinos, entre ellos su tío Leopoldo. René también solía ir al campo de Arditi, donde cultivaba la huerta y había armado un tambo modelo. Era común que allí organizara reuniones con familiares y algunos muy pocos amigos. Era una especie de refugio aislado de todo que mostraba con orgullo a sus invitados.

Como no podía ser de otro modo, Favaloro fue convocado para participar de la celebración del centenario de su adorado Colegio Nacional Rafael Hernández. Del acto principal, realizado el lunes 8 de abril de 1985, participaron, además, el ministro de Educación nacional, Carlos Román Santiago Alconada Aramburú, el gobernador bonaerense Alejandro Armendáriz y su vice, Elva Pilar Barreiro de Roulet; el rector de la Universidad platense, Raúl Adolfo Pessacq, el filósofo Eugenio Pucciarelli –que dictó una conferencia– y los pedagogos Ataúlfo Pérez Aznar, Mario Sabato y José María Lunazzi. Si bien él no pronunció un discurso, al ser abordado por un periodista de Radio Universidad Nacional de La Plata que le requirió un mensaje para los jóvenes, dijo unas palabras que cada tanto vuelven a citarse. Ante todo, resaltó "el alma del colegio que nosotros supimos mamar", y desempolvó el legado recibido de sus maestros en esa institución:

"No se consigue nada sin esfuerzo, así que nosotros realmente teníamos que estudiar tremendamente en clase y en nuestras casas, fuera de hora. En esta era en que el facilismo invade muchas áreas, que los jóvenes aprendan que no se llega a nada sin esfuerzo. No existen los genios; sí habrá alguno que tenga un poquito más de neuronas que el otro, pero si no pone trabajo, esfuerzo, dedicación y sacrificio no va a llegar a ningún lado, así que ese sería el primer tema. El segundo es que uno se debe a la comunidad. Esto nos enseñaron todos aquellos hombres, que tenían diversas extracciones. Yo quiero recalcar que había de todos los sectores: conservadores, radicales, socialistas y anarquistas entre los profesores nuestros, y sin embargo todos nos dieron el mismo mensaje: uno no solamente debe vivir para sí mismo sino para la comunidad y hacer algo por el mundo en que uno vive. Habría muchas otras cosas que hablar: la abnegación, la decencia, la ética, la moral que nos enseñaron todos esos profesores. Así que eso sería en concreto el mensaje fundamental para los jóvenes de hoy. Que, a mi entender, en algunas cosas viven un poco confundidos".

En medio del lanzamiento del denominado Plan Austral, con el que el gobierno radical intentaba contener la inflación y la escalada del conflicto social, Alfonsín volvió a congraciarse con Favaloro y, el 4 de marzo de 1985, firmó junto a su flamante ministro de Economía, Juan Vital Sourrouille, el decreto 440 por el que declaró de "interés nacional" al Instituto de Cardiología, en reconocimiento a "su carácter de bien público y común, sin propósito de lucro". A su vez, la cartera económica asumió el rol de garante de un crédito por 2,4 millones de dólares que se gestionó ante el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) para las obras pendientes de la Fundación. Al año siguiente Favaloro consiguió una línea de redescuentos del Banco Central que fue aprobada en el Congreso Nacional. A su vez, el 13 de agosto de 1986, obtuvo del Banade un nuevo préstamo desembolsado en distintos tramos destinado a "la construcción del edificio del futuro Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular, su amueblamiento, quirófanos, material de cirugía, camas, artefactos lumínicos, etcétera".[47]

Ese mismo año, el decano de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de La Plata, Oscar Alberto Giacomantone, ofreció a Favaloro liderar la creación de una escuela de posgrado. Era una gran oportunidad para reinsertarse en la casa de altos estudios donde se había graduado; sin embargo, el cirujano privilegió otros planes. "Nosotros no teníamos recursos suficientes, pero pensábamos que podía interesarle volver a la Universidad", contó Giacomantone en una entrevista para este trabajo.

Ya por entonces el modelo de negocio resultaba deficitario para hacer frente a los compromisos. A ello contribuían los constantes incumplimientos en la liquidación de los aranceles pactados con las obras sociales –en especial las del Estado– y las compañías de seguros, a lo que se sumaba la obligación de atender enfermos sin cobertura, otorgar becas de perfeccionamiento y cumplir con la examinación de los alumnos de escuelas municipales. Tampoco alcanzaba con lo recaudado con los pacientes privados o particulares, de donde el cirujano sacaba para cubrir agujeros varios. Para afrontar el pago de sueldos y los gastos que demandaba la Fundación, rehabilitó su matrícula en Estados Unidos y comenzó a viajar frecuentemente para operar en el país del Norte y de ese modo generar las divisas necesarias.

Aunque no cejaba en el "mangazo" –como él lo llamaba– a diestra y siniestra, la experiencia le había demostrado que no podía esperar mucho del sector privado, por lo que cada vez más concentró todos los cañones en un peregrinar incesante por los despachos oficiales en busca de recursos.

Por otro lado, su promocionada reputación profesional parecía no tener techo. A las constantes convocatorias de los más importantes centros médicos y académicos del mundo se sumaba la consolidación del siempre difícil reconocimiento y respeto en su propio país. Así quedó de manifiesto cuando, el 26 de junio de 1986, fue incorporado en el sitial 14 al selecto clan de la Academia Nacional de Medicina. Desde hacía una década ya integraba la Academia Nacional de Ciencias como miembro de número y había sido distinguido con carácter honorario en una decena de casas de estudio del país y el extranjero.

En ese nivel de excelencia siempre surgen roces por egos o celos profesionales, pero también por negocios; rencillas de las que Favaloro no estuvo exento. Lo vivió en Estados Unidos, en el Sanatorio Güemes y luego también dentro de la propia Fundación Favaloro. Su enfrentamiento más comentado en el mundo de la medicina fue con el cardiólogo Pedro Cossio, con quien mantuvo una prolongada polémica pública inaugurada una década antes, tras la muerte de Perón. Cossio se oponía a ciertos avances cardiovasculares por considerarlos invasivos y hasta cruentos, como el *bypass* aortocoronario y los trasplantes de corazón. La disputa entre ambos, que adquirió ribetes de vedetismo y que en realidad descansaba sobre un inocultable trasfondo político, llenó páginas en los diarios y revistas de gran circulación. Pese a todo, el cardiocirujano impulsor del *bypass* fue uno de los que llevaron el féretro de Cossio cuando este falleció, a fines de 1986. Es probable que, como secuela de aquella disputa, también haya sido distante su relación con otro grande de la cardiocirugía argentina: Domingo Santo Liotta, igualmente ligado al peronismo, quien desarrolló su carrera académica con base en el Conicet.

El gobierno radical volvió a tocar a su puerta cuando el neurocirujano, psicoanalista y escritor Marcos Aguinis pergeñó desde la Secretaría de Cultura el Programa Nacional para la Democratización de la Cultura, que, entre otras cosas, buscaba revertir la absorción por parte de amplios sectores de la sociedad de los argumentos esgrimidos por los regímenes autoritarios en los discursos masivos, contribuyendo a una "cultura de la resignación resumida en el 'no te metás', seguida más tarde por las minorías que reclaman al orden de la violencia", según se indicó en la propaganda del programa. Una vez más, Favaloro dijo presente y colaboró en la iniciativa.

En ese entonces, René tenía 63 años y por primera vez en su vida se convirtió en paciente dentro de un quirófano. Poco antes del mediodía del lunes 18 de mayo de 1987 se sometió al bisturí de su adorado profesor José María Mainetti, que lo operó en las flamantes instalaciones del Centro Oncológico de Excelencia (COE), ubicado en Gonnet, una localidad en las afueras de La Plata. Fue una intervención sencilla en la que le removió un cálculo de la vesícula. "Solo me entrego a las hábiles manos del maestro", bromeó Favaloro después de cerciorarse de que todo había salido bien. En la sala de posoperatorio, los médicos y varios familiares de Mainetti festejaron el risueño comentario y se encargaron de hacer trascender a la prensa lo ocurrido. Mainetti había desplegado en esos años una intensa campaña en busca de recursos en la que había contribuido Favaloro, a quien su maestro nombró consultor de la institución. El COE se había inaugurado a fines de 1986

gracias, entre otros recursos, a una serie de subsidios otorgados por la provincia de Buenos Aires, a los que se sumaron la donación del predio y de moderna infraestructura médica. Rápidamente se había convertido en una referencia para todo el país en el tratamiento del cáncer.

En medio del proceso electoral de 1987, en el que se renovaban gobernaciones de provincias y cargos parlamentarios en todo el país, Favaloro volvió a llamar a votar por la UCR. Lo hizo en el ascético ámbito de una reunión científica. Si bien a nivel nacional era una elección de medio término, en aquellos comicios se jugaba la suerte de la gobernación bonaerense. En ese tiempo había buscado un acercamiento con el gobernador Armendáriz, que, como él, era cirujano. Hablaron en reiteradas ocasiones sobre la situación sanitaria en la principal provincia argentina y René pudo explicarle las penurias que atravesaba en el intento por terminar de dar forma a su Fundación. Le pidió ayuda y la consiguió. El 3 de noviembre de ese año el Boletín Oficial bonaerense dio cuenta de la entrada en vigor del decreto 8738/87 por el cual el gobierno radical otorgó a la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica la concesión, administración y explotación de la agencia de apuestas mutuas N° 21 con sede en la Capital Federal. Aquella concesión redundó en un ingreso sustantivo, pero también supuso la asociación con un mundo con muy mala fama, ligado a vidriosas prácticas de corte mafioso. Para René, el fin justificaba ampliamente los medios.

En aquellos comicios el radicalismo sufrió un fuerte golpe en las urnas que significó, entre otras derrotas, la pérdida de la gobernación del principal distrito argentino. Armendáriz fue reubicado al frente del Pami, que para entonces ya se había convertido en la mayor obra social de Latinoamérica y probablemente en la menos transparente del mundo. Un botín de la política donde hacer negocios, financiar campañas y acomodar familiares, amigos y militantes. El gobierno bonaerense quedó en manos de Antonio Cafiero, un economista impulsor de la Renovación en el peronismo, cuya familia se atendía en el Güemes con los equipos de René.

Con el envión de las nuevas ayudas económicas, sobre todo del ingreso sustancioso de fondos frescos provenientes del préstamo del BID, las obras de la Fundación parecieron cobrar ritmo. Favaloro, que cada tanto organizaba un asado en el quinto piso de la obra en construcción o invitaba a gente importante a recorrerla para después pedirle ayuda económica, consiguió que Alfonsín visitara el edificio y respaldara con entusiasmo la iniciativa, a la que consideró un ejemplo para toda la sociedad, además de resaltar que su construcción había avanzado gracias al regreso de la democracia. Una fotografía tomada aquella mañana del lunes 7 de marzo de 1988 los congeló en un efusivo apretón de manos. Con el aval de la Fundación, el gobierno quiso usufructuar la movida, que fue promocionada como si se tratara de una virtual inauguración.

No obstante, ese año Favaloro rechazó un nuevo ofrecimiento de Alfonsín para ocupar el Ministerio de Salud. Cómo él, ya casi todos vislumbraban el fin de la gestión.

–Pero, estimado don Raúl, no me meta en este brete. Mi vida es la medicina y usted lo sabe bien. Si quiere que yo ayude a la salud, ayude a mi Fundación –dicen que, rápido de reflejos, retrucó el cirujano en el despacho principal de la Casa Rosada.

El 5 de julio de 1989, tres días antes de que Alfonsín entregara el mando anticipadamente a Carlos Saúl Menem, ganador de la elección presidencial para sucederlo, el Poder Ejecutivo designó por decreto a la Fundación Favaloro como titular de una agencia receptora de apuestas en las carreras de caballos, ampliando al resto del país el acuerdo que la entidad tenía desde hacía dos años con la provincia de Buenos Aires. El agradecimiento duró poco. Si bien Favaloro había repetido hasta el cansancio que no era radical, un tiempo después del final del período alfonsinista se encargó de recalcarlo cuando, a propósito de una nota de la revista *Noticias* en la que le recordaron su cercanía con el caudillo de Chascomús, el cirujano mandó al semanario una carta en la que sostuvo:

"Mi relación con el ex presidente fue la de un simple ciudadano comprometido hasta el tuétano con su país, con el presidente constitucional de turno, tratando de aportar, modestamente, al restablecimiento de la democracia y la libertad, pues desde muy joven

aprendí que además de lo estrictamente profesional debía y debo participar de la defensa de la dignidad del hombre y sus derechos. Sería largo enumerar todos los inconvenientes que he debido soportar, incluyendo la cárcel desde 1940 en adelante, no obstante no pertenecer a ningún partido político. Durante los años de la presidencia de Alfonsín me sobran los dedos de la mano para contar las veces que tuve entrevistas personales y a solas [con él], donde se analizaron sin tapujos hechos trascendentales en momentos difíciles de su gobierno. Jamás nos hemos tuteado".

La primavera democrática argentina parecía haber dado paso a un invierno casi tan crudo como el de Cleveland.

---

42 F. Boullon: O. cit., p. 144.
43 *Humor Registrado*, núm. 97, enero de 1983.
44 La carta se encuentra en el Museo de Jacinto Arauz.
45 *El País*, 10 de junio de 1983.
46 *Tiempo Argentino*, octubre de 1983.
47 El audio puede escucharse en sedici.unlp.edu.ar

CAPÍTULO 10

El eterno candidato

Sentado en un sillón mullido frente a una biblioteca que cubre buena parte de la pared, René Favaloro juguetea con la solapa de una carpeta que contiene una serie de informes que describen el complejo panorama sanitario de la Argentina. Lleva años estudiando los problemas del sistema de salud y cree tener un diagnóstico certero, además de las propuestas necesarias para mejorarlo. Tras casi media hora de espera, el anfitrión aparece en escena: es Carlos Saúl Menem, presidente de la nación.

–¡Hola, estimadísimo doc! ¿Cómo estás? Un gran placer recibirte. ¿Puedo ofrecerte algo para tomar? Lo que vos quieras –saluda efusivamente el mandatario mientras ingresa en el espacioso living de la Quinta de Olivos desde una de las habitaciones contiguas, de donde provienen risas y suena una música estridente. El jefe de Estado tiene un vaso de trago largo en la mano y lleva puesta ropa deportiva, atuendo que desentona con la formalidad del traje gris a cuadros de estilo príncipe de Gales que viste el médico.

Es el verano de 1991. En el año y medio que lleva de gobierno, Menem ya cambió cuatro veces de ministro de Salud y Acción Social. Está convencido de que, con Favaloro en ese cargo, no solo resuelve el problema puntual de la cartera sino que además enaltece su gestión.

–Bueno, aquí estoy, vos dirás… –ensaya Favaloro, sin más rodeos.

–Mi querido René, como te anticipé por teléfono, pensé que sos el hombre ideal para este momento. No hay otro como vos –edulcora el riojano con su acento característico.

–Bueno, en realidad yo siempre digo que nadie hace nada solo; somos el resultado del trabajo colectivo, así que lo que he venido a traerte es un plan de trabajo que bien lo puede llevar adelante otra persona: alguien de mi confianza. Yo preferiría seguir en lo mío que es la medicina, la Fundación que tengo que desarrollar, y para eso vos podés ayudarme mucho. No es un capricho, es algo muy importante para el país, se trata de contar con un centro especializado como no hay otro en la región.

–Mirá, René, yo tengo plena confianza en tu criterio y sé de tu capacidad. Por lo de la fundación no te preocupés porque vas a poder hacerlo sin problemas, yo te voy a apoyar.

–No, no, no... Pero esto no es así nomás. Hay que revisar un poco la información que estuve recabando y traje acá –agita la carpeta–. Hay que repasar el reordenamiento del ministerio y sobre todo el tema de los recursos.

–¡Pero che…! Dejemos los análisis para después; vos agarrá y lo vamos viendo… Lo que yo te estoy ofreciendo, estimado René, es la oportunidad de ser el mejor ministro de Salud de la historia argentina, con recursos y todo el apoyo que necesités. Podés pensarlo y también podés poner gente tuya, pero vos tenés que estar sí o sí, y tené en cuenta que debemos resolverlo cuanto antes.

Favaloro lo mira en silencio. Menem se acerca a una pequeña mesa con bebidas y le ofrece, nuevamente, algo para tomar. El cirujano hace un ademán de negativa y se pone de pie.

–Bueno, no te hagas problema –suspira–. Dejame que lo analice un poquito y después te llamo.

Al día siguiente Favaloro contó con lujo de detalles aquel encuentro a varios de sus

colaboradores y sondeó sus opiniones. Esa misma tarde le comunicó al Presidente que no aceptaría la propuesta, pero le reiteró que tenía las personas que podían ocuparse y que él mismo iba a estar a disposición para contribuir en lo que se necesitara. Lo llamó a su amigo Luis de la Fuente, riojano como el mandatario, que vacacionaba en Punta del Este con su familia, y le dijo:

–Menem te quiere como ministro.

–Decile al Turco que está más loco que vos.

Durante los diez años en los que permaneció al frente de la presidencia de la nación, Menem trató insistentemente de acercar a Favaloro a las filas de su gobierno. Para ello, usó la seducción de su carisma pero también el dinero. Sabía que su nombre significaba para la gestión una dosis de prestigio de la que carecía cualquier representante de la clase política. Como se le había hecho costumbre, el cirujano platense aceptó ubicarse en la retaguardia, y desde allí desplegó un acompañamiento como no lo había hecho antes con otro gobierno. Como contrapartida, consiguió la ayuda que necesitaba para completar las obras pendientes y terminar de dar forma a la Fundación. Desde la reinstauración de las instituciones de la democracia, la administración menemista fue, sin dudas, la que más respaldo económico dio a sus proyectos.

Uno de los nexos entre Menem y Favaloro era De la Fuente, que solía atenderlo, y los había presentado en su consultorio muchos años antes, en 1974. Según la anécdota que quedó de aquel encuentro, Favaloro le había augurado al por entonces gobernador un destino presidencial. No obstante, durante la campaña electoral, en una de sus varias visitas al programa *Tiempo Nuevo*, de Neustadt y Grondona, René fue consultado sobre por quién iba a votar y dijo sin ambages que nunca votaría a Carlos Menem porque, en su opinión, no era el tipo de dirigente que el país necesitaba. Al principio, el caudillo riojano se enojó tanto que hasta amagó con intervenir la fundación y dársela a un grupo de médicos peronistas, pero con el tiempo el enojo se le pasó y terminaron por congeniar.

Al llegar a la primera magistratura, el 8 de julio de 1989, Menem echó mano a la metáfora muy recordada "cirugía mayor sin anestesia", que a Favaloro le cayó simpática, y que iba a aplicar como latiguillo en diversas ocasiones a lo largo de su gestión para dar cuenta del carácter drástico de sus decisiones. Pero el Ministerio de Salud y Acción Social se convirtió en un verdadero dolor de cabeza: en la ingeniería política del peronismo esa cartera constituía un ámbito estratégico, no precisamente por el aspecto médico-sanitario sino por el manejo de los recursos destinados a la tarea asistencial en el territorio.

El primer ministro de Salud de Menem, Julio César Corzo, era un sindicalista riojano que pertenecía al círculo íntimo del mandatario. Dos meses después de asumir, murió ahogado al quedar atrapado dentro de la cabina de una avioneta que tuvo que practicar un descenso de emergencia sobre el río Paraná. Lo reemplazó provisoriamente el contador Antonio Erman González, que a fines de ese mismo año dejó el cargo para transformarse en ministro de Economía. En un lapso de poco más de dos años, también ocuparon el puesto Eduardo Bauzá, Alberto Antonio Kohan, Avelino José Porto y Julio César Aráoz. La alta rotación da cuenta de la conflictividad que tuvo el área: basta recordar que varios de los nombrados tuvieron que dar un paso al costado en medio de graves denuncias de corrupción.

En el lejano julio de 1989, mes de su cumpleaños 66, Favaloro había organizado una presentación del proyecto en ciernes del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular de la Fundación Favaloro. En los salones del coqueto Hotel Alvear logró reunir a figuras del flamante gobierno y a destacados referentes del empresariado. Buscaba, ante todo, señales explícitas de apoyo. En la primera fila, junto a Menem, estaban la secretaria de Salud, Matilde Elvira Svatetz de Menéndez; el secretario de Ciencia y Técnica, Raúl Matera, y el intendente de la ciudad de Buenos Aires, Carlos Alfredo Grosso, entre otras personalidades. También dijo presente el embajador estadounidense, James Richard Cheek, recordado como un astuto lobista e hincha fanático de San Lorenzo. "Es la materialización de un sueño, resultado de nuestra paciencia, perseverancia, trabajo y esfuerzo. No siempre fuimos entendidos. El objetivo que debe guiarnos es la conformación de un centro de

excelencia, lo cual no se concibe si no se investiga y no se hace docencia. Esta ha sido la idea principal que ha rondado mi alma desde hace mucho tiempo. Es, verdaderamente, un acto de fe", enfatizó René en un discurso con el que procuraba seducir a autoridades y eventuales mecenas privados.

A poco de tomar las riendas el gobierno justicialista, Favaloro recibió el primer convite para sumarse a una iniciativa oficial. El vicepresidente Eduardo Alberto Duhalde promovió la conformación de una comisión de notables en la órbita del Senado cuya misión era realizar un diagnóstico y formular propuestas para luchar contra la corrupción, y lo quería adentro. El médico aceptó gustoso integrarse junto a su viejo y conocido colega Matera, el general retirado Heriberto Justo Auel, los economistas Julio Hipólito Guillermo Olivera y Marcelo Lascano, los abogados Alberto González Arzac, Guillermo Antonio Borda, Pedro José Frías y Ricardo Levene (hijo), y dirigentes políticos como Fernando de la Rúa y Gustavo Béliz.

En marzo de 1990, cuando faltaban pocos días para la presentación en sociedad del cuerpo de notables, bautizado con el rimbombante nombre de Comisión para la Recuperación de la Ética de la Sociedad y el Estado, Favaloro, enfurecido, increpó a un fotógrafo del diario *La Nación* que pretendía retratarlo a la salida del Sanatorio Güemes, donde hacía pocas horas había fallecido el jefe del Ejército, Isidro Bonifacio Cáceres, víctima de un aneurisma de aorta.

–¡Si llegás a publicar una foto mía, te corto los huevos! ¡Esto es un desastre nacional y ustedes son unos cuervos! –gritó desaforado mientras se abalanzaba sobre el trabajador de prensa.

Desde diversos ámbitos repudiaron la agresión. "Puede comprenderse la perturbación en el ánimo del doctor Favaloro, pero nada justifica la censurable actitud, reñida con lo que debe ser el debido respeto hacia quienes cumplen otras misiones esenciales para la sociedad", indicó un comunicado emitido por la Asociación de Entidades Periodísticas de Argentina (Adepa). Sin embargo, la repercusión mediática de aquel exabrupto se apagó rápidamente sin hacer mella en su figura inoxidable. El incidente exhibió su disconformidad y malestar persistente con el periodismo, salvo con aquellos medios dedicados a ensalzar su imagen sin riesgo de presiones ni incomodidades.

Habían pasado nueve meses desde la conformación de la comisión anticorrupción, que naufragaba en un mar de indefiniciones. El inicial interés de Duhalde parecía haberse desinflado a partir de la idea de Menem de promover una iniciativa similar desde la presidencia. No obstante, sus miembros llegaron a hacer público un informe en el que propusieron, entre otros puntos, cárcel efectiva para funcionarios enriquecidos indebidamente, juicios de residencia al fin de cada mandato y la creación de un registro para aportantes financieros de la actividad política. Por su parte, Favaloro había insistido en el establecimiento de un "control moral" para la televisión mediante un sistema de multas, y en el encuadramiento del combate contra las drogas como un tema de seguridad nacional. Después de aquella presentación, las sugerencias fueron prolijamente guardadas en un cajón y el cuerpo se desactivó para siempre.

En medio de la ola privatizadora y desreguladora validada por la Ley de Reforma del Estado, Favaloro postulaba la idea de que era viable un esquema de asistencia sanitaria altamente especializada manejado por particulares, pero con apoyo estatal para brindar atención de calidad al conjunto de la población. Creía que la propia fragmentación del sector iba a hacer converger a los prestadores tanto públicos como privados con los usuarios y, a la vez, con posibles financistas de la Fundación. Pero más allá de eso, estaba convencido de la importancia de desarrollar un sistema integral para la salud. En ese sentido, promovía la desregulación de las obras sociales como forma de combatir la corrupción enquistada en la actividad.

Cuando el impetuoso economista cordobés Domingo Felipe Cavallo convenció a Menem de que tenía la solución para lograr estabilizar la economía con un plan mágico que igualaba el valor del peso con el del dólar y reemplazó a Erman González al frente de la cartera de Hacienda, Favaloro encontró un interlocutor más predispuesto a atender sus

pedidos de ayuda financiera, y las cosas parecieron empezar a encaminarse.

En junio de 1991, el médico consiguió revitalizar el acuerdo con la cartera sanitaria nacional para brindar atención a cien pacientes sin recursos ni cobertura cada año. Al anunciar la medida, el ministro de Salud de ese momento, Avelino Porto, aseguró que el Presidente lo había instruido expresamente para "brindar a Favaloro el máximo respaldo por el esfuerzo que desarrolla por el bien del país". Además, el funcionario se comprometió públicamente a cancelar una deuda con la Fundación, que por entonces alcanzaba a 1,7 millones de dólares.

Tres meses después, el 3 de septiembre, el Boletín Oficial anunció la aprobación de un convenio de garantía entre el Banco Nación y el BID, correspondiente al préstamo otorgado oportunamente a la Fundación Favaloro. Nuevamente, las arcas del Estado, merced a una gestión monitoreada personalmente por Cavallo, servían para acercar fondos frescos y, de ese modo, dar el empujón definitivo a las obras del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular.

Fue uno de los mejores momentos en la relación entre Menem y Favaloro. En noviembre, el mandatario invitó al cirujano a acompañarlo en su gira por Estados Unidos para reunirse con George Herbert Walker Bush, presidente de la potencia del Norte. Conversaron mucho sobre la Fundación y jugaron al tenis. Favaloro asistió junto a la delegación oficial a la histórica visita de Menem al Congreso estadounidense.

En esta etapa, el Pami se erigiría en una de las fuentes principales de apoyo económico a los proyectos de Favaloro. La mutual para los adultos mayores contaba con un presupuesto superior a los 2000 millones de dólares que no estaba sujeto a ningún tipo de supervisión, y desde principios de 1992 estaba a cargo de Matilde Menéndez, a quien Menem instruyó especialmente para brindar ayuda al cardiocirujano. Así, a cambio de asesoramiento y participación en diversas actividades institucionales, consiguió alimentar las arcas de la fundación con un mecanismo de anticipo de fondos. El primer giro fue de dos millones de dólares, (equivalentes por entonces a pesos).

"Esta es una obra hecha por la comunidad, sin dueño y sin fines de lucro dirigida por un grupo de médicos abierto a la comunidad", repetía entonces Favaloro a cuanto micrófono se le pusiera enfrente. "Lo fundamental de ese centro asistencial es apuntar a la atención de los mal llamados indigentes, es decir, gente de menores recursos", aseguró durante una entrevista con Cacho Fontana en el canal Crónica TV, en la que también reveló que su proyección profesional ya incluía la idea del retiro: "Si Dios quiere y el destino lo decide, en pocos meses se concretará y en dos o tres años cerraré el círculo de mi actividad", dijo.

Los recursos provenientes del Pami dieron el impulso definitivo para que el ICyCC se inaugurara por fin el 2 de junio de 1992, bajo el lema "Tecnología de avanzada para el humanismo médico". Según estimaciones de la propia entidad, el edificio de 4500 m^2 había tenido un costo aproximado de 55 millones de dólares. Contaba con nueve pisos, cinco quirófanos, una unidad coronaria, un área de recuperación y 250 camas de internación, y ofrecía servicios de excelencia a instituciones y particulares con o sin cobertura de salud, a partir de los acuerdos alcanzados con el Estado. Según se informó oportunamente, el 20 de ese mes se estrenó el primer quirófano con una cirugía practicada a un paciente de condición humilde.

Las nuevas instalaciones comenzaron a concentrar la actividad asistencial que hasta entonces se desarrollaba en el Sanatorio Güemes. La organización contable del establecimiento quedó en manos del médico Miguel Alberto Borruel, que articulaba la tarea con un consejo de administración presidido por el propio Favaloro. En tanto, el aspecto de las operaciones de pacientes "privados" seguía en manos del equipo conducido por Estathio.

A partir de entonces, se armó una estructura en la que se practicaba un promedio de 2500 intervenciones al año, y que llegó a tener alrededor de mil empleados entre agentes médicos, asistentes y administrativos. Los permanentes subsidios, donaciones y exenciones impositivas permitieron mantener y actualizar el instrumental médico con tecnología de punta importada desde Alemania. Los equipos se adquirieron mediante un crédito de 18,82

millones de dólares otorgado por la compañía Siemens AG, firma con aceitados contactos con el gobierno que, años más tarde, iba a reconocer haber pagado coimas para acceder a un contrato para imprimir nuevos DNI y padrones electorales, además de informatizar los pasos fronterizos. Al igual que en el préstamo del Banade, que había posibilitado la construcción del edificio del ICyCC, la fundación contó con la garantía de la Secretaría de Hacienda, un aval cuyo otorgamiento no era frecuente.

Así, en poco tiempo, el lugar se convirtió en el centro especializado más importante de América Latina, al que asistían para capacitarse residentes del país y el exterior.

El 18 de agosto de 1992, Nathaniel C. Nash, un viejo cronista del *New York Times* que había sido corresponsal en Argentina, publicó en el segmento Buenos Aires Journal del tradicional diario estadounidense un artículo titulado "The Famous Dr. Favaloro Builds His Dream Clinic", que podría traducirse como "El famoso doctor Favaloro edifica la clínica de sus sueños". En ella recordó el paso del cardiólogo por Cleveland y su regreso al país, y lo describió como "modesto y serio, con un aspecto de perro pastor, que cumplió el sueño de su vida: la finalización de una clínica cardíaca". El tono del texto era laudatorio:

> Favaloro le da a Argentina un genuino héroe mundial: un ex médico rural en una ciudad remota en las pampas que fue a los Estados Unidos y cambió una parte de la medicina moderna. La enfermedad coronaria es la principal causa de muerte en los Estados Unidos y el bypass ha prolongado la vida de millones de personas. Ahora tiene 69 años, después de haber realizado casi 13 000 operaciones de derivación, y todavía realiza dos o tres al día. Dos primos, una sobrina y un sobrino están trabajando con él en la clínica, y dice que necesita dos años más de intenso trabajo para que su Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular funcione al máximo.[48]

Nash no dejó de repasar la discusión generada en el mundo científico sobre la paternidad del puente coronario que, a su criterio, había quedado zanjada con la publicación de Favaloro en 1968 del procedimiento quirúrgico. No obstante, dio cuenta de un aspecto con el que se tuvo que acostumbrar a lidiar: los celos y cuestionamientos de sus propios colegas. En tal sentido, indicó: "Algunos médicos locales se burlan del doctor Favaloro diciendo que pudo reunir tanto dinero para su clínica porque es un buen propagandista con estrechos vínculos con el gobierno del ex presidente Raúl Alfonsín".

Cuando armó su oficina, René se encargó de colocar en un lugar visible, entre fotos familiares y *souvenires* de viajes y pacientes, una plancha de bronce con una frase que le dedicó el mítico cirujano estadounidense Dwight Harken, que dice: "El patriotismo y amor a su tierra hicieron que Norteamérica perdiera a uno de los mejores cirujanos del mundo". Junto a todo eso, colgó su título de médico de la Universidad Nacional de La Plata fechado el 22 de agosto de 1949.

La puesta en marcha del Instituto de Cardiología completaba el esquema previsto por Favaloro para la fundación de combinar asistencia médica, docencia y tareas de investigación. La inicial División de Investigación Básica se iba a transformar en el Instituto de Investigación en Ciencias Básicas, mientras que el Departamento de Docencia e Investigación pasó a ser el Instituto Universitario de Ciencias Biomédicas, que –empezó a funcionar en 1993 con el dictado de posgrados en Medicina y otras carreras. Toda esa actividad desplegada en el edificio de la calle Solís que llevaba el nombre de Ángel Peco –verdadero mecenas de Favaloro y sus proyectos– se sostuvo con el cobro de matrículas y aranceles, donaciones y los recursos provenientes de la explotación de la agencia de apuestas hípicas otorgada durante el período radical.

René quiso extender a todo el personal del flamante centro asistencial y a los estudiantes de la universidad una serie de principios rectores para la práctica de la medicina que contemplan valores como honestidad, ética, pasión, verdad, esfuerzo, sacrificio, independencia de criterio y respeto a la dignidad humana del paciente y sus familiares.

"Cualquier médico de la institución deberá comprender con humildad que es necesario trabajar en equipo, y sacrificará lo individual en beneficio de lo colectivo. La evolución científica así lo demuestra: el yo ha sido reemplazado por el nosotros hace ya bastante tiempo", reza el decálogo que, según las autoridades de la Fundación, sigue vigente.[49]

En marzo de ese año causaron enorme impacto sus declaraciones en el diario *La Nación:* "Todo cirujano que implanta una válvula o coloca un marcapasos recibe un retorno", se despachó. Lo criticaron desde todos los sectores por haber hablado de supuestos retornos o, como él lo llamaba, el sistema del "ana-ana".

También por esos días, pregonó desde la revista *Gente* por mayores controles para los alimentos y penas para aquellos que no cumplan con las reglas de salubridad. "Los argentinos no sabemos qué estamos comiendo", tituló la publicación. La autora de la nota, Renée Sallas –quizá la periodista que más lo conoció–, quiso saber qué pensaba de los argentinos.

> En primer lugar le dicen no al esfuerzo y no a la solidaridad. Ahora me matan pero es verdad: no son solidarios. También hemos perdido algunos sentimientos trascendentes como la honestidad, que no es solamente no robar. Hablo de la honestidad moral, científica, empresarial. También nos hemos acostumbrado al facilismo, especialmente en los jóvenes: no quieren compromisos individuales, familiares ni sociales. Quieren gozar del presente. Hay millones de argentinos con el dólar barato dando vueltas por el mundo: habría que calcular todo el dinero que dejamos en el extranjero. Nos falta patriotismo.[50]

No cualquiera tenía la espalda necesaria como para decir ese tipo de cosas. Además, en aquella nota, Favaloro elogió la orientación del gobierno y abogó por la necesidad de "cambios estructurales", aunque se quejó por la falta de mayores medidas en favor de los necesitados, especialmente en materia sanitaria: "Mientras cada cual defienda sus intereses sectoriales y no tenga una visión un poquito más allá, la cosa no va a funcionar", dijo.[51]

El 26 de abril de 1993, Alberto José Mazza, cuatro días después de haber asumido como nuevo ministro de Salud y Acción Social, nombró mediante la resolución interna N° 2 a René Favaloro como asesor ministerial ad honorem. Mazza fue el séptimo en ocupar ese cargo durante el gobierno de Menem y el primero que era médico. Venía de presidir la compañía de salud prepaga Galeno y era fundador de la Asociación de Entidades de Medicina Privada.

A esa altura, Favaloro había conseguido que el directorio del Pami suscribiera una segunda remisión de fondos que en total sumaba 3,5 millones de pesos (o dólares) en concepto de adelantos de módulos por prestaciones aún no realizadas. Esas prebendas alcanzaban también a otros centros de salud, y ya generaban ruido político cuando, el 4 de agosto de 1993, en la revista *Humor Registrado*, el periodista Enrique Vázquez las calificó de "subsidios encubiertos" que daban lugar a "operaciones financieras ajenas a la finalidad" del organismo. La nota, que hacía un severo cuestionamiento a las condiciones que permitían la corrupción en el país, ponía como ejemplo a la obra social de los jubilados, convertida en "una especie de banco financiador de clínicas privadas". Vázquez denunciaba que detrás de esos movimientos de fondos había un "reintegro para la actividad política" que oscilaba entre el 10 y el 25 %. En el listado de centros de salud "favorecidos" figuraban el Sanatorio Güemes y la Fundación Favaloro. [52]

René llamó desencajado al autor del texto y unos días más tarde remitió una carta a la revista en la que, además de resaltar el aspecto social y solidario de su tarea, reconoció: "Esta primera etapa es difícil, dura, no es fácil cumplir con todos nuestros compromisos económicos a fin de mes. Por ello solicitamos a las autoridades del Pami adelantos que debemos pagar con nuestro trabajo". Sin embargo, negó enfáticamente formar parte de un circuito irregular de dinero y haber reintegrado parte de esos fondos a la política.

"Lamento que nos haya incluido en su nota, creo que hubiera sido lo lógico que usted corroborara con nosotros los hechos", azuzó. Al publicar la réplica, los editores de la revista adjuntaron una breve respuesta de Vázquez, quien ratificó el planteo de la nota aunque aclaró que "la honradez y la decencia del doctor Favaloro nunca fueron cuestionadas".[53]

Como nunca antes, Favaloro vivía la cercanía del poder. Su creciente afinidad con Menem hizo que ganara participación y predicamento en diversos espacios de la gestión y fuera de ella, entre los factores de poder que por entonces aglutinaba el gobierno. En aquel año, para su cumpleaños número 70, el presidente quiso demostrarle su estima y le obsequió un lujoso escritorio con incrustaciones de plata, que René instaló en su departamento. A su vez, los médicos de su círculo más cercano lo sorprendieron dejándole varios presentes, a los que respondió con una sentida nota escrita en papel de recetario médico durante el tiempo de descanso entre dos cirugías:

> Queridos amigos: Saben muy bien que no doy valor a las cosas materiales; me basta y me sobra con la dedicación, el esfuerzo, la voluntad y el esmero que diariamente ponen en sus tareas específicas. Nada podría haber concretado sin la ayuda de ustedes y de muchos otros que componen la familia –mi familia– de la Fundación. Repito y repito diariamente que lo individual no cuenta. Lo que hemos logrado en más de veinte años en lo asistencial, la docencia y la investigación no se debe al que esto suscribe: es la resultante de todos aquellos que creyeron en los lineamientos trazados. Parece ser que 70 años es una cifra especial con connotaciones particulares. Yo no lo siento así. Este 12 de julio (o 14) [sic] es un día más y espero que pase absolutamente desapercibido. No creo en festejos, tortas, ni velitas; queda mucho por concretar, el camino está lleno de desafíos y el horizonte está lejos. Estoy seguro de que seguiremos afianzándonos dentro y fuera del país. Este instituto debe constituirse en uno de los centros de referencia científica en nuestra especialidad en el mundo cardiológico.

En otro tramo de la carta, concluyó:

> Les agradezco en el alma lo que han hecho por mí y por la Fundación. Soy yo el que debe agasajarlos con mi profundo reconocimiento. Yo solo espero que sigan trabajando (hay que trabajar, es lo que decía Pasteur a sus discípulos) con absoluta honestidad, sin egoísmos, ayudándose mutuamente en los momentos difíciles, compitiendo sanamente para alcanzar niveles superiores y, por sobre todo, hermanados bajo los principios éticos que hemos sostenido a pesar de los años difíciles que nos ha tocado sobrellevar.

El mensaje iba dirigido a esa suerte de mesa chica integrada por los médicos Ernesto Weinschelbaum, Ricardo Pichel, Miguel Borruel, Víctor Caramutti, Mariano y Roberto Favaloro, Héctor Raffaelli, Alejandro Machain y Eduardo Dulbecco. Este último guardó como un tesoro el original.

Una de las primeras acciones del cardiocirujano como asesor ministerial fue sumarse a un grupo de profesionales de renombre para enfrentar un grave problema desatado por el creciente consumo de agua supuestamente milagrosa proveniente de un manantial ubicado en el estado mexicano de Querétaro, hasta donde llegaban numerosos argentinos guiados por la esperanza de sanación de distintas afecciones. Las autoridades habían prohibido ingresarla al país después de que los estudios de salubridad detectaran bacterias altamente infecciosas en ella, pero la medida provocó una indignación generalizada que obligó al gobierno a dar marcha atrás. Para colmo, el presidente Menem había relativizado los

riesgos de su consumo al sostener que se trataba de "una cuestión de fe". "Cuando voy a México, no tomo agua de la canilla ni como verdura cruda. Allá hay cólera –repitió Favaloro en una suerte de maratón radial en el que aseguró, además–: Esto no cura nada ni va a solucionar ningún problema". Sus dichos, reforzados con los de otros especialistas, consiguieron desactivar el escándalo.

Desde hacía tiempo se señalaba que el Pami había desvirtuado buena parte de su misión principal de atención y servicio a la tercera edad. Era frecuente que los medios se refirieran a él como un "botín de la política" y un espacio proclive a los negociados, los "ñoquis", la arbitrariedad y el nepotismo, donde siempre había lugar para acomodar militantes, amigos y familiares. Desoyendo el comentario que le había hecho Mainetti en su momento, al calificar a la obra social de los jubilados como "la catedral de la corrupción", Favaloro se incorporó formalmente a su Consejo Científico Asesor, integrado por un grupo que reunía a lo más granado de la medicina local. Su misión consistía en estudiar casos complejos y sugerir el tratamiento más adecuado como si se tratara de una junta médica, aunque sus dictámenes no eran vinculantes.

Entre otras cosas, el cuerpo ideó el Programa de Salud Integral, donde acuñó un concepto de salud preventiva, "el Pami se dedicará más a la salud que a la enfermedad", que llegó a convertirse en eslogan institucional. Pocos recuerdan que en esa época Favaloro fue protagonista de un *spot* publicitario en el que promocionaba el Plan Pro-Bienestar, que se proponía dotar a los centros de jubilados de comedores y espacios de recreación con el objetivo de "poner fin a temas que nos preocupan a todos: el desamparo, la soledad y el olvido". "Nuestro país está entrando en la etapa más avanzada de la actividad asistencial: la medicina social", decía René mirando a cámara para luego asegurar que el Plan era "lo más avanzado científica y humanitariamente".

El 14 de octubre de 1993 Menem jugaba al golf en Olivos cuando sintió un cosquilleo en el brazo e inmediatamente se desvaneció. Fue llevado de urgencia al Instituto Cardiovascular de Buenos Aires, donde fue operado por el cirujano Juan Carlos Parodi a raíz de una obstrucción de la arteria carótida. La decisión la tomó su cardiólogo particular, el riojano De la Fuente, que también participó de la intervención. Para muchos fue una sorpresa que Menem no se atendiera con Favaloro. Lo cierto es que, a esa altura, el creador del *bypass* y De la Fuente se habían distanciado a causa de diferencias irreconciliables.

Por esos días, René asistió invitado al exitoso programa *Siglo xx Cambalache*, que conducían Stella Maris "Teté" Coustarot y Alberto Fernando Pochulu, más conocido como Fernando Bravo. Lo acompañó al set su maestro José María Mainetti, quien no ahorró elogios para su persona: "El país tiene la suerte de tener un Favaloro. Hemos pasado a la historia de la medicina y de la cirugía internacional. Yo considero que Favaloro es el médico más grande que ha tenido la historia de este país. Es grande porque es creador; es grande porque es humilde –dijo, mirándolo a los ojos. Y agregó–: Yo he tenido la suerte de que él me ha considerado su maestro". El halagado, pudoroso, se cubría el rostro con sus manos.

Se encontraba en la cima del mundo científico y, a la vez, en el punto más alto de su popularidad. El 2 de noviembre de 1993 fue distinguido con el Premio Konex de Platino en la categoría Cirugía y especialidades quirúrgicas. Durante la acartonada ceremonia realizada en el aula magna de la Academia Nacional de Medicina ocurrió algo sin precedentes: Favaloro tuvo que contentarse con recibir una reproducción de la estatuilla en lugar del original, que se hallaba en la caja fuerte de un tribunal del fuero laboral: había sido embargada en el marco de una demanda iniciada por el médico Marcelo Busignani, que reclamaba una indemnización por haber integrado como residente los equipos del Güemes. Los abogados de la Fundación habían argumentado, sin suerte, que no correspondía el resarcimiento porque se trataba de una instancia formativa de posgrado.

Al recibir el galardón, René hizo frente a los corrillos que habían acaparado la ceremonia. "Habrán escuchado lo del embargo, es una noticia bastarda", señaló, sin rodeos, apenas tomó el micrófono. En aquel discurso recorrió uno a uno todos los males del país y terminó por arrancar una ovación que sirvió para acallar las murmuraciones de

la concurrencia. Varios de los presentes se acercaron hasta el estrado para saludarlo efusivamente y no faltó quien le sugiriera a voz en cuello que debía ser el faro para "liderar un cambio en serio" en el país. El jurado de notables decidió aquel año que su mayor galardón, el Konex de Brillante, fuera compartido entre Favaloro y César Milstein. Había entre ambos una mutua y genuina admiración.

Entre tanto, Menem y Alfonsín pergeñaban los detalles de la reforma constitucional que iba a permitir al primero aspirar a la reelección. Entonces, Favaloro dio otra prueba cabal de su vocación política al hacer pública una carta dirigida al primer mandatario en la que recordó la tarea de la Comisión de Consolidación de la Democracia, de la que había participado durante el gobierno anterior, y en la que se había tratado una propuesta de reelección presidencial. "Debemos apoyar la reforma incluyendo, además de la reelección, los cambios estructurales necesarios", escribió. Según su mirada, "la estabilidad económica, la reestructuración del Estado y las privatizaciones son hechos de real valor, pero es necesario que sin pérdida de tiempo se analice en profundidad la estructura socioeconómica del país y su inserción dentro de la crisis mundial. Este es a mi entender el gran tema de debate nacional", indicó.

En la misiva reclamó un "cambio de mentalidad, particularmente de la así llamada clase dirigente", para acometer una "transformación industrial real y auténtica basada en la calidad". "Hace falta –prosiguió– que los argentinos dejemos de lado las desavenencias, como pretendía San Martín, y todos unidos construyamos un país diferente, sin olvidarnos de la verdadera y honesta justicia social. Mi estimado presidente, disculpe que le haya tomado tanto tiempo. Mi atrevimiento proviene de nuestra amistad. La historia lo ha puesto a conducir nuestra Argentina en un momento difícil, todos debemos ayudarlo". Y, como colofón, exhortó: "Terminemos rápidamente con la reforma constitucional. Hagámosla y después a trabajar, trabajar y trabajar para el bien de todos, y si el pueblo así lo quiere (y todo pronostica que es así), bajo su liderazgo".

El cirujano pisaba sobre suelo firme. Conocía perfectamente los pormenores de las conversaciones a través del jurista Héctor Masnatta, uno de los negociadores del peronismo. Pero también tenía informantes en la UCR, fuerza con la que nunca había perdido contacto. En los años que llevaba en el país había visto de todo. Desconfiaba de la clase política, a la que se sentía ajeno y a la que, al mismo tiempo, tanto necesitaba. En su libro *Recuerdos…*, al quejarse de las postergaciones que sufrían grandes sectores de la población, aseveró: "Todos somos culpables, pero si hubiera que repartir responsabilidades las mayores, caerían sobre las clases dirigentes. ¡Si resurgiera San Martín caparía a lo paisano varias generaciones de mandantes!"[54]

Guiado por un fuerte sentimiento de identificación, Favaloro había escrito para entonces dos libros sobre la figura del Libertador. El primero, *¿Conoce usted a San Martín?*,[55] había sido publicado en 1986 pero tenía sus orígenes en un ensayo preparado a principios de 1978 a pedido de su colega Carlos Benamo, con quien había compartido guardias en el Policlínico platense. René lo leyó justamente el día que Benamo asumió como presidente de la Sociedad de Cirugía del Sur, con sede en Bahía Blanca. Dedicado a la juventud argentina, y apoyado en el estudio de una vasta bibliografía, el libro postula que existen muchos aspectos de la vida del Libertador ignorados o distorsionados, y destaca las cualidades y valores del prócer junto con su voluntad inquebrantable para enfrentar la adversidad. Unos años más tarde, en 1991 vio la luz *La memoria de Guayaquil*[56], en el que abordó su histórico encuentro con Bolívar y el paso al costado por el cual el militar argentino resignó comandar la última etapa de la guerra por la independencia del continente. A lo largo de esta obra sobrevuela permanentemente la propia historia del médico platense y su "renunciamiento" al éxito cosechado en Estados Unidos para retornar a trabajar en su país.

En sus cuestionamientos públicos a la dirigencia, Favaloro evitaba los señalamientos particulares. Sin embargo, en su círculo de confianza no se cuidaba de expresar su distancia y hasta, en ocasiones, cierto desprecio por figuras a las que denostaba con nombre y apellido. Aprendió a manejarse haciendo equilibrio entre las "barbaridades" que veía a su alrededor en una sociedad a la que calificaba como "desquiciada y embrutecida" y los

valores humanistas que decía tener como guía para su pensamiento. Muchas veces, cuando confiaba a alguno de sus colaboradores anécdotas de su paso por las alfombras del poder, terminaba amargado. Estaba convencido de que la debacle moral era algo omnipresente sin distinción de partidos políticos o ideologías, y sentía repulsión por el alto nivel de corrupción que, según él, carcomía los distintos estamentos de la sociedad argentina. Alguna vez escribió: "La corrupción no es solamente la coima, los funcionarios ladrones, el narcotráfico y el lavado de dinero. Corrupción es también mantener las universidades en un estado calamitoso, una televisión donde solo hay alaridos y violencia, la injusticia social, la desocupación, la marginalidad…". No obstante, siempre creyó estar a salvo de esa degradación con la que convivía y que tanto lo apenaba.

Quien fuera su relacionista público, Carlos Penelas, en el libro *Diario interior de René Favaloro*. señaló al respecto: "Él sabía que, en el fondo, las figuras de Juan B. Justo o de Lisandro de la Torre son atípicas en el país. Pero necesitaba llamar a Armando Cavalieri o a Ángel Robledo. Sabía que tenía que pedir ayuda para su proyecto. Sabía que tenía que callarse la boca y pactar".[57]

El domingo 6 de febrero de 1994 *Clarín Revista* publicó un extenso y jugoso reportaje a Favaloro. Si bien había arrancado pidiendo no hablar de política, se reconoció amigo de Menem y reclamó "un plan profundo de reactivación con justicia social"; además, reiteró su preocupación por la superficialidad y falta de ilusiones que veía en la juventud y volvió a la carga contra los contenidos televisivos. En las primeras líneas, la periodista Cristina Castello, autora de la nota, lo describió como un hombre "inteligente, polémico, estudioso, testarudo, gentil, perfeccionista nato" y destacó su obsesión por la educación y su intención de contribuir a un país mejor. Contó que, si bien vivía en un lugar "bacán" donde no conocía a sus vecinos, en su casa actuaba como cualquier persona: "Yo mismo preparo la mesa, lavo los platos y, si hay que pasar el lampazo, lo hago".

–¿Vio algún recital de Fito Páez, por ejemplo? –inquirió la cronista.

–Sí y los temas de Fito Páez o de León Gieco me gustan porque el mensaje es bueno, pero no inventaron nada: son canciones de protesta y vienen del Martín Fierro.

A lo largo de la entrevista Favaloro mantuvo su postura de no hablar de la coyuntura política pero no se privó de hacer una crítica moral. Calificó a la sociedad argentina como una sociedad "enajenada, decadente y llena de contrasentidos" y se lamentó por la "pérdida de los valores esenciales". Casi sobre el final, hizo una síntesis dramática de cómo veía a la Argentina: "En pocos países reina la corrupción como acá", dijo, y expresó su anhelo de alcanzar "una república justa y moral, que encadene la opresión, la anarquía y la culpa".

–¿Por qué habla tanto de la muerte? –disparó Castello buscando un cierre.

–Cuando muera se enterarán de muchas cosas.

–¿Qué se llevará de esta vida?

–Me iré de esta vida con mis silencios.[58]

Aquel iba a ser un año particularmente difícil para René. Se consumía el verano cuando empezó a sentir dolores abdominales y se le volvieron frecuentes las descomposturas. A esos primeros síntomas se sumó el oscurecimiento de la orina y una pigmentación amarillenta en la piel. Casi no había dudas, pero los estudios confirmaron que estaba frente a una hepatitis B que, a los 70 años, estuvo a punto de doblegarlo. Según los manuales de medicina, se trata de una dolencia poco común en adultos mayores que tiene entre sus primeras causas de contagio el contacto con sangre humana infectada. Luego de la confirmación del diagnóstico, se decidió que René permaneciera en su domicilio al cuidado de personal de la propia fundación que realizaba un seguimiento permanente. Días después, la infección avanzó peligrosamente y hubo que trasladarlo al Instituto, donde lo ubicaron en una de las habitaciones del sexto piso con todos los recaudos para que nadie lo molestara.

Durante sus días de internación comenzaron a circular distintas versiones sobre su estado de salud. Se comentaba que estaba grave, que no iba a volver a operar, y hasta llegó a decirse que había contraído sida; pero su recuperación echó por la borda todos los

rumores. “Debe haber mucha gente deseando que me muera. Alguien como yo sirve a muchos pero también molesta a muchos”, le comentó a un colaborador en aquellos días difíciles.

Su buena condición física le permitió volver lentamente a sus tareas habituales. Por entonces todavía se jactaba de subir las escaleras a los saltos varias veces al día hasta su oficina ubicada en el cuarto piso. “Durante dos semanas pensé que me iba a morir. Hubo una semana que todo estaba mal: la coagulación era un desastre, los valores del hígado… estaba deshecho”, confesó. También contó cuáles eran sus pensamientos en esa encrucijada: “Pensaba en cosas pequeñas. No pensaba en ninguna cosa material. Recuerdo claramente que me decía: ‘No voy a poder ver más los atardeceres’. Tuve que bajar el ritmo de trabajo, pero no lo hice por mí sino por mis sobrinos y mis sobrinos nietos. No tuve hijos, pero ellos no lo eran menos”, dijo unos años después en una entrevista al referirse a aquellos días complicados.

Aún estaba convaleciente cuando ofreció la única entrevista de su vida en la intimidad de su departamento. Fue nuevamente Renée Sallas, de *Gente y la actualidad*, la encargada de ir a verlo para retratar su vida. Una de las paredes del living estaba cubierta por un modular de madera atestado de recuerdos de viajes y regalos que expresaban el agradecimiento de sus pacientes y, también, revelaban sus diferencias de condición económica. Contó que a varios de los muebles los había confeccionado él mismo, en días de descanso. La experimentada cronista lo sorprendió con un comentario, alentada por el panorama de desolación que percibió en el dúplex: “Parece el departamento de un solterón”, aventuró, buscando una complicidad que Favaloro eludió limitándose a recordar que trabajaba mucho afuera. Toni, su esposa, ya no aparecía en público. No estaba bien de salud ni de ánimo y, poco a poco, se había ido ocultando de las miradas ajenas hasta quedar completamente al margen de la vida social de su marido. Su estado siempre fue algo que se trató con un sigilo infranqueable.[59]

El semanario de Editorial Atlántida era el preferido de Favaloro. Fue, por lejos, el medio que más se ocupó de su figura. Muchas veces él lo usó como vehículo para enviar mensajes por elevación. Desde sus páginas promocionó sus proyectos, fijó posición sobre diversos temas, hasta respaldó a dirigentes y apoyó medidas gubernamentales. En esa oportunidad impulsó, por ejemplo, la reelección de Duhalde como gobernador bonaerense. Compartía con él ideas sobre el país y la política y, además, lo había convencido de impulsar en la provincia un Seguro Integral de Salud. “Hay que decir que el gobernador ha utilizado correctamente el dinero público. Ahí están las obras, ha hecho cantidad de hospitales y escuelas. Yo voy a La Plata y veo los caminos arreglados. Ha sido un gobernador eficiente en el manejo de los dineros del Estado”, ensalzó.[60]

En julio, con Favaloro completamente restablecido de la hepatitis, el Centro Editor de la Fundación Favaloro lanzó su nuevo libro, *Don Pedro y la educación*, en el que relata pormenorizadamente su trayecto como estudiante y analiza la decadencia de la enseñanza argentina, además de exaltar la figura de su profesor Pedro Henríquez Ureña y la influencia que tuvo en su pensamiento. El texto, inicialmente distribuido solo en el circuito de quioscos de diarios, puede leerse como una suerte de manifiesto político: “Estoy absolutamente seguro de que el cambio de rumbo solo puede lograrse a través de la enseñanza”, postula Favaloro en sus páginas, para luego trazar los objetivos principales de su ideario: consolidación de los principios éticos del hombre, profundización de la democracia, construcción de la identidad nacional y unidad latinoamericana, generalización de la justicia social y transformación económica con elevación de los índices de productividad y mayor equidad distributiva. Horizontes que, a todas luces, estaban lejos de los que guiaban al gobierno de ese momento.[61]

La fundación se había desplegado con el tiempo, en otras dos instituciones satélites: la Asociación Amigos de la Fundación Favaloro, creada el 29 de septiembre de 1993, y la Fundación Universitaria Dr. René Favaloro, constituida como entidad civil sin fines de lucro con personería jurídica propia por Resolución de la Inspección General de Justicia N° 1921 de noviembre de 1995. Todas ellas eran receptoras de diversas fuentes de aportes estatales y

privados, como por ejemplo las contribuciones del empresario de espectáculos Juan Carlos "Tito" Lectoure, a quien René había operado años atrás. Lectoure comenzó por donar parte de la recaudación de la obra *Drácula, el musical*, que con gran éxito había producido junto a José Rafael "Pepe" Cibrián y Ángel Jorge Pititto, conocido artísticamente como Ángel Mahler. Con los años, Lectoure se convirtió en uno de los grandes colaboradores de Favaloro, y más de una vez puso a su entera disposición las instalaciones del Luna Park.

El sueño estaba en marcha, pero pronto iba a quedar claro que el esquema diseñado estaba bien lejos de ser sustentable. En rigor, iba en contra de la corriente que guiaba el sistema de salud: primero operaba a sus pacientes y después facturaba el servicio a las obras sociales, que solían retrasar sus pagos por meses y en ocasiones hasta por años, lo cual generaba un vacío financiero muy difícil de cubrir. Cabe aclarar que los miembros del *staff* médico percibían un sueldo fijo, pero Favaloro nunca lo tuvo. Sus ingresos provenían de los honorarios que cobraba por atender a los llamados "pacientes privados", en general acaudalados hombres de negocios de todo el mundo.

Mientras desde la dirección de la fundación se pregonaba que había que operar con la misma entrega, dedicación y recursos a un político encumbrado o a un empresario que a un indigente sin cobertura, las obras sociales orientaban hacia la entidad la derivación de los casos más graves que les implicaban mayores costos por los que luego nadie respondía. A su vez, en algunos sectores de la institución no había contemplaciones para los desembolsos en algunos ítems en los que se estaba más cerca del derroche que de una política de austeridad. Por ejemplo, no existía un plan de reciclaje de insumos que permitiera achicar gastos de algunos materiales importados o muy costosos. "Yo iba como residente y le pedía a René llevarme algunos insumos que en la Fundación se descartaban, para esterilizarlos y reutilizarlos en el hospital público donde escaseaban o directamente faltaban", contó el cirujano Marcelo Uriarte, actual jefe del servicio de Cardiología del Policlínico San Martín de La Plata.

Tibiamente, algunos de sus colaboradores empezaban a señalarle ciertas inconsistencias en la línea de acción y los perjuicios que podía ocasionar su extensión en el tiempo. Se lo explicó una vez el mismísimo ministro Cavallo, después de realizarse un chequeo médico en la fundación, pero no hubo caso. El funcionario terminó ofreciéndole un subsidio extraordinario que, si bien implicaba un considerable desahogo financiero, estaba lejos de ser la solución al problema. René fue más allá e insistió hasta conseguir que la remesa fuera incluida como una partida específica dentro del presupuesto nacional convalidada por las dos cámaras del Congreso, que otorgaron una subvención anual de 17,5 millones de dólares. Para lograrlo mantuvo una serie de reuniones con legisladores a los que convenció personalmente de la importancia de apoyar su trabajo.

Por entonces, con la reforma de la Constitución en el bolsillo, Menem había empezado a pensar en el próximo período y en la conformación de un nuevo gabinete. También buscaba un compañero de fórmula para presentarse a la reelección y la posibilidad de recurrir a la siempre rendidora figura de Favaloro era una de las variantes en carpeta, según lo que las fuentes del búnker menemista filtraban a la prensa. *Diario Popular* llegó, incluso, a titular: "Proponen que la fórmula del 95 sea Menem-René Favaloro". No obstante, el ex senador Eduardo Menem, entre otros, asegura hoy que las versiones sobre las propuestas hechas a Favaloro siempre fueron exageradas por los medios. Como sea, una vez más él decidió mantenerse al margen, y en este punto les hizo caso a las tres o cuatro personas de su confianza que consultó antes de tomar la decisión.

–No te metas. Vas a terminar revolcado en el barro con estos sátrapas –le aconsejó en la cocina de su departamento uno de los pocos colaboradores que lo frecuentaban en su domicilio.

Ese año trascendieron acusaciones sobre supuestos sobornos entre prestadores del Pami que habían sido denunciados ante la Justicia por el abogado Ricardo Jerónimo Monner Sans. Favaloro decidió salir a dar la cara en los medios: "Jamás Matilde Menéndez ni ninguno de sus colaboradores me insinuaron un posible retorno. Nuestra relación ha sido completamente limpia. Siempre hemos procedido en forma honesta y clara de ambos lados,

por eso me quedo muy tranquilo", señaló en declaraciones radiales. El Consejo Científico Asesor de la entidad –del que Favaloro formaba parte– también elogió las virtudes y la transparencia de la gestión de Menéndez en una solicitada. Sin embargo, tiempo después la Auditoría General de la Nación juzgó "indebidos" aquellos adelantos a la Fundación Favaloro surgidos de las disposiciones internas 1762 y 2140. El organismo, conducido por el jurista de extracción radical Enrique Paixao, analizó las transferencias realizadas a siete centros de salud privados y, en el caso de la Fundación Favaloro, estableció que el primero de los anticipos, por dos millones de dólares, nunca había sido devuelto, tal como estaba pactado en el convenio.

Envuelta en una sucesión de denuncias por cobro de coimas a prestadores y numerosas irregularidades administrativas, Menéndez se vio obligada a renunciar a su cargo en abril de 1994 y jamás regresó a la función pública. Favaloro se llamó a silencio. La situación de la obra social de los jubilados era crítica, asfixiada por deudas millonarias y un déficit operativo que rondaba 150 millones de pesos. Menem decidió su intervención, pero la sucesión de funcionarios en los siguientes años no hizo otra cosa que destapar nuevos y más graves casos de corrupción. "¡Esa gente está tullida moralmente!", se quejaba frecuentemente René en voz alta en su despacho. A raíz de la presentación judicial impulsada por Monner Sans para investigar presuntas irregularidades en el Pami, la Fundación Favaloro fue objeto de un allanamiento el 21 de marzo de 1995 por orden del juez Juan José Galeano, que buscaba pruebas de la corrupción denunciada.

Pero el cirujano platense estaba más allá de todo: su figura brillaba en congresos y seminarios a lo largo del mundo. Aunque íntimamente detestaba el *glamour* del *establishment* porteño colmado de "bacanes", "cajetillas", "evasores", "cómplices" e "hijos de puta", como él mismo decía, era común verlo en reuniones sociales, cócteles y encuentros empresariales o diplomáticos a los que concurría casi con el único objetivo de reunir fondos. También asistía religiosamente a cada celebración del 4 de julio en la embajada estadounidense.

En esas ocasiones se codeaba con ministros, empresarios, jueces, obispos y generales, muchos de los mismos a los que criticaba. René prefería siempre otro tipo de encuentros: le interesaba conocer a pensadores como Eduardo Galeano, Juan Gelman, Osvaldo Bayer o Juan José Sebreli. Ayudó a varios intelectuales a editar sus obras y no faltaron algunos a los que atendió gratis como a los "crotos" sin cobertura social. Dio apoyo monetario, entre otros, al poeta Luis Franco y al economista e historiador Eugenio Gastiazoro, con quienes no lo unía ningún vínculo más que la admiración por sus trabajos.

Cansado de las giras por colegios que reclamaban su presencia, cada tanto reunía a grupos de estudiantes secundarios en la Fundación y predicaba por los valores que consideraba perdidos; abogaba por una sociedad equitativa y una mejor educación, al tiempo que expresaba su devoción por algunos prohombres de la historia nacional como José de San Martín o sus pares latinoamericanos Simón Bolívar y José Gervasio Artigas. "Prefiero que me recuerden como docente antes que como cirujano", repetía cada vez con mayor frecuencia.

Fue un hito su visita a la Universidad de Tel Aviv (UTA) en Israel, en mayo de 1995, donde participó de la colocación de la piedra fundante de la Biblioteca de Medicina y Ciencias de la Vida y ofreció una conferencia sobre "Ciencia, Educación y Desarrollo". En aquella intervención abogó por "enseñar con el ejemplo", y aseguró: "Dejaría de existir si no tuviera por delante desafíos que involucren contribuir dentro y fuera de mi profesión al desarrollo ético del hombre". La admiración por su trayectoria en dicha casa de estudios era enorme: ya en 1980 lo habían nombrado Doctor Honoris Causa y le habían puesto su nombre a la cátedra de cirugía.

Un año más tarde, en 1996, la vicepresidenta de la UTA, Ilana Ben Ami, viajó a Buenos Aires para un evento organizado en la casa de Luis Ovsejevich, presidente de la Fundación Konex, y anunció que la institución iba a proponer al médico argentino para el Premio Nobel en Medicina de ese año. Sin embargo, Favaloro nunca llegó a estar ni siquiera nominado para alcanzar tan preciado galardón, entre otros motivos, por falta de mayores

avales ante la Asamblea Nobel del Instituto Karolinska, responsable de la selección en el rubro médico. Ese mismo año, y con el auspicio de la televisión estatal alemana ZFD, el cardiocirujano realizó tres operaciones de *bypass* que fueron retransmitidas en directo para un público estimado en tres millones de europeos.

Desde la época de la frustrada comisión anticorrupción, Favaloro y Duhalde habían fortalecido su vínculo en base a fuertes coincidencias. Eso llevó al médico a inmiscuirse en la vida institucional y política de la provincia de Buenos Aires. Entre otras cosas, apoyó con fervor y participó activamente en la iniciativa de rejerarquizar a su venerada ciudad de La Plata, impulsada por el gobernador junto al intendente Julio César Alak como estrategia para construir la plataforma de lanzamiento de su aspiración presidencial.

En ese contexto, Favaloro fue designado presidente de la Comisión Asesora del Instituto de Obra Médico Asistencial (Ioma), la mutual de los agentes y jubilados de la administración provincial, con cerca de 1,5 millón de afiliados y un abultado presupuesto que rondaba los 480 millones de pesos. A principios de 1996 ubicó al frente del directorio a su colega y amigo Rubén Pedro Laguens, un profesional reconocido, director del Departamento de Ciencias Básicas de la Patología y jefe de la División Patología del ICyCC, además de docente en la Universidad Favaloro. Autodefinido como "apolítico" y hasta entonces socio del sanatorio Ipensa, uno de los más importantes centros de salud privados de la capital provincial, contaba entre sus antecedentes el de haber sido vicepresidente de la Comisión de Investigaciones Científicas (CIC) de la provincia durante los gobiernos peronistas entre 1974 y 1976 y decano sustituto de Medicina durante la dictadura.

"Vine a trabajar acá por un compromiso con René Favaloro, que en realidad fue quien aceptó el ofrecimiento realizado por el gobernador", explicó Laguens en una entrevista con el semanario *El Atajo*, en la que también adelantó que su misión iba a consistir en reestructurar integralmente el sistema para optimizar las prestaciones.[62] Gracias a negociaciones realizadas por su mentor, Laguens recibió del gobierno nacional apenas inició su gestión un paquete de 20 millones de dólares no reembolsables provenientes de un crédito del Banco Mundial, destinados al cometido de modernizar la obra social de la provincia.

Pero en Argentina no existía frontera geográfica ni política que cercara a Favaloro. En agosto de ese mismo año, poco después de que el radical Fernando de la Rúa asumiera como primer jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, se convirtió también en miembro de la Comisión Asesora Honoraria de Salud, que fue presentada en sociedad en el Teatro Colón. Lo convocó el secretario de Salud, Héctor José Lombardo, un médico clínico especialista en reumatología y predicador laico de la Iglesia Metodista de La Boca.

"Favaloro era un tren bala en movimiento": muchos de sus colaboradores eligen esa metáfora para describirlo. Como solía hacerlo en la pequeña clínica de Jacinto Arauz, le gustaba estar en todo: hasta recorría las salas de internación y se detenía a charlar con los pacientes. En cierta ocasión, el escribano y periodista José Narosky, famoso autor de aforismos, quedó internado para un chequeo. Favaloro lo visitó los cuatro días en su habitación.

–Permiso. ¿Se puede? ¿Puedo sentarme en su cama? –preguntó el cirujano extendiéndole la mano.

–¡Por supuesto!

–No estoy como médico, eh... Vengo a conocerlo. Me gustan sus aforismos. Tengo uno en un señalador que puse debajo del vidrio de mi escritorio. Dice: "El médico que no entiende almas, no entenderá cuerpos" –recitó Favaloro, dando a sus palabras un tono emotivo que caló hondo en su interlocutor, a quien regaló un ejemplar de *Recuerdos de un médico rural*. Tras su muerte, Narosky le dedicó este aforismo: "Los grandes hombres perciben cuando predican en el desierto. Pero siguen predicando.".

Una de las pocas cosas que desviaban la atención de Favaloro del mundo médico era su adorado Gimnasia, el club al que en su familia le habían enseñado a querer desde la cuna.

Aunque no era asiduo concurrente a la cancha, siempre se mantenía al tanto de las vicisitudes que atravesaba. Alguna vez hasta ofreció realizar desde la Fundación el seguimiento de la salud del plantel, tarea que encomendó a Roberto Maximino Peidró, uno de los médicos cardiólogos del *staff* y ex arquero profesional en el fútbol del ascenso, que un año antes había integrado el cuerpo médico de la selección nacional durante el Mundial de Estados Unidos.

En 1995 el equipo atravesaba una racha muy favorable y se perfilaba para cosas importantes dirigido por Carlos Timoteo Griguol y con los mellizos Guillermo y Gustavo Barros Schelotto como figuras estelares. Un año antes, con la misma base de jugadores, el club había logrado su único título en la era profesional al ganar un torneo corto denominado Copa Centenario. René estaba muy entusiasmado y en el quirófano atosigaba a sus compañeros contando anécdotas del club. Cuando podía, se hacía llevar por su primo Mariano a la concentración en el predio Estancia Chica, en la localidad de Abasto. Allí, a pedido de Griguol y por la insistencia de su amigo Cacho Delmar, improvisaba charlas motivacionales y hasta se quedaba a compartir algún almuerzo con el plantel. "Cuando me lavo las manos y me coloco los guantes antes de una operación, me olvido de todo y solo pienso en la vida de mi paciente. A los jugadores les digo lo mismo: el miércoles, cuando ingresen en la cancha, solo piensen en el rival y verán que son imbatibles", dijo una vez durante una de esas arengas.

Pero en aquel torneo Gimnasia resignó el campeonato en el último partido al perder como local contra Independiente. Como un hincha más, Favaloro no pudo ocultar su desazón ante el revés deportivo. Tanto Carlos Griguol como su primo Mario, que oficiaba de ayudante de campo, eran pacientes de Favaloro, quien había dado orden de que le avisaran cada vez que acudían al Instituto para enfrascarse con ellos en interminables charlas sobre fútbol. También le gustaba disfrutar de la naturaleza, la vida al aire libre, e intentaba que fuera su escape de un entorno que, poco a poco, se le volvía desfavorable y opresivo. "La prefería, en los últimos años, a los museos, a los libros, a los monumentos. Nos mostraba el verdadero saber al conversar de la calandria o sobre los inapreciables tesoros del jacarandá o del palo borracho", relató Penelas.

A fines de 1995, Favaloro se entusiasmó cuando lo convocaron como asesor de la intervención del canal oficial Argentina Televisora Color (ATC), a cargo de Germán Kammerath. La gestión tenía como principal misión llevar adelante una reestructuración de la emisora para su privatización y la creación de un canal cultural en la frecuencia de Canal 4. El proyecto, en el que también participaban Julio Mahárbiz y Ariel Ramírez, apuntaba a diseñar una señal con un perfil similar al de Radiotelevisión Italiana (RAI), con participación de actores del mundo empresarial e instituciones como el Teatro Colón, además de promover coproducciones con el sector privado. Pero nunca se concretó porque, entre otras cosas, surgió un impedimento legal insalvable: la señal del Canal 4 correspondía al espectro televisivo uruguayo.

De todas formas, él ya tenía otros proyectos: en 1996 publicó junto a Abram Moszenberg, José Mainetti, Gregorio Klimovsky y Héctor Ciocchini el libro *Conversaciones sobre ética y salud*. Allí hizo hincapié en la búsqueda de empatía y en el contacto directo con el paciente como un valor indispensable de la medicina frente al avance de la tecnología. "El médico que ya no participa del sufrimiento de su paciente y que no experimenta dolor por su muerte, no solo ha dejado de ser médico sino que ha dejado de ser humano", sostuvo. También volvió sobre sus viejas concepciones acerca de la práctica de la medicina:

"No hay nada que pueda reemplazar a la vieja medicina clínica de sentir al paciente, palparlo, tocarlo, escucharlo. El problema, el síntoma de la medicina moderna es, tal vez, un olvido. El paciente es una persona y como tal tiene tres dimensiones de existencia: una comprende su fisiología, anatomía y estructura; otra, sus sentimientos, emociones, afectos y pensamientos –todo lo que hace a la psiquis en forma general–, y la tercera representa sus relaciones con los otros seres humanos y su posición dentro de la red social. El paciente es la fusión indisoluble de estas tres dimensiones. Es antinatural pretender separar la mente –si

se quiere, el alma– del cuerpo del paciente. Como todo está íntimamente relacionado, una palabra, un acto, un gesto son capaces de cambiar, en cierto modo, nuestra fisiología. Una frase o un abrazo pueden herir o reconfortar nuestra salud".[63]

Además de reforzar su intervención en actividades de carácter social y cultural a lo largo y ancho del país, también era muy requerido por los medios periodísticos, atraídos en parte por el hecho de que sus definiciones siempre causaban revuelo; como cuando en 1996 se pronunció a favor de la legalización del aborto en una entrevista para el programa *Temas y Debates*, que se emitía por la señal de cable *Todo Noticia*s, conducido por la periodista Norma Elena Morandini:

"Legalizar no quiere decir que estamos autorizando a que todo el mundo se haga un aborto sino que, ante ciertas circunstancias, la pobre desgraciadita que no tiene ningún recurso no caiga en ese trasmundo horroroso que la puede llevar a la muerte. Porque no se muere una, se mueren cantidades allí. Por el contrario, la niña privilegiada de la familia con guita va a una clínica de prestigio, le hacen la cosa sin que nadie se entere y a la tarde puede ir a un baile si quiere porque ya todo pasó. Esa desigualdad a mí no me gusta", indicó el cirujano. Era una postura sorprendente, podría decirse, para alguien que años antes se había mostrado intolerante en materia de diversidad sexual; o en todo caso se trababa de un personaje muy difícil de encasillar.

Curiosamente, en su libro autobiográfico *Recuerdos de un médico rural*, editado en 1980, Favaloro había expresado una posición contraria al aborto. Allí, en medio de sus infinitas anécdotas sobre su experiencia en Jacinto Arauz, contó que en una oportunidad la hija adolescente de una de las familias más católicas de la comunidad llegó a la consulta junto a sus padres con un embarazo de más de cuatro meses. El médico la llevó aparte y le pidió que "se confesara" ante él y ante Dios y le contara si había tenido relaciones sexuales con su novio, un joven de otra familia tradicional del pueblo. Al enterarse, los padres, que esperaban en la sala contigua, reaccionaron abochornados. El hombre "insinuó la posibilidad de un aborto para salvar la dignidad y el buen nombre de la familia"; entonces René lo miró fijamente un instante y le dijo que debía avergonzarse por lo que estaba diciendo: "¿Qué clase de católicos son ustedes? Hay que afrontar lo que está pasando con valentía, con la frente bien alta. ¿Acaso es un delito? Nada de explicaciones a familiares y amigos", indicó.[64] Así fue que la parejita se casó y tuvo a su bebé. Si bien la secuencia no debería tomarse como el reflejo de una postura acabada, sí expone una cosmovisión religiosa tradicional sobre el tema, dentro de un contexto social e histórico determinado. Es curioso, de todas formas, que su relato no haya incorporado una mención en términos estrictamente médicos sobre los riesgos de la interrupción de un embarazo tan avanzado.

Como sea, a principios de junio de 1997, invitado a exponer ante alumnos de una escuela de Termas de Río Hondo, en la provincia de Santiago del Estero, el cirujano volvió a referirse al aborto en términos parecidos a como lo había hecho por televisión. Ante una sala repleta de adolescentes, se presentó con su guardapolvo y, micrófono en mano, abordó sin anestesia temas como la noche, el sexo, la droga, la corrupción y el aborto, que consideraba cercanos al interés del auditorio. Comenzó hablando de los millones de dólares que se lavaban en el fútbol y aseguró que gran parte de ese dinero provenía del narcotráfico. "Deben saber que la corrupción no es solo la que sale en los diarios sino que va mucho más allá: está en todos nuestros actos", aseguró frente a la mirada atenta de los chicos y de varios adultos que llegaron convocados por la curiosidad de tener en el pueblo a semejante eminencia.

Más tarde, el cronista Federico Türpe, asignado a la cobertura de la nota por el diario *La Gaceta*, de Tucumán, entrevistó al cirujano en la confitería del hotel donde había ofrecido la charla. Lo había asombrado la crudeza de sus palabras y su insistencia en señalar "la hipocresía que nos gobierna". "Se lo notaba enfadado, furioso con la sociedad", recordó Türpe. El domingo 8 de junio, *La Gaceta* dedicó a Favaloro el título principal de su tapa con sus palabras textuales: "Dinero de la droga se lava en el fútbol". Consultado sobre las posibles consecuencias de legalizar la interrupción del embarazo había señalado: "Con el aborto legal no habrá más ni menos abortos, sino que habrá menos madres

muertas. El resto es educar, no legislar. –Y proseguía–: El aborto es un acto criminal, sin lugar a dudas, pero también estoy en contra de la hipocresía. Muchos señores a quienes vemos por ahí hablando con toda naturalidad sobre lo malo que es el aborto son unos hipócritas porque saben que, en la realidad, las cosas suceden de otra manera. No hay que tenerle miedo a la educación sexual y a hablar de sexo con los chicos. Es muy necesario e importante", opinó.[65] Esas declaraciones fueron profusamente reproducidas y provocaron un gran alboroto mediático. De hecho, cada vez que la legalización del aborto vuelve a estar en debate, suelen desempolvarse para nutrir la discusión.

Ese año fue muy comentada también la presencia del médico platense en un acto por los atentados contra la Asociación Mutual Israelita Argentina (Amia) y la embajada de Israel, organizado por el grupo Memoria Activa frente a los Tribunales porteños, en el que se criticó severamente al Gobierno y a la Justicia. De hecho, dio cuenta de su capacidad para actuar con soltura más allá de sus acuerdos con el menemismo. En algún momento, luego del ataque a la Amia, participó de un programa de Mirtha Legrand en el que repudió con energía al terrorismo: afirmó que cuando las religiones se tornan autoritarias generan fundamentalismos y que esto alcanzaba a los musulmanes, judíos y también a los católicos. La conductora se mostró desconcertada y le preguntó quiénes serían los fundamentalistas católicos. "El Opus Dei", respondió. A poco de aquel programa, dos de las principales empresas nacionales que realizaban hacía años donaciones mensuales a la Fundación retiraron sus apoyos. Él nunca tuvo dudas de que fue a consecuencia de aquellas declaraciones.

Lo cierto es que, en ese momento, Favaloro había logrado hacer valer su reputación en el terreno político, y su imagen de referente moral e incorruptible era codiciada por las principales fuerzas. Muchas versiones lo señalaron como posible primer candidato a diputado nacional por la Ciudad Autónoma de Buenos Aires en representación del menemismo y, al mismo tiempo, como posible integrante del gabinete en las sombras de la Alianza opositora integrada por el radicalismo junto con los peronistas disidentes nucleados en el Frente para un País Solidario (Frepaso).

Fue por esos días que sorprendió a todos exhibiendo una faceta desconocida de su personalidad cuando se subió al escenario del Luna Park para participar de un espectáculo a beneficio de la Fundación junto al humorista Luis Landriscina y al monje benedictino Mamerto Menapace, en el que se combinaban las reflexiones sobre la situación del país y los valores espirituales con la comicidad. Fue el 8 de diciembre y congregó a unas 5000 personas. La relación entre Favaloro y Landriscina se había gestado en un encuentro circunstancial durante un viaje en avión y se consolidó cuando el humorista lo invitó a participar en su programa de Radio Nacional, donde realizó durante años un micro dedicado a la medicina social. El artista chaqueño y el sacerdote ya desde hacía tiempo realizaban ese show con eje en la familia y el humor. El galeno se sumó, como de costumbre, en busca de fondos y también para reafirmar su perfil popular y su relación cercana con la gente. Apenas ensayaron una vez la puesta y subieron al escenario.

Todo salió perfecto: una vez más el Pibe criado en los suburbios de La Plata volvía a desafiar los límites.

---

48 *The New York Times*, 18 de agosto de 1992.
49 Declaración de principios de la Fundación Favaloro. Se puede consultar en fundacionfavaloro.org
50 *Gente y la actualidad*, 4 de marzo de 1993.
51 Ib.
52 *Humor Registrado*, núm. 369, primera quincena de agosto de 1993.
53 *Humor Registrado*, núm. 370, segunda quincena de agosto de 1993.
54 R. Favaloro: *Recuerdos*…, p. 157.
55 René Favaloro: *¿Conoce usted a San Martín?*, Buenos Aries, DeBolsillo, 2012.
56 René Favaloro: *La memoria de Guayaquil*, Buenos Aires, Torres Agüero, 1991.
57 Carlos Penelas: *Diario interior de René Favaloro*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003, p. 29.
58 *Clarín Revista*, 6 de febrero de 1994.
59 *Gente y la actualidad*, julio de 1994.

60 Ib.
61 R. Favaloro: *Don Pedro...,* 1994.
62 *El Atajo*, núm. 6, 12 de julio de 1996.
63 R. Favaloro, A. Moszenberg, J. Mainetti, G. Klimovsky y H. Ciocchini: *Conversaciones sobre ética y salud*, Buenos Aires, Torres Agüero y Centro Editor Fundación Favaloro, 1996.
64 R. Favaloro: *Recuerdos*..., pp. 152 y 153.
65 *La Gaceta*, 8 de junio de 1997.

CAPÍTULO 11

La "fundición" Favaloro

A medida que el segundo mandato presidencial de Carlos Menem avanzaba, la relación con su superministro de Economía, Domingo Cavallo, se iba deteriorando. El padre de la convertibilidad chocaba permanentemente con el jefe de Estado, que lo tenía entre ceja y ceja porque sospechaba que tejía un plan para sucederlo. Esa disputa tuvo como telón de fondo las secuelas del cimbronazo generado por la crisis mexicana desatada a fines de 1994, conocida como el "efecto tequila", que en la Argentina impulsó una fenomenal fuga de capitales que dejó exhaustas las arcas de los bancos. A su vez, el gobierno ya casi no tenía empresas por privatizar y la posibilidad de avanzar en nuevas reformas colisionaba con un escenario de creciente resistencia por parte de los sectores más desfavorecidos, a los que empezaba a sumarse la clase media. El clima social parecía entrar en ebullición.

De algún modo, las dificultades que atravesaba el país podían verse reflejadas también dentro de la Fundación Favaloro. Eran tiempos acuciantes por el vencimiento inminente de los plazos de devolución de los créditos de la banca internacional para construir la obra y para el instrumental provisto por la firma Siemens. Había que controlar gastos, renegociar convenios con las obras sociales para generar nuevos ingresos y poner en caja a los distintos servicios que se manejaban con un esquema de tercerización.

En 1996, para intentar equilibrar las finanzas de la entidad tras la desvinculación del director administrativo, Miguel Borruel, cuestionado por malos manejos, Favaloro recurrió a su colega Raúl Horacio Pistorio, un platense hincha de Gimnasia como él, que había sido interventor de Pami durante la presidencia de Alfonsín.

Pistorio analizó la situación y concluyó que la Fundación estaba en condiciones de mejorar su productividad y eficiencia y, a la vez, recortar desembolsos superfluos. Para eso, empezó por adoctrinar a los responsables médicos de los distintos servicios en cuestiones de optimización de costos y les exigió incrementar el porcentaje de sus ingresos que dejaban para las arcas de la entidad; vale decir, una disminución en sus haberes y un mayor aporte para la fundación. Asimismo, buscó hacer crecer la demanda a partir de la renegociación de convenios preexistentes y la generación de otros nuevos, en especial con las obras sociales sindicales.

El plan fue resistido duramente por distintos sectores internos de la institución que hoy recuerdan esa etapa con cierta aprehensión y le adjudican parte de la responsabilidad en el agravamiento de la crisis. Por otra parte, el nuevo esquema ponía en jaque la idea de la medicina sin límites pregonada por Favaloro, según la cual no se reparaba en la condición social del paciente ni en la complejidad de los casos derivados, que se atendían sin restricciones.

A fines de julio de ese año, con una economía que no lograba reaccionar, Menem forzó la renuncia de Cavallo. Su lugar fue ocupado por el hasta entonces titular del Banco Central, Roque Benjamín Fernández, con quien se buscaba dar una señal de garantía sobre la continuidad de la paridad entre la moneda argentina y el dólar estadounidense. La misión principal de la gestión consistía, entonces, en poner en marcha un programa de fuerte contención del gasto público.

Efectivamente, lo primero que hizo Fernández fue anunciar un severo paquete fiscal. En

aquel contexto desfavorable, Favaloro peleó con denuedo para intentar que los recortes no alcanzaran a los fondos comprometidos con la fundación. Si bien sus gestiones lograron sostener el subsidio incluido en el presupuesto nacional, su monto se fue reduciendo hasta su completa eliminación, dispuesta a partir de 1997. Desde el gobierno se explicaba que no había forma de defender la continuidad de un aporte de esa magnitud, equivalente al que recibía por todo concepto la Universidad de Buenos Aires. Además, sobre las autoridades nacionales arreciaban las presiones de distintos prestadores médicos que reclamaban el mismo trato en cuanto al otorgamiento de ayudas. Desde la instauración del beneficio, cinco años atrás, las arcas de la Fundación Favaloro para la Docencia e Investigación Médica habían embolsado unos 60 millones de dólares: eran recursos vitales para sostener el déficit operativo e intentar saldar las deudas pendientes.

Solo la constancia de Favaloro en sostener la presión hizo que el gobierno otorgara a la institución sucesivas refinanciaciones y plazos en el marco de la deuda con el Banade, que desde 1993 se hallaba en un proceso de liquidación, con lo cual sus asuntos pendientes habían sido traspasados a la órbita del Banco Nación.

En su programa televisivo *Tiempo Nuevo*, Bernardo Neustadt editorializó sobre el asunto. Muy cercano a Menem en toda esta época, el periodista consideró que la ayuda estatal era inaceptable y que un emprendimiento de esas características, que para entonces tenía unos mil empleados, debería autosustentarse. Además, Neustadt tocó un nervio clave cuando puso en duda que la Fundación no tuviera el lucro como fin. Mortificado por ese enfoque, Favaloro lo llamó por teléfono y le soltó un rosario de insultos; después salió a desacreditar el planteo ponderando el trabajo hecho desde la fundación para la salud de todas las capas sociales sin distinción. Pese a que sonaba convincente, su prédica no consiguió torcer la decisión del gobierno.

A medida que se acentuaba la recesión, las prestadoras de salud comenzaron a atrasarse en los pagos acrecentando la deuda que mantenían con la fundación. A esa altura, el pasivo acumulado por las obras sociales en su conjunto superaba los 15 millones de pesos, de los cuales alrededor de la mitad correspondía al Pami y al Ioma. Además, el gobierno había dispuesto otras dos medidas que agravaron el panorama particular de la entidad: la supresión de las exenciones impositivas de que gozaban las fundaciones y la incorporación de nuevos gravámenes para la importación de insumos médicos.

A las deficiencias en el diseño de negocios de la entidad se sumaba el sobredimensionamiento de su planta de personal y un grave desorden administrativo que incluía gastos inexplicables y diversas irregularidades en los asientos contables; todo ello enmarcado en un sistema con un alto nivel de corrupción que elevaba los costos a partir de la naturalización de porcentajes exigidos por funcionarios y directivos de las obras sociales para la liberación de los pagos. En reiteradas oportunidades Favaloro discutió a viva voz cuando le pedían esos "retornos" y sus gritos se escuchaban desde las oficinas contiguas. Mantener con firmeza esa tesitura implicaba chocar contra un esquema institucionalizado de hecho.

Los primeros síntomas de la debacle se manifestaron a partir de las dificultades para la normal liquidación de salarios y otros ingresos por operaciones que cobraban los cirujanos y sus equipos. La crisis empezó así a advertirse con preocupación entre los responsables de los diferentes departamentos y en el entorno del propio Favaloro. La fundación era, literalmente, un barril sin fondo que no generaba ingresos suficientes y solo podía subsistir con ayuda externa. René era consciente de la situación; al punto que, un poco en broma y un poco en serio, empezó a referirse a la institución entre sus íntimos como la "fundición".

"Mientras estuvo el subsidio de Menem, la cosa funcionó; pero a partir de 1998, cuando se retiró esa partida, quedó expuesto que la parte administrativa no estaba bien manejada", resumió al ser entrevistado para este libro el médico Eduardo Humberto Raimondi, quien se hizo cargo de su administración tras la muerte de Favaloro. "No era autosustentable; la facturación y la determinación de costos eran un desastre y el personal era excesivo", aseguró.

El equilibrio constituía un verdadero imposible en un esquema donde se operaba a todo el mundo. "Muchas veces venían a verlo personas humildes con problemas cardíacos y él les decía: 'Yo lo voy a operar, quédese tranquilo'. Esa era su frase de cabecera y siempre la cumplía", contó el médico Mario Racki, que trabajó con Favaloro por más de dos décadas. Y recordó que en una charla René se mostró apesadumbrado: le anticipó que se venía una crisis económica "tan devastadora como un terremoto". A su vez, Ricardo Pichel consideró que "de algún modo era el propio Favaloro quien alimentaba la situación de crisis porque no le decía que no a ningún paciente, tuviera o no cobertura".

A principios de 1997, Menem había decidido nombrar al frente del Pami a su amigo Víctor Adrián Alderete, un dirigente que venía de las huestes del liberalismo vernáculo y tenía antecedentes de haber colaborado con la dictadura de Videla. Favaloro y Alderete nunca lograron congeniar, y cada vez que el médico le reclamaba la deuda, el letrado ponía en duda su legitimidad y el monto exigido. Siempre que podía evitaba atenderlo y lo derivaba a sus colaboradores; René se enfurecía y adjudicaba las trabas que tenía que soportar a su propia actitud de negarse a pagar coimas para conseguir la liquidación de lo adeudado. Así estuvieron durante meses. Tampoco funcionaron los intentos de hacer intervenir a Menem en el diferendo.

En aquel momento la Fundación exigía al Pami el pago de 2,8 millones de pesos. Sin embargo, la consultora Quian y Asociados, encargada de verificar los números, había aconsejado reconocer solo unos 900 000.

El 14 de agosto de aquel año Favaloro se hartó de la situación. Escribió una carta en la que se quejó por la falta de respuestas y el destrato de que era objeto, denunció la corrupción imperante en el sistema y terminó por amenazar con cortar las prestaciones e iniciar acciones legales. "Desde nuestra primera conversación le manifesté que la única razón de nuestra deuda incobrable ha sido que nunca hemos dado un solo peso de retorno. En varias ocasiones les han sugerido a mis colaboradores que si querían cobrar en 24 o 48 horas tenían que 'ponerse': la primera vez con un 30 %, la segunda con 18", disparó. Y aseguró que se sentía como "un pordiosero mendicante" cada vez que ingresaba en el "edificio de Pami, corrupto hasta sus cimientos, corrupción que se desparrama por todo el país en cada una de sus filiales". Él mismo se encargó de que copias de esa misiva llegaran a la prensa.

Lejos de amilanarse, Alderete respondió que, ante todo, en un sistema de salud los administradores eran tan importantes como los médicos, y repitió la explicación técnica que ambas partes conocían de memoria sobre la imposibilidad de verificar una buena porción de la deuda. Con pasajes en un tono irónico inocultable, el titular del Pami se disculpó por las descortesías, que atribuyó al "ritmo vertiginoso" de trabajo, y remarcó que había 5000 prestadores que estaban en similar situación respecto del reclamo por servicios impagos.

El comienzo de 1998 deparó a René un fuerte golpe a nivel personal. El 14 de enero falleció su esposa, Antonia Delgado, "Toni", después de una larga internación en la que afrontó distintos tratamientos que nunca dieron resultado. En un principio se había dispuesto que personal de la fundación cuidara de ella en su domicilio, hasta que no quedó otro remedio que internarla. Falleció en el quirófano mientras le practicaban una punción pleural por una insuficiencia cardiorespiratoria. René había encomendado su seguimiento en el tramo final de su vida al jefe de la Unidad de Cuidados Intensivos Cardiológicos, Néstor Wainsztein, a quien conocía desde los años del Güemes. Oficialmente se informó que el deceso se produjo por un cáncer de riñón que terminó por propagarse a distintas zonas del cuerpo. Hacía ya varios años que la mujer no participaba de actividades públicas junto a su marido, y en los últimos tiempos había estado postrada. De hecho, en el verano anterior se lo había visto a René en la costa atlántica llevando a Toni a ver el mar en una silla de ruedas.

La desaparición física de su compañera de toda la vida le causó una profunda depresión y cierto remordimiento. Antonia había sido su fiel compañera en una convivencia en la que ella había resignado cualquier proyecto personal para acompañarlo. Fueron casi 50 años en

los que compartieron todo: la aventura de Jacinto Arauz, la experiencia en los Estados Unidos y el regreso con gloria al país. Quienes estaban cerca aseguran que a René no se lo había visto tan afectado desde la muerte de sus padres, unos años atrás. Juan Bautista, el papá, había fallecido de 86 años en 1979, y Aída, su mamá, dejó de existir a los 92 años en 1991. Más que nunca, su vida se reconcentró en la Fundación.

Unos meses después, e impulsado por aquella pérdida, Favaloro se decidió a escribir su testamento: quería dejar las cosas resueltas para cuando llegara su hora. Con el mismo objetivo puso en marcha un trámite para resolver la sucesión de Toni, que dejó en manos del abogado Jorge Osmar Lupia. En el legado había varios departamentos y casas repartidos en las ciudades de La Plata y Buenos Aires y el campo de Arditi, además de una abultada cuenta bancaria y los derechos de un libro inédito que había terminado hacía poco tiempo. En el acta correspondiente designó como únicos herederos a sus cuatro sobrinos, los hijos de su hermano Juan José: Roberto, Juan José, Liliana y Gustavo.

En esos meses movió los contactos necesarios para concretar un encuentro en el Vaticano con el papa Juan Pablo II. Gracias a diligentes gestiones del personal de la embajada ante el Vaticano, por entonces a cargo de Esteban Juan Caselli, y del nuncio apostólico en la Argentina, monseñor Ubaldo Calabresi, consiguió que le hicieran un lugar en los encuentros reservados a personalidades que se realizan los días miércoles en el marco del tradicional besamanos.

Favaloro admiraba la tenacidad y el liderazgo del polaco Karol Józef Wojtyła, pero también sus ideas. Unos meses antes, durante el espectáculo junto a Landriscina y el sacerdote Menapace en el Luna Park, había elogiado enfáticamente la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (Mientras se aproxima el tercer milenio), difundida el 10 de noviembre de 1994, con la que el Papa buscó movilizar a los cristianos en la preparación para el jubileo del año 2000 invitándolos a un profundo examen de conciencia sobre sus responsabilidades en relación con los males del mundo. Favaloro volvió de aquel viaje reconfortado espiritualmente.

Pero, a medida que el tiempo transcurría, el ahogo financiero de la fundación se volvía inmanejable. Para colmo, la situación económica del país no remontaba. Al "efecto tequila" le siguieron, sin solución de continuidad, la crisis asiática y luego la rusa, que profundizaron el proceso recesivo de la economía local. En simultáneo, crecía la distancia entre Menem y Duhalde, envueltos en una puja por el poder que involucraba al peronismo en su conjunto y en la que Favaloro iba a quedar, de algún modo, encorsetado. En el entorno presidencial había quienes le achacaban falta de compromiso como correlato de la ayuda recibida y lo veían cada vez más lejos, o, lo que es lo mismo, más cerca del gobernador.

Lo cierto es que el cirujano platense medía tan bien en las encuestas que Duhalde hasta llegó a fantasear con ofrecerle que lo secundara en la fórmula presidencial. Las propias usinas del duhaldismo alimentaron esa versión durante algún tiempo y la diseminaron en la prensa. A su vez, Favaloro había convencido a Duhalde de la necesidad de diseñar un plan integral de salud para la provincia, basado en la creación de un Instituto de Salud y Seguridad Social que centralizara la gestión de todos los programas de promoción y prevención de la salud en el territorio bonaerense.

Así fue que el 19 de mayo de 1998 el gobernador bonaerense firmó el decreto N° 1365 por el cual creó una comisión encargada de elaborar dicho plan y asignó al médico la presidencia del cuerpo. En los considerandos justificó la medida del siguiente modo: "La trascendencia nacional e internacional del doctor René Gerónimo Favaloro, no solamente en sus calidades asistenciales sino también y especialmente en las opiniones que brinda habitualmente sobre los temas de salud con su gran preocupación demostrada a lo largo de una dilatada y acrisolada carrera en esta área específica, privilegia su designación como Presidente de la Comisión".

Para asistirlo en la tarea fueron nombrados los históricos colaboradores de René, Guillermo Masnatta y Rubén Laguens. La integración de la comisión se completó con el entonces ministro de Salud bonaerense, médico clínico y ex intendente de Berazategui, Juan

José Mussi, y el diputado nacional oficialista y oncólogo José Juan Bautista Pampuro, además de varios miembros de las fuerzas políticas con representación en la Legislatura provincial.

La idea fundante era crear un Instituto de Salud y Seguridad Social que concentrara la tarea del Ioma y la de la propia cartera de Salud, lo cual hubiera debido traer aparejada una nueva estructura sanitaria y un redimensionamiento administrativo, además de modificaciones a la organización y carrera hospitalaria. Todo ello pensaba sustentarse con una partida de 1500 millones de pesos, sumados a los 600 millones destinados por entonces al funcionamiento de los hospitales públicos y los 900 millones correspondientes a la mutual provincial.

Favaloro encabezó el acto de presentación formal de la comisión en uno de los salones de la Legislatura. Al día siguiente, el diario *Ámbito Financiero* se refirió al tema y destacó: "El cirujano, para algunos candidats a gobernador, lanzó seguro de salud". La respuesta del médico no se hizo esperar. "Desde siempre mi decisión ha sido no aceptar ningún cargo político. Tuve innumerables ofrecimientos de diversas corrientes políticas de mi país, que creyeron que podían desviarme de mi dedicación absoluta a la medicina, que incluye, como es lógico, una preocupación por la salud de nuestra gente", indicó en un texto enviado al matutino en el que precisó sus aportes en distintas áreas y jurisdicciones del Estado.

Agregó que ese compromiso lo hacía colaborar también con el ministro de Salud y Acción Social de la Nación, Alberto Mazza; con el secretario de Salud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, Héctor Lombardo; en la reorganización del Ioma y, más recientemente, en la creación de un plan de salud en la provincia de Buenos Aires. A su vez, aclaró que su iniciativa estaba "muy lejos de ser un plan partidista", como le había atribuido el matutino. "Los argentinos debemos comprender de una vez y para siempre que los problemas del Estado pertenecen y son responsabilidad de todos los partidos políticos", concluyó.

La idea de Duhalde y sus estrategos apuntaba a poder poner en marcha el nuevo plan de salud provincial a principios de 1999 para usarlo como plataforma de su campaña presidencial y, si todo iba bien, también para catapultar al creador del *bypass* como su sucesor en la provincia. En los principales despachos de la gobernación se había instalado la inquietud por el notable crecimiento de Graciela Fernández Meijide en la consideración del electorado frente al escaso entusiasmo que generaban los precandidatos del oficialismo. "Favaloro es el único que le puede ganar", se le escuchó decir a Duhalde ante un grupo de partidarios en uno de los despachos del primer piso de la Gobernación.

Entre los principales aspirantes del PJ en la provincia estaban el vicepresidente de la nación, Carlos Federico Ruckauf; el titular de la Cámara de Diputados, Alberto Reinaldo Pierri, y el intendente de Escobar y ex subcomisario de la policía bonaerense, Luis Abelardo Patti. Entre Ruckauf y Pierri, sobre todo, se sacaban chispas y movilizaban todo el aparato partidario. Muchos aseguran que aquella fue la oportunidad en que Favaloro estuvo más cerca de aceptar una de las tantas candidaturas que le ofrecieron. No obstante, la virulencia que había adquirido la puja interna hizo que terminara por autoexcluirse, y en una reunión a solas con Duhalde rechazó la propuesta de postularse.

En simultáneo empezaron a surgir trabas y argumentos contrarios a la iniciativa sanitaria promovida por Favaloro, especialmente desde el propio oficialismo. En el interior del PJ advertían sobre los riesgos de una eventual transferencia de políticas públicas al sector privado, de modo que el borrador no llegó siquiera a ser analizado por la Comisión de Salud de la Cámara de Diputados de la Legislatura provincial. El impulso inicial que Duhalde había dado al proyecto se había desvanecido. Ruckauf terminó por ser el candidato que iba a conseguir frenar la avanzada progresista encarnada por Fernández Meijide y retener la provincia en manos del justicialismo con apoyo del núcleo más conservador del partido, la adhesión de la Iglesia y de varios pesos pesados de las finanzas.

En ese contexto pringoso, no fue casual que surgiera una seguidilla de acusaciones en contra de Rubén Laguens, representante de Favaloro al frente del Ioma, quien fue denunciado ante la justicia por los delitos de "abuso de autoridad, incumplimiento de los

deberes de funcionario público, negociaciones incompatibles con el ejercicio de la función pública, exacciones ilegales y fraude en perjuicio de la administración pública". La presentación, realizada por un grupo de empleados estatales, implicaba a otros funcionarios de la mutual e involucraba también al propio René, a quien se acusó de desempeñar a un mismo tiempo la presidencia de la fundación y la titularidad de la Comisión Asesora de la mutual bonaerense, funciones que según los denunciantes eran inconciliables. La demanda abrevaba en declaraciones públicas del propio médico platense en las que quedaban expuestas sus actividades en paralelo que, según la demanda, violaban la legislación de la administración pública provincial por tratarse del titular de una entidad acreedora de la obra social a la que asesoraba.

Al tormentoso frente judicial que enfrentaba la gestión del Ioma se sumaban los reiterados planteos de proveedores por retrasos en los pagos, situación que se había vuelto insostenible. Los prestadores destacaban que la mora resultaba inexplicable a la luz de lo informado por la presidencia de la entidad, ya que esta había asegurado a la prensa que durante 1997 la facturación se había cuadruplicado respecto del año anterior. Además, se le reclamaba a Laguens que explicara el destino que había dado a un nuevo auxilio extraordinario girado desde las arcas federales, esta vez de 30 millones de pesos. Cuando en 1998 la justicia provincial reformó su régimen procesal penal, la causa contra Favaloro pasó a un tribunal residual y terminó por extinguirse, como decenas de miles de procesos que asfixiaban la capacidad operativa de los magistrados.

Como si esto fuera poco, asociaciones de médicos, propietarios de clínicas y buena parte de los directivos y sindicatos de hospitales públicos aglutinaron sus críticas contra el titular del Ioma por supuestas deficiencias administrativas e irregularidades en la prestación de servicios. Lo cuestionaban sobre todo por favorecer supuestamente a prestadoras privadas por sobre el sistema público de salud. Así lo expresó, entre otros, Oscar Cándido Zubieta, por entonces titular del Hospital Profesor Dr. Rodolfo Rossi, de La Plata, quien aprovechó para recriminarle "la inmoralidad de estar de los dos lados del mostrador": un cuestionamiento que alcanzaba también a Favaloro. Desde la Agremiación Médica Platense alertaron puntualmente sobre una concentración de derivaciones para cirugías de corazón hacia la Fundación Favaloro que, como agravante, tenía sede en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (rango que ostentaba desde la reforma constitucional de 1994), en detrimento de los centros de salud de la provincia.

Distintos actores con acceso privilegiado a los números de la mutual comenzaron a filtrar a la prensa datos que convalidaban las denuncias. Los prestadores de cardiocirugía en La Plata estaban enardecidos, ya que habían visto caer su actividad estrepitosamente. En varias planillas oficiales que circularon por las redacciones periodísticas se observaba un llamativo sobreprecio de hasta el 80 % entre lo cubierto por Ioma y Pami para distintos tipos de cirugías cardiovasculares realizadas en la Fundación Favaloro, en comparación con los costos de esas mismas prestaciones por operadores de la provincia.

En medio de ese clima enrarecido, Favaloro asistió invitado a una charla en la Agremiación Médica Platense. Era el atardecer del sábado 4 de julio de 1998. Al terminar su alocución, y mientras se aprestaba a compartir un lunch, fue abordado por el periodista Carlos Festa, del diario platense *Hoy en la Noticia*, propiedad de la familia Balcedo y ligado al Sindicato de Obreros y Empleados de la Minoridad y Educación (Soeme): era uno de los medios que había empezado a publicar las denuncias que involucraban a las autoridades del Ioma. El creador del *bypass* intentó excusarse con un gesto de negativa pero, ante la insistencia, reaccionó arrebatándole el grabador al hombre de prensa, y en el forcejeo posterior terminó por rodearle el cuello con sus manos mientras lo empujaba contra una pared, de acuerdo con el relato de varios testigos y las imágenes obtenidas por varios fotógrafos presentes en el lugar. "¡Si quiere publique que lo atropellé y me lo llevé por delante!", exclamó, enardecido, mientras amenazaba con iniciar acciones legales.

Al día siguiente, el matutino denunció la agresión desde la tapa con una foto del cirujano fuera de sí. "Favaloro contestó las denuncias a los golpes", fue el título de tapa en letras catástrofe. Lleno de amargura, echó mano a sus ya clásicas cartas a la dirección del

medio. Entre otras cosas, señaló que quienes habían informado eran "mal nacidos (por no decir h. de p.)".[66] Por su parte, el medio respondió con un editorial en el que encuadró los hechos como un ataque a la libertad de prensa y condenó la actitud del cirujano que, de inmediato, retrucó poniendo a disposición los libros de la Fundación. Aquella vez, hasta la Sociedad Interamericana de Prensa repudió lo sucedido y condenó la actitud del médico.

Abochornado por lo ocurrido, resignó ocupar el puesto que tenía asignado en la Oficina Nacional de Ética que en esos días, después de muchas idas y vueltas, fue presentada por el presidente Menem. Al frente del cuerpo se encontraba el ex decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Luis Nicolás Ferreira, amigo de René y casi el único ariete menemista en la universidad pública.

Había llegado a los últimos meses del año muy golpeado; por eso le resultó particularmente reconfortante la repercusión que tuvo su disertación en el 71er Congreso de la American Heart Association celebrado en Dallas, Estados Unidos, en noviembre de 1998, del que participaron unos cinco 5000 cardiólogos de todo el mundo que, después de escucharlo durante poco más de una hora, lo ovacionaron de pie. Aquel día Favaloro leyó una ponencia titulada *Panorama de la práctica actual de la medicina y de nuestra sociedad*, en la que señaló que la disciplina estaba sumergida en una profunda crisis de valores: "Con 50 años de médico, ha llegado el momento de hablar de otros temas y advertir sobre lo que no me gusta de la medicina y de la sociedad de mi tiempo".

A partir de aquella ponencia, en cada conferencia pública comenzó a incorporar un fuerte cuestionamiento al individualismo como fuente de desigualdad y pobreza, al tiempo que bregaba por una medicina humanizada y accesible, además de exigir una "ciencia con conciencia" que respetara la dignidad de las personas. También comenzó a destacar la necesidad de concientizar acerca de la situación de emergencia del medio ambiente. Entremezcladas en aquellas opiniones siempre aparecían recurrentemente los nombres de sus admirados San Martín, Bolívar y Artigas. Quizás esta fue una de las más evidentes fisuras o contradicciones que exhibió al cuestionar políticas llevadas adelante por gobiernos con los que colaboró activamente.

Por lo pronto, aquel día en el centro de convenciones de Dallas lanzó una dura advertencia que excedía a la práctica médica: "Una sociedad sin justicia social no tiene futuro –señaló. Y la puso en números–: Se calcula que el costo adicional necesario para lograr y mantener el acceso a la educación universal básica, a la asistencia médica básica, a una alimentación adecuada y a servicios de agua y sanitarios para todos es de aproximadamente 40 000 millones de dólares por año. Esto es menos del 4 % de la riqueza total de las 225 personas más ricas del mundo. ¿No sería posible aplicar un impuesto a los super ricos para ayudar a los más pobres?", se preguntó. Contó que en el Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular que dirigía en Buenos Aires, alrededor del 25 % de los pacientes que se operaban no poseían cobertura médica, y que sin embargo se les brindaba la misma atención e infraestructura médicas que a los pacientes privados: "Debemos tratar a todos nuestros pacientes de la misma forma: sean pobres o ricos; católicos, protestantes o judíos; blancos, negros o asiáticos. Todos tienen cuerpo y alma y un escenario social", apuntó. Denunció la pobreza, el analfabetismo, los riesgos de la carrera armamentista y la contaminación ambiental por deforestación y uso de pesticidas, y terminó recitando la última estrofa del *Martín Fierro*, de José Hernández.

Para Raúl Oliveri y Guillermo Jaim Etcheverry, presentes en aquella oportunidad, ese texto puede ser considerado como el testamento de su pensamiento y sus preocupaciones. Según Oliveri resume la visión "de un gran luchador que trabajó toda su vida en pos de utopías e ideales de perfeccionamiento intelectual, cultural y social". Al final, cuando los aplausos ahogaban su voz, alcanzó a hacer un especial agradecimiento para alguien que, según dijo, había colaborado en la elaboración del texto: su secretaria Diana Lucía Truden.

De pronto, en medio de las acuciantes dificultades financieras, la presión cotidiana, las peleas internas y la falta de respuestas por parte de un gobierno en retirada que hasta entonces había sido su principal sostén y ahora le daba la espalda, René Favaloro descubrió que aún a sus 76 años estaba a tiempo, una vez más, de reinventar su vida. La muerte de

Toni, a principios de 1998, lo había sensibilizado y vuelto taciturno. Seguía de cerca desde bien temprano el funcionamiento de la Fundación: las operaciones, los proveedores y las gestiones. Atendía con cierto desgano los compromisos de ocasión, concertaba nuevas reuniones y respondía todos los llamados con la esperanza de que alguno trajera buenas noticias para el crítico panorama financiero de la entidad. Al atardecer, el ritmo bajaba y se encerraba en su despacho. Pasaba sus días buscando la forma de salir del atolladero.

Como era habitual pasadas las 17, el cuarto piso de la Fundación estaba desierto. Una de esas tardes René, al volver a su despacho, se detuvo en la cocina, donde Diana Truden se preparaba un té. Tenía 29 años y había empezado a trabajar en la Fundación en 1994, después de haberse presentado una convocatoria laboral para ocupar una vacante para el *staff* de secretarias de la dirección. Se requería manejo de PC y "buena presencia". Dejó un currículum junto a una foto carnet y cruzó los dedos. Había nacido el 30 de enero de 1969, en el seno de una familia de origen esloveno, y vivía con sus padres en Olivos aunque tenía planes de independizarse. Cursaba el traductorado de inglés en el Profesorado Lenguas Vivas, tenía buenas notas y era aplicada, responsable e inteligente. La citaron para una entrevista y aventajó con facilidad a las otras postulantes. Pocos días después, el puesto era de ella.

De entrada, Diana llamó la atención por su dedicación al trabajo, actitud que la favoreció, y en poco tiempo le asignaron mayores responsabilidades. Gracias a sus conocimientos de inglés pasó a ser la encargada de traducir publicaciones y trabajos científicos. Pese a que su turno terminaba a las 17, prefería quedarse estudiando en la oficina, donde tenía espacio y, sobre todo, tranquilidad. Poco a poco, se les hizo una rutina buscarse para conversar. Se sentían a gusto. Muchas veces, cuando se querían acordar se les había hecho de noche. "Me siento atraído por vos", disparó René una de aquellas tardes en medio del silencio. La frase atravesó la oficina del cuarto piso de la fundación e impactó directo en el corazón de Diana. Así empezó todo.

El vínculo fue creciendo a escondidas, acechado por temores y prejuicios. Favaloro temía ser cuestionado por llevar adelante una relación con una de sus secretarias 46 años menor que él. En un ambiente profesional sumamente competitivo, cargado de egos, celos y animosidades, temía que colegas con los que mantenía fricciones o diferencias usaran el asunto para atacarlo e intentar empañar su imagen impoluta. Por eso, pronto designó a Truden como su asistente personal, así tendría excusas para estar con ella sin despertar sospechas. Salían separados del trabajo y se encontraban en algún punto acordado a varias cuadras. En general, pasaban la noche en el departamento del médico y por la mañana volvían a sus rutinas.

También iban seguido a La Plata, y el campo de Arditi, usado esporádicamente para reuniones familiares, se convirtió en un refugio ideal para el romance secreto. Allí la invitaba a compartir la emoción que le provocaba el azul intenso de las flores del jacarandá al brotar en cada primavera. Le enseñó a paladear el aroma de la salsa de tomate y hongos, con la pasta amasada a mano y cortada a cuchillo, entre otros prodigios de la tradición culinaria familiar. Ella estaba fascinada y sentía por él una profunda admiración. René la adoraba: le escribía poemas y cartas conmovedoras.

---

66 *Hoy en la Noticia*, 5 de julio de 1998.

CAPÍTULO 12

Cerca del final

Corría mayo de 1999, y la decisión del gobierno de Menem de recortar las partidas del presupuesto destinadas a las universidades nacionales reavivó el enfrentamiento ya proverbial de ese sector con las autoridades, que se remontaba a la sanción cuatro años atrás, en julio de 1995, de la ley de Educación Superior N° 24 521. El rector de la Universidad de Buenos Aires, Oscar Julio Shuberoff, advirtió que el alcance de la poda en las partidas iba a ser tal que podía obligarlo a suspender todas las actividades a partir del 1° de octubre por falta de fondos. Por lo pronto, toda la comunidad universitaria se alzó en pie de guerra en rechazo al ajuste.

Mientras se preparaba una vigilia en el rectorado de la UBA y las calles de las principales ciudades del país se tapizaban con los reclamos, Favaloro encendió la mecha: "Si por alguna circunstancia durante varios años se cerraran las facultades de Medicina, Derecho o Ingeniería, por ejemplo, no pasaría absolutamente nada, porque tenemos médicos, abogados e ingenieros a rolete que no encuentran dónde trabajar", soltó durante un acto junto a Menem en la Casa Rosada. Consideró, asimismo, que el sistema universitario tenía "fallas estructurales" que generaban que solo se recibiera un 20 % de los alumnos inscriptos. Aun así, "los que terminan sus carreras son más de la cuenta –dijo. En tal sentido, precisó–: Hay más de 4200 médicos que se gradúan cuando en realidad serían necesarios 1000 o 1500".

Autoridades, investigadores y docentes de diferentes universidades del país rechazaron sus aseveraciones. Gregorio Klimovsky, ex compañero en la Conadep, lo cruzó: "En la UBA se forma gente con vocación científica, no solamente médicos y abogados. Creo que lo agarraron en un día de malhumor, porque sé que él es un entusiasta de la UBA y del reformismo", le respondió. Pero la crítica más dura la pronunció el decano de la Facultad de Ciencias Económicas, Juan Carlos Chervatin: "Lo lamento por él. Estoy seguro de que médicos reconocidos como Raúl Matera y Ramón Carrillo no hubieran dicho una cosa semejante. Los 'grasitas' de los que hablaba Evita no podrían ir a la Universidad a la que él le puso su nombre, y que lógicamente es paga. Hace ocho meses, Favaloro declaraba: 'Siempre he dicho que prefiero ser recordado como maestro más que como cirujano'. Ojalá entendamos que no hay mejor dinero que el que se invierte en ciencia y en educación", opinó.[67] También lo criticaron los médicos del ámbito de la salud pública, que lo consideraban un promotor de la medicina privada.

En la primera semana de mayo, en el marco de las masivas protestas estudiantiles, un grupo nutrido de estudiantes de Medicina decidió marchar hasta las puertas de la Universidad Favaloro para repudiar los dichos de su fundador. La movilización marchó presidida por una amplia bandera que instaba: "Dr. Favaloro, defienda la universidad pública" y se detuvo frente a la puerta del edificio, donde un grupo inició una clase abierta en la que se echó a rodar la propuesta de declarar al cirujano platense persona no grata. Tras una negociación entre los custodios del lugar y el vocero de la entidad, Carlos Penelas, cuatro delegados estudiantiles fueron hasta el despacho de Favaloro a entregarle una carta.

Allí René les explicó que sus declaraciones apuntaban a la cantidad de profesionales que había en el país y no al cierre de facultades. Dijo que había sido sacado de contexto y

malinterpretado, y aseguró estar en contra de los recortes y a favor de la universidad pública. "Yo, más que cerrar las universidades, lo que querría es abrir un debate profundo sobre la educación en todos sus niveles", dijo enfundado en un ambo de cirugía, mientras los cuatro jóvenes lo observaban entre admirados e incrédulos. Después, uno de ellos resumió ante las cámaras de los noticieros congregados en el lugar lo que se consideraba la principal contradicción de Favaloro: "Si dice que en la Argentina sobran los médicos, ¿para qué fundó su propia universidad?".

Creada a principios de los años 90 con el nombre de Instituto Universitario de Ciencias Biomédicas, heredero a su vez del Departamento de Docencia e Investigación de la Fundación Favaloro, la existencia de la Universidad Favaloro había sido aprobada en agosto de 1998 mediante la resolución N° 1515 del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, y para entonces había incrementado y diversificado su oferta académica más allá de la medicina, por caso, hacia la ingeniería. Menem era un habitué de las ceremonias de inicio del ciclo lectivo de la casa de estudios, y en uno de aquellos actos, que muchos aún recuerdan, llegó a decir que estaba dispuesto a trabajar para que su amigo René se convirtiera en el cuarto premio Nobel del país.

"Cualquier persona puede equivocarse; cometí un exabrupto y pido disculpas", repitió Favaloro durante los días siguientes consultado por radios, diarios y canales de televisión. No obstante, insistió en que sus declaraciones habían sido distorsionadas e hizo hincapié en la necesidad de pensar cambios trascendentes para mejorar la formación y la eficiencia del sistema universitario. Expresó su molestia por tener que salir a aclarar su postura en defensa de "una universidad abierta, autárquica y democrática que he mantenido durante 50 años", y se lamentó: "No hay peor desgracia que no tener una mente abierta".

En rigor, Favaloro venía sosteniendo estas ideas desde mucho antes. En diciembre de 1976 había dicho en una entrevista con *Clarín*: "El problema de la superabundancia de médicos es de la Universidad. La única ventaja es que solo se gradúa el 20 %de los que ingresan". Dos años después, insistió en el mismo medio: "Los jóvenes no lo entienden, pero la Argentina tiene un excesivo número de médicos y abogados. Hay muchos que no tienen trabajo. Habría que explicarles que las categorías dentro de la sociedad han cambiado". Ya por entonces, era partidario de llevar adelante una nueva reforma universitaria que equilibrara la relación entre docentes y alumnos y que hiciera más eficiente el trayecto hasta la graduación. Según su visión, la política para el sector debía estar asociada a un proyecto de país: "Si la Argentina sigue apuntando a ser un granero, los graduados más dotados de conocimiento científico no encontrarán dónde aplicarlos y se irán del país", pregonaba, en alusión a la polémica consigna según la cual nuestro país estaba destinado a ser "el granero del mundo".

Cuando la espuma del escándalo que habían provocado sus declaraciones aún no se había disipado, *La Nación* publicó el 16 de mayo una extensa entrevista en la que el médico buscó reivindicarse. Allí calificó al recorte educativo como un error del gobierno y envió un tiro por elevación al titular de la cartera de Hacienda, al denunciar que el manejo de la economía estaba "en manos de tecnócratas que se encierran en las teorías y creen que el mercado lo va a resolver todo". También explicó los motivos por los cuales había creado una universidad en el contexto de un país en el que consideraba que sobraban profesionales, especialmente médicos:

"Yo me oponía a crear una nueva facultad de medicina justamente porque decía que había demasiados médicos. Nosotros empezamos con investigación y con la educación de posgrado en cardiología y cirugía cardiovascular. Pero después empezó a rondar la idea de que hacía falta una universidad para que la formación que impartimos fuera completa en todos los niveles, con un perfil de médico que aquí no se estaba formando, que uniera el compromiso social a la excelencia. Por eso, los chicos de nuestra universidad, además de trabajar durante el primer año en los pequeños puestos sanitarios de Cáritas en las villas, terminan su carrera yendo unos meses al interior del país a trabajar en los puestos sanitarios de las zonas pobres".[68]

Si bien ratificó una vez más que desaprobaba el arancelamiento de grado en las

universidades, consideró necesario implantarlo en el nivel de posgrado, "para que el individuo que se recibió y empieza a ganar dinero devuelva al Estado por equis años parte de lo que la sociedad le facilitó". También juzgó necesaria la existencia de exámenes de ingreso y la provisión de becas a los alumnos más desfavorecidos para igualar oportunidades, y planteó que el principal problema de la educación era el financiamiento. En ese sentido, postuló la necesidad de un cambio impositivo para reajustar las partidas destinadas a la enseñanza. Asimismo, propuso combatir la deserción y la repitencia, y trabajar fuertemente para mejorar la calidad educativa en los niveles primario y medio.

De todos los rechazos que recibieron sus dichos en esos días, el que más le había dolido fue el que lo señalaba como un referente de la medicina del lucro, a lo que respondió: "Tengo más de 50 años dedicados a la docencia, en contra de todo privilegio y a favor de la educación popular", se defendió.

En esa misma época surgieron versiones que denunciaban que Favaloro ya casi no operaba. Se decía que los pacientes lo veían en los momentos previos al ingreso del quirófano pero luego las manos que llevaban adelante la intervención eran otras. Esas sospechas lo ofendían profundamente: las calificó de infundadas y malintencionadas. Lo cierto es que nunca nadie aportó una prueba concreta para validar la acusación. Incluso por aquellos días había afirmado en una charla con colegas: "A mí no me preocupa un cirujano al que le tiemblan las manos, me preocupa el que le tiembla el cerebro", según rememoró Fernando Boullon en su libro *Favaloro. El corazón en las manos*.[69]

El creador del *bypass* se había movido por esos días para intentar conseguir que se descontara de las deudas que la fundación mantenía con el Estado la porción vinculada con el convenio de atención gratuita de enfermedades de alta complejidad a pacientes carentes de recursos, un servicio que el Ministerio de Salud pagaba a cuentagotas. En ese sentido, el Banco Nación suscribió el 19 de mayo un contrato de cesión de créditos correspondientes a ese acuerdo. La resolución se fundó precisamente en la afectación que esos retrasos causaban sobre las finanzas de la fundación, y en que se trataba de una cobertura considerada de "gran relevancia en función de la emergencia social, económica y sanitaria" que atravesaba el país. Se hizo mención especial a la atención brindada a casos derivados de las provincias, cuyo recupero era prácticamente nulo o se efectivizaba a muy largo plazo y sin actualización de intereses.

El tesón y la influencia de René consiguieron que el Pami transfiriera la parte de la deuda con la Fundación Favaloro que la consultora Quian había logrado acreditar. Se trataba de alrededor de 900 millones que, curiosamente, fueron pagados en efectivo pese a que los decretos presidenciales 925 y 1378, de 1996, habían establecido que la liquidación de las deudas de la obra social debía hacerse exclusivamente en bonos del tesoro nacional. A su vez, desde la mutual hicieron llegar una propuesta para designar un mediador que resolviera el peliagudo asunto del monto que no había podido ser convalidado: correspondía a prestaciones médicas anteriores a 1996 y, según el reclamo, superaba los 1,9 millones de pesos. Si bien la iniciativa podía contribuir a zanjar la divergencia entre amas parte, acarreaba honorarios por unos 450 000 pesos para el encargado de la conciliación. Sorprendido por el alto costo estimado para la tarea, Favaloro pidió reunirse con Alderete pero no lograron ponerse de acuerdo sobre quién debía afrontar su pago.

René salió indignado de la reunión con el jefe de la obra social de los jubilados. Reincidió en su costumbre epistolar y remitió copias de un mismo texto con su firma y el logo de la Fundación a varios despachos del gobierno, además de la que dejó en la privada de Alderete. En ese escrito denunció el pedido de un "retorno encubierto" para liquidar la deuda, y explicó que el Pami había propuesto que la cobertura de los servicios del mediador fueran "pagaderos entre ambas instituciones"; pero, siempre según la carta, dijo haberse enterado por consultas efectuadas a la Sindicatura General de la Nación (Sigen) de que la instancia de la mediación no era necesaria "ni estaba legalmente prevista".

La pelea entre Menem y Duhalde estaba en su punto más alto cuando el Pami quedó en el ojo de la tormenta por las deudas que acarreaba: superaban los 800 millones de pesos/dólares según reconocían sus propias autoridades. El 6 de junio de 1999 el periodista

Joaquín Morales Solá escribió en *La Nación* una columna en la que hizo alusión a la existencia de aquella nota en la que Favaloro denunciaba pedidos de retornos por parte de la línea gerencial del organismo.[70] Su titular abrió el paraguas y velozmente presentó una denuncia penal con el fin de "promover una investigación para individualizar a los funcionarios que pudieran resultar autores de los delitos". Pese a los reiterados cortocircuitos con el entonces ministro de Economía, Roque Fernández, que buscaba intervenir la obra social, Alderete mantenía intacta la protección de su amigo Carlos Menem, quien autorizó un préstamo del Banco Central por 60 millones.

El tema escaló rápidamente en la agenda de los medios, que fueron incorporando nuevos detalles sobre el asunto. Alderete negó la existencia de la carta del cardiólogo y atribuyó la información a una operación de prensa en su contra. "Entre el doctor Favaloro y nosoros no hay un solo problema. Salvo, quizás, por un mes, el Pami no le debe ni un solo peso de mi gestión", apuntó el amigo presidencial y agregó: "Puede ser que Favaloro se refiera a que en algún momento haya habido discrepancias sobre cifras, pero en esos casos se llega a una conciliación obligatoria en la que intervienen profesionales. Nosotros le dijimos que él pusiera al profesional que quiera. Además, ¿quién puede tener algún problema en este país con el doctor Favaloro?", se preguntó Alderete en otra nota también publicada en *La Nación*.[71]

Aún sonaban los ecos de aquel escándalo cuando René asistió el 4 de julio a la tradicional reunión organizada por la embajada de Estados Unidos para el Día de la Independencia. Allí departió amablemente con el embajador, Terence Alphonso Todman, al que le hizo saber de sus penurias financieras y la ausencia de respuestas desde el gobierno. Hay quienes aseguran que en esa ocasión René reconoció públicamente, por primera vez, que se había equivocado en regresar al país. Un pensamiento que, a esa altura de los acontecimientos, ya había comentado en privado ante algunos de sus colaboradores.

En aquellos días, en los que los encuentros velados con Diana eran su principal refugio, otro asunto había empezado a inquietar a René: el avance de una causa iniciada varios años atrás en la justicia por la Dirección General Impositiva (DGI) por evasión en los aportes previsionales de los empleados de la fundación. En ese expediente judicial abierto de oficio por agentes de la DGI se reclamaba a la Fundación Favaloro la falta de pago de los aportes patronales correspondientes a los empleados del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular, lo cual constituía una vulneración flagrante de la ley penal tributaria. Los sabuesos habían detectado una cuantiosa deuda que se remontaba al inicio de actividades del centro de salud, a mediados de 1992, mientras que los abogados de la fundación buscaban la aplicación de un mecanismo de compensación de esas obligaciones en mora a partir de las deudas que el Estado mantenía con la entidad médica.

La investigación había recaído en el juez Julio Speroni, titular del Juzgado Federal en lo Penal Económico N° 3 de la CABA. A Favaloro, esa causa no solo lo preocupaba sino que también lo abochornaba. De no poder llegar a un acuerdo judicial que sirviera para afrontar la mora, hubiese podido significar una pena de hasta seis años de cárcel, además del reproche social que traería aparejada una condena por evadir el pago de esas obligaciones. Cercado por la delicada situación económica y social del país, los atrasos consuetudinarios de las obras sociales y los efectos de la eliminación del subsidio estatal y de otros beneficios impositivos, el plan de su amigo Raúl Pistorio hacía agua: la fragmentación administrativa de los distintos servicios que él fomentaba no había hecho otra cosa que agigantar la crisis porque tuvo la consecuencia de disociar los distintos intereses de los actores internos.

Un proceso similar sufría la fundación del profesor Mainetti, en la que Favaloro se había inspirado, y que en 1997 había pedido la quiebra jaqueada por las deudas. Sus historias son simétricas. Inaugurado en 1986, el Centro Oncológico de Excelencia (COE) integraba espacios de formación para médicos oncólogos y enfermería, un área de bioética y un centro de atención de alta complejidad, sostenidos básicamente por aportes del Estado provincial y, en menor medida, nacional. El predio de Gonnet en el que funcionaba era producto de una donación del gobierno bonaerense, mientras que la construcción y el

equipamiento del edificio se habían financiado con recursos nacionales, provinciales y municipales. Al igual que su discípulo más destacado, Mainetti se encontró con los mismos problemas en su establecimiento, derivados de un paulatino retaceo de apoyo oficial y la acumulación de deudas de las obras sociales. El profesor vio cómo su proyecto se caía a pedazos en medio de una fuerte puja interna de intereses que lo enfrentaron a médicos del sanatorio e incluso a miembros de su propia familia. El COE iba a cerrar definitivamente sus puertas a mediados de 2006, cuatro meses después de la muerte de Mainetti quien, como un capitán de barco, vivió sus últimos años instalado en un departamento del complejo mientras su ambicioso proyecto languidecía.

En medio de la delicada situación en que se hallaba inmerso, el proceso electoral no entusiasmaba demasiado a Favaloro. La sucesión de Menem se dirimía entre Duhalde y la denominada Alianza por el Trabajo, la Justicia y la Educación, coalición de radicales y peronistas disidentes del Frepaso, encabezada por el entonces jefe de Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Fernando de la Rúa. No tenía grandes expectativas en un país donde los funcionarios habían dejado de responder a sus llamados. La tibieza de la cercanía con el poder se había ido apagando y la respuesta a sus pedidos y reclamos se había vuelto anodina, cuando no nula. Eso lo alteraba y le generaba impotencia y un gran desánimo, ya que lo consideraba una falta de respeto a su trayectoria y entrega al país. En ese vínculo de demandas y expectativas cruzadas siempre primaron la mutua desconfianza o la incomprensión.

El viernes 22 de octubre de 1999 se emitió un programa especial de Mirtha Legrand desde la oficina de dirección de la Fundación Favaloro; el médico salió al aire con su delantal blanco. Faltaban dos días para los comicios presidenciales y eligió una charla mano a mano con el médico platense que, naturalmente, evitó pronunciarse sobre el tema y se consideró ajeno al mundo de la "política partidista", aunque reiteró, como lo había hecho un año atrás ante la misma conductora, que estaba "absolutamente comprometido con el país".

–¿No pertenece a ningún partido? –preguntó la conductora, convertida, a esa altura, en una de sus mayores propagandistas.

–No, nunca en mi vida he estado afiliado, por eso me he podido mantener….

–¿Pero le han ofrecido cargos?

–Sí, sí, sí, todo el tiempo; pero yo no nací para la política. Lo cual no quiere decir que yo no haya colaborado intensamente con el gobierno del doctor Alfonsín, como colaboré con este gobierno y colaboro con las autoridades sanitarias de la Ciudad de Buenos Aires, con el doctor Lombardo donde hay una comisión muy importante con médicos de trascendencia… uno siempre trata de colaborar con el país, pero yo no nací para político.

En esos comicios, De la Rúa llegó a la presidencia aventajando por más de diez puntos a Eduardo Duhalde. Mucho más atrás, en el tercer lugar, quedó Cavallo.

Una semana más tarde, el 2 de noviembre, Favaloro se sumó a la catarata de cartas públicas que desde todo el mundo le enviaron al presidente uruguayo Julio María Sanguinetti para pedir su intervención en la investigación de lo ocurrido con la nieta del poeta Juan Gelman, Macarena, nacida en cautiverio durante la dictadura en ese país y entregada en adopción luego de que sus padres fueran asesinados. Fundó su pedido en su postura de "defensa por la vida y los derechos del hombre, mi pasión por la historia, (y) el dolor que siento por Latinoamérica".

En medio de esos días duros, una gota rebalsó el vaso, ya de por sí sobrecargado cuando los médicos Weinschelbaum y Caramutti renunciaron a la fundación, cansados de los constantes retrasos en el pago de sus sueldos. Eran los dos principales cirujanos que secundaban a Favaloro, trabajaban junto a él desde la época del Sanatorio Güemes y llevaban más de seis meses sin cobrar. Su salida generó un verdadero cisma interno y corporizó, de un modo dramático, la gravedad de la crisis. Fue como si se hubiera

accionado una alarma contra incendios en la conciencia de todos los miembros de la entidad. Favaloro convocó a los responsables de las distintas áreas médicas a un encuentro de urgencia en el aula magna. Estaba furioso. Despotricó contra los renunciantes y los calificó de traidores, pero reconoció la complejidad del escenario financiero y pidió ayuda a todos para intentar revertirlo.

Un día de aquel diciembre, cerca de fin de año, el doctor Rodolfo Boragina, cirujano y amigo, se lo cruzó y lo notó muy decaído. Favaloro le contó que lo atormentaba que la fundación desapareciera por falta de fondos. "Me dijo que no tenía plata para pagar los sueldos y que temía ser embargado y que un día se la clausuraran", recordó. Y le quedó fijada una frase de René: "Lo único que falta es que me pongan una faja de clausura". En medio de aquella encrucijada, que día a día se volvía más compleja, en la intimidad del vestuario, después de una larga y difícil operación, otro de los cirujanos que trabajaba con René desde la época del Güemes lo notó abatido.

–¿Y, maestro, qué vamos a hacer ahora? –le preguntó.

–La verdad, no lo sé. Ahora tenemos que resistir. A esta altura ya no importa tanto el desarrollo del proyecto; tenemos que lograr que esto flote, solo que flote. ¿Me entendés? –se sinceró.

A pocos días de la asunción del gobierno de la Alianza, Favaloro se reunió con De la Rúa en la Casa Rosada. Se trataba de una visita protocolar en la que el cirujano platense se puso a disposición y ofreció su trabajo e ideas para mejorar la salud de la población. No obstante, no perdió la oportunidad para describir, ante la máxima autoridad del país, el panorama comprometido que afrontaba y pedir ayuda para sobrellevar la situación. No abrigaba grandes expectativas sobre el período aliancista que comenzaba; no lo entusiasmaba demasiado la figura de la Rúa y nunca entendió por qué en 1973, al ser elegido senador, lo habían considerado "el Kennedy argentino". Le parecía que le faltaba temperatura sanguínea para conducir un país como la Argentina. No obstante, tenía la esperanza de encontrar nuevos interlocutores predispuestos a dar ayuda y saldar las deudas con la fundación. La iniciativa que más le interesaba era la que se proponía desregular las obras sociales, que impulsaba el ministro de Economía José Luis Machinea.

El 10 de febrero de 2000, el nuevo titular de la Sigen, Rafael Antonio Bielsa, había recomendado al Pami que diera curso a los reclamos efectuados por la Fundación Favaloro. Mediante la nota N° 417 el funcionario propuso "aceptar la insinuación de las prestaciones efectuadas y proceder a su respectiva verificación". También sugirió que, en caso de no poder constatar la deuda, debería iniciarse un proceso de "conciliación obligatoria" para determinar si efectivamente le correspondía al organismo librar el pago. En esos meses Bielsa reiteró al menos en dos oportunidades el pedido.

En el Pami se había dispuesto una intervención que llevaba adelante un triunvirato integrado por Cecilia Felgueras, Horacio Antonio Rodríguez Larreta y Ángel Domingo Tonietto. La primera era radical, el segundo peronista y el tercero un reconocido médico sanitarista ligado al Frepaso. El gobierno apuntaba a la reconversión del organismo como ejemplo de la lucha anticorrupción. En ese sentido, era un ámbito ideal para lucirse, ya que cuando Alderete dejó el cargo acumulaba una veintena de denuncias por asociación ilícita y defraudaciones varias derivadas de la ausencia de controles, lo que daba lugar a todo tipo de arbitrariedades e irregularidades. Pero la Alianza arrancó con el pie izquierdo: a cuatro meses de asumir los interventores, Tonietto –cuñado de Fernández Meijide, ungida a su vez como ministra de Desarrollo Social y Medio Ambiente– fue denunciado por intentar favorecer a la clínica de su esposa y se vio obligado a renunciar.

Apadrinada por De la Rúa, Felgueras era la cara visible de aquella gestión y fue la encargada de atender personalmente a Favaloro, pero el vínculo entre ambos no fue para nada bueno. Hábil en el arte de semblantear, al médico le cayó mal de entrada. Le molestó la excesiva confianza de la joven funcionaria al tutearlo sin previa consulta y lo consideró una grave falta de respeto. Las reuniones entre ambos siempre fueron tensas. Al comienzo, Felgueras atendió el consejo de la Sigen y demostró intenciones de avanzar en la discusión de la mora. Una parte de lo reclamado, casi 900 000 pesos, había sido efectivizada por

Alderete antes de dejar el cargo. El resto, unas doscientas facturas que la fundación había presentado para su cobro por alrededor de 1,5 millones de pesos, aún debía ser verificado. La crisis se agigantaba y el gobierno buscaba recursos debajo de las piedras; para eso, entre otras medidas le quitó la exención del IVA a las empresas de salud, lo que sumado a la bancarrota de buena parte de las obras sociales con las que trabajaba la fundación, agravó aún más el cuadro. En una oportunidad, Tonietto, antes de salir eyectado por el escándalo de la clínica de su mujer, dijo haber encontrado a Favaloro sentado llorando en un pasillo del Pami luego de participar de una reunión en la que solo había escuchado malas noticias.

El 29 de marzo de 2000 De la Rúa designó por decreto a Favaloro como miembro ad honórem del flamante Consejo Asesor Permanente del titular de la cartera sanitaria nacional, que reunió a una docena de profesionales "de reconocida solvencia, trayectoria y dedicación" en distintas disciplinas vinculadas a la salud. Fueron parte de aquel cuerpo Aldo Carlos Neri, Carlos Bertolasi, Enrique Beveraggi, Margarita Marta Vitaco y Roberto Kaplan, además de representantes académicos y de entidades ligadas a las distintas ramas de la actividad, con la coordinación del subsecretario de Planificación, Control, Regulación y Fiscalización del ministerio, Guillermo José María Gaudio. Los consejeros tomaron posesión de sus cargos durante el acto de lanzamiento de un programa de subsidios para científicos realizado el 10 de mayo en el Salón Blanco. La ceremonia fue encabezada por el Jefe de Estado y su ministro de Salud, Héctor Lombardo. Aquel día, en la Casa Rosada, el cirujano platense recibió el diploma y la medalla correspondientes y, en un breve aparte con algunas autoridades, volvió a plantear el pedido de ayuda para la fundación. Solo recibió sonrisas de ocasión, unas cuantas palmadas y la promesa de un próximo encuentro para charlar el tema.

Por lo pronto, una vez más el creador del *bypass* demostraba su intención de participar de la vida política argentina: "He venido, humildemente, a colaborar con el país", dijo.

Por entonces, René Favaloro y Diana Truden se empezaron a ilusionar con la idea de vivir juntos y hasta con la posibilidad de casarse. A esa altura, la relación sentimental que él mantenía con su asistente había dejado de ser apenas un secreto a voces entre los empleados de la fundación. En febrero de 2000 una revista dedicada a contar chismes de la farándula había revelado el amorío del doctor viudo con su joven secretaria, y a la pareja no le quedó más remedio que blanquear la relación. Con sigilo, el médico empezó a sondear las reacciones que esta generaba en su entorno más próximo. Lleno de pudor y venciendo sus propios prejuicios, se presentó en la casa de los Truden ante los padres de la novia, que eran veinte años más jóvenes que él. También empezó a hablar del tema con su propia familia, donde la noticia cayó como una bomba. Las reacciones entre la parentela pasaron de la perplejidad y el recelo a un rechazo más o menos velado.

"La relación con Diana era un poco complicada por los prejuicios y porque, a medida que se acercaba el casamiento, los problemas económicos de la fundación se acrecentaban, pero nosotros siempre estuvimos a favor", aseguró Roberto Favaloro, el mayor de sus sobrinos, en uno de los pocos reportajes en los que accedió a referirse al tema, publicado por la revista *Gatopardo*.[72] Sin embargo, según el médico Mario Racki, "a los sobrinos y nietos les cayó muy mal la idea del casamiento y lo maltrataron". También Eduardo Raimondi, médico prominente de la fundación, aseguró que se podía palpar la bronca familiar contra la "pretendiente". A su turno, Mariano Favaloro no dudó en señalar que Roberto presionaba a René por su noviazgo: "No le gustaba", afirmó. Otros testigos de aquella época contaron anécdotas que validan la idea de la resistencia familiar, aunque pidieron que sus relatos e identidad queden en reserva.

Pasadas dos décadas, sigue siendo un tema espinoso del que pocos se animan a hablar.

67 *Clarín*, 6 de mayo de 1999.
68 *La Nación*, 16 de mayo de 1999.
69 F. Boullon: O. cit., p. 64.
70 *La Nación*, 6 de junio de 1999.
71 *La Nación*, 8 de junio de 1999.
72 B. Larocca: O. cit.

CAPÍTULO 13

El comité de crisis

El 20 de junio de 2000 René Favaloro clausuró el xix Congreso Nacional de Cardiología en Mendoza con un alegato contra las inequidades del libre mercado y en favor de "una sociedad solidaria y participativa". Según la visión que expuso aquel día, "las políticas actuales que permiten que algunas personas abandonen el sistema público de salud y se inscriban en servicios privados representan un obstáculo en la continuidad de los servicios públicos, porque a la segmentación y desigualdad en el acceso se suma el hecho de que sector público subsidia a la atención privada". Advertía en ese terreno un retroceso que afectaba principalmente a los que llamó "países en desarrollo", donde amplias capas de la sociedad quedaban excluidas de una atención de calidad en materia de salud, restringida a aquellos que cuentan con determinada capacidad económica. Por eso, más que nunca creía necesario desarrollar "servicios de salud basados en el principio de acceso universal y estructurado a partir de un fondo común de recursos y riesgos".

Según su criterio, no existían pruebas que avalaran la teoría de que el fomento de las inversiones privadas en la atención médica produciría equidad y una mejora en la salud: "Es inquietante el hecho de que intereses fuertes, privados y cada vez más transnacionales están alterando la naturaleza y hasta amenazan la existencia de sistemas públicos de atención médica", alertó, para luego considerar que no se trataba de un problema de desconocimiento sino de ideología. "Es importante que se reconozca esto, ya que hoy se están volviendo a usar, bajo un nuevo aspecto, enfoques que ya habían sido abandonados. Las estrategias actuales para reformar el sector de salud no son coherentes con el razonamiento económico, y su eficacia sigue sin haber sido puesta a prueba, más allá de la promoción de la ideología de políticas neoliberales personalizadas en el mercado".

Por si quedaran dudas, agregó: "Yo soy un convencido de que aquello de que 'el mercado lo resuelve todo', que nos quieren vender los que están con esta política de la globalización y el neoliberalismo, no vale para los problemas de la salud en absoluto. Es necesario entender que el Estado tiene obligaciones inalienables que no puede dejar, y entre ellas, dos fundamentales son la educación y la salud. Si no nos damos cuenta de esto, evidentemente muy poco nos queda para el futuro". Luego insistió con la necesidad de "volver a esa sociedad solidaria y participativa, porque no podemos dejar de reconocer que un porcentaje importante de la población queda ahí, en el conjunto cada vez más numeroso que vive en estado miserable". Y para cerrar, arriesgó que, mientras todas estas cuestiones no fueran la prioridad, "muy poco podemos seguir hablando de angioplastia, de cirugía coronaria y de todos los avances maravillosos de los cuales, sin dudas, estamos orgullosos; porque de una vez y para siempre debemos entender que la salud es un derecho y todo esto debiera estar al alcance de todos".

Aquel discurso con final encendido resultó ser su última exposición en público.[73]

Después de pasar unas vacaciones de descanso junto a sus sobrinos y sus respectivas familias, a los que invitó a recorrer los bellos paisajes cordilleranos del Sur, Favaloro arrancó un año particularmente cargado de compromisos y reconocimientos. En febrero la Sociedad de Cirujanos Torácicos y Cardiovasculares de Florida, Estados Unidos, lo había considerado como una de las "Leyendas del Milenio"; en abril fue designado Presidente

Honorario del xi Congreso de la Sociedad Internacional de Doppler Cardíaco, en Santiago de Chile; a su vez, en el marco de la celebración del cincuentenario del American College of Cardiology, se difundió una publicación que repasaba los hechos más trascendentes en la vida de la institución, entre los que se mencionaba la comunicación de René Favaloro en 1968 sobre el *bypass*, así como su libro sobre el tratamiento quirúrgico del infarto agudo de miocardio, editado en 1971. A fines de aquel mes de junio los organizadores del Congreso Internacional de la Sociedad Torácica y Cardiovascular Francófona "Cirugía 2000" lo distinguieron como uno de los "Pioneros de la Cirugía Torácica y Cardiovascular", y durante la ceremonia en París se inauguró un busto de Favaloro.

Mientras en la cuna de la ciencia lo reconocían como una celebridad, en su país lidiaba con la apremiante realidad de su fundación. Sus discusiones con Cecilia Felgueras por la deuda del Pami se habían vuelto intensas. Antes de embarcarse en la campaña electoral que terminó por consagrarla vicejefa de la Ciudad de Buenos Aires en la fórmula encabezada por el frepasista Aníbal Ibarra, Felgueras había mantenido al menos tres reuniones con Favaloro en las que le comunicó que la única alternativa reglamentaria para dilucidar la legitimidad de la deuda era recurrir a la conciliación obligatoria sugerida oportunamente por la Sigen. Esto requería de un trabajo en conjunto con un mediador para poder verificar si los servicios habían sido efectivamente prestados, para lo cual se necesitaba estudiar las historias clínicas de cada uno de los pacientes. Favaloro protestó pero, a regañadientes, terminó por aceptar. La situación afectaba su ánimo porque pensaba que lo estaban "boludeando en la cara", como les comentó a varios médicos de su *staff*. La polea parecía seguir trabada en el mismo diente.

Pero surgió un inconveniente adicional. La intervención del Pami había pedido al titular del Juzgado Federal N° 2, Jorge Luis Ballestero, que investigara la legalidad de los pagos en efectivo –prohibidos desde 1996 por dos decretos presidenciales– hechos por el organismo a varios prestadores, entre ellos a la Fundación Favaloro. Para eso, Ballestero había ordenado que le remitieran todos los expedientes con pagos en efectivo realizados entre 1998 y 1999, situación que congelaba cualquier posibilidad de avanzar en la verificación propuesta hasta tanto la justicia liberara la documentación.

Por entonces, inesperadamente, Favaloro empezó a mostrarse interesado por tener un arma. Alegaba que la inseguridad reinante podía jugarle una mala pasada en sus frecuentes viajes a La Plata y al campo de Magdalena. Si bien había tenido alguna experiencia de caza en los montes de Jacinto Arauz, no era una persona afecta a las armas, y después de preguntarles a varios de sus familiares si tenían una pistola para prestarle, terminó por encargarle a uno de los agentes de seguridad de la fundación de su mayor confianza que le eligiera y comprara un revólver. El custodio adquirió un Magnum de doble acción calibre 357 marca Taurus plateado con empuñadura de goma negra en la armería "La Federal", a pocas cuadras de su oficina (y también del Departamento Central de la Policía Federal). Cuando el dueño del local, Carlos Muñoz, se enteró de que era para René Favaloro le envió un consejo a través de su empleado: "Tener un arma y no saber usarla es como tener un auto y no saber manejar", y se ofreció para ayudarlo a hacer el trámite de inscripción, así como también para acompañarlo a realizar las prácticas requeridas para obtener el registro de usuario civil.

René fue con el comerciante a practicar en el tradicional Club Independencia, en Piedras 770. "Nos encontramos temprano a la mañana porque después yo tenía que venir al negocio y él a sus ocupaciones. Le mostré lo básico: las balas, cómo se carga y cómo se usa un revólver. Después tiró seis veces contra un blanco de papel puesto a cinco metros. Acertó todos los disparos", narró Muñoz. De acuerdo con las constancias oficiales del Registro Nacional de Armas de la República Argentina, Favaloro obtuvo su permiso de portación en abril y el arma fue anotada con el número de serie RK-681062. Según los testimonios recogidos entre sus allegados, muy pocos sabían de su existencia. Decidió guardarla en la guantera del auto.

En la fundación las cosas, lejos de mejorar, se seguían agravando. El cirujano platense empezó a usar las habituales reuniones en el aula magna con los responsables médicos de

las distintas áreas para dar a conocer y analizar las dificultades que atravesaba la institución. Quiso anticiparse a un movimiento que olfateó en los pasillos, donde la crisis se había vuelto el principal tema de conversación. Pese a que hasta ese momento no había demasiadas precisiones sobre la dimensión del problema, comenzaba a instalarse un clima de incertidumbre y agobio que, conforme pasaban los días, se iba consolidando y volviendo virulento.

De acuerdo con los registros de la Oficina Nacional de Crédito Público de la Secretaría de Finanzas del Ministerio de Economía, para el año 2000 las obligaciones pendientes de la Fundación Favaloro ascendían a 36 620 696,62 dólares. La mayor parte, 29,9 millones, correspondía al préstamo otorgado por el ex Banade para la construcción del edificio de la avenida Belgrano. A ello se sumaban las deudas por 3,5 millones con Siemens, por la adquisición financiada de equipamiento cardiovascular, y otros 3,2 millones con el BID, con los que se habían afrontado gastos corrientes del ICyCC, la universidad y el área de investigaciones. Por cuerda separada, pero siempre del lado del "debe", corría el monto hasta entonces indeterminado por la falta de pago de aportes patronales descubierto por la DGI y que había sido denunciado a nivel judicial.

Como contrapartida, la institución reclamaba como acreedora unos 15 millones de pesos (todavía convertibles a dólares) en servicios prestados a obras sociales estatales y privadas. En rigor se trataba de valores fluctuantes y en muchos casos, de difícil verificación. En el tope de la lista de morosos estaban el Pami, el Ioma, el Ministerio de Salud y varias mutuales sindicales, como la Obra Social para la Actividad Docente (Osplad), el Instituto de Servicios Sociales Bancarios, Obra Social de la Industria de la Construcción (Osdic, correspondiente al personal jerárquico), Obra Social de la Unión Obrera Metalúrgica (Osumra) y del personal del Ministerio de Economía, entre otras.

En el país la recesión agudizaba la caída del empleo y el gobierno no encontraba la manera de reactivar una economía en la que los inversores habían dejado de confiar, mientras René saltaba de reunión en reunión escuchando consejos y propuestas de salvataje para la Fundación Favaloro. La gestión de Pistorio como gerente administrativo languidecía. Sus intentos de casi cuatro años por sanear las cuentas habían resultado un fracaso, y el consejo de administración, presidido por Favaloro, decidió prescindir de sus servicios. Abram Moszenberg, fallecido en 2008 y por entonces miembro del Comité de Ética de la Fundación, aseguró en una entrevista para el libro *La muerte de Favaloro*, del periodista Pablo Calvo, que durante aquella gestión "se desvirtuó el carácter de institución sin fines de lucro que tenía la fundación".[74] Moszenberg consideraba que, si "Favaloro defendió siempre la medicina social, Pistorio en cambio fue un tecnócrata monetarista". Otros consultados para este libro que prefirieron no ser nombrados no ahorraron críticas y lo calificaron como "un burócrata", "un fariseo" o directamente "un chanta".

En los últimos años, pero sobre todo tras la muerte de Toni, René había profundizado su amistad con el humorista Luis Landriscina, que se había convertido en su confidente. En aquella encrucijada el cuentista le acercó al ingeniero Ángel Bruno Perversi, que venía de haber realizado la reingeniería del grupo local Bunge & Born y había tenido un breve paso por el Pami y por la Administración Nacional de Seguridad Social (Anses). Al evocar su desembarco en la fundación, Perversi recordó: "Encontramos una institución sobredimensionada, prácticamente quebrada, y los números mostraban una deuda muy grande con el personal". Había atrasos en el pago a proveedores y empleados, además de un virtual congelamiento de las distintas áreas de investigación.

La deuda exigible en el corto plazo ascendía a cinco millones de dólares, y por eso la estrategia de Perversi apuntó, antes que nada, a conseguir ese monto para impedir lo que se vislumbraba como un quebranto inevitable. Si bien hasta el momento los intentos de recuperar la deuda pendiente no habían dado resultado, se proponía profundizar esas gestiones y poner en marcha una agresiva campaña para buscar recursos en el exterior.

A principios de mayo Enrique Menotti Pescarmona propuso la idea de constituir un comité de crisis para estudiar la situación y buscar la mejor estrategia para superarla. Desde hacía unos años el empresario y miembro de la familia fundadora de la firma Industrias

Metalúrgicas Pescarmona, líder en infraestructura energética, trabajaba codo a codo con la fundación en el diseño y fabricación de un dispositivo artificial para implantar en personas a la espera de trasplantes cardíacos. El trasplante de corazón, uno de los objetivos originarios de René Favaloro, se había convertido en los últimos tiempos en la obsesión de su sobrino Roberto, que para entonces dominaba esa área específica dentro de la institución.

Los cónclaves del comité de crisis eran caóticos y ardientes. No faltaban discursos subidos de tono y recriminaciones cruzadas en las que sobrevolaba el fantasma de una eventual convocatoria de acreedores. Participaban médicos preocupados tanto por el futuro de la entidad como por el riesgo que corrían sus carreras y, en algunos casos, sus propios emprendimientos, que funcionaban en la fundación dentro de un esquema virtualmente tercerizado. De aquellos encuentros participaban el director médico, Ricardo Rezzónico; el gerente administrativo, Jorge Washington Barrientos, y la contadora Rosa Beatriz Ises, además de los médicos Oscar Alfredo Mendiz, Luis Gustavo Podestá, Federico Guillermo Villamil, Sergio Perrone y Eduardo Raimondi. También asistían, entre otros, los doctores Julio Jorge Trentadue, José Horacio Casabé, Eduardo Darío Gabe y Néstor Adrián Wainsztein. Al mismo tiempo seguía funcionando, aunque muy objetado, el consejo de administración de la Fundación presidido por René e integrado por Roberto y Mariano Favaloro, Héctor Raffaelli y Rubén Laguens. No obstante, varios de sus miembros también asistían a las reuniones del comité.

En simultáneo, Favaloro llevaba a cabo un verdadero raid en busca de ayuda financiera. A los reclamos y reuniones con autoridades de distintas jurisdicciones, como el presidente De la Rúa o el gobernador bonaerense, Carlos Ruckauf, sumó notas y llamados telefónicos a embajadores, empresarios e industriales, funcionarios y dirigentes políticos en general. Según Carlos Penelas, responsable de las relaciones institucionales de la fundación, en el lapso de un mes se enviaron más de cien cartas dirigidas a personalidades influyentes de lo más diversas. Entre los que recibieron esos pedidos se contaban María Amalia Sara Lacroze Reyes de Fortabat, heredera del emporio cementero de Loma Negra, y Jorge Gregorio Pérez Companc, dueño de la poderosa firma Molinos Río de La Plata, del rubro alimenticio. Hasta llegó a escribirle a un médico conocido que estaba vinculado a Robert Edward Turner III, magnate mediático mundialmente conocido como Ted. El resultado fue, una vez más, la indiferencia: solo respondieron tres empresarios. Una de las que contestó fue Amalita, quien en ese momento se atendía en la fundación por una dolencia, solo para decir que ya colaboraba con otras entidades.

El padre del *bypass* había soñado con levantar un centro médico de avanzada en Buenos Aires copiando el modelo de la Cleveland pero, a diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos, en la Argentina no existía un marco legal que permitiera a las empresas descontar impuestos y así estimular donaciones. El médico platense, que había pregonado durante años la necesidad de un mecanismo de incentivos similar al estadounidense, estaba convencido de que las principales empresas del mercado local debían colaborar con proyectos como el suyo como un modo de retribuir a la sociedad. En su círculo más íntimo solía quejarse de la recurrente actitud evasora del empresariado argentino y la indiferencia que le dispensaban los hombres de negocios. Cada tanto contaba, con lujo de detalle, anécdotas sobre las negativas a brindarle apoyo de ciertos personajes a los que consideraba ruines, aprovechadores y carentes de compromiso.

También se mostraba especialmente preocupado por el avance de la causa judicial de la DGI, por evasión de los aportes previsionales. Sus abogados no habían conseguido convencer al juez Speroni de establecer un mecanismo de compensación que permitiera descontar esas obligaciones de las que el propio Estado tenía con el centro de salud. Habitantes del sexto piso de los tribunales de Comodoro Py que en aquel momento tuvieron acceso al expediente aseguran que Favaloro podía ser citado de un momento a otro a declaración indagatoria y que su situación en el proceso era muy adversa.

El 22 de junio Favaloro escribió una carta en la que daba cuenta de los logros y reconocimientos obtenidos últimamente y se la hizo llegar al director del diario *La Nación*,

José Claudio Escribano, a quien literalmente le rogó su publicación a través de un texto reservado en el que se quejaba de la situación y la falta de apoyos: "Estoy pasando uno de los momentos más difíciles de mi vida. La fundación tiene graves problemas económico financieros –indicaba, para luego asegurar–: En este último tiempo me he transformado en un mendigo. Mi tarea es llamar, llamar y golpear puertas para recaudar algún dinero que nos permita seguir con nuestra tarea".[75]

Al ver el tenor de esas expresiones, Escribano se comunicó con el médico, pero este le recalcó que solo pretendía que publicara información sobre las distinciones. Según reveló el editor, en ese momento pensó que la actitud del médico respondía a una lógica que tiene todo hombre de empresa ("como también lo era Favaloro"), en el sentido de que hacer públicos los inconvenientes podía llegar a empeorar la situación. Y, si bien ganaba terreno la idea de que era necesaria una reorientación del esquema general de negocios, en lo inmediato, el desafío más urgente consistía en poder refinanciar la deuda o conseguir los fondos necesarios para salvar el centro médico, y luego recién proceder a reordenar el resto de las variables.

Poco a poco, los cuestionamientos empezaron a concentrarse en la figura del máximo responsable de la fundación, poniendo en jaque su autoridad. Sus subordinados le adjudicaban el desmadre administrativo y lo acusaban de estar fuera de época por pretender, ilusoriamente, transpolar un modelo que era inviable en la Argentina. También le reprochaban haberse encaprichado con brindar atención a sectores sin recursos a costa de estrangular las finanzas de la entidad. En el comité de crisis crecía la idea de que René Favaloro, factótum y principal emblema institucional, debía resignar su lugar como director para permitir llevar adelante los cambios considerados indispensables para salir del pozo. A esta altura, Roberto Favaloro se había erigido en uno de los principales impulsores de las transformaciones a las que consideraba como la única alternativa de sobrevida para la entidad.

El viernes 7 de julio, pasadas las diez de la mañana, el creador del *bypass* ingresó en la Casa Rosada para mantener una entrevista con el presidente de la nación. El encuentro se extendió por una media hora. Con su habitual gesto adusto y voz grave, Favaloro le pidió a De la Rúa que intercediera ante el titular del Banco Interamericano de Desarrollo, Enrique Valentín Iglesias García, ya que la entidad había suspendido el flujo crediticio hacía su fundación, y también lo instó a que usara todas sus influencias para buscar un auxilio urgente ante la crítica situación que atravesaba. El jefe de Estado se comprometió a ocuparse e instruyó a su jefe de Gabinete, Rodolfo Héctor Terragno, para que llevara el pedido a Iglesias en persona. Según comentó el funcionario tiempo después, el titular del BID al recibir la solicitud hizo un gran elogio del cirujano platense y hasta opinó que debería haber ganado el premio Nobel, sin embargo, en lo concreto se limitó a decir que analizaría el caso.

Se aproximaba la fecha de su cumpleaños número 77. Cercado por los problemas, las duras impugnaciones que soportaba y sus propios fantasmas, René quiso alejarse de todo. Decidió ir a pasar unos días junto con Diana en el aislamiento del monasterio benedictino Santa María de Los Toldos, ubicado sobre la ruta provincial 51, a 350 kilómetros de Buenos Aires, un sitio ideal para evitar miradas indiscretas. Por sugerencia de Landriscina, la pareja había pensado en ese lugar, regenteado por Mamerto Menapace (quien había compartido con René y Landriscina el escenario del Luna Park), para unirse ante Dios en una ceremonia íntima que agendaron para el jueves 17 de agosto. Iba a ser también un homenaje a San Martín, al cumplirse 150 años de su paso a la inmortalidad.

En aquel bucólico entorno el médico platense pasó unos días de sosiego y recogimiento y mantuvo varias charlas a solas con el religioso.

–Usted sabe, padre, que yo quise mucho a mi esposa, la cuidé en su enfermedad, pero lo que me pasa ahora es distinto, es muy fuerte. No sé qué hacer. Me pregunto si es correcto

estar con Diana porque yo soy mucho mayor que ella –planteó Favaloro.

Menapace alzó la vista al techo y suspiró. Después de pensarlo un instante dijo:

–Su verdadero pecado, mi amigo, sería no permitirse ser feliz.

"Ciertamente la diferencia de edad era muy grande, pero había, yo diría, una clara conciencia y una plena aceptación de ambos, sin presiones ni engaños", señaló el religioso durante una entrevista para este trabajo. Según su mirada, el cirujano "transparentaba a cada momento su corazón apasionado, tanto en el cariño como en sus responsabilidades para con la obra de su vida que era la fundación. Le dolía ver que peligraban sus sueños". Se supo que en esos días había buscado también el consejo de un teólogo de la Academia Nacional de Ciencias, con quien reflexionó sobre el ser y la existencia, y a quien le había dicho algo que el catedrático solo valoró debidamente más tarde: "A veces la fe no alcanza para sustentar el ánimo".

Al regresar del campo, Favaloro organizó en el departamento una reunión familiar por su cumpleaños. Aquella noche se habló de los arreglos para la boda y todos brindaron por los novios. Según sus sobrinos, René estaba contento y entusiasmado. Junto con su prometida concurrió al Registro Civil de La Plata a sacar turno para el casamiento. El jefe de la Delegación de 1 y 59, Gustavo Crego, contó que los atendió personalmente y que le pidieron que buscara la fecha más cercana posible. Sin documentación a la mano, ya que se trata de información que se descarta, el funcionario cree recordar que se iban a casar el martes 3 o el jueves 5 de agosto. La idea era que todo fuera lo más discreto posible y, fundamentalmente, que el dato no se filtrara a la prensa.

El jueves 20 de julio Favaloro mantuvo una extensa reunión con el ministro Lombardo, ante quien imploró por una ayuda extraordinaria que sirviera, al menos, para oxigenar el horizonte cercano. El funcionario le pidió que lo dejara pensar, pero le adelantó que, en principio, no estaba en condiciones de hacer una excepción en medio del adverso escenario al que no escapaba el sistema sanitario en su conjunto. Entre las alternativas que barajaba y que llegó a mencionar en esa oportunidad, figuraba la de idear "una dinámica que permitiera incorporar la fundación al ámbito público", para así evitar un cierre. El cirujano también había sido recibido en esos días por el ministro de Economía, José Luis Machinea, quien se comprometió a estudiar alguna forma de ayudar, aunque finalmente le sugirió una solución idéntica a la de Lombardo. En el gobierno no lo veían como algo descabellado, sobre todo si se tenía en cuenta que la principal deuda de la fundación era con el fisco y, a la vez, su mayor sostén habían sido siempre las arcas del erario público. Esa opción significaba, de algún modo, asumir el fracaso de no haber logrado la sustentabilidad del mayor proyecto en el que se había embarcado en su vida.

El viernes 21 las autoridades del Pami ordenaron al sector de Control Prestacional del organismo que iniciara una auditoría sobre la deuda reclamada por la Fundación Favaloro. Esa semana se había llevado adelante una primera verificación contable en el marco del proceso de conciliación iniciado en mayo con el consentimiento y la participación de la fundación a través de su apoderado, Edmundo Carlos Aranguren, un médico especializado en administración hospitalaria que había colaborado durante muchos años con ella y que estaba ligado también a la Fundación Sanidad del Ejército Argentino. Para entonces, Cecilia Felgueras se preparaba para asumir como vicejefa del gobierno porteño y el organismo de los jubilados había quedado en manos de Horacio Rodríguez Larreta, quien, respecto de la deuda con la fundación, mantuvo la misma tesitura de sus antecesores. Alguna vez, consultado al respecto, señaló: "Nosotros nunca dijimos que el servicio no se prestó, lo que dijimos es que en ninguno de los libros contables del Pami constaban esas prestaciones".[76]

Entretanto, el clima interno en el centro médico se había vuelto más espeso. Varios de los miembros del comité de crisis ejercían una fuerte presión para que René cediera su lugar de conducción. El nivel de beligerancia que alcanzaban los encuentros había llevado a que dejaran de hacerse en el edificio, e incluso sin la presencia de René; de modo que varios de ellos se llevaron a cabo en el quincho de la casa de Roberto Favaloro, quien adquirió un rol protagónico en las discusiones y ofició de interlocutor entre su tío y los grupos de médicos más radicalizados. La eminencia ponderada en todo el mundo recibió en ese tiempo un

trato humillante de parte de sus colaboradores y hasta familiares: su intransigencia para aceptar los oscuros vericuetos del negocio de la salud era considerada el mayor obstáculo para sacar a la fundación de la crisis.

Los cirujanos aprenden dentro del quirófano el arte de la discreción y, si es necesario, el del silencio compacto. Cuando se consulta sobre aquellos febriles días, los testimonios evitan las precisiones. En su libro *Con el corazón en las manos*, Fernando Boullon aseguró que Favaloro "estaba rodeado de un entorno realmente desagradable", pero también evitó dar nombres. Para darse una idea del voltaje que tuvo esa "interna", basta señalar que el vocero de la Fundación, Carlos Penelas, buscó el asesoramiento de los abogados Ricardo Monner Sans y Julio César Strassera antes de publicar su libro *Diario interior*..., donde abundan alusiones al clima enrarecido de intrigas y ruindades que se vivía en aquellos días. Sin embargo, supo omitir con destreza los señalamientos personales.

En la mañana del domingo 23 comenzó la cuenta regresiva. Ese día René aceptó convocar a una reunión de urgencia en su departamento. Acudieron Perversi, Rezzónico, Ises y Pescarmona. El panorama descripto durante el encuentro era dramático y solo quedaba el camino de aplicar, urgentemente, un severo ajuste que implicaba el despido de numerosos empleados y el achicamiento de algunos servicios. Se debía encarar una reingeniería que iba a demandar una nueva conducción que interpretara y acompañara las transformaciones, lo cual significaba que Favaloro debía dar un paso al costado. La idea que prevalecía era darle una salida elegante para que quedara como presidente honorario de la fundación, y que durante lo más arduo del ajuste se tomara unas vacaciones.

Pero él no lo podía digerir. Intentó negociar algunos de los despidos. Se sintió acorralado. Aquella noche le costó mucho conciliar el sueño. El miércoles siguiente, a última hora, dictó a Diana tres cartas y pidió que fueran remitidas de inmediato al presidente de la nación y sus ministros de Economía y Desarrollo Social. Las misivas ingresaron el viernes al circuito de mesa de entradas de cada repartición. Si bien se supone que todas tenían planteos similares, solo trascendió el texto de la envió al presidente De la Rúa:

Estimado Fernando:

Te escribo estas líneas porque nuestra Fundación está al borde de la quiebra. Te imaginarás cómo me siento después de 30 años dedicados por completo a la medicina y a mi país. Tenemos emergencias ineludibles que deben solucionarse en los próximos días. Necesitamos alrededor de seis millones de pesos.

No tengo conexiones con el empresariado argentino, por el contrario, a veces choco con algunos "peces gordos", como Amalita o Goyo Pérez Companc. Por eso, uno de los pedidos que te hice en nuestra última charla era que utilizaras tu influencia para conseguir la ayuda que tanto necesitamos. En fin, te ruego que influyas para conseguir una donación urgente, creo que es el camino más corto. Perdoname por el pedido, te escribo desde la desesperación. Nunca en mi vida estuve tan deprimido.

Con el afecto de siempre,

René Favaloro

El jueves viajó a La Plata, donde permaneció casi todo el día. A media tarde se presentó en la Parroquia San José y pidió ver al cura Carlos Alberto Mancuso, un sacerdote muy peculiar, el único en el país habilitado por el Vaticano para realizar exorcismos. Fue a retirar una copia de su fe de bautismo que había solicitado días atrás por teléfono para poder hacer los trámites de su próximo casamiento religioso. Reafirmaba, pese a todo, su intención de ir adelante con el enlace.

El viernes llegó temprano al edificio de la fundación y se encerró un rato a solas en su oficina del cuarto piso hasta que llegó la hora de ir al quirófano. En ese rato, entre otras

cosas, llamó al gerente de la empresa que brindaba el servicio de ambulancias para pedirle que no le cortara el servicio y le prometió que iba a regularizar lo antes posible el pago que estaba tres meses atrasado. Le tocaba realizar la reintervención de una paciente coronaria en la sala 3: un caso complicado que acabó con el fallecimiento de la mujer en la camilla de operaciones. Se cambió en el vestuario y se encargó de hablar con la familia.

Después se dirigió a su despacho, donde lo esperaban varios integrantes del comité de crisis. La propuesta de racionalización debía ponerse en marcha y necesitaba su firma. El plan iba a entrar en vigor de inmediato. Los telegramas para la primera tanda de despidos ya estaban listos y comenzarían a ser enviados de un momento a otro. En medio de la reunión alguien le preguntó a René cómo se imaginaba vivir sin estar en la fundación. El cirujano intentó arrancar una arenga: habló de la historia, de los hitos de la institución y mencionó a muchos de los destacados profesionales que habían desfilado por allí todos esos años, hasta que en un momento pareció caer en la cuenta de lo que estaba pasando. Se le hizo un nudo en la garganta y terminó sumido en un llanto inconsolable.

A su sobrino Roberto le quedó una sensación amarga que aún hoy no puede quitarse de aquel momento. Días después, ante la Justicia dijo que lo notó "deprimido, algo que no era común en él"; tanto que por la tarde lo llamó a su oficina para ver cómo andaba, y René le dijo que estaba bien. Quedaron en verse el fin de semana. Esa tarde, antes de irse, Favaloro le dijo a su secretaria Graciela Cordero: "No sé qué voy a hacer el lunes, no me puedo presentar sabiendo que muchos queridos colaboradores fueron despedidos".

Salió con Diana. Hicieron a pie el trayecto de siempre. Se detuvieron en una fiambrería ubicada en Entre Ríos y Venezuela para comprar algunas cosas con las que improvisaron la cena. Antes de acostarse quiso tener, al menos, una buena noticia. Prendió la radio saber cómo había salido Gimnasia que, todavía dirigido por su amigo Griguol, enfrentaba aquella noche a San Lorenzo como visitante. Apenas escuchó que había perdido 3 a 0, no quiso saber más detalles y apagó el receptor.

---

73 El texto se puede leer íntegramente en: fac.org.ar
74 P. Calvo: *La muerte*..., p. 164.
75 *La Nación*, 31 de julio de 2000.
76 *La Nación*, 4 de agosto de 2000.

CAPÍTULO 14

Disparo al corazón

Como era su costumbre, aquel 29 de julio de 2000, pese a ser sábado, René se levantó temprano a la madrugada. Cerca de las nueve y media, cuando se despertó Diana, desayunaron juntos. La situación crítica de la Fundación Favaloro impregnaba todo. Él le mostró apesadumbrado la lista del personal que iba a empezar a recibir telegramas de despido en pocas horas más. Ella buscó distraerlo hablándole del casamiento: le dijo que se había probado el vestido de novia y le recordó que, por la tarde, tenían que terminar de definir la lista de invitados. Le cocinó algo liviano porque el doctor quería bajar de peso: no había surtido efecto el intento de convencerlo de que sumara a su rutina una dosis de actividad física.

René le había pedido que aprovechara ese fin de semana para mudar algunas de sus cosas de su departamento, y hablaron de eso durante el almuerzo. Ella le contó que ya tenía todo arreglado con su hermano Pedro Andrés, cinco años mayor que ella, quien la iba a pasar a buscar para ayudarle.

–Yo me voy a La Plata –le recordó el médico.

Supuestamente iba a ver a su sobrino Coco para ultimar detalles de los preparativos del casamiento. Se despidieron. Diana fue hasta su casa, llenó dos valijas con ropa y desconectó la computadora. Su hermano la fue a buscar a las cuatro de la tarde, cargaron las cosas y se dirigieron al edificio de Dardo Rocha 2965. Favaloro esperó a quedarse a solas para cerrar la puerta de servicio. Dejó la llave puesta. Era el único acceso a la casa por donde podían ingresar las únicas personas que tenían copias de la llave: Diana y su empleada doméstica, Ramona Jiménez, que estaba de franco.

Entonces preparó el escenario. Se afeitó, se bañó; se puso el pijama y escribió la última carta y dos notas con indicaciones precisas. Después, se paró delante del espejo del baño. Observó por un instante el abismo de su alma y, apoyando el revólver sobre el corazón, disparó. El impacto impulsó el cuerpo hacia atrás y, al desplomarse, la cabeza golpeó contra la puerta. Todo había terminado. Nadie lo advirtió. Solo una adolescente que vivía en el piso de arriba dijo haber escuchado un "fuerte ruido a lata".

Diana y su hermano llegaron al departamento a las 16.45. El Peugeot 505 azul de René estaba en la cochera. Si bien tenían una copia de la llave de la puerta de servicio, primero tocaron el timbre. Nadie respondió. Cuando quisieron abrir notaron que había otra llave puesta desde adentro. Llamaron al celular pero no hubo caso: solo pudieron dejar un mensaje de voz en el contestador. En ese momento, la mujer pensó que René se había quedado dormido y que les iba a costar despertarlo. Bajó a preguntarle al encargado del edificio, Miguel Ángel Rossetti, si había visto al doctor. La atendió su hijo Adrián y le dijo que no.

Después de un rato de probar distintas maniobras lograron quitar la llave e ingresar en el departamento. Fueron directamente al dormitorio pero no encontraron a René. Vieron que en uno de los baños, que tenía la puerta apenas abierta, la luz estaba encendida. Cuando quisieron entrar notaron que algo obstruía el paso. Pedro empujó la puerta y

alcanzó a ver a Favaloro tendido en el suelo en medio de un charco de sangre. Diana comenzó a gritar. Su hermano buscó tranquilizarla. Se comunicaron con la fundación y pidieron que enviaran la ambulancia de la guardia. El teléfono de Roberto estaba fuera del área de cobertura. Después se supo que René también había intentado llamarlo sin suerte durante aquella tarde fatídica.

Los gritos de Diana alertaron al portero, que dio aviso a la policía. El alboroto también llamó la atención de Alberto Víctor Lapicki, un empresario que vivía en el mismo edificio, quien bajó por la escalera de servicio y encontró la puerta abierta. Al ver lo que estaba sucediendo, subió a su casa y regresó con un cortafrío con el que logró desarmar la puerta del baño. Había pasado poco menos de media hora del hallazgo cuando llegó Luis María de la Mata, el médico de guardia de la Fundación Favaloro, quien antes de ingresar en el baño se detuvo unos segundos para mirar la escena con atención. Vio el arma dentro del lavatorio y la sangre cubriéndolo todo. El cuerpo estaba con la cabeza bajo el umbral de la puerta y las piernas flexionadas.

–No hay nada que hacer. Se pegó un tiro certero –dijo De la Mata después de constatar la ausencia de signos vitales en el cuello, la ingle y la muñeca.

Minutos después llegó una ambulancia del Sistema de Atención Médica de Emergencias (Same) con un equipo estaba a cargo del galeno Ignacio Goyenechea, que acreditó el deceso al igual que antes lo había hecho su colega. A esa altura, el departamento se había llenado de gente. A los tres policías de la comisaría 53, con jurisdicción en el lugar, se les habían sumado el juez de turno, Roberto Antonio Grispo, titular del Juzgado de Instrucción N° 11, y el instructor Claudio Soca, de la Fiscalía N° 46, además de varios efectivos de la División Homicidios de la Policía Federal con especialistas en identificaciones papiloscópicas, planimetría, fotografía, balística y laboratorio químico.

En un primer momento el caso fue caratulado como "muerte dudosa". Según el acta policial labrada aquel día, el médico llevaba un pijama blanco, medias oscuras y una ojota en el pie izquierdo. La sangre que le cubría el rostro y parte del pecho había alcanzado también la mampara de la bañera y el espejo, donde había dos notas pegadas con cinta adhesiva. En una de ellas, bajo el manchón rojo se alcanzaba a leer: "Avisar a Roberto y a Liliana", y sus números de teléfono; luego el texto humedecido se había vuelto borroso y solo al final de la hoja podía leerse "hasta siempre". La otra esquela tenía una serie de indicaciones para seguir después del hallazgo.

Al retirar el cadáver, los bomberos le quitaron el reloj pulsera y un par de anteojos que dejaron sobre la cama del dormitorio, cerca de la mesa de luz donde había un ejemplar de *Las venas abiertas de América Latina*, del uruguayo Eduardo Galeano. Dentro de uno de los cajones se encontraron dos alianzas de oro en un estuche rojo.

En la inspección ocular del departamento no se detectaron signos de violencia. El expediente judicial da cuenta de que encima de la mesa del comedor había siete sobres blancos tipo carta y uno más grande de papel madera con la inscripción "Mi testamento", que contenía el legado elaborado por el médico en 1998, tras la muerte de su esposa. Cada uno de los sobres tenía su propio encabezamiento: "A las autoridades competentes", "Cosas de Diana, deben ser devueltas en sobre cerrado a Diana Truden", "René Presente", "A mis familiares y amigos", "A Diana, solamente será abierto por Diana Truden", "A Ramona Jiménez" y "A mis sobrinos, hijos de Juan José". Se procedió a la apertura de las cartas que, en su mayoría, estaban escritas a mano con letra cursiva en tinta azul y llevaban la firma de Favaloro con la fecha. A su vez, en un antiguo *secretaire* había otro sobre dirigido "a Roberto Favaloro", además de efectos personales y dinero. Esparcidas alrededor de la mesa habían quedado varias hojas en blanco y algunos borradores en el canasto. Todos los sobres estaban lacrados y acompañados de la leyenda "Reservado".

De acuerdo con las instrucciones escritas dejadas por Favaloro, el juez dispuso la apertura de la caja fuerte que había en el dormitorio, para lo cual se convocó al cerrajero Nicolás Alfredo Olivera. Si bien nunca se confirmó lo hallado en ese lugar, trascendió que del cofre se habría extraído información, documentos bancarios y dinero. En el lugar también se secuestró una copia de la carta remitida al presidente De la Rúa. Se constató que

la numeración RK-681062 del revólver hallado dentro del lavatorio se correspondía con la que figuraba como propiedad de creador del *bypass*. Una pericia posterior certificó que se trataba del arma usada en el hecho. Tenía siete celdillas con seis cartuchos de bala y una vaina servida, y los pesquisas lograron hallar detrás del inodoro el proyectil utilizado al disparar.

Pasadas las 18 el canal Crónica TV dio la primicia de la muerte de René Gerónimo Favaloro. Dos horas más tarde la Fundación Favaloro difundió un escueto comunicado confirmando el deceso: "No vamos a hacer ningún tipo de declaraciones y el lunes seguiremos adelante con su obra, como siempre", se indicó. El acceso principal del edificio de la avenida Entre Ríos se convirtió en una suerte de santuario en el que se agolpaban pacientes, admiradores y ciudadanos comunes que, en muchos casos, ante las cámaras de televisión responsabilizaban a las autoridades por la muerte.

El mundo entero se conmovió con la noticia. El presidente De la Rúa decretó duelo nacional y ordenó mantener la bandera a media asta. La familia rechazó el ofrecimiento del gobierno para llevar a cabo un velatorio con todas las honras. Desde la Cleveland Clinic Foundation, el CEO, Floyd D. Loop, lo recordó como un "verdadero pionero de la cirugía, un maestro cirujano y un ser humano compasivo que cambió el curso de la medicina moderna al realizar la primera operación de derivación aortocoronaria documentada". Hubo mensajes provenientes de todo el mundo que no se limitaron, en absoluto, al ambiente médico

Si bien la investigación recayó inicialmente en el juzgado del doctor Grispo, 48 horas después, al iniciarse la feria judicial, pasó a manos del titular del Juzgado de Instrucción N° 41, Daniel Enrique Turano. El expediente, que llevó el número 78 474, fue caratulado "averiguación de causales de muerte" y quedó bajo la órbita de la secretaría N° 112, a cargo de Cristian Claudio Magnone. La autopsia realizada por los peritos forenses José Ángel Patitó y el reconocido Osvaldo Hugo Raffo determinó que la muerte "fue producida por lesión por proyectil de arma de fuego en tórax, con hemorragia interna y desgarro cardíaco". El informe, que lleva el número 1701, confirmó que el deceso se produjo el sábado cerca de las 16.45 dentro del baño del departamento de Palermo Chico y a causa de una autoagresión.

El tiro ingresó por el pecho y salió cerca del omóplato; el orificio de entrada se encontraba volcado en la pared anterior del hemotórax izquierdo. Por las características de las lesiones que presentaba, Favaloro se había corrido el saco del pijama y apoyó el caño en el plano de la piel. El impacto fracturó el arco anterior de la cuarta costilla, desgarrando los músculos superior e interior en los espacios intercostales. Patitó sostuvo que "únicamente pudo haber aplicado tal efecto un facultativo especialista en cardiología, alguien que a todas luces sabía que la lesión que iba a causar la bala en el lugar donde se la colocó sería, justamente, el estallido de su corazón".

Quienes investigaron el caso están convencidos de que Favaloro preparó la escena con varios días de anticipación y que solo redactó aquel día una de las cartas, la que junto a la fecha lleva el horario de 14.30. También debió haber escrito ese día las notas con indicaciones sobre cómo proceder después de producido el hallazgo, que estaban en el baño. Asimismo desde las primeras horas empezó a consolidarse la idea de que el principal móvil de lo ocurrido respondía a la desesperante situación financiera que atravesaba la fundación. En Tribunales se explicó a los medios que, lejos de tratarse de un acto repentino o producto de un estado de ánimo momentáneo, Favaloro había preparado su suicidio con suficiente antelación. Según constataron los peritos, se había bañado y afeitado antes de matarse.

En medio del impacto por el trágico desenlace trascendieron algunas versiones que incorporaban otros móviles más allá del económico. En este sentido, se mencionaba la repercusión negativa de noviazgo y el anuncio de casamiento entre sus familiares. A todo ello se sumó un rumor que indicaba de que Diana estaba embarazada, comentario que circuló profusamente en el mundo médico. Uno de los medios que mencionó esa posibilidad fue el diario *Página/12*, al informar sobre la solicitud familiar al juez para que tomara

muestras de ADN del cadáver. A propósito, el matutino aclaró: "Nadie confirmó ese dato, pero los familiares más directos del médico fallecido quisieron asegurarse ante un eventual futuro reclamo (ya que) Favaloro era viudo y no había tenido hijos durante su matrimonio".[77]

Como sea, los allegados suelen coincidir en señalar la incidencia de un aspecto emocional anudado al quebranto económico. Así lo expresó dos años después el propio sobrino mayor, Roberto Favaloro, en una entrevista concedida al diario *La Nación*, cuando dijo: "Él no tenía hijos, y siempre decía que esto era como un hijo. Creo que sintió que esto se estaba muriendo, que iba a perder a su hijo. Era una persona muy orgullosa y no pidió ayuda: su proyecto de medicina para todos subsidiada por el Estado se vio en dificultades. Debía hacer una reingeniería y no pudo afrontarlo... Como dijo en su carta: se cansó de luchar y se inmoló", había dicho el sobrino en una entrevista concedida al mismo matutino y publicada al cumplirse un año de la muerte de su tío".[78]

En la vida interna de la fundación ya hacía tiempo que todo estaba enrarecido, pero tras la muerte de René las peleas se potenciaron y hoy no son pocos los que reconocen la incidencia de aquel clima en la tragedia final del médico platense. "Yo creo que la mitad del gatillo lo apretó el comité de crisis. Agarraron un hombre cansado de 77 años para tirarle toda la basura arriba", opinó diez años más tarde con crudeza Raimondi para una investigación especial de la revista *Noticias*.[79] Nadie le contestó en público.

La expectativa judicial y mediática se centró en el contenido de las cartas, que fueron incorporadas al expediente. La primera en trascender fue la misiva dirigida "A las autoridades competentes". Allí Favaloro aseguraba haber tomado su "determinación después de haberla meditado largamente", y explicaba que se trataba de "una decisión personal" derivada de "la desesperante deuda que mantenía con diferentes bancos y organismos", según informaron fuentes judiciales que, sin embargo, nunca exhibieron los papeles originales.

Después de que el juez Turano liberó todas las cartas, los familiares decidieron hacer pública solo una de ellas: la única que habría escrito ese día, con una sintaxis por momentos inconexa y alborotada. Según Roberto Favaloro, en este texto están contenidas las razones que llevaron a su tío a quitarse la vida:

A mis queridos familiares y amigos:

Si se lee mi carta de renuncia a la Cleveland Clinic, está claro que mi regreso a la Argentina (después de haber alcanzado un lugar destacado en la cirugía cardiovascular) se debió a mi eterno compromiso con mi Patria. Nunca perdí mis raíces. Volví para trabajar en docencia, investigación y asistencia médica. La primera etapa en el Sanatorio Güemes demostró que inmediatamente organizamos la residencia en cardiología y cirugía cardiovascular, además de cursos de posgrado a todos los niveles.

Le dimos importancia también a la investigación clínica en donde participaron la mayoría de los miembros de nuestro grupo. En lo asistencial exigimos de entrada un número de camas para los indigentes. Así, cientos de pacientes fueron operados sin cargo alguno. La mayoría de nuestros pacientes provenían de las obras sociales. El sanatorio tenía contrato con las más importantes de aquel entonces.

La relación con el sanatorio fue muy clara: los honorarios, provinieran de donde provinieran, eran de nosotros; la internación, del sanatorio (sin duda la mayor tajada). Nosotros con los honorarios pagamos las residencias y las secretarias y nuestras entradas se distribuían entre los médicos proporcionalmente.

Nunca permití que se tocara un solo peso de los que no nos correspondían. A pesar de que los directores aseguraban que no había retornos, yo conocía que sí los había. De vez en cuando, a pedido de su director, saludaba a los sindicalistas de turno, que agradecían nuestro trabajo. Este era nuestro único contacto.

A mediados de la década de 1970, comenzamos a organizar la Fundación. Primero con la

ayuda de la SDDRA, creamos el departamento de investigación básica que tanta satisfacción nos ha dado y luego la construcción del Instituto de Cardiología y Cirugía Cardiovascular. Cuando entró en funciones, redacté los diez mandamientos que debían sostenerse a rajatabla, basados en el lineamiento ético que siempre me ha acompañado.

La calidad de nuestro trabajo, basado en la tecnología incorporada más la tarea de los profesionales seleccionados hizo que no nos faltara trabajo, pero debimos luchar continuamente con la corrupción imperante en la medicina (parte de la tremenda corrupción que ha contaminado a nuestro país en todos los niveles sin límites de ninguna naturaleza).

Nos hemos negado sistemáticamente a quebrar los lineamientos éticos, como consecuencia, jamás dimos un solo peso de retorno. Así, obras sociales de envergadura no mandaron ni mandan sus pacientes al Instituto.

¡Lo que tendría que narrar de las innumerables entrevistas con los sindicalistas de turno! Manga de corruptos que viven a costa de los obreros y coimean fundamentalmente con el dinero de las obras sociales que corresponde a la atención médica.

Lo mismo ocurre con el Pami. Esto lo pueden certificar los médicos de mi país que para sobrevivir deben aceptar participar del sistema implementado a lo largo y ancho de todo el país. Valga un solo ejemplo: el Pami tiene una vieja deuda con nosotros, (creo desde el año 94 o 95) de 1 900 000 pesos; la hubiéramos cobrado en 48 horas si hubiéramos aceptado los retornos que se nos pedían (como es lógico no a mí directamente).

Si hubiéramos aceptado las condiciones imperantes por la corrupción del sistema (que se ha ido incrementando en estos últimos años) deberíamos tener cien camas más. No daríamos abasto para atender toda la demanda.

El que quiera negar que todo esto es cierto que acepte que rija en la Argentina el principio fundamental de la libre elección del médico, que terminaría con los acomodados de turno. Lo mismo ocurre con los pacientes privados (incluyendo los de la medicina prepaga) el médico que envía a estos pacientes por el famoso ana-ana, sabe, espera, recibir una jugosa participación del cirujano.

¡Hace muchísimos años debo escuchar aquello de que Favaloro no opera más! ¿De dónde proviene este infundio? Muy simple: el paciente es estudiado. Conclusión, su cardiólogo le dice que debe ser operado. El paciente acepta y expresa sus deseos de que yo lo opere. "Pero ¿cómo?, ¿usted no sabe que Favaloro no opera hace tiempo?". "Yo le voy a recomendar un cirujano de real valor, no se preocupe". ¡El cirujano "de real valor" además de su capacidad profesional retornará al cardiólogo mandante un 50% de los honorarios! Varios de esos pacientes han venido a mi consulta no obstante las "indicaciones" de su cardiólogo. "Doctor, ¿usted sigue operando?", y una vez más debo explicar que sí, que lo sigo haciendo con el mismo entusiasmo y responsabilidad de siempre. Muchos de estos cardiólogos son de prestigio nacional e internacional. Concurren a los Congresos del American College o de la American Heart y entonces sí, allí me brindan toda clase de felicitaciones y abrazos cada vez que debo exponer alguna "lecture" de significación. Así ocurrió cuando la de Paul D. White lecture en Dallas, decenas de cardiólogos argentinos me abrazaron, algunos con lágrimas en los ojos. Pero aquí, vuelven a insertarse en el "sistema" y el dinero es lo que más les interesa.

La corrupción ha alcanzado niveles que nunca pensé presenciar. Instituciones de prestigio como el Instituto Cardiovascular Buenos Aires, con excelentes profesionales médicos, envían empleados bien entrenados que visitan a los médicos cardiólogos en sus consultorios. Allí les explican en detalle los mecanismos del retorno y los porcentajes que recibirán no solamente por la cirugía, los métodos de diagnóstico no invasivo (*Holter echo*, cámara y etc., etc.), los cateterismos, las angioplastias, etc. etc., están incluidos.

No es la única institución. Médicos de la Fundación me han mostrado las hojas que les dejan con todo muy bien explicado. ¡Llegado el caso, una vez el paciente operado, el mismo personal entrenado visitará nuevamente al cardiólogo, explicará en detalle "la operación económica" y entregará el sobre correspondiente!

La situación actual de la Fundación es desesperante, millones de pesos a cobrar de tarea realizada, incluyendo pacientes de alto riesgo que no podemos rechazar. Es fácil decir "no hay camas disponibles".

Nuestro juramento médico lo impide.

Estos pacientes demandan un alto costo raramente reconocido por las obras sociales. A ello se agregan deudas por todos lados, las que corresponden a la construcción y equipamiento del ICyCC, los proveedores, la DGI, los bancos, los médicos con atrasos de varios meses. Todos nuestros proyectos tambalean y cada vez más todo se complica ana-ana

En Estados Unidos, las grandes instituciones médicas, pueden realizar su tarea asistencial, la docencia y la investigación por las donaciones que reciben.

¡Las cinco facultades médicas más trascendentes reciben más de 100 millones de dólares cada una! Aquí, ni soñando.

Realicé gestiones en el BID que nos ayudó en la etapa inicial y luego publicitó en varias de sus publicaciones a nuestro instituto como uno de sus logros. Envié cuatro cartas a Enrique Iglesias, solicitando ayuda (¡tiran tanto dinero por la borda en esta Latinoamérica!), todavía estoy esperando alguna respuesta. Maneja miles de millones de dólares, pero para una institución que ha entrenado centenares de médicos desparramados por nuestro país y toda Latinoamérica, no hay respuesta.

¿Cómo se mide el valor social de nuestra tarea docente?

Es indudable que ser honesto, en esta sociedad corrupta tiene su precio. A la corta o a la larga te lo hacen pagar.

La mayoría del tiempo me siento solo. En aquella carta de renuncia a la C. Clinic, le decía al Dr. Effler que sabía de antemano que iba a tener que luchar y le recordaba que Don Quijote era español. Sin duda la lucha ha sido muy desigual.

El proyecto de la Fundación tambalea y empieza a resquebrajarse.

Hemos tenido varias reuniones, mis colaboradores más cercanos, algunos de ellos compañeros de lucha desde nuestro recordado Colegio Nacional de La Plata, me aconsejan que para salvar a la Fundación debemos incorporarnos al "sistema".

Sí al retorno, sí al ana-ana.

"Pondremos gente a organizar todo". Hay "especialistas" que saben cómo hacerlo. "Debés dar un paso al costado. Aclararemos que vos no sabés nada, que no estás enterado".

"Debés comprenderlo si querés salvar a la Fundación".

¡Quién va a creer que yo no estoy enterado!

En este momento y a esta edad terminar con los principios éticos que recibí de mis padres, mis maestros y profesores me resulta extremadamente difícil. No puedo cambiar, prefiero desaparecer. Joaquín V. González escribió la lección de optimismo que se nos entregaba al recibirnos: "A mí no me ha derrotado nadie". Yo no puedo decir lo mismo. A mí me ha derrotado esta sociedad corrupta que todo lo controla. Estoy cansado de recibir homenajes y elogios al nivel internacional. Hace pocos días fui incluido en el grupo selecto de las leyendas del milenio en cirugía cardiovascular. El año pasado debí participar en varios países desde Suecia a la India escuchando siempre lo mismo.

"¡La leyenda, la leyenda!".

Quizá el pecado capital que he cometido, aquí en mi país, fue expresar siempre en voz alta mis sentimientos, mis críticas, insisto, en esta sociedad del privilegio, donde unos pocos gozan hasta el hartazgo, mientras la mayoría vive en la miseria y la desesperación. Todo esto no se perdona, por el contrario, se castiga.

Me consuela el haber atendido a mis pacientes sin distinción de ninguna naturaleza. Mis colaboradores saben de mi inclinación por los pobres, que viene de mis lejanos años en Jacinto Arauz. Estoy cansado de luchar y luchar, galopando contra el viento como decía Don Ata.

No puedo cambiar.

No ha sido una decisión fácil pero sí meditada.

No se hable de debilidad o valentía.

El cirujano vive con la muerte, es su compañera inseparable, con ella me voy de la mano. Solo espero no se haga de este acto una comedia. Al periodismo le pido que tenga un poco de piedad. Estoy tranquilo. Alguna vez en un acto académico en USA se me presentó como a un hombre bueno que sigue siendo un médico rural. Perdónenme, pero creo, es cierto. Espero que me recuerden así.

En estos días he mandado cartas desesperadas a entidades nacionales, provinciales, empresarios, sin recibir respuesta.

En la Fundación ha comenzado a actuar un comité de crisis con asesoramiento externo. Ayer empezaron a producirse las primeras cesantías. Algunos, pocos, han sido colaboradores fieles y dedicados. El lunes no podría dar la cara.

A mi familia en particular a mis queridos sobrinos, a mis colaboradores, a mis amigos, recuerden que llegué a los 77 años. No aflojen, tienen la obligación de seguir luchando por lo menos hasta alcanzar la misma edad, que no es poco. Una vez más reitero la obligación de cremarme inmediatamente sin perder tiempo y tirar mis cenizas en los montes cercanos a Jacinto Arauz, allá en La Pampa.

Queda terminantemente prohibido realizar ceremonias religiosas o civiles.

Un abrazo a todos.

René Favaloro

Julio 29-2000 – 14.30 horas.

La historia de amor de Diana y René se escribió, antes que en ninguna otra parte, en los legajos de Tribunales. Truden fue requerida en tres ocasiones por el juez para contar cómo era la relación que mantenían. Según consta en esas actas, reveló "pormenores que rodearon a su conocimiento sentimental con el fallecido". Ante el juez, la mujer relató que en 1994 había conseguido trabajo como asistente de una secretaria de Favaloro a través de un anuncio. Sostuvo que la relación había comenzado a gestarse unos meses después de la muerte de la esposa del médico; que todo había ocurrido de modo natural y que empezaron a conversar y conocerse porque ambos se quedaban hasta tarde en la oficina desierta.

"Trabajamos juntos unos seis años. Después de la muerte de Antonia él sufrió una gran depresión. A veces me quedaba hasta las nueve de la noche, hablábamos y en una de esas charlas me dijo que se sentía atraído por mí. Poco después, el domingo 7 de marzo de 1999 al mediodía me invitó a su casa y me confesó que estaba enamorado". Truden declaró que durante un tiempo mantuvieron la relación en reserva y que no se mostraban juntos, cuidando de que no se enteraran la familia del doctor ni los empleados de la Fundación; pero que desde marzo del año anterior (1999) habían empezado a tener "una relación más personal". "Al principio nos encontrábamos a cuatro cuadras del trabajo", dijo. También comentó sus planes para casarse en agosto y que, por ello, había empezado a llevar ropa y objetos personales al departamento.

"De pronto recordé algo: en enero [de 2000], cuando volví de un viaje por África, me dijo: 'Me voy a suicidar. No puedo vivir sin esta relación, pero tampoco puedo sacrificarte'. Se refería a la diferencia de edad. Hablamos y decidimos seguir, le pedí que nunca más hablara de suicidio, y me lo prometió", reveló. También confirmó que el cardiocirujano estaba abrumado por la desesperante situación financiera de la fundación. Dijo que lo había escuchado decir que no tenía arreglo y que por más que había buscado no encontró "una persona que le brindara una ayuda (donación)", según se lee en el expediente judicial. "Los últimos balances fueron negativos, y el 28 de julio se le murió un paciente que operó ese mismo día. Para colmo, me mostró una lista del personal que sería echado: la mayoría, amigos entrañables que empezaron con él".

La mujer aseguró que los sobrinos de Favaloro estaban al tanto de su angustia por la situación de la fundación y que ella no estaba enterada de que tenía un arma. Parte del contenido de la carta dirigida a Diana también se filtró a partir de fuentes extraoficiales con acceso al expediente, y decía lo siguiente:

Diana:

Ha llegado el momento de la gran decisión. Tú no eres culpable de nada. Mis proyectos se han hecho pedazos. No puedo cambiar los principios que siempre me acompañaron […] Tú eres

testigo de mi sufrimiento diario. Te agradezco todo lo que me has brindado. Nunca podrás imaginar cuánto te he amado. Nunca tuve nada igual. No se puede comparar con nada semejante de mi pasado. Tú has sido mi grande y verdadero amor. Siempre me he sentido un poco culpable. Nunca debí permitir que nuestro amor llegara tan lejos. Cuarenta y seis años es una gran diferencia. Y no te pude brindar hijos. Rezá un poco por mí. Sé que sufrirás un poco al principio. No sufras, por favor, no sufras mucho. Te he amado con locura. Estaré pensando en ti, solamente en ti, hasta el último segundo. Un abrazo grande, muchos besos,

René

Según lo informado por la Justicia, en uno de los dos sobres dirigido a su prometida había 20 000 dólares. Favaloro también dejó 5000 dólares y una carta de recomendación para Ramona (mencionada como Ramona Salinas en la causa judicial, en lugar de Jiménez), a quien agradeció sus años de servicio y la atención dispensada tanto a él como a su esposa Toni.

El sábado 12 de agosto el cuerpo de René Favaloro fue entregado a sus familiares e incinerado en una ceremonia íntima que incluyó una estratégica distracción para evitar al periodismo. Después de las primeras tres semanas de enorme repercusión, la muerte de Favaloro fue dejando paso a otras noticias. Hasta hoy los sobrinos de Favaloro se han mantenido firmes en la postura de no revelar el contenido de las otras cartas por considerarlas del ámbito de la intimidad. Cada vez que le preguntan, Roberto responde secamente: "No se puede".

Guiado por lo prescripto en el artículo 195 del Código Procesal Penal para casos en los que se demuestra la "inexistencia de delito", el juez Turano dispuso, el 7 de febrero de 2001, dar por terminada la causa abierta a raíz del hallazgo del cuerpo sin vida de René Favaloro. "El robustecido cuadro probatorio permite afirmar en forma certera que la muerte de René Gerónimo Favaloro fue producto de un disparo de proyectil proveniente de un arma de su propiedad que se autoinfligiera", señaló en un fallo de diez fojas.

Al clausurar el expediente, que acumuló un total de 510 fojas distribuidas en dos cuerpos, el magistrado consideró que "Favaloro no era una persona que mostrara estar deprimido, pero que evidentemente estaba abrumado por los graves problemas económicos relativos a la famosa y reconocida Fundación que operaba con su nombre". Más adelante, sostuvo: "Estaba sumido en una profunda depresión, habiendo tenido la idea del suicidio con anterioridad. –Y agregó–: Ya en su delicado estado emocional, la crisis financiera de la Fundación Favaloro profundizó aún más esta situación resultando a mi juicio el detonante que lo llevó a quitarse la vida", aseveró Turano para quien las cartas –cuyo contenido incluyó en gran parte de la resolución– eran "por demás elocuentes y me eximen de mayores comentarios".

Según el juez, los elementos de prueba colectados resultaban suficientes para "despejar todo margen de duda sobre la solitaria y libre autoría de su muerte". Así, concluyó que "en base a todo lo expuesto y agotada la encuesta, no habiéndose verificado la comisión de delito alguno, habré de archivar la presente causa". Antes de estampar la firma y el sello, mandó a hacer una copia para entregar a cada una de las partes del proceso. Después remitió el expediente para su archivo definitivo.

El 26 de mayo de 2001 un pequeño grupo de familiares de René Favaloro cumplió con su última voluntad al esparcir sus cenizas en las afueras de Jacinto Arauz. Ese día se cumplían 51 años de su llegada a aquel pueblo donde hoy descansan sus restos, que se volvieron polvo en el polvo de la pampa seca.

---

77 *Página/12*, 3 de agosto de 2000.
78 *La Nación*, 29 de julio de 2001.
79 *Noticias*, 31 de julio de 2010.

CAPÍTULO 15

La estrella de Favaloro

En uno de los pabellones más antiguos del Policlínico San Martín de La Plata, sobre el umbral de una puerta que conduce a los consultorios del Servicio de Cardiología, un pequeño cuadro muestra un primerísimo primer plano de René Gerónimo Favaloro con la palma de la mano izquierda sobre la mejilla, el ceño fruncido y los ojos tristes como siempre. Es apenas una fotocopia color bajo un acrílico. Debajo de la imagen puede leerse un epitafio: "Fue mejor persona que médico. Y como médico fue una eminencia".

Aunque estaba muy acostumbrado a los reconocimientos, René se hubiera emocionado mucho con ese homenaje sencillo y anónimo. Como le pasó el 8 de noviembre de 1996, cuando fue hasta El Mondongo a plantar un algarrobo blanco frente a su escuela primaria, la N° 45 "Manuel Rocha", que celebraba cien años de vida, y no pudo contener el llanto mientras un grupo de vecinos lo ovacionaba por su desempeño con la pala. (Se sumó ahora allí un lapacho rosado que los mismos vecinos cultivaron para él, sin haber podido ofrendárselo en vida). Lo mismo le pasó pocas semanas después, cuando la blonda María Susana Giménez Aubert, conductora del programa más taquillero de la televisión argentina, lo sorprendió al llenar el estudio mayor de Telefé con decenas de sus pacientes que solo lo aplaudían. Antes de la tanda comercial, conmovido, el cirujano alcanzó a balbucear: "Esto es el fruto de mucho esfuerzo y muchos años de trabajo".

Favaloro era una eminencia internacional venerada en el mundo médico y en la academia. La simple enumeración de los premios y galardones recibidos no reconoce ningún tipo de frontera ni cabría en este apartado. Muchos de ellos los recibió en vida; otros sirven para mostrar cómo su estrella sigue encendida aún después de su partida.

Entre los honores más relevantes puede citarse el Premio John Scott (1979), distinción otorgada desde 1822 en Filadelfia a hombres y mujeres cuyas invenciones sobresalen por su contribución al confort, el bienestar y la felicidad de la humanidad, y que han recibido, entre otros, Marie Curie y Alexander Fleming. También, siete premios de la Academia Nacional de Medicina y el premio Maestro de la Medicina Argentina (1986); el de la Fundación Conchita Rábago de Giménez Díaz (Madrid, 1982) y el de la Fundación Gairdner (Toronto, 1987); el Distinguished Alumnus de la Cleveland Clinic Foundation (1987), el Premio René Leriche de la Sociedad Internacional de Cirugía (1989), el Gifted Teacher del Colegio Americano de Cardiología (1992), el Golden Plate de la American Academy of Achievement (1993), el Premio Príncipe Mahidol otorgado por el Rey de Tailandia (Bangkok, 1999), el Konex de Brillante a las Ciencias y Tecnologías (Fundación Konex, 1993), y el premio Referente de la Humanidad otorgado en 2010 por la Fundación Internacional de Jóvenes Líderes.

Numerosas universidades del país y del exterior designaron a Favaloro Doctor Honoris Causa: las Universidades Nacionales de Rosario (1980), Cuyo (1986), Tucumán (1989), Río Cuarto (1996) y del Litoral (1997); la Universidad de Tel Aviv (1980), la Universidad Nacional "Pedro Henríquez Ureña" de Santo Domingo, República Dominicana (1993), y la Universidad Católica de Córdoba (1974). La Universidad de Barcelona planificaba entregarle este título también, pero Favaloro falleció y no llegó a recibirlo, y la Universidad Nacional de La Plata, cuna de su formación, se lo otorgó post mórtem en 2005.

Además, Favaloro fue miembro de la Academia Nacional de Ciencias, de la Academia Nacional de Medicina y del Consejo Superior Académico de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (Uces); miembro honorario de la Asociación de Cirugía Torácica y Cardiovascular de Asia, de la Asociación Médica de Israel, de las sociedades de cardiología de Ecuador, Perú, Bolivia, Panamá, México, Colombia, Uruguay, Argentina, República Dominicana y Chile; de la Sociedad Argentina de Bioingeniería y la Sociedad de Cirujanos Cardiovasculares y Torácicos de Florida, Estados Unidos, además de miembro activo fundador de la Sociedad de Cardiocirujanos de España.

En 1991, el gobierno italiano le otorgó el título de Gran Oficial de la Orden del Mérito, y en 1999 las comunas sicilianas de Leni, Malfa y Santa Marina Salina le confirieron la ciudadanía honoraria por ser nieto de isleños, reconociendo la importancia científica y social de su trabajo médico. En Salina hasta se erigió un busto de mármol en su honor y se asignó su nombre a un centro médico. Su consolidación internacional hizo que creciera en torno a su figura el sueño de una postulación al Premio Nobel de Medicina, pero su candidatura quedó a medio camino. No obstante, el retrato de Favaloro comparte hoy con los de Bernardo Houssay, César Milstein y Luis Leloir un lugar encumbrado en el Salón de los Científicos Argentinos del Bicentenario, en la Casa Rosada.

Luego de su muerte, los reconocimientos de todo tipo, a toda escala y en diversos lugares comenzaron a multiplicarse. Difícilmente se encuentre otra personalidad en la historia argentina del siglo xx que reúna tal cantidad de homenajes en calles, plazas, barrios, centros de salud, escuelas, salones, monumentos y placas a todo lo largo del país.

"Aquí nació un hijo dilecto de esta ciudad, ejemplo de honradez, humildad y hombría de bien, eminente cardiocirujano reconocido internacionalmente. Los platenses te respetamos, admiramos y serás por siempre reconocido por todo lo hecho a favor de la humanidad y sobre todo por haber sido un gran hombre", dice una placa colocada muy poco después de su muerte en la calle 5 entre 69 y 70 de La Plata. Esa cuadra está incluida en un tramo más amplio, entre las avenidas 66 y 72, que en 2002 el Concejo Deliberante de la ciudad resolvió nombrar "Dr. René Gerónimo Favaloro".

Ese mismo año, el cuerpo deliberativo platense aprobó otra ordenanza en memoria de Favaloro, que determinaba la construcción de una pequeña plazoleta con su nombre en la rambla de la diagonal 73 entre las calles 115 y 116 de El Mondongo. En sus fundamentos, esta ordenanza decía:

"Un hombre preocupado por los humildes. Genio y figura, mereciendo una fortuna (Estados Unidos se la ofreció más de una vez con tal de que se radicara allí), optó por pelearla aquí, con su Fundación, donde atendió a cualquier persona que lo solicitara, sin preguntarle más que 'qué dolencia tiene'. Al cumplir 69 años había hecho 13 000 *bypass*, y su técnica se multiplicaba por 10, por 100 y por 1000 en todo el mundo. Con un pulso que hasta ahora envidiaban muchos colegas. De esa cantidad de operaciones, una buena parte correspondía a gente que no podía pagarle. Él operaba igual, y además se preocupaba por cómo haría el paciente para mejorar sus condiciones de vida una vez que hubiera obtenido el alta. Por tantas cosas […] deviene en un acto de justicia materializar las construcciones solicitadas para rendirle homenaje en su propio barrio, precisamente en la zona en la que transcurrió su infancia y juventud. Lo mínimo que puede hacer la ciudad por uno de sus hijos más destacados".

Si bien su ciudad natal –donde vivió veintisiete años, hasta 1950– está regada de señales que lo recuerdan, es el Bosque de La Plata el espacio por excelencia donde se ha ido concentrando a lo largo de los años la memoria institucional sobre el médico. De hecho, toda el área comprendida desde la avenida 1 hasta la calle 122, y de 50 hasta la avenida 60, se llama "Paseo del Bosque René Favaloro". En su interior se encuentra el anfiteatro al aire libre "Dr. René G. Favaloro" y, a pocos metros, frente a uno de los accesos al estadio de Gimnasia y Esgrima de La Plata, se levanta un memorial singular: una pieza metálica trapezoidal de gran tamaño con una malla de orificios redondos que se dejan atravesar por una luz amarilla cuando cae la noche, creada por Esteban Casas y Guillermo Castellani en el astillero naval Río Santiago. El club de sus amores también honró con el nombre de

Favaloro la platea techada de su estadio y al colegio que gestiona la institución.

A finales de 2009 el Concejo Deliberante de Tandil aprobó un proyecto de ordenanza del concejal radical Hugo Ezequiel Escribano, quien propuso impulsar formalmente la iniciativa de que la imagen de Favaloro fuera incluida en los billetes emitidos por el Banco Central de la República Argentina. Si bien la iniciativa fue sancionada por unanimidad, quedó sin efecto y pasó al archivo luego de que su impulsor recibiera una carta de Liliana Favaloro –a quien el edil había consultado– que rechazaba la propuesta: "La decisión unánime de nuestra familia ha sido negativa por considerar que no es apropiada la utilización de su imagen impresa en un billete luego de que se le hubieron cerrado todas las puertas al solicitar ayuda económica para la Fundación, lo cual finalizó dramáticamente con la pérdida de un ser tan íntegro". No obstante, en el párrafo siguiente de la misiva, que el dirigente aún conserva, la doctora aclaró: "la Fundación Favaloro no se opondrá a vuestra iniciativa, pero no la apoya ni tampoco participará bajo ningún concepto en su difusión". Más recientemente, cuando en enero de 2020 el gobierno nacional anunció su intención de eliminar de los billetes las figuras de animales –diseño concebido durante la gestión anterior– y volver a imprimir en su lugar el rostro de próceres y personalidades, también dejó trascender que se pensaba en incluir a Favaloro entre otras figuras relevantes de la historia nacional. Al cierre del presente trabajo, los familiares habían preferido reservar su opinión ante la nueva iniciativa hasta tanto ésta fuera formalizada.

En 2015 el cardiólogo platense Ricardo López Santi ideó la muestra itinerante *René Favaloro. La voz del corazón*. Auspiciada por la Fundación Favaloro y diversas entidades, lleva a lugares distantes imágenes y textos sobre su legado científico y humano. López Santi quedó eternamente agradecido al cirujano que le firmó una carta de recomendación con la que pudo especializarse en el exterior. "Favaloro es el resultado de la generación del 80 que concibió La Plata, donde era muy fuerte la masonería. Lo impactó el clima de época de ese modelo social de un país culto, solidario y con valores", afirmó durante una entrevista para este trabajo. Según la mirada del galeno "cuando él regresa al país lo hace por los mismos motivos por los que San Martín, tras participar en Bailén, decide regresar a su país para liberarlo". En 2018, durante la presentación en La Plata de la muestra, se anunció la existencia de un proyecto de ley impulsado por un conjunto de instituciones para levantar una estatua del cardiocirujano en los jardines de la Facultad de Ciencias Médicas, donde hoy solo existe una placa a pocos metros de la Facultad, en las calles 60 entre 118 y la avenida Iraola. De ser aprobado por la Legislatura bonaerense, se pondrá en marcha mediante un sistema de financiamiento colectivo.

Favaloro es doblemente ciudadano ilustre de La Plata. A mediados de 2016, el Concejo Deliberante le otorgó ese título *post mortem* por iniciativa del concejal radical Guillermo Ronga. Sin embargo, ya en 1998 había sido honrado con ese título en vida: el 18 de noviembre de ese año, durante la tradicional cena anual organizada por la Fundación Florencio Pérez en vísperas del aniversario de la fundación de la ciudad, el intendente Julio César Alak le entregó en mano una insignia que lo declaraba como tal. Emocionado, al hacer uso de la palabra esa calurosa noche en el Pasaje Dardo Rocha, Favaloro recordó los juegos en el patio de la casa de su abuela durante la siesta y la sombra de los árboles del barrio donde creció. "Soy y siempre voy a ser, por sobre todas las cosas, un platense orgulloso de esa condición", dijo.

En esa oportunidad, se hizo una encuesta espontánea a los 800 comensales –entre los que había empresarios, políticos y miembros de entidades intermedias de La Plata– para elegir un representante de la ciudad que se distinguiera especialmente por su contribución al bien común, y Favaloro fue elegido segundo detrás del popular cura Carlos Cajade, fundador de un hogar para chicos en riesgo social en las afueras de la ciudad. El resultado de aquel sondeo, realizado hace ya más de dos décadas, encuentra su eco hoy en la fachada de un hogar platense de El Mondongo, donde Ana Pilar Andrade, una vecina que fue a la misma escuela que Favaloro, decidió ponerle una barrera al vandalismo grafitero instalando un mural que reúne a sus dos referentes platenses preferidos: Cajade y Favaloro. "Yo he vivido casi cien años y estas dos personas son las mejores que he conocido", asegura Ana.

En prácticamente todas las ciudades del país se recuerda a Favaloro en el espacio público, ya sea a partir de iniciativas vecinales o de acciones gubernamentales. En la calle principal de Jacinto Arauz se instaló, al cumplirse un año de su muerte, un monumento creado por el artista plástico Eduardo Ferma, que fue su amigo. En esa localidad pampeana, que ya desde los carteles ruteros anuncia el vínculo con su habitante más ilustre, también se inauguró el Museo Histórico del Médico Rural "Dr. René G. Favaloro", que funciona en la ex estación del ferrocarril de la localidad y está dedicado al reconocimiento de los galenos que ejercieron su profesión o pasaron por ella desde la década de 1950. En sus salas hay fotos, órdenes médicas, cartas, elementos quirúrgicos y algunas pertenencias del médico que marcó una bisagra en la historia del lugar como un guardapolvo y una valija que usaba para sus visitas.

Allí se diseñó también una propuesta turística que consiste en un recorrido por los espacios relevantes de la vida y la obra de Favaloro en el pueblo, denominada "Tras los pasos del médico rural", que fue fruto de una iniciativa mixta entre el Municipio y entidades privadas. Se trata de un circuito que va enhebrando distintos lugares para seguir la huella del cardiocirujano, como la casa que perteneció a sus tíos, la que habitó con su esposa y la de su hermano Juan José; el consultorio del doctor Dardo Rachou Vega y la clínica médico quirúrgica que atendió junto con su hermano Juan José. Otras acciones fueron la creación del eslogan municipal "Jacinto Arauz: turismo de corazón y sal", y haber bautizado "Dr. René Favaloro" al tramo Bahía Blanca-Santa Rosa de la ruta nacional N° 35, que atraviesa Arauz.

En General Roca, provincia de Río Negro, puede visitarse el "Monumento al Dr. René Favaloro" en una plaza homónima ubicada en el barrio Las Viñas. Diseñada por el artista Orlando Gómez, la obra está hecha en acero inoxidable, tiene un eje de ocho metros de alto que simboliza el esternón y termina en un corazón que late gracias a una esfera de acrílico con luz interior, que va cambiando de intensidad para generar ese efecto. También en la Patagonia, pero mucho más al sur, en Tolhuin, Tierra del Fuego, hay una estatua de Favaloro emplazada dentro de una panadería, y los clientes se sacan fotos con ella. Su autor es Fernando Pugliese, un artista plástico que creó numerosas esculturas populares exhibidas en la ciudad de Buenos Aires, como las de Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges en el bar La Biela, las de Alberto Olmedo y Jorge Porcel en la esquina de la avenida Corrientes y Uruguay, o la del cantante Sandro en el teatro Gran Rex, entre otras. Los dueños del comercio fueguino decidieron también imprimir el rostro del médico en las bolsas que entregan con cada compra y promover otras acciones para profundizar la difusión de su figura, y como resultado de esas gestiones, hoy existen en ese pueblo austral un busto, un paseo y una bicicleteada en su honor.

En Mar del Plata, el más popular balneario argentino, se exhibe también un busto del cardiólogo en el Paseo Dávila de la Plaza de las Américas. La escultura se inauguró en 2010, y en ese acto el gobierno municipal lo reconoció post mórtem por su compromiso social. Otro de los bustos más conocidos, obra del artista plástico marplatense Hugo Coluccio, se emplazó en la ciudad de Balcarce, más precisamente en la esquina de las avenidas Favaloro y Suipacha de esta ciudad bonaerense con la que Favaloro tejió un vínculo importante cuando en diciembre de 1982 le hizo un *bypass* a Juan Manuel Fangio, su habitante más famoso. Incluso el último auto de Favaloro, un Peugeot 505 azul con techo corredizo, se exhibe en el Centro Cultural y Tecnológico Museo del Automovilismo Juan Manuel Fangio de la ciudad serrana, donde se acumulan autos y trofeos del quíntuple campeón mundial.

El listado interminable de homenajes delinea la magnitud del reconocimiento a su legado en una estela que parece infinita. De hecho, es uno de los pocos latinoamericanos con un monumento en Estados Unidos –en Cleveland–, e incluso tiene un lugar ganado en el firmamento. El 17 de junio de 1974, científicos de la estación astronómica argentina de altura "Dr. Carlos U. Cesco", ubicada en el paraje sanjuanino El Leoncito, descubrieron el asteroide 5077, que pasó a ser identificado con el código "1974 MG", y al que 42 más tarde, en 2016, el Comité de Nominaciones de la Unión Astronómica Internacional (UAI),

ente que define los nombres de planetas y otros objetos celestes, aceptó brindarle al asteroide el nombre de René Favaloro, como lo había propuesto un grupo de investigadores en honor a uno de los máximos exponentes de la ciencia argentina. Esa designación aparece en el sitio del Minor Planet Center (Centro de Planetas Menores), que depende del Centro de Astrofísica Harvard-Smithsonian. Allí se fundamenta en pocas palabras que, gracias al aporte pionero de Favaloro con la técnica del *bypass*, mucha gente en todo el mundo pudo recuperarse de problemas coronarios serios.

El 12 de julio de 2019, cuando el médico hubiera cumplido 96 años, Google, el más popular de los buscadores de internet, le dedicó uno de sus *doodles*, como se llama a las intervenciones artísticas sobre su propio logo que la empresa utiliza habitualmente durante 24 horas para conmemorar fechas, personas y acontecimientos. Ese día, a la primera "o" la ocupó un corazón y a la segunda, una ilustración del cardiólogo con su indumentaria de quirófano. Google acompañó ese homenaje con un resumen en inglés acerca de la vida de Favaloro y su aporte a la medicina mundial. La inspiración para los *doodles*, según explica la compañía, procede de numerosas fuentes, y en el proceso de selección la empresa busca que estos reflejen "la personalidad de Google y su pasión por la innovación". Ese día, el *New York Times* también dedicó una nota a destacar este homenaje al cirujano argentino.

El contraste entre la epopeya mundial de Favaloro y los obstáculos enormes que encontró en su país –como su muerte lo dejó expuesto–, fue recogido por la política y la cultura de varias maneras. El 12 de julio de 2004, durante un acto en el Salón Blanco de la Casa Rosada al cumplirse 81 años del nacimiento de René Favaloro, el entonces presidente, Néstor Kirchner, pidió perdón "en nombre del Estado", y dijo que "no haberle prestado la atención debida desde la Casa Rosada fue un error y un pecado histórico". En presencia de alumnos de la escuela 915 del barrio El Mondongo y estudiantes de la Facultad de Medicina de la Unlp, junto con representantes de la fundación "A Corazón Abierto" (creada en honor a Favaloro), Kirchner instauró esa fecha como el Día Nacional de la Medicina Social, es decir, aquella rama de la disciplina que pone el foco en el paciente y en su entorno. La efeméride estaba prevista en la ley nacional 25 598, impulsada por la diputada María del Carmen Falbo (PJ) y sancionada por el Congreso en 2002. A partir de entonces, el Ministerio de Educación incorporó la fecha al calendario para que a través del Ministerio de Salud se recuerden la vida y la obra de Favaloro en hospitales y centros de salud del país.

En el plano cultural y artístico tampoco pasó inadvertido el suicidio de Favaloro. El guitarrista salteño Eduardo Falú, por caso, le dedicó el bailecito *El agradecido*, compuesto junto a Víctor Hugo Valles, que forma parte del álbum *Homenajes* (2008), y su letra, agridulce, dice: "Sacando pecho la muerte / A mi corazón llamó / Pero un amigo del alma / De mi pecho la sacó". Y más adelante: "Ciencia pura y pura fe / Sueña René Favaloro / Un país que nunca fue". En una clave más lúgubre, el grupo de punk rock Attaque 77 compuso una canción sobre Favaloro que se hizo muy popular, *Western*, incluida en el álbum *Antihumano* (2003). Su letra, aunque sin llamarlo por su nombre, alude a él como un "héroe nacional" y menciona las "trabas" y la "burocracia" que terminaron por vencerlo: "Decidió y ahí nomás se suicidó / Y pensar que fue maestro del *bypass* / Y murió, de un disparo al corazón", concluye. "Hay muchas imágenes y metáforas que buscan sembrar conciencia sobre la hipocresía, el egoísmo y los problemas sociopolíticos que aquejan a nuestra sociedad", aseguró el líder del grupo, Ciro Pertusi.

Por último, la banda Bersuit Vergarabat mencionó a Favaloro en su canción *La argentinidad al palo* (del disco homónimo de 2004), una de cuyas estrofas dice sin piedad: "¡Este país está lleno de ladrones! / ¿Yo?... ¡Argentino! / Como el tiro en el corazón de Favaloro / Del éxtasis a la agonía oscila nuestro historial / Podemos ser lo mejor, o también lo peor / Con la misma facilidad / La argentinidad al palo".

En 2007, el ya fallecido Favaloro resultó finalista en el programa *El Gen Argentino*, un show televisivo conducido por Mario Daniel Pergolini en Telefé, que revisaba a personalidades de la historia para elegir a aquella que mejor representaba al país, con sus defectos y su "lado oscuro" incluido. En el caso de Favaloro, una de las cuestiones que se

pusieron en tela de juicio fueron sus declaraciones públicas respecto de la universidad pública y, sobre todo, sus "coqueteos con la dictadura". Un compilado audiovisual mostraba con material de archivo y entrevistas la llegada directa que tuvo Favaloro al régimen de Videla y su conocimiento en tiempo real de la persecución política que ponía en juego la vida de miles de personas. También se sugería que su acompañamiento podría haber sido funcional a la imagen pública de la dictadura.

En el estudio, Favaloro tuvo como "promotor" al médico Jorge Tartaglione, quien sostuvo: "Hay que recordar lo que era el país en esos años, y que en todos los actos de su vida Favaloro demostró que era un patriota. A las Malvinas no va solo; va acompañado con gente del partido radical, del partido peronista, del presidente de la Sociedad Rural, de la Unión Industrial, de Saúl Ubaldini y de un montón de gente que también fuimos a la Plaza y les mandamos cartas y chocolates a los soldados. Probablemente se equivocó él y muchos nos equivocamos. […] Miles de personas están caminando en este momento por la calle gracias a lo que él hizo. Y pensar que él no tuvo dignidad y que solo pensó en lo suyo es un error. Fue un revolucionario de la medicina, un patriota, un humanista, una buena persona y alguien incorruptible", enfatizó.

En *El Gen Argentino*, Favaloro ganó por amplia diferencia en el rubro "artes, ciencias y humanidades", y quedó segundo detrás de José de San Martín en el ranking general por un margen de votos muy exiguo, del 10 %. Precisamente, él escribió dos libros sobre el Libertador en los que canalizó su pasión por la historia: *¿Conoce usted a San Martín?* (1986) y *La memoria de Guayaquil* (1991). El resto de los finalistas del programa a los cuales venció el cirujano platense fueron personajes tan disímiles en su perfil, su época y su legado como Fangio, Olmedo, el Che Guevara, Manuel Belgrano, Roberto Fontanarrosa, Evita, Diego Maradona y Jorge Luis Borges.

Más allá de sus trabajos dedicados a San Martín, Favaloro ostenta una prolífica producción editorial que se compone de varios libros y más de 300 trabajos de su especialidad. En 1970 publicó *Surgical Treatment on Coronary Arteriosclerosis*, sobre la experiencia de sistematización del *bypass*. Más adelante, escribió la citada autobiografía *Recuerdos de un médico rural* (1980) y *De La Pampa a los Estados Unidos* (1992), que llegó a tener ocho ediciones y se publicó también en inglés, en el que evoca sus diez años de trabajo en equipo y con grandes figuras de la medicina durante su estancia en la Cleveland Clinic. En 1994, el Centro Editor de la Fundación Favaloro publicó su último libro, *Don Pedro y la educación*.

Favaloro fue esencialmente un educador y así soñaba ser recordado. Trabajó como docente en ámbitos variados; brindó numerosas conferencias en la Argentina y en el exterior sobre temas muy diversos, como medicina, educación o la sociedad de nuestros días, y fue un activo divulgador científico, como lo demuestra su participación en la serie televisiva *Los grandes temas médicos*. En 1995, en su conferencia "Ciencia Educación y Desarrollo", leída en la Universidad de Tel Aviv, sostuvo: "Debe entenderse que todos somos educadores. Cada acto de nuestra vida cotidiana tiene implicancias, a veces significativas. Procuremos entonces enseñar con el ejemplo". En esa misma época, interrogado acerca de cuál era su mayor tesoro, contestó: "Lo que he dejado a través de la enseñanza. Yo vivo comprometido con la educación desde que estaba en tercer año de la Universidad de Medicina, cuando era ayudante de Anatomía. He formado gente a rolete, en Estados Unidos y en mi país. Por otro lado, se van a cumplir veinte años de esta fundación, en la que hemos formado más de 300 médicos que están diseminados en la Argentina y en toda Latinoamérica. Por eso sostengo que la mejor cosecha es la que he dejado en la faceta educativa. Ojalá se me recuerde como educador".

Además, en 1996 se publicó *Conversaciones sobre ética y salud* junto con Abram Moszenberg, José Alberto Mainetti, Gregorio Klimovsky y Héctor Ciocchini (Torres Agüero Editor y Centro Editor de la Fundación Favaloro), un trabajo en el que subraya la empatía como un valor fundamental de la medicina y reivindica prácticas tradicionales de la profesión frente al avance de la tecnología.

La forma en que las sociedades tejen sus memorias y las políticas proponen qué o a

quién recordar y de qué modo hacerlo encuentran en las condecoraciones, los monumentos, los murales y los nombres de calles o plazas uno de sus caminos posibles. Pero quizá el homenaje más justo para este personaje, creador de uno de los más valiosos inventos de la Argentina para el mundo y un gran educador, será probablemente el de trazar una política para honrar esa memoria y que se proponga mantener viva su dimensión como hombre, tal como se ha intentado reflejar en este trabajo. Parte de ese espíritu es lo que ha recogido la Municipalidad de La Plata al crear el Premio René Favaloro, un pergamino que cada año reciben alumnos de sexto año de las escuelas de Educación Primaria Básica y Educación Especial "que hayan logrado un aprendizaje constructivo y cooperativo de acuerdo con los intereses y aptitudes de cada educando interrelacionado con sus pares y la sociedad".

Por las características que tuvieron su intensa y prolífica vida y su dramática muerte, o quizás a pesar de ello, es que René Gerónimo Favaloro ha trascendido la obra científica y médica para erigirse en un símbolo que evoca en la opinión pública argentina valores como la honestidad, la vocación de servicio y la excelencia profesional, aunque la raigambre de su figura no esté exenta de controversias y complejidades que, precisamente, hacen a la condición humana.

AGRADECIMIENTOS

A los familiares, amigos, vecinos y compañeros de trabajo de René Favaloro que accedieron a conversar sobre él para este libro. Particularmente a Mariano, Domingo y Gustavo Favaloro y a Roberto Raffaelli.

A los miembros del Museo del Club Gimnasia y Esgrima de La Plata, en especial a uno de sus más dedicados colaboradores, Jorge Alberto Babaglio; al ex presidente de Gimnasia, Héctor Atilio Delmar; y quiero señalar muy especialmente los invalorables aportes de Dardo José María Cotignola, responsable de la Comisión de Homenaje Permanente a René Favaloro, fallecido en marzo último.

Al poeta Carlos Penelas, jefe de Prensa de la Fundación Favaloro durante más de dos décadas.

Al abad Mamerto Menapace por su paciencia y hospitalidad; y a Luis Landriscina por su amable predisposición.

A la doctora María Alejandra Provítola, jueza subrogante del Juzgado de Instrucción Criminal y Correccional N° 41, por permitir consultar el expediente archivado sobre la muerte de Favaloro.

A Norma Gloria Long, vecina de Jacinto Arauz e historiadora vocacional de la localidad.

A la responsable del Museo de Favaloro de Jacinto Arauz, María Elena Bertón.

A Mirta Méndez y Miguel Rodríguez.

A los empleados de las bibliotecas de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP), del Senado de la Provincia de Buenos Aires, del club Aconcagua y de la Asociación Euforión, en el barrio El Mondongo.

A la directora del Colegio Nacional Rafael Hernández, Ana García Munitis.

A las autoridades, docentes y empleados de la Facultad de Ciencias Médicas de la UNLP, en especial al decano, Juan Ángel Basualdo Farjat, y a la vicedecana, María Alicia Marini.

A los médicos Alberto y José Luis Mainetti, Mariano y Domingo Favaloro; Rubén Laguens, Luis de la Fuente, Ricardo Pichel, Sergio Perrota, Eduardo Dulbecco, Eduardo Raimondi, Aníbal Mele, Alberto Daniel Urban, Marcelo Uriarte, Ricardo Luis Pastene, Carlos Aramburu, Juan Carlos Zabala, Humberto Bogado, Oscar Alberto Giacomantone, Jorge Cueto y tantos otros no mencionados expresamente.

A José Claudio Escribano y Armando Almada Roche por compartir generosamente sus recuerdos de Favaloro.

A los colegas Paula Parisi, Bibiana Parlatore, Sonia Negrín, Laura Miño Chescotta, Graciela Gioberchio, Facundo Aché, Enrique Vázquez, Laura Acosta, Mariana Sidoti, Rodolfo Barros, Guillermo Oetken, Mario Almanza y Juan Trenado, por sus aportes para este trabajo.

A Sebastián Lalaurette y Josefina López MacKenzie, por sus certeros comentarios y correcciones que mejoraron sensiblemente el texto original.

Al coleccionista José Luis Banchio, por facilitar un escaneo del ejemplar de la revista Humor Registrado N° 97, de enero de 1983, cuya tirada fue secuestrada por la dictadura militar.

A Ariel Hendler por su paciente y minuciosa tarea de edición.

A Constanza Brunet y a Marea Editorial en su conjunto por acompañar con entusiasmo este nuevo libro.

Finalmente, al fotógrafo Aldo Sessa y a su hijo Luis por la posibilidad de contar con la

imagen de portada.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Libros

Almada Roche, Armando: *Personajes y crónicas de Magdalena, ciudad de la Misericordia*, Buenos Aires, Prosa, 2017.

Andrade, Ana Pilar: *La nena de las estrellas*, Mar del Plata, Invisible, 2019.

Ben Plotkin, Mariano: *El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

Bibbó, Ariel: *El grito silencioso*. El último latido de Favaloro, Mar del Plata, Martín, 2011.

Favaloro incorruptible, Mar del Plata, Martín, 2014.

Boullon, Fernando: *Favaloro. El corazón en las manos. Historias en el quirófano del hombre que revolucionó la cirugía cardíaca de la Argentina para el mundo*, Buenos Aires, Debolsillo, 2017.

Caffarelli, Enzo y Carla Marcato: *I cognomi d'Italia. Dizionario storico ed etimológico*. Volume 1 A-G, Turín (Italia), Torino Utet, 2009.

Calvo, Pablo: *La muerte de Favaloro*, Buenos Aires, Sudamericana 2003.

Dragoni, Sergio Alberto: *Héroes y villanos de la medicina. Las dos caras de la moneda. Ética médica. Proezas e ilustres médicos. Atrocidades y médicos. Tortura médica*, Buenos Aires, Dunken, 2012.

Incisa Di Camerana, Ludovico: *El gran éxodo. Historia de las migraciones italianas en el mundo*, Buenos Aires, Alianza, 2005.

Fabris, Rodolfo Héctor: *Berisso, mi patria chica*, La Plata, edición del autor, 2011.

Favaloro, Domingo Sergio: *René Favaloro*, La Plata, Municipalidad de La Plata, 2007.

Frutos Ortiz, Enrique: *Hombres y cosas de la Facultad de Ciencias Médicas de La Plata: 1919-1955*, Buenos Aires, Quirón, 1995.

La Nación: *René Favaloro. Un médico ejemplar*, Colección "Protagonistas de la cultura argentina", Buenos Aires, Aguilar-La Nación, 2006.

Legnani Rodríguez, Ramón: *Dr. René G. Favaloro. Un paisano en Cleveland*, Santa Lucía (Uruguay), Libri, 2011.

Long, Norma Gloria: *Nuestras raíces. Jacinto Arauz y sus colonias*, Bahía Blanca, edición del autor, 2016.

Lupia, Jorge Osmar: *Obsesión*, Buenos Aires, Dunken, 2013.

Neustadt, Bernardo: *La Argentina y los argentinos*, Buenos Aires, Emecé, 1976.

Parodi, Juan Carlos: *Vida de cirujano*, Buenos Aires, Ariel, 2019.

Penelas, Carlos: *Diario interior de René Favaloro*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003.

Soler, Ricardo: *Cien años de vida platense*, La Plata, Sociedad Impresora Platense, 1982.

Targaglione, Jorge: *Héroes argentinos. Doce médicos que hicieron historia*, Buenos Aires, Planeta, 2018.

Zuccherino, Ricardo Miguel: *Una pasión solidaria argentina. Vida del Doctor René Gerónimo Favaloro*, Mar del Plata, Fondo Editorial Esto es Historia, 2007.

Libros y otros escritos de René Gerónimo Favaloro

¿Conoce usted a San Martín?, Buenos Aires, DeBolsillo, 2012.

Conversaciones sobre ética y salud, en coautoría con A. Moszenberg, J. Mainetti, G. Klimovsky y H. Ciocchini, Buenos Aires, 1996.

De La Pampa a los Estados Unidos, Buenos Aires, DeBolsillo, 2012.

Don Pedro y la Educación, Centro Editor Fundación Favaloro, Buenos Aires, 1994.

El milagro y el valor de la vida, en coautoría con Luis Landriscina y Mamerto Menapace, Editora Patria Grande, Buenos Aires, 2000.

"Ileo Síntesis diagnóstica", Tesis de doctorado en la Universidad Nacional de La Plata, 1949. http://sedici.unlp.edu.ar.

La Memoria de Guayaquil, Buenos Aires, Torres Agüero, 1991.

Recuerdos de un médico rural, Buenos Aires, Ediciones SDDRA, 1980.

Recuperando lo invisible: conversaciones sobre cultura, en coautoría con G. Obiols, M. Presas, J. Burucúa y A. Piscitell, Buenos Aires, 1997.
Tratamiento quirúrgico de la arteriosclerosis coronaria, Buenos Aires, Intermédica Editorial, 1973.

Textos académicos

Gómez, Analía y Nora Pagano: "Universidad Nacional de Luján: Una aproximación a partir de los archivos de la DIPBA", Universidad Nacional de Luján, 2014.
Hiller, Camila Belén: "La construcción de la identidad turística en torno a la figura del Dr. René Favaloro en la localidad de Jacinto Arauz (La Pampa)", Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, Departamento de Geografía y Turismo, 2019.
Sánchez Sánchez, Roberto José: "El descubrimiento y popularización del *bypass* aortocoronario por René Favaloro a través de su concepción humanística", Madrid (España), Facultad de Medicina de la Universidad Autónoma de Madrid, 2015.
Soto, Sofía Belén; Fernando Abel Salas Díaz; José Manuel Ruiz Rincón y Gustavo Martínez Mier: "René Gerónimo Favaloro: Su trayectoria y su polémica decisión", Veracruz (México), Escuela de Medicina de la Universidad Cristóbal Colón, 2012.

Diarios y otras publicaciones

La Nación, *Clarín*, *Crónica*, *La Razón*, *La Prensa*, *Diario Popular*, *Página/12*, *Perfil*, *Ámbito Financiero*, *El Argentino* (La Plata), *El Día* (La Plata), *Hoy en la Noticia* (La Plata), *La Nueva Provincia* (Bahía Blanca), *La Voz del Interior* (Córdoba), *La Capital* (Rosario), *La Mañana* (Neuquén), *La Arena* (La Pampa), *El Tribuno* (Salta), *El Diario*, *El País* (Madrid), *El Puntal* (Río Cuarto), *La Gaceta* (San Miguel de Tucumán), *The New York Times* (Nueva York).

Revistas

Gente y la actualidad, *Siete Días Ilustrados*, *Humor Registrado*, *Noticias*, *Veintitrés*, *ABC Revista*, *La Nación Revista*, *Clarín Revista*, *Para Ti*, *Caras y Caretas*, *El Periodista*, *El Gráfico*, *Flash*, *Nuestra*, *Semanario Prensa Libre*, *El Atajo*, *En Marcha*, *La Calle*, *Gatopardo*.

Archivos multimedia

Página oficial de la Fundación René G. Favaloro (www.fundacionfavaloro.org)
Canales 2, 9, 11, 13, 7 (ATC)
Rodil, Cintia Susana: René Favaloro, Ciclo "Vidas y retratos", Radio Universidad Nacional de La Plata, 2013.
Favaloro Televisión (YouTube)